LAURA PORTAS

EL PALACIO DEL AGUA



PLAZA JANÉS

LAURA PORTAS

EL PALACIO DEL AGUA

PLAZA JANÉS

A María Jesús, mi madre.
Mi luz, mi faro

El corazón es agua.
que se acaricia y canta.
El corazón es puerta.
que se abre y se cierra.
El corazón es agua.
que se remueve, arrolla,
se arremolina, mata.

MIGUEL HERNÁNDEZ

PRIMERA PARTE

Aguas tranquilas

1

1 de junio de 1920

Las gotas de sudor caían por mi frente como la cascada de agua que daba la bienvenida a los huéspedes al entrar al Gran Hotel. Estaba agotada, llevaba más de una semana sin descanso, limpiando a fondo, preparando cada estancia, ultimando cada detalle, recogiendo, ordenando, frotando…, qué sé yo. Y entre tanta tarea, todavía pendiente la de aprender a suavizar mis nervios. Me movía de un lado a otro del pasillo tratando de desprenderme de ellos. Pero ¿quién se puede anteponer a ese hormigueo irracional que viene intrínseco con las primeras veces? Cogí aire y conté hasta tres, y, cuando volví a abrir los ojos, me desinflé esbozando una sonrisa. Había llegado el gran día: comenzaba la temporada. Mi primera temporada en el Gran Hotel.

Solo me quedaba repasar la galería y las habitaciones de la planta principal, por cierto, las más importantes. Estaba en la mitad del pasillo. A un lado se desplegaba una hilera de puertas de madera maciza, y al otro, tres grandes arcos daban acceso a unas escaleras imperiales donde los caminos se cruzaban para desembocar en el recibidor. «Qué paradoja dos caminos que se cruzan para llegar al

mismo sitio», pensé, pero qué sería de la vida sin esos cruces inesperados que marcan nuestro destino.

Eché la vista a lo lejos y el corredor se tornó infinito. Era una lengua granate que me invitaba a danzar sobre ella, y ¿quién era yo para declinar su invitación?

Comencé el baile en la habitación más alejada, estiré la mano, abrí la puerta y con la fuerza de un suspiro me adentré en ella. Inmediatamente me dejé acariciar por la calidez del lugar. El sol se filtraba con disimulo entre las gruesas cortinas, creando un aura tan bella como enigmática. Un oasis en medio de tanto caos, un lujo entre tanta pobreza, un mundo tan diferente como desconocido.

A un lado, el protagonismo recaía en la cama, formada por un cabecero ornamentado con detalles tallados en madera oscura y pequeñas columnas que remataban en elementos puntiagudos. A mano derecha estaba el armario, con un espejo de cuerpo entero en la puerta y coronado por un remate decorativo que seguía la misma estética del cabecero de la cama. Una alfombra floral de tonos crudos de la Real Fábrica de tapices protegía el suelo de tablones pulido. No le faltaba ningún detalle. Era como vivir en un palacio, el palacio del agua.

Pero lo que más me llamó la atención fue el tocador al lado del gran ventanal para aprovechar todas las horas de luz. Dos sillones tapizados con patrones florales y reposabrazos de madera oscura lo custodiaban.

Me acerqué sigilosa, lo suficiente como para verme reflejada en el espejo. Entonces me descubrí vestida de doncella: el uniforme pulcro, el mandil fino y la cofia almidonada rematada con encaje de camariñas. Mis ojos estallaron vidriosos de ilusión. Reparé en mi

rostro cubierto de desorden. Mientras me observaba, no pude evitar pensar en todas las mujeres que se habrían sentado allí. Señoras elegantes, con vestidos de seda y joyas relucientes. Mujeres con vidas tan alejadas a la mía y, sin embargo, con anhelos y sueños tan parecidos. Me imaginé ajustándome unos guantes de encaje, pulverizándome el cuello con un perfume sofisticado y empolvándome las mejillas con polvos de arroz, lista para disfrutar de una velada que nunca llegaría. Tal vez en otra vida, cuando las ilusiones se puedan vestir de gala.

Regresé a la realidad. «¿Quién se alojará en esta habitación? ¿Volverá el rey de Portugal? ¿Quizá la infanta Isabel de Borbón?», suspiré. No había tiempo para soñar despierta, pero ¿cómo evitarlo? ¿Qué es la vida sino un sueño vivo?

Me encaminé con decisión a la ventana. Abrí de par en par las cortinas para liberar mis anhelos, y rápidamente la habitación se impregnó de un tono dorado. Todo relucía en armonía, pero me di cuenta de un detalle. Faltaba color. Reparé en el jarrón de porcelana que reposaba sobre la base de mármol del tocador. Lo miré durante y una idea me asaltó. Enseguida me dirigí al jardín.

La suave brisa me recibió bajo un cielo templado. Caminé envuelta por el canto de los pájaros que anidaban en los árboles mientras me maravillaba una vez más con el paisaje. No importaba las veces que hubiese recorrido sus rincones, tampoco los años que hubieran pasado, tan ajenos al paso del tiempo. Todo era suntuoso, idílico, irreal. No sabría explicar el qué, pero el balneario tenía algo especial. No era solo un lugar de descanso, sino un mundo aparte, donde los problemas se disolvían en la tranquilidad de sus aguas, las preocupaciones se evaporaban entre sus paredes de piedra y la vida

discurría paralelamente a la realidad que se gestaba al otro lado del muro que lo rodeaba.

Crucé el camino empedrado cubierto de parras. Recordé la cantidad de veces que lo había atravesado exhalando sin saberlo grandes dosis de felicidad. Supongo que estamos hechos de los lugares que nos evocan momentos en los que fuimos felices y que nos enraízan al suelo. Y no había duda de que este había cambiado mi vida.

No caminaba sola: caminaba a mi lado. Parece lo mismo, pero, una vez que percibes la diferencia, todo cambia porque se siente distinto cuando palpitas con la seguridad de estar donde siempre habías soñado.

Me dejé guiar por el olfato hasta detenerme frente a un árbol de estrellas blancas. Elegí las que más iluminaban y las combiné con unos lirios rosados que crecían cerca. Me quedé un instante contemplándolos y pensé en lo diferentes que pueden llegar a ser dos flores según el lugar donde echan raíces. Lo mismo sucede con las personas. Me aseguré de que tenía suficientes para armar un pequeño ramo para cada una de las estancias. Era sencillo, pero bien *xeitoso*. Bastaría para darle vida a la habitación. Las miré con orgullo y, con el sol de la mañana filtrándose entre los tallos, sentí que la vida era maravillosa.

Pero todo es efímero, los huéspedes estaban a punto de llegar y yo todavía tenía mucho trabajo por delante. Por eso me apresuré y deshice el camino de vuelta con más rapidez con la que lo había empezado. Estaba a punto de doblar la esquina para adentrarme de nuevo en el Gran Hotel cuando un estruendo rápido y seco hizo que

mi calma se atragantara y los pétalos cayesen al suelo en un mosaico multicolor.

«¿Qué diablos ha sido eso?», pensé mientras trataba de devolverle a mi corazón agitado el ritmo que le correspondía.

Miré hacia los lados, pero no se movía ni una hoja, el sol de junio apretaba con fuerza y la melodía de los pájaros sonaba como una burla a mi agitación. Nada hacía sospechar de algún acontecimiento anormal.

Me agaché para recoger lo que quedaba de aquellas flores maldiciéndome por mi fragilidad. Rocé los dedos con la tierra y sentí su frescura mientras que, a medida que me levantaba, fui perfilando con la mirada las distintas alturas que presentaban unos hierbajos descuidados. Poseída por mi manía, que me impedía equilibrar la mente cuando visualizaba un desorden, no pude evitar arrancar los más altos. Aun así, tendría que llamar a Gabriel para que arreglase ese destrozo antes de que llegasen los huéspedes, o mejor dicho, antes de que Gustavo se percatase de ello. Fui apartándolos como buenamente pude con la mano, y fue entonces cuando la vista descansó sobre un trozo de tela enmarañado camuflado entre la maleza. Lo cogí para ver de qué se trataba, pero rápidamente lo solté como si fuese una espiga que se estaba clavando en lo más profundo de mi piel.

«Pero ¿qué demonios?», pronuncié en alto mientras mis impulsos descontrolados confirmaban al desenredarlo que se trataba de ropa ensangrentada. ¿De dónde había caído? Volví a inspeccionar todo a mi alrededor, prestando más atención. ¿Era una novatada?, ¿alguien se estaba riendo de mí? Tal vez fuera solo eso, una broma de mal

gusto. El silencio sepulcral sonó como un nuevo desprecio a mis emociones.

Decepcionada bajé la vista y reparé de nuevo en las flores. ¡Qué caprichoso es el destino! Hacía unos segundos irradiaban vida y ahora estaban marchitas. Quizá sea la forma que tiene la naturaleza de recordarnos que, a pesar de nuestra aparente seguridad, seguimos siendo frágiles y vulnerables. La vida cambia de inmediato dependiendo de la perspectiva desde la que se observa. Y eso es lo que estaba a punto de suceder con la mía.

¿Qué estaba ocurriendo? Creía que el balneario era un lugar tranquilo. Eché la vista atrás, como si tuviese un amplio historial de vivencias al que agarrarme. Tratando de recordar algún episodio que diese sentido a mis pensamientos intrusivos, pero solo me vino a la mente algún que otro problema puntual con los mendigos que se había solucionado reforzando la vigilancia.

Avancé unos pasos hasta doblar la esquina y retrocedí frustrada otros tantos. Tomé distancia, y con la perspectiva correcta, que es como siempre se ven bien las cosas, me di cuenta de que en lo alto una cortina ondeaba en una ventana abierta de par en par. Parecía que con sus movimientos elegantes y acompasados quería captar mi atención. Y yo, como fiel devota de los mensajes camuflados que constantemente nos manda el destino, me maldije por ser tan despistada y no haberlo visto antes. Conté con el dedo una a una las ventanas de la fachada, hasta que el número dos me confirmó que se trataba de la planta del servicio.

Subí la escalera dando saltos, ignorando el agotamiento que hacía temblar mis piernas. Llegué acalorada; mis mejillas lucían del mismo color que los lirios que unos instantes antes había sostenido.

Floté con disimulo por el pasillo y me asomé con prudencia a la puerta. Ahí reconocí su voz.

—Vamos, date prisa, ¿te resbalan las manos?

—Una cosa es coger peso y otra cargar con un…

—No me vaciles, te he visto hacer cosas peores.

Había pegado la oreja a la puerta, mis averiguaciones, pues, se veían limitadas a actuar con un solo sentido. Sus palabras despertaron mi nerviosismo. Me incliné sobre el marco para contemplar aquella escena y lo que vi me heló la sangre.

Don Alfonso, el director del Gran Hotel, flexionaba las rodillas para tratar de compensar el peso que cargaba con las manos. Las mías, sin embargo, no eran tan firmes como las suyas. Sudaban de forma descontrolada. Su presencia me ponía nerviosa y la lógica me abandonaba. Todo se precipitó cuando el sonido agitado de mi respiración delató mi presencia e interrumpió su conversación.

Junto a él estaba otro hombre con una enorme cicatriz en el cuello. Su identidad era para mí una incógnita.

Ambos se dispararon una mirada fulminante y supe que no debería estar allí.

Sin soltar la alfombra, don Alfonso se asomó levemente y me descubrió escondida tras la puerta.

—Candela, qué sorpresa… No esperaba a nadie del servicio en esta planta. Pensé que Teresa os dio la orden clara de limpiar las habitaciones de la planta principal… —dijo mientras miraba de reojo a su ayudante.

¿A nadie del servicio? ¿Eso quería decir que sí esperaba a alguien ajeno a él?

—Disculpe, don Alfonso, con los nervios del día de hoy me he equivocado.

—No te preocupes —contestó con un tono de voz más dócil—. Ya ves que todos arrimamos el hombro con lo que haga falta para velar por la comodidad de los huéspedes.

Sus ojos eran oscuros como el abismo que adivinaba a mis pies. Reparé en su boca. Su lengua repetía los mismos movimientos que la de una serpiente tratando de embaucarme con sus palabras. Lo cierto es que tenían una sonoridad que lo facilitaba.

—Los días previos son así… —quiso restar importancia—. Y, sobre todo, el día del arranque de la temporada. Ya me darás la razón. En fin, nos vamos.

—Sí… —contestó titubeando una voz igual de masculina que la suya, pero mucho más dubitativa.

Sus caras reflejaban el esfuerzo de cargar con aquel fardo, que, por su tono levemente rojizo, intuí pesado.

—Venga, espabila —apremió don Alfonso a su ayudante, cuyo rostro traté de retener.

Bajo un falso alarde de demostrar mis buenos modales, me quedé anclada a la puerta invitándoles a salir y, antes de que abandonaran la estancia, los vi de cerca. Tragué saliva mientras con disimulo bajaba la vista para analizar la alfombra.

Don Alfonso me miró fijamente a modo de despedida. Tras asegurarme de que los había perdido de vista, me escondí detrás de la puerta de servicio. Primero me permití unos segundos de calma y, cuando la respiración volvió a sonar a un ritmo prudente, me senté en el primer escalón.

Me esforcé en recordar con precisión todo lo que había visto. ¿Qué hacía don Alfonso en la planta del servicio?, ¿quién era el hombre que lo acompañaba?, ¿por qué cargaban una alfombra? Un momento… ¡La alfombra! Esa era la pregunta que más me inquietaba porque en la planta de servicio no había alfombras.

Tal vez me estaba volviendo loca buscándole sentido a lo cotidiano. Pero soy de esas personas que necesitan hallar una explicación lógica incluso para el aire que respiran, y, cuando no la encuentra, mi mente divaga hasta convertir una melodía en un disco rayado que suena constantemente en mi cabeza.

Debo confesar que don Alfonso nunca me gustó. Me daban mala espina, su mirada, sus andares; todo en él era difuso, como un fantasma que te helaba y llenaba de bruma a su paso.

Solo había una forma de apagar esta maldita música…, o al menos intentarlo. Abrí la puerta y volví a la habitación.

Cuatro paredes amurallaban un cuarto modesto, custodiado bajo un techo inclinado con vigas de madera oscura. Más abajo estaba yo, cruzando sigilosamente el corto pasillo que dividía de forma proporcionada el espacio en dos. El silencio hizo que se acentuase el crujido del suelo bajo mis pies. A cada lado había una cama estrecha de hierro forjado, cubierta con una colcha fina de tonos neutros, acompañada de una pequeña mesilla de noche. Nada tenía que ver con la habitación de la primera planta. El mobiliario era muy escaso: además de los catres, un armario pequeño de madera sin barnizar encajado junto a una de las paredes; una pequeña pila de aseo, y un escritorio estrecho, más funcional que decorativo, al lado de la ventana.

Un cosquilleo nervioso me recorrió al entrar. El ambiente no era puro: estaba recargado. Parecía como si la presencia de don Alfonso y su acompañante lo hubiese empañado todo. Empecé a buscar sin saber qué. Miré debajo de las camas, analicé la penumbra escondida tras las cortinas y revisé detrás de la puerta, pero no vi nada raro.

Estaba a punto de irme cuando en una esquina de la mesilla de noche vi la mancha. Era pequeña pero lo suficientemente llamativa como para romper la monotonía de aquel mueble. Parecía una imperfección. Al principio pensé que podría ser una sombra, una falsa ilusión creada por la iluminación caprichosa del momento. Pero a medida que mi vista se agudizaba vi cómo su textura líquida se mezclaba con las vetas de madera.

La toqué con la yema del dedo. Traté de convencerme de que era pintura, pero su consistencia y el olor metálico que me ascendió por la nariz despejaron cualquier duda. Era sangre reciente.

El aire se detuvo a mi alrededor y un escalofrío me cruzó la espalda. Tragué saliva con dificultad. El silencio cómplice que me acompañaba en la habitación solo se rompió cuando a lo lejos y de forma inesperada sonó un claxon. Y eso solo podía significar una cosa: los primeros huéspedes estaban cerca. Tenía que irme de allí cuanto antes, no sin antes prometerme que volvería tan pronto me fuera posible.

Regresé de mala gana al que debería de haber sido mi lugar desde primera hora de aquella mañana.

Aterricé jadeante, con el mandil manchado como prueba gráfica de mi delirio, el dedo latiendo con sangre ajena y el pelo tan revuelto como mis pensamientos.

—Candela, te mato. —La voz de Elena me dio la bienvenida desde la otra punta del pasillo.

«Ya estoy muerta», pensé.

—¿Me puedes explicar dónde te habías metido? Te he buscado por todos lados. Mira mis manos, ¿las ves? Están así porque he tenido que hacer mi trabajo y el tuyo. Esta me la voy a cobrar y no te va a salir barato, ya te lo aviso. ¿De qué te ríes?

—De ti. Eso no es nada, anda. No me seas tan dramática. Si hubieras buscado bien, me habrías encontrado. Voy a tener que enseñarte a limpiar…, y me parece a mí que también a buscar.

En vez de contestarme con palabras, Elena decidió hacerlo con una mirada inyectada en sangre, acompañada un segundo después de una suave mueca para suavizar su temperamento.

—Eres insufrible. —Me dio un golpe suave con el codo.

Elena tenía el don de convertir las palabras más firmes en suaves susurros aterciopelados que acariciaban el alma. Hablaba como si el mundo entero pudiera escucharla. Era una mujer atrapada en el cuerpo de una joven. Solo tenía un par de años más que yo; sin embargo, su forma de estar en el mundo delataba que había vivido muchas vidas más.

—Candela, estás mirando a las musarañas con cara de haber visto un fantasma. ¿En qué estás pensando?

—En que ojalá ese lunar que tienes en el cuello sirviera para pulsarlo y te calles un rato.

Elena se empezó a reír. Ese sonido evidenció la bonita complicidad que empezaba a florecer entre nosotras.

—Es broma… Estoy pensando en quiénes serán los primeros en llegar —respondí tratando de camuflar la realidad de mis

pensamientos. Lo cierto era que no podía dejar de pensar en esa habitación, en la alfombra y en el hombre que estaba junto a don Alfonso…

—¿Quieres saberlo?

Asentí moviendo la cabeza.

—Pues los primeros serán… los señoritos de la capital.

—No tienes ni idea —respondí con cierto aire de sabiduría—. Tus paisanos no vendrán hasta que el rey abandone la ciudad y para eso todavía quedan unas semanas. Eso sí, en el momento en el que lo haga, verás como todos vienen tras él.

—Y eso ¿por qué lo sabes?

—Porque llevo aquí más tiempo que tú. Alguna ventaja tendré por haberme criado alrededor del Gran Hotel, ¿no crees?

—Podrás decir lo que quieras, pero yo sigo pensando que los primeros serán de Madrid. Tal vez un matrimonio con hijos, o alguna señora de esas que visten con vestidos caros.

—No te pases de lista. Eso lo dices porque yo misma te lo conté.

—Estoy convencida —terqueó.

—Además de dramática, tozuda. Pareces una vidente —bromeé.

—Yo creo que serán portugueses. En todo caso, apuesto a que vienen con baúles enormes y, sobre todo, con ganas de evadirse de la dura vida que llevan —ironicé.

—Sí, y con sombreros ridículos y… criados que no saben hacer bien su trabajo. Para vida dura la mía —añadió.

—Venga, anda. Deja de quejarte. Ya verás como estarás a gusto.

—Eres tan ilusa que hay veces que no te soporto, pero disimulo porque eres mi amiga. No te lo creas, ¿eh? En el fondo me acerco a

ti porque has sido la única persona simpática que me explicó cómo funciona este lugar.

La miré con los ojos abrasados y de aquel emotivo momento solo quedaron las cenizas del recuerdo.

Un repiqueteo de ruedas sobre el suelo empedrado de la entrada confirmó que la espera había terminado.

—Ya están aquí. Veamos quienes son los primeros en llegar.

Me sonrió con rostro templado para luego cogerme de la mano con fuerza y llevarme tras ella. Años de espera se reducían a un simple instante.

Todo el personal tenía clara la orden y, como una bandada de pájaros que volaba libre pero ordenada por el cielo, cada cual abandonó el nido y ocupó en silencio su lugar. Nos colocamos a lo largo de la escalera. Aquello merecía una mención aparte. Era sin lugar a dudas una de las joyas del Gran Hotel. Única en el mundo. A cada lado del primer escalón montaba guardia una criatura alada, mezcla entre dragón y esfinge. Sus ojos desvelaban que eran testigo de todo lo que ocurría. Sobre la espalda sostenían una columna de metal coronada por un globo de luz blanco que iluminaba con calidez celestial. La balaustrada era de bronce y el pasamanos de nogal. Su disposición era compleja y muy difícil de describir. Dos escaleras de caracol se unían por mesetas poligonales, decoradas con macetas y grandes espejos que reflejaban el alumbrado fino de los techos estucados. Los rellanos parecían suspenderse en el aire porque a simple vista no se veía su punto de apoyo. No pude evitar sentirme identificada con esa escalera, porque yo tampoco encontraba el mío.

En uno de los laterales, presidiendo la primera fila estaba doña Teresa, la gobernanta. Su postura rígida ya advertía que nada

escapaba a su control. Al otro lado, como su fiel reflejo, Gustavo, el *maître*.

El nerviosismo generalizado se palpaba en el ambiente. Los cruces de miradas viajaban como lanzas. Teresa observaba a Gustavo de soslayo. Gustavo, por su parte, examinaba a los camareros precisando con su mirada la corrección de la posición de algún chaqué. Andrés, uno de mis compañeros, miraba a Elena insistentemente, pero ella lo ignoraba mientras, despreocupada, me analizaba a mí. Y yo…, yo no pude evitar que toda mi atención se desplazase hacia la entrada. Al punto exacto en el que don Alfonso hizo su aparición estelar caminando con elegancia, pero con una rapidez con la que parecía querer disimular la tardanza, tan impropia de él. Me percaté de que se había cambiado de ropa.

Fuera los mozos esperaban a hacerse cargo de los equipajes. Estaba tan concentrada en mantenerme firme que ignoré el momento en el que apareció aquel hombre misterioso que había estado con don Alfonso en la habitación. De pronto empecé a temblar inconscientemente.

—Chsss, Elena. —Le di un codazo, tratando de llamar su atención de forma disimulada—. ¿Lo ves?

—¿A quién? —preguntó sin esconder su irritación.

—A ese hombre que está junto a don Alfonso.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente, tratando de reconocerlo.

—¿Qué pasa con él?

—¿Lo conoces?

—No. Es imposible reconocer a todas las personas que trabajan aquí. Además, fíjate bien… —se inclinó hacia mí, bajando el tono de voz y ladeando la mano para taparse la boca—, no lleva uniforme.

No me había percatado de ese detalle. No era un huésped, tampoco del servicio, entonces ¿quién era?

—Cómo se nota que solo tienes ojos para Gabriel, que ni te fijas en el buen género que hay en este lugar —dijo sin levantar la mirada pícara de él—. Así me gusta. Una buena amiga debe ser generosa.

—Eres tremenda —atajé.

—Por cierto, ¿cómo va lo de Gabriel? ¿Ha hablado con don Alfonso para trabajar en la imprenta?

Antes de que pudiera responderle el recuerdo de la ropa ensangrentada que encontré en el jardín volvió a mi mente con una claridad aterradora. Sentí una urgencia incontrolable de abandonar aquel lugar y satisfacer mi curiosidad, aunque eso me llevara a la perdición.

Di un paso al frente, tratando de descender un escalón, pero Elena me agarró del brazo y quedé suspendida en el aire.

—¿Qué haces?

—Ahora que has mencionado a Gabriel, acabo de recordar que tengo que decirle algo. Nadie me echará en falta entre tanta gente. Si solo estamos para figurar.

Aproveché el elegante caos que estaba a punto de estallar para distanciarme. El murmullo de saludos, con movimientos efusivos y palabras de agradecimiento, amortiguó mis pasos. Las criaturas de bronce que encabezaban la escalera me miraban fijamente, y antes de perderme entre la multitud les hice un gesto cómplice con el dedo para pedirles silencio.

El aire fresco fue el antídoto natural que me calmó mientras caminaba de vuelta a aquel lugar. Cuando llegué me detuve en seco.

Miré alrededor, pero no había ni ropa, ni manchas, ni siquiera un indicio de que alguien hubiera estado allí. ¿Había imaginado todo? No, era imposible.

Necesitaba una pista, una señal, algo que me confirmase que no me estaba volviendo loca. Me incliné hacia el suelo, revolví con garbo entre los hierbajos, pero el lugar parecía más intacto que nunca. No podía ser.

Apreté los puños con frustración y pegué un bufido lleno de rabia. Sentí como si el mundo se estuviese burlando de mí, tratándome como a una persona poco cuerda. Había hecho el ridículo.

Regresé apresuradamente al hotel. Cuando estaba a punto de abrir la puerta trasera de acceso al edificio, la manilla empezó a descender con un movimiento pausado, como si la persona que se encontraba al otro lado tuviese miedo de descubrir lo que había tras ella. Una presencia imponente, de piel morena y belleza exótica, me dejó sin aliento. Su cabello azabache caía en cascada formando bucles salvajes. Sus ojos oscuros irradiaban expresividad bajo unas cejas marcadas. El lunar al lado del ojo hacía mucho más profunda su mirada. Llevaba un vestido de seda verde que entallaba su figura con elegancia. Era alta y esbelta, libre e indomable.

Me sobresalté al toparme con ella.

—Disculpa si te he asustado, necesitaba respirar un poco de aire fresco después del viaje. Soy una mujer que ama la libertad y los espacios cerrados me ahogan.

Su tono melódico me eclipsó. Me quedé muda mientras ella me miraba con curiosidad inclinando la cabeza, tratando de entender algo más allá de mis gestos irracionales.

—No, no, disculpe usted, señora —titubeé, intentando no parecer tan temblorosa como realmente me sentía—. No esperaba encontrar a nadie aquí, y mucho menos a… —esperaba que se presentara.

—Bruna da Sousa —contestó con una sonrisa contagiosa.

Portuguesa, pensé, y sentí un pequeño triunfo al imaginar la expresión de Elena cuando le contara que había acertado sobre la identidad de los primeros huéspedes.

—Vengo con mi marido, Gonçalo, desde Lisboa. Estábamos deseando conocer este lugar del que tanto nos han hablado —confesó con tal espontaneidad y sencillez que terminó de conquistarme.

—No tenga duda de que pasará usted una buena temporada aquí —respondí, tratando de recuperar la compostura—. Será mejor que la acompañe a la terraza.

—Está bien, vayamos.

Bruna caminaba erguida, con los hombros relajados y la barbilla alzada. Cada vez que pisaba, sus bucles oscuros se movían con una libertad salvaje.

Sus brazos estaban adornados por brazaletes que conjuntaban con los aros dorados que colgaban de sus orejas, resaltando su tono de piel canela. Lo más llamativo era la cantidad de anillos multicolor que llevaba en las manos. Esmeraldas verdes, rubíes ardientes y zafiros azules como el cielo infinito, testigo de nuestro encuentro. Una explosión de colores que se engarzaban en delicadas filigranas de oro.

A su lado parecía imposible no sentirme diminuta; sin embargo, su carisma me arropó. Caminamos juntas hasta el recibidor. Allí, por desgracia, ya no estábamos solas. La figura de doña Teresa emergió

al lado de las escaleras, rígida, como una estatua más del mobiliario decorativo. Si no fuese porque al verme se acercó hacia mí, juraría que estaba tallada en mármol. Desde luego, era igual de fría y pálida. Diría que me estaba esperando.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó con un tono que no necesitaba elevarse para imponer autoridad.

Para mi sorpresa, Bruna se acercó y me exculpó.

—Oh, perfectamente. Me encontraba un poco indispuesta por el viaje y cuando la vi le pedí que me acompañase a tomar el aire. Si no llega a ser por ella, seguiría mareada.

Teresa escuchó su respuesta mientras su mirada silenciosa escrutaba cada centímetro de mi rostro.

—Está bien.

Enseguida giró sobre los tacones y desapareció tan rápido como había llegado. Bruna me miró y sonrió con complicidad. No era habitual que los huéspedes se comportasen de ese modo. Supe desde ese instante que ella era diferente.

—Siga recto y cuando llegue a la puerta gire a la derecha. Ahí encontrará la terraza y podrá tomar algo mientras disfruta de la calma que ofrece este lugar. Si necesita algo…, ya sabe cómo encontrarme.

—No lo dudes —sonrió, y se perdió entre la claridad que se vislumbraba desde el exterior.

Me di la vuelta y me coloqué frente a la gran escalera. La vida brotaba con la fuerza de sus aguas. Oficialmente había comenzado la temporada. Y yo, que llevaba años soñando con ser algún día parte de ello, supe que estaba atrapada en un lugar que prometía no dejarme escapar.

2

Cuando salí a la calle lo vi esperando unos metros más abajo. Tenía la rodilla doblada y la suela del zapato apoyada sobre el muro de piedra, como si intentara contener la impaciencia que allí lo mantenía. Sin embargo, fui yo la que no pude evitar precipitarme por la pendiente de mis emociones y, con la efusividad de dos jóvenes enamorados, recortamos los escasos metros que nos separaban.

—Lo siento, te prometo que pensé que acabaría antes. No te imaginas cómo está la fonda.

La cara de Gabriel se dulcificó con una media sonrisa que esbozó mientras me acariciaba la mejilla con la mano, pintando mis pómulos de color carmín.

—No te preocupes, no me importaría esperar aquí toda la noche si la recompensa por ello es verte.

Sus palabras fueron como una brisa suave que me erizó la piel. Sonreí y me acurruqué en su hombro dejándome querer.

—A ver si lo adivino… ¿Más agüistas? —dijo con rostro pícaro.

—¿Tu qué crees? No sé qué está pasando este año, pero están viniendo demasiado pronto. ¿Cómo está el hotel de tus padres?

—Solo le quedan un par de habitaciones libres.

—Pues como a madre. Confiaba en que este mes sería algo más tranquilo, pero esto parece más propio del mes de agosto que de mediados de junio.

—¿Qué te parece si me lo cuentas mientras damos ese paseo que me has prometido? Llevo pensando en él toda la semana.

Nuestra conversación fue avanzando al mismo ritmo que el cielo de media tarde mutaba su policromía azulada por un tono más explosivo. Envueltos en un ambiente menos luminoso que el del Gran Hotel, pero mucho más humano y real, subimos la pendiente, giramos a la derecha dejando atrás la calle angosta donde estaba la fonda de madre y llegamos a la avenida principal. Ante nosotros se extendió una vía ancha, enmarcada por árboles de copas generosas que entrelazaban sus ramas, como si quisiesen filtrar el sol que todavía apretaba. A un lado, las fachadas de piedra mostraban sus balcones de hierro forjado, algunos engalanados con macetas llenas de flores, que daban un toque de color y rompían la monotonía del gris granito que predominaba en el ambiente. Al otro, la estructura se repetía creando una especie de simetría, porque el Balneario de Mondariz no era una construcción aislada entre montañas, era mucho más que eso. Era la unión de un núcleo, una población compacta y tímidamente apiñada, salpicada de fondas, de hoteles más modestos, de negocios humildes y de calles pintorescas donde la vida corría como sus aguas, veloz por cada esquina.

HOTEL ESPAÑA, pude leer a un lado, justo enfrente, HOTEL FRANCÉS, y un poco más adelante HOTEL CONTINENTAL.

—¿Has visto, Gabriel?

—¿El qué?

—Que aquí uno puede elegir la nacionalidad que quiera con solo cruzar una puerta.

Gabriel soltó una carcajada contagiosa que tanto me gustaba.

—¡Qué tonta eres!

La verdad es que la diferencia con el Gran Hotel era palpable. En el pueblo la vida se tejía en calles terrosas y fachadas recientemente arregladas. No importaba a qué lado de la calle dirigiese la mirada, pues en todas ellas había un cartel, una puerta abierta… o una persona esperando a acoger a los agüistas que llegaban. Fue curioso como en tan poco tiempo Mondariz Balneario se transformó, creando un mundo independiente. Estas aguas nos transformaron a todos, aunque entonces yo todavía no era consciente de ello. Muchos agricultores y ganaderos se convirtieron en pequeños empresarios para atender la creciente demanda de visitantes. Por cada carruaje elegante que se dirigía al Gran Hotel, había decenas de autos de línea descargando viajeros en los alojamientos más modestos. Fondas familiares como la de madre, hoteles de menor categoría, como el de los padres de Gabriel, y casas de huéspedes atendidas por vecinos que ofrecían no solo un cuarto, sino algo mucho más que eso: una bienvenida cercana y cálida, como si de un pariente lejano se tratara. Nada alejado de la realidad, pues lo cierto es que con muchos agüistas habíamos entablado una relación casi de parentesco tras recibirlos cada verano. Los sentíamos como parte de la familia.

Mis ojos se detuvieron en el hombre que estaba en la entrada del Hotel Francés. Su traje impecable, de lino claro, contrastaba con el brillo de sus zapatos oscuros. Llevaba un sombrero que se quitó con

un movimiento preciso antes de entrar con andares firmes. La escena se me antojó tan idílica que no pude evitar seguir soñando.

—¿Cómo será la vida fuera de aquí? —pregunté en alto—. ¿Qué se sentirá al colocar tus pertenencias en un pequeño baúl para ir a conocer otro lugar?

—Pues depende, porque no es lo mismo preparar el equipaje para ir de turismo que para empezar de nuevo en otro lugar.

Gabriel me miró y, tras un parpadeo fugaz, sentí cómo el mar que tanto echaba de menos se escapaba por su mirada.

—Lo siento, Gabriel, no quería…

—No pasa nada. —Me apretó la mano con un gesto suave—. Si no hubiésemos venido a este lugar, no nos hubiésemos conocido. Es solo que… lo echo tanto de menos…

Gabriel había nacido en un pueblo costero de Galicia, un poco más al norte de Mondariz. Su padre era el patrón de una embarcación con la que cada día salían juntos a faenar. Ya había perdido la cuenta de la cantidad de veces que me había contado la dureza de su trabajo y de como un día casi perdieron la vida en un naufragio. Aun así, lo echaba de menos. ¿Qué tendrá el mar? Me atrevería a decir que precisamente ese susto fue el punto de inflexión que cambió el rumbo de sus vidas. Fue su madre la que, obligada a cuidar a una tía lejana, les propuso trasladarse a Mondariz. Su pariente murió al poco tiempo. Era soltera, no tenía hijos y, como agradecimiento a sus cuidados, les dejó en herencia un pequeño hotel que tenía en propiedad. La fama de estas aguas cada vez era más sonada y, como ellos, cada vez eran más las familias que llegaban con un trabajo bajo el brazo. Todos queremos prosperar, pero no es fácil renunciar a aquello que, por mucho que

te quita, también te da. Y yo era plenamente consciente de que el mar era vital para Gabriel.

—Pronto lo conocerás. Es algo impresionante, Candela. Aquello no es como estas aguas tranquilas. Es bravo, como si las mareas bailasen. Además, no es solo el mar, sino todo lo que lo envuelve. Su brisa, su olor, su magnetismo…

—Ya lo conozco. Una vez estuve en Vigo.

—Pero allí es diferente. Créeme que no miento cuando te digo que no verás nada igual. Y ahora, con la llegada del ferrocarril, el camino será mucho más cómodo. Llegaremos a Vigo en un suspiro, y de ahí a Vila de Pazos hay poca distancia. A ver si son generosos con las propinas y cuando acabe la temporada puedo llevarte.

Nuestra conversación se frenó en seco por el sonido cada vez más cercano del motor de un vehículo. Nos giramos a la vez y vimos que se aproximaba desde el final de la calle. Una nube de polvo se levantaba del suelo como si este estuviese liberándose de sus malos humos. El traqueteo de las ruedas sobre la calzada irregular resonaba con más fuerza hasta que se detuvo delante de nosotros con un chirrido áspero. Varios viandantes se alinearon en las aceras, observando expectantes. Cuando las puertas se abrieron, el bullicio se adueñó del lugar.

Los empleados de los hoteles se apresuraron a acercarse, algunos con viseras bordadas con el nombre de sus establecimientos, vociferaban en alto las bondades de sus alojamientos. «¡Hotel España, habitaciones cómodas y bien atendidas!», «¡Hotel Continental, los mejores servicios para los agüistas!».

Los huéspedes con sus maletas de cuero miraban a su alrededor. Algunos ya tenían su destino claro y marchaban con paso seguro, mientras que otros dudaban durante unos instantes a quién entregar su equipaje.

—Esto me recuerda al Gran Hotel, ¿por qué no vamos a un lugar más tranquilo? —pregunté.

—Vamos a Troncoso, pero no te olvides de que aquí jamás vas a encontrar tranquilidad. Nosotros no somos agüistas.

La fuente de Troncoso, a diferencia de la de Gándara, estaba más apartada del bullicio del balneario. Allí las aguas se tomaban por la tarde, después de la siesta y antes de cenar. Para acceder había que abandonar el Gran Hotel y caminar por un sendero. Y eso era precisamente lo que lo hacía más atractivo para los huéspedes, porque la mayoría de los agüistas procedían de grandes núcleos de población, donde, como ellos decían, «la vida intelectual alteraba el funcionamiento de la biológica». Estaban tan poco acostumbrados a respirar aire puro que para ellos pasear a orillas del río Tea, rodeados de una vegetación pura y una brisa liviana, era como seguir haciendo terapia para sanar su alma. «Aeroterapia» lo llamaban.

Qué incongruencia, pensé. Podrían tener todo el dinero del mundo, sentirse privilegiados por pertenecer a una clase superior, pero… ¿de qué servía tanta riqueza si respirar aire limpio se convertía en algo excepcional para ellos?

Observar el paisaje ya invitaba al descanso. Al lado izquierdo del río se levantaba un templete de hierro forjado de donde brotaba el

manantial. Tenía una puerta de entrada y otra de salida. Dentro, una aguadora facilitaba los vasos de agua con la dosis recomendada para cada agüista, siguiendo en todo momento la preinscripción médica. El tiempo se consumía entre lamentos al aire y caminatas incesantes. Porque tras tomar las aguas convenía pasearlas, para que el cuerpo las asimilase mejor.

Supe que estábamos cerca porque escuché con claridad el surtir del agua, tan fresca y curativa. También porque en la entrada, como cada tarde, estaba él.

—Ahí está Lisardo, fiel a su cita —murmuré sin asombro.

Era un hombre ciego, de edad indefinida, con el rostro atravesado por unas arrugas incipientes que marcaban la profundidad de sus penas y una expresión templada. A pesar de la tristeza que desprendía, siempre estaba riendo, y cuando lo hacía tenía cara de pájaro simpático. Llevaba la misma vestimenta porque era la única que tenía: una chaqueta raída demasiado gruesa para la época del año y un pantalón que se escurría por su cuerpo delgado. En definitiva, era un empleado más del balneario, aunque con una tarea menos glamurosa.

Acostumbraba a llegar a primera hora de la tarde, en ese intervalo de tiempo en el que los rayos de sol son más oblicuos. Con su porte moribundo se colocaba en las inmediaciones de la fuente, sin entorpecer el paso de los visitantes, pero visible para no pasar desapercibido. Y ahí se quedaba de pie, apoyado en un largo cayado.

A pesar de que ejercía la mendicidad era muy querido tanto por el pueblo como por los forasteros. Tenía una peculiar forma de recaudar donativos: cuando le echaban una moneda movía la cabeza

y la parte superior del cuerpo hacia delante y atrás, constantemente, y no sé si debido a este movimiento continuo llevaba cuenta del tiempo que transcurría porque, cuando le preguntaban la hora, contestaba siempre con exactitud.

Nos detuvimos junto a él. Ya llevaba unas cuantas horas de trabajo. A nuestro alrededor, un grupo de niños cuchicheaba con la misma emoción de siempre.

—Lisardo, ¿qué hora es? —preguntó uno.

Sin detener el balanceo constante de su cuerpo, adelante y atrás, Lisardo respondió:

—*As sete e cinco*.

Los rapaces se miraron entre risas, se apartaron y al cabo de unos minutos, volvieron a repetirle la pregunta.

—Lisardo, ¿qué hora es?

—*As sete e dez* —contestó sin titubear.

Gabriel sonrió y negó con la cabeza.

—Nunca falla.

—Y además de verdad —afirmé.

Nadie sabía cómo lo hacía, pero siempre acertaba la hora, sin necesidad de reloj y sin poder ver el sol.

Mientras contemplaba el paisaje, una mujer bien vestida se acercó a él y dejó caer unas monedas en la mano. Lisardo detuvo su balanceo, enderezó la espalda y, con un chasquido de dedos, comenzó a cantar con voz ronca y animada.

—¡El real y medio, el real y mediooo! —entonó, marcando el ritmo con los dedos.

Todos nos reímos y aplaudimos al mismo tiempo. Él inclinó la cabeza con una leve reverencia y volvió a contonearse.

—Mira con qué poco está contento. Ya tiene para ir a la taberna y tomar un par de vasos de vino del país.

—Seguro —asentí mientras seguimos avanzando y su figura empezó a desdibujarse a lo lejos.

El río fluía indiferente al ir y venir de quienes lo rodeaban. En poco menos de media hora la fuente de Troncoso cerraría sus puertas; sin embargo, la cola no disminuía.

Había de todo: señoras con vestidos de telas ligeras que se abanicaban con elegancia, caballeros de sombrero y bastón con la paciencia propia de quien está acostumbrado a que le sirvan, y también campesinos y trabajadores, con ropas más modestas, esperando su momento de llegar hasta la aguadora.

Cabe decir que no todos los que allí aguardaban lo hacían por las bondades del agua. Entre la multitud, jóvenes del pueblo y niños descalzos ocupaban sitios en la cola hasta que alguien importante llegaba. Entonces, sin necesidad de intercambiar palabra alguna, se hacían a un lado con naturalidad y le cedían su puesto a cambio de unas monedas.

—Aquí tiene su turno, señor —dijo un muchacho, que se apartó con rapidez para dejar paso a un señor de pelo grisáceo y traje claro, que ni le dedicó una mirada antes de acomodarse en la fila.

Al final, en aquel lugar, como en cualquier otro, todos buscábamos lo mismo, sobrevivir. Por eso los más pudientes apenas aguardaban de pie. Compraban el tiempo con dinero mientras otros resistían durante horas.

Observando la fila que avanzaba con desgana, mi mirada tropezó con una figura pequeña, casi oculta entre los pliegues de la falda de

su madre. Me bastó un instante para reconocerla, y de repente un sudor de angustia humedeció mis sienes.

—Gabriel. —Le tomé del brazo y señalé con disimulo—. Mira, ¿ves a esa niña de ahí? Es Cecilia.

Gabriel enseguida la vio: era una niña menuda, de piel pálida y ojos enormes que parecían ocupar todo su rostro. Sus mejillas estaban hundidas, y aunque intentaba mantenerse erguida, se notaba que le costaba sostenerse en pie. Llevaba un vestido sencillo, algo gastado, y el pañuelo que su madre le había anudado al cuello parecía demasiado grande para ella.

—Llegó esta mañana a la fonda de madre —dije conteniendo un suspiro—. Su historia me conmovió desde el momento en que cruzaron la puerta de nuestra casa. Son tan pobres que vendieron su única vaca para poder llevarla al médico. Tenían la esperanza de que alguien encontrara un remedio para su enfermedad, pero nada funcionó. Se quedaron sin dinero, sin recursos y sin salud.

—¿Y su padre? —preguntó en voz baja.

—Está con la otra hija, su hermana gemela, pero no se parecen en nada. La hermana de Cecilia está fuerte y saludable.

Este lugar está lleno de contrastes. El lujo y la miseria, la vida y la muerte, el blanco… y el negro. Pero eso también es Mondariz.

El sol se había ido apagando poco a poco, tiñendo el cielo de tonos cálidos primero, luego de un azul profundo, hasta que la oscuridad lo cubrió todo. Algunas parejas caminaban despacio. Otras permanecían de pie, susurrándose palabras que, probablemente nunca pronunciarían a la luz del día. Había quienes se despedían con un beso rápido y quienes, entrelazando los dedos con cuidado, se

aferraban a la ilusión de convertir en eternas la fugacidad y la intensidad que tienen los minutos robados.

Frente a nosotros se cruzó una pareja peculiar. Ella era una mujer robusta y magnética. Me quedé observando su imponente figura de curvas pronunciadas que ocultaban una belleza amable. Llevaba el cabello recogido en un moño sencillo con unos rizos rebeldes que se escapaban sobre la frente. La acompañaba un hombre delgado, de rostro serio y bigote espeso que parecía contener cualquier emoción que se escabullera de su boca. Parecía tímido y solitario. Hablaba poco, pero la escuchaba mucho.

—Fíjate en estas aguas, tanta ciencia, y aquí venimos a este Mondariz milagroso, desde los ilustres enfermos hasta los más descalabrados de la inteligencia española, sometidos a una violenta producción cerebral, arrastrados desde cualquier punto de la península, incluso del mundo, para suplicarle a esta naturaleza que nos dé alivio.

—La mejor virtud reside en la naturaleza misma —contestó él.

—¡Qué llegada más angustiosa! Lo primero que he visto al llegar ha sido a Pío Baroja. Jamás he visto a un espíritu tan hosco y desdeñoso con cuanto no es su propia sombra.

—Tiene su carácter.

—Lo que le pasa es que no tolera que una mujer escriba y lo haga mejor que él. Porque no nos engañemos, su desdén no es literario, sino masculino. Y ya estoy harta de intelectuales que se creen dueños del pensamiento solo porque son huraños y tienen el hígado enfermo.

Su interlocutor suspiró sin ánimo de discutir. Al escuchar su conversación no pude evitar soltar una carcajada, que hizo que

nuestra presencia tampoco pasase desapercibida para ella. Nuestras miradas se cruzaron, y se creó un ambiente de misterio porque cuando un trasnochador se cruza con otro trasnochador entre ellos se respira cierto aire de desconfianza.

—¿Quiénes son? —quise saber.

—¿No la conoces? —preguntó con asombro. Es Amalia Prado, la escritora. Es una gran amiga de don Alfonso. Y él… Benedito Vélez, otra pluma reconocida. Llegaron los dos esta mañana. Supongo que entre ellos se entenderán.

—Parece una mujer con carácter.

—Ya lo verás cuando empiece a escribir en *La Temporada*.

3

Los primeros días transcurrieron sin sobresaltos, y eso, para mí, ya era motivo de alivio. Como solía decir Elena, cuando nada ocurre, suele ser señal de que todo marcha bien.

Esa mañana fui especialmente puntual. Estaba ansiosa por descubrir a quién atendería en la habitación que se me había asignado. Advertí de mi presencia con un golpe suave sobre la puerta nacarada. El silencio sepulcral desde el otro lado fue el preámbulo que me invitó a pasar.

Llevaba el cepillo en una mano y un cubo con un trapo en la otra, lo que me permitió equilibrar el peso y caminar erguida. Cuando abrí la puerta su presencia inesperada me frenó en seco.

Estaba de espaldas, sentada en el mismo sillón en el que yo misma había reposado mi imaginación días atrás. Su cabello castaño claro lucía libre sin las ataduras que lo sujetaban a la cabeza. Su mirada navegaba perdida a la deriva por el ventanal que marcaba un horizonte infinito para aquellos ojos que se sienten cansados de soñar.

—Disculpe, no esperaba encontrar a nadie. Pensé que la habitación estaría vacía, tal y como me habían dicho.

—Acércate —contestó con un hilo débil de voz—. Me vendrá bien un poco de compañía.

Su timbre apagado me hizo dudar.

—No se preocupe, señora, no tardaré y tampoco la molestaré.

Me hallaba dedicada a mis tareas cuando ella comenzó a proyectar en voz alta sus pensamientos, como si quisiera liberarse de esas palabras que la atormentaban.

—Llevaba meses esperando a que se inaugurase la temporada. No veía el momento de estar aquí. Mi querido Ramiro quería esperar un poco más, pero yo necesitaba empaparme de estas aguas cuanto antes. Dicen que pueden curarlo todo… —musitó.

Desvié la atención del suelo para contemplarla de reojo. Seguía inmóvil frente a la ventana, con el rostro perdido en la nada y los brazos en cruz.

—No lo dude, todo el mundo viene con esperanzas a este lugar.

Se giró hacia mí lentamente, no sé si motivada por mi respuesta o por las ganas de descubrirme en persona.

—¿Crees en los milagros? —sonaba melancólica.

Su curiosidad me pilló desprevenida. Al ver su rostro tan dulce y encogido, sentí la enorme responsabilidad de ofrecerle la respuesta que su mente reclamaba.

—Creo que el buen trabajo es más efectivo que confiar el destino a un milagro —acerté a responderle con franqueza.

—Tal vez tengas razón. Aunque hay cosas que ni el esfuerzo ni la perseverancia pueden lograr. Por eso las personas tenemos la mala costumbre de aferrarnos a la agónica espera de un milagro. Como si este fuese el salvavidas que necesitamos para salir a flote de la triste realidad que nos rodea en esta ardua y difícil tarea que es vivir. ¿Qué sería de nosotros sin esperar que nada ocurra?, ¿que nada cambie?

»¿Sabes? Llevo años intentando tener un hijo. Hemos hecho de todo: recorrido ciudades, países enteros, visitado a los mejores médicos. Y también he probado todo tipo de remedios, más de los que imaginé que existían, pero nada funciona. ¿Te puedes imaginar mi desdicha? No hay mujer más desgraciada que la casada sin hijos.

Era esbelta, de tez fina y ojos almendrados. Supuse que, en algún momento, bajo su nariz, lució una sonrisa curva que ahora se dibujaba plana en su rostro lineal, tal vez por el peso de escuchar su tormento. Sus palabras me compungieron.

—Discúlpame, muchacha; te he abierto mi corazón y ni siquiera te he dicho mi nombre: me llamo Loreto de Icaza.

Me miró, pero rápidamente sus ojos se colmaron de lágrimas.

Sabía que mi trabajo no era hablar con los huéspedes, sino servirles. Pero al oír su confesión tan pura y llena de vida, sentí la necesidad de ofrecerle lo mejor que tenía. Mi empatía.

—Este lugar no la decepcionará, señora. Le aseguro que he visto como muchos enfermos encontraron en estas aguas la cura a todos sus males… ¡Oh, perdone! No quiero decir que usted padezca ningún mal.

—Nadie es más consciente de ello que yo.

Un silencio corto pero preciso marcó un paréntesis entre nuestras miradas. En ese instante cayó el velo que la cubría y su alma quedó desnuda.

—He tenido recepción con el médico y tras un amplío chequeo me ha dicho que estoy sana, que no hay nada que me impida concebir. Pero no puedo más que castigarme por esta desdicha. No entiendo por qué Dios me castiga a mí, fiel devota, de esta manera —sacudió la cabeza—. Don Emilio me ha pautado un tratamiento

con las aguas. Debo beberlas a unas horas muy concretas, pasear e incluso tomar baños termales. También debo seguir una dieta estricta y un descanso prolongado. Sé que estas aguas han hecho milagros, ahora solo falta que se obre el mío.

—Confíe en que así será, señora. Aquí la gente viene con penas y se va con alivio.

La vi tan rota y tan vulnerable que no pude evitar poner la mano sobre la suya. Quise transmitirle aliento, fuerza, tranquilidad. Ella se quedó petrificada observando mi gesto, y de pronto sentí alivio al notar que sus ojos fulguraban lentamente con un brillo más blanquecino.

—Tienes toda la razón, tal vez lo que necesite sea una dosis mayor de comprensión y no tanta de culpabilidad. Disculpa mi atrevimiento, pero necesitaba desahogarme. No puedo hacerlo a menudo, y esta angustia me está matando por dentro.

—Si me permite un consejo, no espere un milagro, convénzase de que no lo necesita, su propia naturaleza le dará ese ansiado regalo cuando deje de pensar en ello.

—Gracias por escucharme. Ahora empiezo a sentir que de verdad este lugar puede curar mis problemas. Por cierto, aún no sé tu nombre.

—Candela. Ha sido un placer conocerla. Si no necesita nada más, debo ir a la cocina.

Así comenzó mi amistad con Loreto. Y así fue como el primer día incumplí la norma más importante: la de no establecer ningún tipo de vínculo con los huéspedes. Sin embargo, en esa prohibición encontré una de las lecciones más valiosas de la vida: no juzgar a los demás por sus apariencias.

Hay algo mágico en ese momento en que un desconocido nos abre su corazón y nos deja entrar en su mundo sin garantías ni certezas de que entendamos su dolor. Y Loreto lo hizo sin miedo. Comprendí que a veces la mayor muestra de valentía es permitir que otro vea las grietas por donde se escapa nuestra esperanza.

Supuse que a esas horas ya habrían terminado de servir el desayuno en el comedor. Me evaporé por las escaleras como si fuese un fantasma. Esos peldaños discretos se habían convertido en mi pasadizo secreto.

El eco de mis pasos resonó solitario según descendía por los escalones que me trasladaban a la cocina. El ambiente estaba impregnado de un aire místico, impropio de los fogones. No se escuchaban órdenes apresuradas, tampoco el golpeteo seco de los cuchillos sobre la madera ni el tintineo de las cucharas contra las cacerolas. Lo que bullía al otro lado era un murmullo de voces desordenado, que se volvía más claro a medida que me acercaba.

Al lado del mueble donde se guardaba la vajilla me encontré a Elena con Adriana y Alicia, mis otras compañeras. Estaban de espaldas a mí, inclinadas ligeramente hacia delante mientras hablaban con los camareros, Daniel, Manuel y Andrés. Tenía suerte con ellos, hacíamos un buen equipo.

Manuel fue el primero que se percató de mi presencia; después lo hizo Elena, quien se giró sobre sus talones para analizarme de arriba abajo.

—Como siempre —dijo—, no sé dónde demonios estabas, pero da igual, no quiero saberlo. Sea donde sea que hayas estado, llegas

justo a tiempo.

—¿Qué iba a estar haciendo? La habitación —contesté con firmeza.

—¿Todo este tiempo? —alzó la ceja escéptica.

Asentí sin dudar.

—Mientras tú estabas con una sola habitación, yo hice todas las que me correspondían, serví el desayuno y aún me sobró tiempo.

—¿Para qué llego a tiempo? —traté de desviar la atención.

—Para leer *La Temporada* —dijo arrebatando los papeles que Alicia sostenía en las manos—*.* Daniel acaba de coger un ejemplar del recibidor. —Lo agitó en el aire, como si fuese un trofeo—. Esto sí que está recién salido del horno.

Siempre le gustaba llevar la voz cantante. En verdad, más que gustar, creo que lo necesitaba, con el tiempo entendí el porqué.

Cómo olvidarlo. Era domingo, y no un domingo cualquiera, sino el primero del mes y de la temporada. Y eso significaba que el primer número de *La Temporada*, el folleto del Gran Hotel, ya se había publicado. Parecía un simple papel, pero era mucho más que eso. Era, como decirlo, el escaparate del balneario, la imagen que este ofrecía al mundo. Solo se repartía entre los huéspedes para que estuvieran informados sobre todo cuanto acontecía dentro de estas paredes. En él escribían las mejores plumas, también colaboraban políticos y personalidades distinguidas de la sociedad. Había artículos sobre historia, cultura, medicina… La primera página se reservaba para lo más destacado, mientras que en las demás se anunciaban los espectáculos, los menús, los visitantes ilustres, así como consejos sobre higiene o recomendaciones prácticas para los agüistas.

Leerlo era saber cómo iban a sonar nuestros días. A través de esas líneas nos imaginábamos los bailes, los conciertos, las cenas… Era un modo de anticiparnos a las veladas, y, por qué negarlo, de perderme entre esas páginas era como si me asomase a un escenario con el telón aún bajado. Fantaseaba con los vestidos de gala acariciando el suelo de mármol, el tintineo de las copas al brindar y los suspiros que se ocultaban tras los abanicos de encaje. Era un juego que me permitía mover las cartas antes siquiera de que comenzase la partida.

—Venga, Alicia, haz los honores —sugirió Elena devolviéndole el ejemplar.

Pero Alicia se quedó inmóvil con el folleto temblando en las manos. Sus labios se entreabrieron, pero ninguna palabra salió de ellos. No hizo falta que dijera nada, supe por su mirada llena de telarañas que no sabía leer. Me acerqué a ella con suavidad, rompiendo la armonía del círculo, y apoyé la mano sobre la suya.

—Si quieres lo hago yo.

—Dejaos de tanta pamplina, yo me encargo. —Elena le arrebató el papel y leyó en voz alta:

LA TEMPORADA EN MONDARIZ

Al viajero que regresa a este rincón privilegiado de la geografía gallega le bastará con recorrer el amplio camino flanqueado por imponentes árboles centenarios para sentirse transportado a un mundo aparte, surgido del sueño de un pintor romántico.

En el corazón de este edén se alza con elegante presencia el Palacio del Agua. Su monumental arquitectura le ha valido el sobrenombre de Escorial Gallego, aunque, lejos de la solemnidad austera de la obra de Felipe II, en sus

muros habitan la alegría, la promesa de bienestar y el sosiego de quienes buscan restaurar cuerpo y alma.

Con el inicio de una nueva temporada, nos embarga una profunda satisfacción por la dicha de anunciarles que este año nos recibe con notables mejoras que, estamos seguros, serán de su agrado.

Para conectar este paraíso verde con el bosque, se ha erigido una majestuosa escalera diseñada por el renombrado escultor Lorenzo Coullaut-Valera. Y porque el clima no debe ser un impedimento para el esparcimiento, hemos acondicionado un paseo cubierto que permitirá a nuestros huéspedes disfrutar de su estancia incluso en los días lluviosos.

El Departamento de Recreo ha sido ampliado y distribuido en cinco salones, cada uno concebido para distintos gustos y necesidades. El salón de fiestas, corazón de nuestras veladas, cuenta con un hermoso escenario donde se celebrarán representaciones teatrales y conciertos. A su alrededor se ha diseñado una galería para quienes desean disfrutar de los espectáculos sin verse inmersos en la algarabía.

Los cuatro salones restantes ofrecen una variedad de opciones para el entretenimiento y el descanso. Dos de ellos han sido destinados a la lectura y la escritura, separados para damas y caballeros, brindando un ambiente sereno y propicio para la reflexión. Otro salón ha sido acondicionado para los amantes del billar, mientras que el último acoge juegos como el tresillo, el bésigue, el ajedrez y las damas.

En el gabinete de lectura de señoras se ha dispuesto un pequeño altar donde podrán recogerse en oración, rezar el rosario o cumplir con sus devociones.

El Departamento Hidroterápico, piedra angular de nuestra institución, ha sido objeto de una atención minuciosa para dotarlo de los más modernos adelantos recomendados por la ciencia. Se ha organizado en tres áreas especializadas: la de duchas, la de baños de asiento y la de pulverizaciones e inhalaciones. Además, dispone de cuartos para baños generales e higiénicos, tanto de agua mineral como de agua dulce. La variedad de duchas se ha ampliado para atender a cada necesidad: de lámina de espita, de regadera, de lluvia de alta presión, circulares, de ligera presión y muchas más, garantizando así mayor eficacia en los tratamientos.

El avance no se ha limitado a nuestras instalaciones, pues también celebramos los beneficios que traerá la reciente inauguración del ferrocarril eléctrico, cuyo primer tramo ya une Vigo con El Porriño y, en poco tiempo, llegará hasta nuestra casa.

Por todo ello nos invade un legítimo orgullo al recibir a nuestros huéspedes en esta nueva temporada de 1920, con la convicción de que encontrarán en Mondariz un refugio donde la naturaleza, el descanso y la ciencia se conjugan para brindar el bien más preciado: la salud.

Sean bienvenidos al Palacio del Agua.

El director del balneario,
ALFONSO OZORES

Elena levantó la vista del papel para explorar nuestras caras buscando una reacción.

—Bueno, ¿y qué me decís?

—Mucho bombo y platillo. Aquí parece que vivimos en un palacio encantado y no en un hotel donde a algunos nos toca trabajar hasta dejarnos las manos en carne viva —dijo Manuel.

Adriana asintió con la cabeza.

—«Refugio de bienestar y descanso»… Para ellos. Para nosotros es puro agotamiento.

—Estoy de acuerdo con lo que apunta sobre la pasarela, ha quedado preciosa —dije—. Antes ese espacio estaba más descuidado. Ahora luce muy bonito.

—Mucha floritura, pero a nosotras nos ha tocado frotar con tanto ahínco que cualquier día me encuentro abrillantando las patas de las sillas con la lengua —añadió Adriana.

—Y ¿qué opináis de la galería? —intervino Manuel con una media sonrisa—. Qué fino lo dicen, ¿eh? Vamos, que han hecho un rincón

especial para los estirados que no quieren mezclarse con los que sí saben divertirse.

Elena se llevó una mano al pecho y puso voz afectada:

—Oh, querido Manuel, no me hables tan alto, que desde la galería exclusiva pueden oírnos y desmayarse del susto con nuestras impertinencias.

Las carcajadas estallaron.

—Y lo del altar en la sala de lectura de señoras…

—Será para que se rediman de sus pecados de lectura, no vaya a ser que se entretengan demasiado con alguna novela francesa y se olviden de sus benditas novenas y de rezar el rosario.

—Oye, y lo del ferrocarril… —terció Andrés para suavizar el tono de la conversación—. Eso sí que será una ventaja. Cuando llegue hasta aquí, todo será más fácil para los viajeros.

—Y para nosotros también. ¿Te imaginas poder ir a Vigo sin tener que pasar por esas carreteras infernales? —añadí.

Elena suspiró y apoyó la barbilla en la palma de la mano.

—Entre jardines, paseos cubiertos, veladas y baños con más tipos de duchas que estrellas en el cielo, a una le dan ganas de ser huésped en vez de empleada. No sé qué hago trabajando, si yo nací para ser rica.

—Ja, ja, ja. Eso lo llevas claro —dijo Daniel—. A menos que seas capaz de cautivar con tus encantos a algún solterón con título, vas a seguir sacudiendo almohadas el resto de tu vida.

Elena le tiró un paño de cocina a la cara y a continuación le dedicó un gesto de burla.

—Mira, pues me acabas de dar una idea.

—Venga, déjate de pamplinas y sigue leyendo.

—A ver, ¿por dónde iba? —preguntó mientras buscaba con el dedo la última línea donde se habían detenido sus ojos—. Ah, sí. Aquí. Sección religiosa. «Todos los días se reza el santo rosario a las diez menos cuarto de la mañana y a continuación tiene lugar la celebración de la santa misa a cargo del señor Xosé María Vilar, ejemplar sacerdote, cuyos méritos sociales e intelectuales corren acorde con sus sencillas virtudes…». Mira qué bien, ahora ya sé quién me puede librar de mis pecados.

—No seas tan burlona —advertí—. Aquí el cura es junto con el médico una de las personas más respetadas.

—Todos los curas son iguales —respondió Elena con un tono cortante.

—Chsss, cállate —apremió Adriana—. Este lugar es muy devoto.

—Ave María Purísima —contestó mientras se persignaba—. Bueno, a ver. Vamos a seguir con esta maravillosa lectura. «Desde el día 1 de junio se encuentran en este balneario don Ramiro de Icaza y señora, don Gonçalo da Sousa junto a su consorte Bruna, doña María Soutelo, el marqués don Víctor de Olivares y esposa, y don Guillermo de Fonseca, señora e hijos». ¿Sigo?

—A mí como si me hablas de barcos…, no conozco a nadie —dijo Adriana levantando los hombros.

La verdad es que a mí tampoco me sonaba ningún nombre, más allá de aquellos huéspedes que había conocido.

—Lee la sección de espectáculos —sugerí.

Elena recorrió el folleto con su vista ágil y compartió con nosotros:

SECCIÓN DE ESPECTÁCULOS

El concierto que ejecutará hoy en el salón de fiestas el cuarteto formado por profesores de la orquesta sinfónica de Madrid.

1.ª PARTE

Egmont – Beethoven
Pase Pied – Guillet
Cavatina – Raff

2.ª PARTE

Conciertos en el parque:
La banda del Balneario de Mondariz amenizará los paseos
en el parque el martes desde las diez y media a las doce y media
de la mañana, y el viernes desde las seis y media de la tarde
a las ocho y media de la noche.
Martes: El Gallito, *pasodoble.*
O tio xan, *muiñeira*

—¿Os vais a poner de punta en blanco para ir a escuchar a la sinfónica de Madrid? —preguntó Elena, agitando el papel en el aire como si fuera un abanico.

—¿Tú no? —contestó Daniel con sorna—. Yo ya me imagino sentado en el salón de fiestas, entre condes y marquesas, con mi copa de champán en la mano.

—Más bien con una bandeja y la espalda encorvada, que es lo que te toca —remató Adriana, haciendo un gesto como si sirviera una copa invisible.

—Pues a mí me encantaría escuchar la música de cerca —confesé.

—No la romantices. Si solo tocan para que los huéspedes no duerman la siesta y así su organismo facilite la digestión. Con suerte podrás escuchar la *muiñeira* del viernes en el parque.

—¡Eso! —exclamó Andrés—. No hay nada como un buen *folclore* para animar el cuerpo.

Las últimas palabras se mezclaron con el eco metálico repentino de una cacerola que alguna mano debió golpear sin querer. Aquel estruendo fue la señal para que cada uno retomara sus tareas antes de que nos descubrieran murmurando en las cocinas.

Ese día nació la costumbre de leer *La Temporada* juntos. Cada domingo a la misma hora, nos reuníamos para descifrar sus páginas. Lo hacíamos por curiosidad y diversión, pero con el tiempo nos dimos cuenta de que aquello nos daba conocimiento. Y la información, aunque entonces no lo supiéramos, era poder. Un poder que terminaría cambiándolo todo.

El día pasó con la misma rapidez con la que Elena nos había leído ese primer número de *La Temporada*.

Había ido al pequeño almacén, ubicado entre el pabellón de hidroterapia y el despacho de don Emilio, el médico, para dejar un juego de toallas recién dobladas. Me apresuré a colocar el montón sobre una de las estanterías, las alisé con la palma de la mano y salí.

Avanzaba con paso ligero, inmersa en la inercia de la jornada. Todo parecía estar en su sitio vibrando acorde al ritmo pausado y elegante del balneario.

Fue entonces cuando sentí un leve crujido antes de pasar por su consulta. Me detuve a escasos centímetros de donde el marco de la

puerta marcaba el umbral de su territorio. En el Gran Hotel, como en la vida misma, las distancias se respetaban. Los límites no se cruzaban, o al menos eso pensaba, porque a veces basta con un leve soplido para desdibujarlos.

Me quedé quieta al percatarme de que la puerta se abría lentamente. Escuché dos voces, no pude distinguir las palabras, pero sí sus vibraciones. La primera era cálida y pausada. La otra era rasgada y masculina, y no dejaba espacio a dudas. Quien hablaba era don Alfonso.

Enseguida la puerta se abrió de par en par. Cuando me vieron ni siquiera se inmutaron. Tampoco tenían motivos para hacerlo: estaban más que acostumbrados a encontrarse con el personal de servicio danzando como sombras invisibles por todos los rincones. Y yo solo era una más, una de tantas. Me giré al tiempo para ver como don Alfonso aceleraba el paso para doblar la esquina del pasillo que conducía al vestíbulo. Su silueta se disolvió y yo, embriagada por una curiosidad loca, decidí hacer lo mismo.

Aceleré el paso, y cuando estaba a punto de alcanzarlo un rostro femenino se cruzó en mi camino. Resoplé con un bufido, todo eran obstáculos que me impedían llegar a él. Su aparición repentina no me dejó más opción que disimular.

—Un gusto verle de nuevo, don Emilio. Tenga, esto es para usted. —La mujer estiró el brazo para entregarle un pequeño saco.

Ahí todavía no sabía que esa mujer era María Soutelo, una curandera, ni que su estancia en el Gran Hotel corría a cargo del director del balneario a cambio de recomendar sus «milagrosas aguas» como remedio para purificar las almas y curar los males.

—¿Qué me ha traído esta vez? —preguntó el médico, desenredando el nudo que impedía revelar lo que había en el interior.

—Un poco de aquilea para los que cargan demasiadas preocupaciones. Un poco de hipérico para iluminar a los que han dejado que la tristeza eche raíces en su alma. Y lavanda, que siempre es buena compañera para el descanso.

Él cogió una de las ramitas y la frotó con las palmas de las manos para acercarla después a la nariz y oler su aroma.

—Siempre me ha fascinado cómo la naturaleza es capaz de abastecernos de todo lo que necesitamos —afirmó y María esbozó una leve sonrisa.

—La naturaleza nos susurra, pero a veces estamos demasiado sordos para escuchar su latir. Ustedes los médicos tratan el cuerpo, pero se les olvida que el alma también enferma. Y a veces lo único que un enfermo necesita son unas manos que guían, unos oídos que escuchan y un poco de fe.

—¿Y qué te crees que tienen estas aguas?

—Buena fama.

—Se equivoca. Además de eso tienen minerales, propiedades terapéuticas y, por supuesto, mucha ciencia.

—Dirá usted lo que quiera con sus historias científicas, pero uno no puede estar sano si tiene el alma enferma.

Don Emilio dejó escapar una leve mueca.

—Ahora entiendo por qué Alfonso la invita todos los años.

—Porque soy buena para los negocios. No lo olvide… No hay mejor remedio para el enfermo que un lugar donde creer en la curación.

Su conversación fue tan efímera como su encuentro.

Seguí caminando. Todavía no me había dado tiempo a girar en la esquina cuando la presencia oscura de don Alfonso emergió de la nada, como si me esperara allí desde el principio. Sus ojos fríos y afilados como una navaja se clavaron directamente en mis pupilas. Me observaba con fijeza. ¿Lo había estado haciendo todo este rato?

La sensación de que había cruzado un límite, de esos que antes creía inquebrantables, se hizo insoportable. ¿Me estaba obsesionando? No sé si era algo real o solo imaginario. Lo conocía desde hacía años, y aunque le estaba muy agradecida por haberme dado la oportunidad de trabajar en el Gran Hotel nunca había sido una persona de mi agrado. Sus comportamientos no correspondían a lógica alguna, y eso era lo que me hacía desconfiar y obsesionarme con él.

Cambié el rumbo para disimular que lo seguía y, en vez de girar a la izquierda, lo hice en sentido contrario. Llegué a la terraza notando como su mirada todavía ardía en mi espalda. Luego me coloqué detrás de una de las columnas laterales. Me llevé las manos a la espalda y sentí el frío de la piedra inyectándose en mi piel.

Los árboles estrenaban un vestido de un verde intenso mientras los rayos de sol se filtraban por las sombrillas de encaje de las damas que paseaban contoneándose, deseosas de recibir piropos de los jóvenes galanes que golosineaban con los ojos.

En el centro del parque se desplegaba un precioso quiosco de hierro forjado blanco, desde donde los músicos amenizaban el paseo. Esos aires vibrantes cubrían los cuchicheos más íntimos de las parejas que caminaban agarradas y entrelazándose también con la mirada.

Un paraíso abierto para pocos, una puerta cerrada para la mayoría.

El aire liviano trajo consigo un olor a perfume intenso que se subió a mi cabeza. Con un gesto suave la giré y descubrí a unos palmos de distancia a dos elegantísimas mujeres charlando con la tranquilidad de quien se siente también dueña del tiempo que se consume a su alrededor.

La que aparentaba más edad sujetaba entre las manos, adornadas con finas joyas que refulgían cuando el sol impactaba en ellas, un ejemplar de *La Temporada*. La otra se abanicaba con delicadeza, dejando que la brisa se llevara sus arrogantes humos.

—Querida, anoche estabas deslumbrante. ¡Qué buen gusto tienes para elegir tus vestidos!

—¡Gracias, Elisa! Me alegra que lo hayas notado. Siempre has tenido criterio para identificar la elegancia. Lo compré en una de las boutiques del balneario —afirmó saboreando aquel halago.

—La próxima vez que vayas de compras, te ruego que me avises. Nada me gustaría más que acompañarte.

—Me parece una idea espléndida, pero solo con una condición…, a cambio, me acompañarás al críquet.

—Está bien, pero cuando bajen las temperaturas. Vengo aquí a recuperar el espíritu, no a sofocarme más de lo que estoy durante el año.

—Bueno, ya sean actividades urbanas o deportivas…, no te olvides de que aquí la más importante es la de ver… y sobre todo ser visto —afirmó con un gesto cómplice.

—No habrá nada más elegante que presumir de la compañía de la marquesa de Olivares, Inés. Por cierto, ¿cómo es que habéis

venido tan pronto? Te confesaré que no os esperaba hasta agosto. Las Cortes permanecen abiertas y la familia real continúa en Madrid.

—Lo mismo me pregunté yo al verte a ti. No esperaba encontrar a nadie conocido tan temprano.

—Ha sido decisión de mi marido. Como siempre… insistió en adelantar la fecha. Estaba consumido por el ritmo frenético del trabajo. Necesitaba respirar un poco de aire puro. Y, para serte sincera, yo también. Ya sabes que toda mi vida he vivido en La Coruña. Y allí es más apacible…. Desde que nos mudamos a Madrid, todo ha adquirido un ritmo diferente. —Su voz se apagó y la nostalgia se apoderó de su rostro.

—Te entiendo.

—Imagínate cómo está Guillermo… —prosiguió Elisa bajando la voz—. Con tanta huelga no tiene descanso. No sé qué es lo que está haciendo, pero sea lo que sea, lo está desgastando. La industria textil es un campo de batalla ahora mismo. Entre las reivindicaciones obreras y los movimientos sindicales, está más agitado que nunca.

—No me extraña —murmuró Inés—. Yo también necesito un poco de sosiego. Pero no te negaré que fue una decisión inesperada. Este año ha sido tan turbulento que no descarto tomarme otro descanso en agosto.

—¡Dios mío! —exclamó de pronto la marquesa de Olivares.

—¿Qué sucede?

Inés aprovechó el ejemplar de *La Temporada* para cubrirse el rostro y mirar de reojo a Elisa para indicarle el motivo de su exclamación.

—Por favor, qué mal gusto. ¿Dónde cree que está, en un balneario o en una feria provinciana?

—¡Esas mangas! —murmuró Inés.

—Y esa falda… —añadió Elisa con un gesto de horror.

—Ese color tan llamativo me produce jaqueca —replicó Inés llevándose la mano a la sien.

—No hay peor enemigo para la elegancia que la ostentación mal entendida.

—Desde luego, algunas mujeres confunden la modernidad con la falta de gusto. Pensaba que aquí en Mondariz las cosas iban por distinto rumbo, pero veo que en todos los lugares hay excepciones. Algunas quieren presumir de parisinas y lo único que demuestran es vulgaridad al usar encajes por cualquier motivo. Con lo fácil que es escoger un buen traje —opinó Elisa.

—Y sin esas alhajas estridentes, por favor —recalcó la marquesa —. ¿Para qué se cubre con tantas joyas? Parece como si estuviera en Montecarlo en vez de en un lugar de descanso.

Elisa dejó escapar una risita contenida.

—Demasiado estridente incluso para Montecarlo. Tal vez piense que estamos en Normandía, donde hay que cambiarse tres veces al día.

—Pero mírala… —dijo la marquesa, bajando el abanico, dejando entrever su mirada desbordada de bilis—. No solo camina como si no le importara, sino que lo hace al ritmo de la música, ¡qué desfachatez, y qué ordinaria!

Descubrí que la mujer de la que estaban hablando era Bruna da Sousa. Ella, ajena a todo, paseaba solitaria y sin ningún tipo de complejo al ritmo de la música. No pude evitar sonreír al verla.

—Fíjate en su cabeza. Además de ordinaria…, con sombrero. No sabe que debe quedarse en la percha, en el baúl o en el armario.

Solo sirve para el viaje, para las jiras o para viajar en carruaje cubierto. Qué poca cultura, por favor —recalcó Inés.

Ambas se quedaron calladas mientras la miraban de arriba abajo.

—¿Hay que desafiar los rayos de sol? La sombrilla se encargará de pararlos. ¿Llueve? El paraguas ofrecerá refugio —añadió.

—Ahora que has mencionado los sombreros, querida. He visto uno en los almacenes Villa de París que me ha encantado para el viaje de vuelta.

—Una de las mejores tiendas de Madrid, sin duda, en el Balneario de Mondariz. ¿Dónde sino? Eso dice mucho del lugar en el que estamos.

—Por supuesto, aquí las compras también se hacen bajo la más *luxurious condition of quietness and comfort* —dijo la marquesa.

Muy cerca de Bruna, a su derecha descubrí a Loreto. Acariciaba las mejillas de un niño mientras intercambiaba palabras con la que, supuse, sería su madre. Su gesto destilaba tanta pena como ternura.

Un poco más alejado de ellas estaba Gabriel, con su mirada tranquila y su rostro templado, llenando aquel paisaje de una atmósfera de calma. Sonreí al contemplarlo. Se había encaramado a un árbol. Movía la mano con delicadeza entre las hojas hasta alcanzar una de las flores más altas del magnolio. La arrancó con suavidad y emprendió el descenso.

Desde abajo una joven dama vestida con encajes claros lo observaba con las manos entrelazadas, como si estuviese esperando a recibir la flor para completar su esplendor. A su lado, un hombre robusto con un bigote impecable sostenía un par de monedas en la mano.

Cuando Gabriel dejó caer la flor en la palma de la mujer con un gesto elegante, el hombre se las entregó sin mirarlo demasiado y ambos se marcharon.

Salí del escondite desde el que lo observaba y lo sorprendí mientras se secaba el sudor de la frente. Cuando me vio trepó de nuevo para recoger otra flor para mí.

—Toma… Delicada pero firme y majestuosa, como tú.

Enseguida me perdí en su olor mientras me la colocaba con suavidad detrás de la oreja. La vida tenía esa belleza efímera. La certeza de que, aunque se marchitase, el recuerdo de aquel instante permanecería intacto para siempre.

—Estás preciosa, luce más en tu oreja que en el propio árbol del que brota —dijo antes de besarme—. Por cierto, tengo que contarte una cosa. He hablado con don Alfonso.

—¿Sobre qué?

—Sobre trabajar en la imprenta. Me he ofrecido a hacerlo por el mismo jornal, sé que sería mucho más trabajo, pero me gustaría tener la oportunidad de rodearme de letras, en vez de plantas.

—¿Y qué te ha dicho?

—Por ahora nada, pero creo que ha sido una conversación fructífera. Ya sabes que don Alfonso, si le ofreces doble de trabajo por el mismo precio, acepta con facilidad. Tal vez el año que viene lo consiga.

Nuestra conversación transcurrió mientras caminábamos entre los árboles imperiosos y aquellas flores que él mismo había cultivado con el mismo mimo con el que me cuidaba a mí también.

—Parece que viene tormenta —dijo señalando al cielo.

Las nubes lucían densas y el cielo comenzó a apagarse, como si de repente hubiese corrido un tupido telón para absorber la luz y dejarnos más intimidad.

Las primeras gotas de lluvia tropezaron sobre mi nariz. Ese aviso tímido, casi juguetón, pronto se convirtió en una fuerte tromba de agua que nos pilló totalmente desprevenidos. Miré hacia la terraza. Los huéspedes corrían despavoridos para resguardarse. Nosotros lo hicimos en un pequeño cobertizo que se encontraba en uno de los laterales del jardín, custodiado por dos grandes árboles.

Cuando abrió la puerta, nos envolvió un olor a madera húmeda. Tenía la respiración entrecortada por la carrera improvisada y la ropa pegada a la piel. El agua brotó también de nuestros ojos, porque cuando nos vimos tan empapados no podíamos dejar de reír.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté sacudiendo mi cabello.

Él se apoyó sobre la pared y me extendió la mano. No dije nada. Su brazo se deslizó con naturalidad alrededor de mi cintura y, con la otra mano, atrapó la flor que amenazaba con resbalarse de detrás de mi oreja. Sus dedos se perdieron en mi pecho como si quisiera apagar las pulsaciones aceleradas que brotaban de mi corazón, sin saber que, cuanto más quería pararlas, más se avivaban.

—¿Se te ocurre mejor plan que esperar a que deje de llover? —susurró su voz entrecortada a mi oído.

—¿Y qué hacemos mientras?

—Disfrutaremos de la tormenta.

Sus labios se encontraron con los míos con suavidad. Al principio todo fue lento, como un juego, con susurros en la piel y respiraciones entrecortadas que se mimetizaban en un ambiente húmedo. Poco a poco nuestros cuerpos rendidos al deseo

comenzaron a descender. Lo miré a los ojos y sentí la calma que necesitaba en ese momento tan significativo y a la vez tan desconocido, marcado por la intensidad y la calidez de una pasión emergente.

Sus manos rozaron mi cuello, yo me aferré a sus hombros mientras nuestros cuerpos se fundían en uno solo. Mis latidos sonaron bajo su tacto, y ahí es cuando se desató la verdadera tormenta. Nos convertimos en una única corriente que fluía acompasada por el vaivén de la pasión.

Nos quedamos tumbados en el suelo mientras seguíamos disfrutando del sonido de la lluvia golpeando el techo de madera del cobertizo. Sentí la calma más absoluta, pues todo estaba en su lugar. La tormenta fuera y mi refugio dentro.

—¿Sabes? Nunca me canso de escucharla —dijo suavemente en mi oído. Su rostro se suavizó con la tenue luz que entraba por la ventana—. Es curioso, ¿verdad?

—¿El qué?

—Las tormentas. Me encantan, porque después de rugir con fuerza todo se vuelve mucho más claro.

Me quedé un rato callada, entendiendo el peso de aquellas palabras mientras mi corazón seguía protegido por sus brazos.

Aquel día aprendí que no todas las tormentas traen lluvias. Y también que no siempre se desatan en el cielo, algunas lo hacen en el alma y, cuando te quieres dar cuenta, ya es demasiado tarde para evitar el chaparrón.

4

Supe de la gran fiesta de inauguración seis días antes, el tiempo exacto que había pasado desde que la vimos anunciada con letras grandes encabezando el último número de *La Temporada*. Y desde entonces el tiempo pareció quedarse suspendido en el suspiro que se me escapó cuando miré el calendario.

Tenía muchas ganas de descubrir qué había detrás de esa velada, la esperaba impaciente, y el paso del tiempo se me hacía pesado, como la ola de calor que bañaba esos días al balneario.

Mi jornada comenzó sirviendo el desayuno. El comedor, majestuoso, con su techo alto y sus balconadas de madera tallada, estaba listo para recibir a los primeros huéspedes de la mañana, que llegarían en cascada tras terminar de tomar y pasear las primeras aguas del día en la fuente de Gándara. Se tomaban en ayunas.

Me asomé por el lateral de uno de los grandes ventanales y vi cómo las sombras se agrupaban formando una línea interminable que avanzaba tan lentamente.

Comprobé que todo estuviese en orden. Las mesas estaban cubiertas con manteles de lino blanco, finamente bordados con encaje de camariñas, que caían con elegancia. Las servilletas lucían perfectamente dobladas, al lado de los juegos de tazas de porcelana fina de la prestigiosa marca Pickman La Cartuja de Sevilla.

Los huéspedes se acomodaron poco a poco mientras el servicio nos deslizábamos entre las mesas, sirviendo chocolate, té o café con leche, pan tierno y bizcochos, que desprendían un aroma que me devolvió inevitablemente a la infancia, a aquellas mañanas acompañando a padre a trabajar, cuando él era el carpintero del Gran Hotel. La nostalgia se atascó en mi garganta.

Seguí con mi tarea sin dejar de observar a los huéspedes. Algunos se frotaban los ojos con discreción, otros saludaban con una sonrisa tímida a quienes tenían cerca, y otros simplemente se limitaban a sentarse en silencio mientras sujetaban el café con una mano y con la otra se perdían en la primera lectura del día. El murmullo de las conversaciones empezó a despertar al mismo ritmo que los rayos de sol impactaron por la ventana principal. Enseguida vi a Loreto. Su presencia era inconfundible, se acababa de sentar en una de las mesas próximas a la ventana. Me hizo un gesto sutil, que interpreté como un saludo, y me acerqué a su mesa para atenderla.

—Buenos días, señora.

—Buenos días, Candela —dijo con un tono de voz suave.

—¿Qué desea para desayunar?

—Un poco de chocolate me sentará bien. Ya tomé las aguas. El doctor me ha aumentado la dosis a un cuartillo, porque mi estómago lo tolera y la verdad es que me siento diferente. No podría explicarlo, pero es como si mi ánimo hubiese resurgido de repente.

Loreto hablaba mientras su mirada huía por la ventana. El sol la iluminaba, creando un aura que resplandecía su rostro con una devoción contagiosa.

Le serví el chocolate, acompañado de trozos de bizcocho esponjosos y me despedí con un gesto tierno.

—Que tenga un buen día, señora.

El comedor se fue vaciando. Los huéspedes se dirigían a los jardines, a la sala de lectura, a misa… Las posibilidades de ocio eran infinitas. El júbilo se disipó hasta quedar reducido al eco musical que producían las sillas al arrastrarse por el suelo, los manteles al sacudirse y la vajilla al ser recogida.

Me quedé sola con la sensación de que, como yo, todos estaban expectantes por la fiesta de inicio de temporada. Me dejé llevar por la ensoñación y en un impulso descontrolado tomé uno de los manteles de lino blanco que estaban amontonados en una esquina para llevarlos a la lavandería. Lo coloqué como si fuese un vestido de baile y lo levanté suavemente, dejando que la tela ondeara alrededor. De pronto me deslumbraron las luces doradas que se reflejaban en las copas de cristal mientras giraba en medio del salón, siguiendo el camino que una mano firme me guiaba en un vals perfecto, ataviada con la sonrisa tonta de quien se permite soñar durante un instante a plena luz del día. Me sentía como una de esas bellas damas hasta que me tropecé con la realidad, que tenía forma de pie, en concreto, el de Elena.

Se las ingenió para ponerme la zancadilla con la punta de su zapato. Cuando me percaté de que me miraba, me ruboricé. Ella reía de esa forma que nunca sabía si era de burla o de lástima.

—¿Ensayando para el baile? Ten cuidado, no vaya a ser que tropieces antes de que empiece la verdadera fiesta… ¿Me concede este baile, marquesa de Mondariz? —preguntó imitando un tono de voz masculino mientras me alargó el brazo.

—Sería un honor, caballero —respondí, siguiendo su juego mientras ambas nos enredábamos en pasos torpes.

—No tienes que preocuparte tanto por esta noche —me susurró sin dejar de sonreír.

—No estoy preocupada, solo estoy nerviosa.

—¿Sabes? Te admiro y te envidio a partes iguales.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque aún crees que el mundo es un lugar bonito. No pierdas eso nunca. Es lo que te hace diferente.

—Anda, vamos a trabajar, antes de que te creas una marquesa de verdad —dijo dándome un suave empujón. La fiesta no se va a preparar sola.

Nos dirigimos a la cocina. Doña Teresa y Gustavo, el *maître*, nos habían citado a todos para ultimar los preparativos. Cuando llegamos los demás ya estaban alineados, tal vez por eso Teresa nos miró de una forma que exigía perdón inmediato.

—En este lugar no está permitida la impuntualidad. Si digo a las diez, a las nueve y medida debéis estar disponibles.

Elena me miró de reojo poniendo los ojos en blanco.

—Esta noche, como todas, vuestro trabajo tiene que ser impecable. No quiero sorpresas ni fallos. Es la inauguración y el éxito de esta fiesta marcará el rumbo del resto de la temporada. Educación, silencio y discreción. Los camareros se dirigirán a Gustavo, y las doncellas, a mí. —Candela —dijo clavando sus ojos en los míos—. Te encargarás de limpiar el salón. Quiero que todo brille incluso con la luz apagada. Y también de los adornos florales.

Asentí intentando ocultar el nerviosismo que escalaba por mi espalda. Doña Teresa dio un paso más y se puso enfrente de Elena.

—Tú la ayudarás. —Elena me miró de soslayo con gesto cómplice, bajo la mirada de indiferencia de Teresa—. Todavía no

habéis empezado y ya me estoy arrepintiendo. Demostradme que no me equivoco con vosotras dos. Tú te encargarás de la cubertería y las copas. Quiero verme reflejada en ellas —se dirigió entonces a Alicia— y tú, de los manteles. ¿Todavía no están planchados?

—Do… Doña Teresa —Adriana titubeó—, acaban de llegar de la lavandería.

—No te he preguntado eso. Te he dicho que quiero los manteles planchados, no explicaciones.

La voz de Teresa dando indicaciones sonó más distante a medida que iba avanzando en la adjudicación de las tareas. Sin embargo, no tardó en irrumpir la voz masculina de Gustavo para continuar con el reparto.

—Daniel, revisa la iluminación. Te encargarás de encender los candelabros a la hora exacta. Vosotros dos —dijo señalando a Manuel y Andrés—, id a la bodega. Quiero que reviséis el inventario y que las botellas estén bien dispuestas para que el servicio sea rápido y fluido.

—¿Alguna duda? —preguntó Teresa, que había vuelto a ocupar su lugar frente al servicio—. Ahora es el momento de resolverlas.

El silencio fue la respuesta.

—Ahora, a trabajar —concluyó.

Gustavo fue quien apoyó las manos sobre la puerta para abrirlas de par en par. Al instante, la música empezó a sonar y la melodía liviana no tardó en viajar por todo el salón. Las agujas del reloj ahora giraban rápidamente y, como si fuera un reflejo de la fugacidad del tiempo, los huéspedes se multiplicaban a cada segundo. Su

presencia irrumpió como una gran ola, que se arma con elegancia y sutileza antes de estallar para fundirse en la orilla. Se aproximaban con andares hipnóticos, envueltos en vestidos de gala de telas ligeras que se agitaban suavemente para reflejar las luces, del mismo modo que los rayos del sol danzan sobre el agua.

Cerré los ojos y sentí sus perfumes acariciándome la piel como si fuese esa brisa marina de la que tanto me hablaba Gabriel. Tal vez yo no era más que una roca: de apariencia dura, pero tan frágil como ese mar que, con un leve impacto, se rompe en mil pedazos.

Cuando esa marea humana estaba a punto de alcanzarme una mano me agarró por la espalda y me apartó hacia un lado.

—Elena, otra vez… —contesté con tono de sorpresa fingido—. Voy a empezar a pensar que eres mi salvavidas.

—Deberías quitarte de en medio —respondió tajante—. Si no fuera por mí, hubieses naufragado hace tiempo. Siempre te estoy salvando de todos tus despistes. Ten, anda, sujétame esta bandeja.

El salón se desplegaba en dos alturas. Del techo con molduras elegantes colgaban tres lámparas de araña. La del centro era la más grande. Cuando levanté la mirada, las lágrimas de cristal que irradiaban la luz en mil destellos también me devolvieron un reflejo repetido de mí misma, más pequeña y fragmentada.

Detrás de mí, los músicos del cuarteto de cuerda, vestidos con esmoquin, se alzaban sobre el escenario.

Con la bandeja en las manos, y mis nervios sobre ella, me moví hacia un lateral, donde reposaban unos sofás de terciopelo oscuros, y desde ahí me dediqué a observar. Frente a mi estaba la marquesa Inés de Olivares, radiante con su vestido de satén azul noche. Caminaba con la seguridad de quien sabe que está siendo observada

mientras saludaba con un movimiento sutil de manos a lo alto, acompañado de una sonrisa calculada. Entrelazado a su brazo, su esposo Víctor de Olivares tenía un porte más serio, casi ausente, como si en vez de ser su marido fuera una sombra que la escoltaba sin ningún tipo de protagonismo.

—Mírala —le susurré a Elena—. Parece la reina del balneario.

—Está encantada de saber que todos la están mirando.

—Con ese vestido y esa manera de moverse, es difícil no hacerlo —confesé.

Inés seguía caminando por el salón con lentitud y precisión, como si lo hiciese sobre una pasarela, hasta que se detuvo frente a un hombre alto y esbelto. Vestía un traje oscuro impoluto que conjuntaba con una mirada profunda y un bigote rotundo que enmarcaba unos labios gruesos y caídos, tal vez, por fumar en pipa.

—Marquesa —saludó con una voz templada que le confería aún más presencia.

La aludida extendió su mano enguantada, que él tomó con delicadeza para rozarla con los labios.

—Guillermo Fonseca… —suspiró—. Me alegra verlo por aquí.

—No podía esperar más para tomar estas maravillosas aguas —confesó con un entusiasmo desmesurado. Aunque parecen un poco revueltas, ¿no cree?

—¿Revueltas? Uy, qué cosas —contestó con un gesto de rechazo —. En absoluto. Estos minerales tienen más calidad que nunca. Lo comentaba antes con don Alfonso. Cuesta creer que haya podido crear algo tan perfecto como este lugar.

Fonseca asintió, con una leve sonrisa.

—En eso sí que estamos de acuerdo.

Antes de que Inés de Olivares pudiera añadir algo más, una joven de belleza serena y refinada se aferró con naturalidad al brazo de Guillermo. Recogía el cabello oscuro en un elegante peinado trenzado.

—Espero que mi esposo no te esté molestando demasiado.

Inés le sostuvo la mirada antes de contestarle.

—¡Elisa! Al contrario. Tu marido es encantador —dijo antes de darle dos besos formales a modo de saludo.

—Mi mujer sabe que me gusta disfrutar de las buenas compañías.

—Por supuesto, de unas más que de otras —reprendió su esposa.

Mientras la conversación entre ellos avanzaba, no pude evitar fijarme en el marido de la marquesa. Se retiró discretamente, como si aquel encuentro le incomodara, hacia otra mesa donde un grupo de caballeros charlaba animadamente.

—Si me disculpáis, yo también me voy… al tocador, quiero decir.

Elisa aprovechó y se excusó para desaparecer.

—¿No te llama la atención, Elena?

—¿El qué?

—Cómo se relacionan entre ellos.

—No entiendo a qué te refieres.

—Hay algo curioso y llamativo. Fíjate qué diferencia. Los Fonseca parecen hechos el uno para el otro. Y la marquesa… Ni siquiera se percató de que su marido se marchó. Parece que están obligados a estar juntos.

—¿De verdad te sorprende? Vamos, no seas ingenua. ¿Desde cuándo el matrimonio tiene algo que ver con el amor?

—¡Pues desde siempre! —contesté tajante—. Yo jamás me casaría con alguien a quien no amo.

Elena se empezó a reír.

—Ay, Candela… Una cosa es lo que tú harías, y otra bien distinta, lo que sucede en la realidad. No todo el mundo idealiza el amor con tanta devoción como tú.

—No sé de qué te ríes. No es verdad. Mira los Fonseca.

—A veces las parejas que se muestran demasiado perfectas son las que esconden los secretos más oscuros.

—Qué secretos van a esconder si parecen perfectos.

—Te equivocas. Te fías de las apariencias y por eso te envidio tanto. En estos círculos, fingir lo es todo. No importa lo que pase puertas adentro mientras de cara al público sigan siendo el matrimonio perfecto. Algún día entenderás estas palabras.

Mientras debatíamos sobre el amor, Inés Olivares y Guillermo Fonseca seguían hablando entre ellos. Estaban solos hasta que otro hombre se acercó. Llevaba un traje igual de elegante, pero de un color más claro, acompañado de un pañuelo azul en la solapa. Caminaba con la compañía de un bastón con pomo de plata sobre el que al pararse reposó la mano. Era misterioso y enigmático. No lo había visto hasta entonces.

—Qué manera tan rara de andar, y menuda combinación de colores…

—Franceses… Qué vas a pedir. Se creen modernos y son tremendamente vulgares —suspiró Elena.

—¿Y por qué sabes que es francés?

—Pues porque lo escuché el otro día hablando con su mujer. Ya sabes… «Una buena doncella debe conocer a todos los clientes».

Deberías aplicarte un poco más, Candela.

Volví a fijar mi atención en el caballero francés. Tenía unos ojos de color azul grisáceo y la nuez tan marcada que le viajaba con rapidez de arriba abajo por el cuello cuando hablaba.

La marquesa siguió el protocolo y ofreció nuevamente su mano enguantada, que él tomó con una cortesía más refinada que la de Guillermo.

—Monsieur Philippe Lapierre, me alegro tanto de verlo… Por un instante pensé que pasaría la velada en la biblioteca.

Philippe dejó escapar un soplo de aire como si fuese una breve carcajada.

—A veces es necesario salir a observar el tablero de juego desde otra perspectiva. No todo puede resolverse entre mapas y libros.

—¿Por qué conocen todos a Inés de Olivares? —pregunté a Elena.

—Pues porque será alguien influyente. Ya sabes lo importante que es arrimarse a una buena sombra. Todos quieren aparentar. A ver si te crees que vienen a disfrutar de los beneficios de las aguas. Eso no es más que una excusa.

La marquesa hizo un gesto a un camarero para que les rellenara la copa.

—¿Qué tal van sus negocios? —preguntó al señor Lapierre con interés.

—Bien, bien. Todo marcha según lo previsto.

—¿Otra vez hablando de trivialidades? —dijo una mujer que apareció de repente junto al caballero francés.

—Señora marquesa, le presento a mi esposa, Marguerite.

Inés la miró con indiferencia. Guillermo, sin embargo, lo hizo de arriba abajo con una mirada cálida. Después de intercambiar escasas palabras, la esposa del señor Lapierre se evadió hacia otros rincones del salón en busca de una charla más interesante.

—Bien, Philippe —dijo la marquesa—, estaba contándonos cómo van sus negocios…

—Pues, como la vida, tienen giros inesperados, pero siempre hay formas de conseguir lo que uno quiere. —Los demás se quedaron en silencio—. No me malinterpreten. Quiero decir que…

—Le hemos entendido perfectamente, Philippe —atajó Inés.

—Me gusta saber por dónde se mueven ciertas corrientes —replicó.

—¿Y por dónde lo hacen?

—Pues… Ahora mismo me atrevería a asegurar que por el sur de Francia.

—Elena… —me volví a mi compañera—. ¿Tú entiendes algo de lo que están diciendo?

—No deberías pegar tanto el oído. Tu deber no es escuchar a los demás.

De pronto, la voz de don Alfonso se proyectó desde lo alto del escenario. Más abajo las expresiones de emoción se empezaron a dibujar en los rostros de los invitados.

—Damas y caballeros, es un honor para mí darles la bienvenida a esta magnífica velada con la que inauguramos una nueva temporada en nuestro maravilloso Palacio del Agua. Como cada año, este lugar abre sus puertas para recibir a los huéspedes más distinguidos del mundo. A esas almas que buscan descanso y a aquellos que saben apreciar la sencillez de lo excepcional.

Desde mi posición, pude ver cómo algunos de los presentes se sentían halagados por formar parte de esa élite seleccionada.

Don Alfonso hizo una pausa estratégica para que el peso de sus palabras calara con más profundidad. Después, con una sonrisa ladeada prosiguió:

—Me gustaría aprovechar esta maravillosa ocasión para anunciarles la llegada de un huésped cuya presencia honra todavía más este espacio.

Un leve murmullo serpenteó entre los invitados. Bisbiseaban entre ellos con una emoción contenida, formando corrillos espontáneos, a buen seguro barruntando con quién podrían codearse en los próximos días. Quien sería esa persona con la que entablar una conversación, intercambiar un saludo o simplemente… pronunciar ese nombre, a través del cual tendrían la oportunidad de engrandecer el suyo propio, al contar que habían compartido espacio con alguien tan dichoso.

—Se trata de una de esas personas que no necesitan presentación. Es un honor para mí recibir en este Palacio del Agua a mi estimado amigo Hugo Quiroga, uno de los hombres de confianza de Eduardo Dato.

El aludido caminó con elegancia y se colocó junto a don Alfonso. Después dio un paso al frente, tal vez queriendo dejar claro que él estaba por delante. Su mirada negra y afilada se deslizó por la sala con precisión, deteniéndose esporádicamente en algún rostro, como si con un simple vistazo pudiese partir las almas por la mitad y extirpar con precisión lo que atesoraban.

Los presentes aplaudieron. La música volvió a sonar y la conversación entre la marquesa, el francés y el empresario se volvió

a animar.

—Parece que no falta nadie más —dijo Guillermo.

—Será una gran temporada —afirmó Philippe.

—Ya lo creo que sí —concluyó Inés.

Es curioso como mi presencia les era más invisible que el propio aire. Sin embargo, yo podía escuchar todos sus pensamientos. Para la mayoría no existía, pero para algunos pocos sí. Y precisamente esa cercanía amable con algunos huéspedes fue el indicador que me ayudó a diferenciar entre quiénes eran buenas personas y quiénes, por el contrario, eran unos estirados.

Sonreí al constatar como el salón estaba dividido acorde a mis elucubraciones. Al otro lado, en el extremo opuesto, Loreto bailaba con su esposo. Ambos me dedicaron una sonrisa cuando pasé junto a ellos. También estaban los Da Sousa. Bruna llevaba un vestido intenso con el que no pasaba desapercibida. Él, algo más comedido en su vestimenta, la agarraba de la cintura mientras la miraba con la intensidad.

Un poco más alejados de aquel bullicio, como si quisieran resguardarse de los demás, estaban Amalia y Benedito, la pareja de literatos que vi por primera vez cerca de la fuente de Troncoso. Se comunicaban sin necesidad de compartir palabras. Me prometí buscar alguno de sus libros, quizá en sus páginas encontrase la misma luz que ellos irradiaban aquella noche.

Entre bailes, brindis y conversaciones banales, la velada fue llegando a su fin. Cuando sonó el último acorde, los invitados se retiraron de forma ordenada. Don Alfonso se colocó en la puerta para despedirlos personalmente uno a uno. Tras estrechar la mano a Hugo Quiroga, el último en abandonar la sala, se dirigió a todos

nosotros. Nos agradeció el esfuerzo, recalcando que la fiesta había sido un éxito. Pronunció estas palabras mirando fijamente a Elena, y ella no se percató de que vi cómo asintió levemente con la cabeza.

La noche había terminado. Sin embargo, fue en ese instante cuando comenzó todo.

5

Si algo había aprendido en las últimas semanas era que el Gran Hotel no tenía descansos, pero tampoco silencios. Ni siquiera por la noche, cuando se antojaba dormido.

No tardé demasiado tiempo en mimetizarme con él, pues había desarrollado una capacidad casi innata para pasar desapercibida y escuchar sin ser vista. No era algo intencionado, al menos, no siempre, pero parecía que el destino se empeñaba en colocar frente a mí puertas abiertas, ventanas sin cerrar y cortinas mal corridas, como si fueran invitaciones silenciosas para satisfacer mi incipiente curiosidad. Siempre había voces, murmullos, pasos sigilosos y ecos de conversaciones que se adherían a las paredes y absorbían los secretos de cada huésped esperando el momento oportuno para expulsarlos y dejarlos al descubierto. Yo caminaba entre todas esas partículas de palabras, inhalándolas, armándolas y ordenándolas, como si así pudiese componer la historia para luego entenderla. Porque el Gran Hotel no solo se habitaba, también se descifraba.

Desde mi pequeño prisma empecé a percatarme de que había huéspedes que se movían en la espiral del lujo y giraban conforme a las apariencias, y otros en cuyos movimientos dejaban un espacio en el que yo sembraba la duda y empezaba a florecer.

No podía evitar recordar los primeros días, en los que me balanceaba en un vaivén de ilusión y desconfianza. Apenas unas semanas después todo era diferente: el miedo había desaparecido y disfrutaba de verdad. Jamás pensé que el trabajo sería tan placentero.

Había logrado dejar a un lado esa pequeña obsesión que me dominaba cada vez que me encontraba con don Alfonso. Es cierto que tenía su imagen sujetando aquella alfombra clavada en mi memoria y, de vez en cuando, ese recuerdo me aceleraba el corazón. Sin embargo, intenté convencerme de qué mi imaginación me había jugado una mala pasada, que no era más que una confusión.

Tenía mis afinidades. Si bien don Alfonso suscitaba mis recelos, personas como Elena y Gabriel me recordaban cada día que todavía había gente en quien podía confiar.

Me gustaba presumir de una prudencia que, en realidad, cumplía solo a medias, porque Elena siempre lograba enredarme en alguno de sus líos, como lo que sucedió con las cartas.

Todo comenzó cuando limpiaba una de las habitaciones de la planta baja. Sobre un mantel bordado con hilos dorados encontró unos sobres que sobresalían por debajo de un libro pesado. Tardó menos de un minuto en asomarse a la puerta y llamarme para hacerme partícipe de su hallazgo.

—Mira lo que tengo —anunció con tono misterioso mientras mostraba su botín con la mano en alto.

—¿De dónde los has sacado? ¿Te has vuelto loca?

—No seas aburrida. Fíjate: están lacrados… Aquí dentro tiene que haber algo interesante. ¿Te imaginas? Tal vez sea una carta real,

o quizá tenga en mi poder el futuro de España o, mucho mejor, el de algún otro país.

—Lo que tienes en tu mano es la causa de tu muerte anticipada como no los devuelvas a su sitio.

—No seas aburrida. Vamos a darle un poco de emoción a esto. ¿Acaso crees que alguien le dará importancia a estos papeles?

—Su dueño, probablemente.

—Estoy convencida de que aquí hay un enredo que nos estamos perdiendo. Elige una carta al azar, la leeremos y si no es nada interesante la devolveré a su sitio. Pero primero vamos a ver de qué se trata.

Miré fijamente aquellas cartas, hice una pinza con el índice y el pulgar y seleccioné la del centro partiendo intencionadamente la baraja por la mitad.

Elena la abrió con rapidez. El lacrado estaba partido por la mitad, por lo que solo tuvo que retirar el papel con cuidado.

—¿Ves? Ni siquiera se darán cuenta, ya estaba abierta. No voy a descubrir nada que el destinatario no sepa.

A Elena no parecía importarle la orden tácita de no invadir la privacidad de los huéspedes. Ni esa ni cualquier otra norma. Ella solo seguía las suyas propias.

—Veamos… —suspiró mientras sus ojos se movían en línea recta. La expresión de su rostro decía todo lo que su boca callaba—. ¡Te lo dije! Aquí hay tema.

Me acerqué a ella, mi hombro rozó el suyo y juntas leímos el contenido de la carta.

Madrid, mayo de 1920

Mi querido gatito, tu gatita ya está aquí.

¿Cuándo podré abrazarte de nuevo, mi querido ratón? ¿Cuándo llegará ese anhelado momento? Vuelve pronto a Madrid. Te quiero como nunca, y sin ti ya no me reconozco. Me faltan tus caricias, tus bromas, tu voz…, todo lo que tú eres. Porque tú, en tu conjunto, eres incluso mejor que cualquier libro. Dejaría la lectura solo para descifrarte y releerte, página por página, letra por letra…

Qué lástima que no estés cerca para que pueda aplicarte todo tipo de zalamerías y halagos.

Hoy le dijeron a mi marido, no sé quién ni dónde, que andas por el Rin y que nadie sabe de ti. Luego soltó una broma diciendo que sigues mis huellas. Te lo cuento para que, si surge algún problema relacionado con esto, tomes precauciones y no retrases demasiado tu llegada. También sería prudente, por si acaso, que me escribas una carta un poco maquiavélica en la que me cuentes cómo te va en tu viaje por Colonia.

Mi querido compañero, ven a reclamar lo que es tuyo, estos encantos tan abruptos y majestuosos te necesitan y te pertenecen. Aquí estoy esperando como una fiera a su presa.

Ven, coloca tu cabecita aquí y déjame que acaricie con los labios el desorden de tu cuerpo, ¿así? No puedo imaginarme sin ti, y tú, pobre, también te perderías sin mí.

Eres mío y tus besos me pertenecen, pronto los haré míos.

Te quiere y te desea,

TU PAJARITA

Miré a Elena y me quedé callada.

—Qué puntería, has escogido la mejor. No me digas que no quieres seguir leyendo lo que hay aquí.

—¿Quién se hospeda en esta habitación?

—No sé cómo no se me ocurrió que me contestarías con otra pregunta… Pues… Un hombre, pero no recuerdo quién.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Y dale con otra pregunta… ¿Acaso lo dudas? ¡Pues seguir leyendo! Te dije que, si no había nada, las devolvería a su sitio, pero no puedes pretender que ahora, que me has metido el veneno en el cuerpo, me olvide de este tema y actúe como si no hubiese leído nada. ¡Venga, elige otra, que lo has hecho muy bien!

Suspiré y escogí otra carta. Me sentía ansiosa, para qué negarlo, por descubrir qué escondía en su interior.

Elena desplegó la carta y la leímos a la vez.

La Coruña, 16 de febrero de 1919

Le ruego encarecidamente que no me escriba nada que no puedan leer los ojos más indiscretos. Hoy he recibido sus dos últimas epístolas y he tenido que obrar con verdadero ingenio para que nadie descubra la verdadera intensidad de nuestras palabras. Y aun así, debo decirle que siento que han surgido ciertas sospechas que me inquietan. Le suplico, pues, que no me haga llegar sus palabras por el interior, sino en mano, y que, de ahora en adelante, me responda sin más atrevimiento del necesario. Siento si interpretó mi tono, algo más frío y menos ardiente que el de la última misiva, como un reflejo de la pureza de mis sentimientos. Ignoraba si lo contrario habría de parecerle impertinente.

Para que mi sinceridad siga mereciendo ese nombre, debo obedecer a mi instinto y confesarle que mi impulso sería decirle sin rodeos que le quiero con ternura, que le echo en falta y que no encontraré sosiego hasta que nuestra relación recobre la calidez de antaño. Piense en mí como yo pienso en usted.

Pronto le remitiré los partos de mi ingenio.

Le saluda cariñosamente, su fiel admiradora.

Q. B. S. M.

—Vaya decepción, me esperaba algo más ardiente, más pasional… Esto tan perfecto aburre hasta a un muerto. Han pasado de un extremo al otro. Comprenderás, Candela, que no pienso parar hasta leerlas todas, ¿no?

—Hemos dicho que, si no había nada más, lo dejaríamos.

—¡Qué poco sabes de asuntos del corazón! ¿No te das cuenta de que en esta carta se llaman usted y en la siguiente se tutean? Aquí hubo drama, esto es un auténtico culebrón. ¡Gloria bendita! Esta vez escogeré yo la carta, que tu instinto ha fallado un poco. Y no te olvides de que esto es trabajo de investigación. Doña Teresa nos dijo que teníamos que conocer a los huéspedes, y a mí no se me ocurre mejor forma de hacerlo que descubriendo sus intimidades. Venga, ahora me decido por esta.

Madrid, 18 de febrero de 1920

Querido y admirado amigo:

¡Qué sorpresa la mía cuando recibí su carta! Con ella he sentido un vértigo inesperado, un salto abrupto desde las alturas más serenas de la filosofía hasta el océano infinito de las pasiones de la vida.

¿Me permite hacerle una proposición? Cómo le comenté en mi carta anterior, ya estoy en Madrid. Esta epístola será enviada mañana, alrededor de las once, ¿quiere salir de su casa a las tres de la tarde? Yo me encargaré de que nuestro encuentro parezca una fortuita coincidencia, de modo que no levante sospechas ni despierte habladurías en quien nos vea.

Me pasaré cerca del candelero de Colón, si su vista es buena, como soy conocedora de que así es, me verá. Será grato compartir una conversación con usted, por breve que sea. Si por cualquier motivo decide no acudir a este amistoso encuentro, a las tres y media me retiraré.

Hasta entonces, siempre su fiel amiga.

De nuevo, al terminar la lectura ambas nos miramos.

—A ver, aquí no hay mucho avance comparada con la anterior. Creo que lo mejor es abrirlas todas, comprobar la fecha y leerlas en orden, ¿no crees? Así nos enteraremos de la historia como Dios manda.

Asentí sin saber por qué lo hacía. Supongo que la curiosidad había alcanzado un punto que era necesario saciar.

Nos cercioramos de que estaban colocadas en el orden correcto y, sin perder un segundo más, nos dispusimos a leerlas todas en alto del tirón:

Madrid, febrero de 1920

Amigo de mi alma:

La vida nos empuja a circunstancias donde los afectos, cuando desordenados, pueden arrastrarnos a graves complicaciones. Sin embargo, yo, que me conozco y me atormento por ello, sé que mis flaquezas y mi falta de perseverancia, en ciertas ocasiones, avivan más, si eso es posible, mi deseo candente de alcanzarlas. Temo la separación prolongada, pues, si esta distancia se agranda más de lo debido, corro el riesgo de perderme.

Hubo momentos en los que nuestra excesiva lejanía me pesó como un lastre. Me enfrió el alma y me dejó un vacío de una inmensa tristeza. No me basta con sentir una felicidad furtiva si anhelo permanentemente el deseo de sentirle cerca. Quisiera oír su voz bien cerca de mi oído. Paseemos, aunque solo sea un rato, hacia cualquier parte.

Siempre su amiga, que le quiere mucho.

Madrid, marzo de 1920

Ilustre y admirado amigo:

Pasado mañana parto rumbo a Galicia, y como en estos días ha andado tan esquivo, supongo que arrastrado por los asuntos parlamentarios, me atrevo a importunarle con un ruego. Si sus ocupaciones se lo permiten, hágame el insigne honor de venir a almorzar mañana conmigo a las once. No hay ceremonias ni protocolos, solo la confianza de quien estima y admira. Se lo agradecerá su fiel admiradora.

Madrid, abril de 1920

Mi siempre admirado y amado amigo:

¡Tu misiva me ha dado un rato más bueno que el qué pasamos saboreando los *marrons glacés* el último día!

Me has estrechado contra tu corazón, prodigándome caricias inefables, y aquella pasión que creía apagada ha resurgido con una intensidad absurda e irracional. En ti amo lo que solo en ti encuentro. En cuanto te tenga entre mis brazos, hombre mío, no quedará de ti más rastro que mi deseo satisfecho.

No me destierres de ese corazón, que cada vez es más mío que tuyo.

Madrid, abril de 1920

Sábado de gloria.

Querido todo, tus epístolas me están volviendo *loquiña*. He perdido la cuenta de la cantidad de veces que he leído la última, ni cuantas más mis ojos se han empañado de emoción.

Solo tú y yo sabemos lo valioso que es este sentimiento tan nuestro, tan entusiasta y desmedido. Por eso nuestra absolución solo puede venir de

nosotros mismos, pues nadie ajeno podría comprender la bendición de la que disfrutamos.

¿Recuerdas el último paseo en el que fuimos tan dichosos?

En la misiva de hoy me dices que volverás a escribir pasados unos días, miércoles o jueves. Si es así, y si en ella incluyes las instrucciones sobre el nuevo lugar, la dirección y demás detalles necesarios para el encuentro, podrás besar mis ardientes labios el sábado por la tarde. Mi intención es recorrer la calle de Claudio Coello y así explorar en detalle los habitáculos de los que me hablaste. Será fácil verme mientras paseas por allí, así podremos acordar un nuevo encuentro. Pero si esta opción falla, harás lo siguiente. Tomarás un coche y te situarás cerca de la ronda de Atocha antes de las siete. Nos encontraremos en la esquina con el paseo de Santa María. Yo saldré por allí y, aunque sea por un efímero tiempo, podremos vernos, ¿te parece bien? No omitas precaución alguna.

Esta mañana cuando leí tu carta mi corazón se derretía con tantas adulaciones. Ansío con que en la profundidad de la noche me pueda refugiar en tus brazos, hasta que lleguen esas horas tan íntimas de la mañana. Después de todo eso, hablaremos de literatura. Pobre de ti si supieras la mezcla de sentimientos y deseos que me embargan.

Madrid, junio de 1920

Mi todo:

En esta epístola seré tan breve como precisa. Solo quiero decirte, además de todas esas zalamerías que me gusta susurrarte con picardía al oído, que pondré rumbo a Mondariz al inicio del mes de julio. Allí te esperaré para recibirte con los cariñitos que te mereces.

Adiós, miquito amado. Ya sabes que te quiero muchito. Q. B. S. M.

AMALIA PRADO

—¡Es la escritora! Amalia Prado —señalé la firma.

—Ahora entiendo la intensidad de sus letras. ¿a quién irán dirigidas?

—Creo que lo sé: a Benedito Vélez, ¡otro escritor!

—Pues menos mal que no hemos encontrado las respuestas de él. Imagínate… Dos escritores, almas castigadas, tremendo sermón.

—Bueno, venga. Ahora que conocemos la historia completa, guárdalas en su sobre y devuélvelas a su sitio.

—Esto solo acaba de empezar, vamos a darle un poco de emoción. Ya lo verás—concluyó misteriosa.

Tardé un par de días en descubrir qué era lo que Elena se traía entre manos. Una mañana, justo al terminar el servicio de desayuno, se me acercó y me mostró un sobre que guardaba con disimulo debajo del mandil.

—Mira qué tengo aquí.

—¿Otra carta? ¿No te ha parecido suficiente con lo que nos hemos arriesgado leyendo algo que no era nuestro?

—Chsss, relájate. ¡Qué poco te gusta el riesgo! Esto es mucho mejor —afirmó mientras la abría para enseñármela.

—¿Qué has hecho?

—Inspirarme en esas cartas… para escribir una propia y cambiarle la suerte a algún hombre aburrido de este Gran Hotel.

—Te has vuelto completamente loca.

—Y tú una aburrida. Aunque eso no es nada nuevo. Deja de querer ser perfecta. Esta mañana en el desayuno me he fijado en los huéspedes, y ya he escogido a nuestra víctima.

—No quiero saber nada más.

—Lo siento, no voy a complacer tu deseo. Pues los pecados compartidos pesan menos en la conciencia propia. El afortunado ha sido el conde de Miraflores, que lleva demasiado tiempo con el rostro apagado. Estoy convencida de que estas aguas no están obrando el milagro que espera, así que vamos a darle una pequeña alegría. Ahora mismo voy a colocarle esta romántica misiva, escrita de mi puño y letra, en su habitación.

—¡Te vas a meter en un buen lío!

—Te haré partícipe, eres mi cómplice. No lo dudes.

A la mañana siguiente vino pletórica a buscarme. Me cogió por el brazo y me arrastró disimuladamente a la entrada principal del Gran Hotel.

—Actúa con normalidad y disfruta contemplando mi obra de arte —advirtió.

De pronto llegó el conde de Miraflores engominado, engalanado con su mejor traje y sombrero de copa, y luciendo una sonrisa que, al contemplarla, apagó la mía.

—Elena, ¿qué escribiste en la carta?

—Pues que una bella y pudorosa dama se enamoró profundamente de un hombre tan galán y elegante como él tras verlo inesperadamente en el Gran Hotel. Que el sentimiento fue tan profundo que desde entonces vivía eclipsada. Que mi corazón late fuerte cada vez que pienso en él. Fruto de mis vergüenzas le trasladé mi petición y deseo de conocerlo en la intimidad, alejada del bullicio de estas aguas, por lo que le propuse que, si estaba interesado en complacerme, tendría que tomar un coche justo después del desayuno. El carruaje ya estaba reservado. Insistí en que no tendría que preocuparse por nada más que por aparecer a la

hora indicada, pues sería discreta, y lo llevaría a un lugar tranquilo para pasear y conversar.

—Además de estar chalada, eres mala y retorcida porque estás jugando con sus sentimientos.

—¿Ves qué poco sabes de asuntos del corazón? ¿Qué te crees que hacen los hombres con las mujeres? Ya es hora de que tomen de su propia medicina.

—Maldigo el día en el que te conocí; siempre me estás enredando. Sufro viendo cómo le vas a romper las ilusiones a ese pobre hombre.

—No te preocupes. Si está alojado en este hotel, de pobre no tiene nada.

El conde de Miraflores movía la mirada de un lado a otro como un péndulo inquieto. A ratos comprobaba en el reloj de bolsillo si aún estaba a tiempo de cambiar de opinión.

De pronto, por el camino que llevaba al Gran Hotel, apareció un carro…. ¡un carro de bueyes que gritaba su nombre a pleno pulmón: «¡Conde de Miraflores! ¡Conde de Miraflores! El transporte que pidió para servirle».

La cara del pobre hombre mutó de una palidez enfermiza a un carmín intenso. La risa de Elena resonó como un eco que contagió a todo el balneario. Los huéspedes no podían apartar la mirada de aquella escena tan grotesca.

—¿Ves? Un plan sin fisuras. Ningún hombre se resiste a los encantos femeninos, aunque sean totalmente ciegos y desconocidos. Ese es, si me permites, querida Candela, el ingrediente que acentúa todavía más su interés.

—No me puedo creer lo que has hecho. ¡Estás loca! Ahora sí que te has metido en un buen lío. ¿Qué piensas hacer cuando se enteren?

—¿Y quién crees que se va a enterar?

—Don Alfonso, doña Teresa, todo el mundo sabrá lo que hemos hecho y… y…

—No dirá nada. ¿Qué tipo de varón estaría dispuesto a dañar públicamente su orgullo alardeando de que una dama lo ha dejado plantado? ¿Qué hombre reconocería públicamente que una mujer se ha reído de él? Ninguno.

—Qué mal rato me has hecho pasar.

—Venga ya, ríete de una vez y deja de disimular, que estoy viendo que tienes los labios apretados para no carcajearte.

Entonces reímos sin parar hasta que nos dolió el abdomen. Elena era la emoción y la adrenalina. Gabriel, sin embargo, era la calma personificada; por él sentía esa admiración que Amalia plasmaba en sus cartas. Él era la paz que suavizaba esa bonita tormenta que provocaba Elena, por eso, los dos juntos en mi vida eran la combinación perfecta.

Con él podía mostrarme sin ataduras porque siempre me entendía, incluso antes de que yo pudiese encontrar las palabras necesarias para explicarme. Y cuando no las había, los silencios entre nosotros no eran incómodos, sino más bien reconfortantes, pues en ellos podíamos escuchar la calma, ese espacio íntimo que marca el camino en el que se encuentran dos corazones y donde todo lo importante fluye como lo hacían aquellas aguas.

El 16 de julio era el día de la Virgen del Carmen, la patrona del balneario. Una fecha marcada en el calendario.

Amaneció temprano y, poco después de que el sol empezase a colorear el cielo, la música de las gaitas llenó el aire limpio, tornando su tranquilidad por la alegría de las dianas.

La comitiva de músicos desfiló por todo el pueblo hasta desembocar en el balneario, engalanado con coloridas banderitas, gallardetes y escudos… El bosque también estaba iluminado para la ocasión con cientos de linternas chinas colgadas de los árboles. No faltaron los festones de flores y una gran alfombra hecha con serrín coloreado y cenefas rellenas con café molido en el parque, donde Gabriel junto a otros compañeros daban los últimos retoques antes de que cruzase por encima la venerada imagen de la virgen en la procesión al atardecer.

A media mañana se celebró la misa solemne, la más concurrida. Las damas, devotas, caminaban hacia la capilla luciendo sus mejores mantillas de encaje para enmarcar sus rostros, mientras que los caballeros con sus trajes oscuros parecían más serios que de costumbre.

Estaba en el umbral de la puerta junto a Elena y Adriana. Era un día importante para todo el balneario, y eso también nos incluía a nosotras. Don Alfonso nos permitió a todo el personal asistir a misa. El tañido de las campanas anunció el inicio del culto, el estruendo sacudió la nube de pensamientos que nublaba mi cabeza. El aire olía a incienso. Una luz tamizada iluminaba el testero principal, donde se admiraba un cuadro que representaba a la Virgen en el misterio de su Asunción a los cielos. Se decía que era obra del mismísimo Rubens, que había sido donada por un noble con la condición de que

se le venerase. Me hubiese encantado quedarme un rato más observando aquel ambiente, pero tenía que regresar cuanto antes a las cocinas porque la celebración continuaba y había que servir el aperitivo, que estaba a punto de comenzar en las terrazas del hotel.

Con la bandeja en la mano, escuché como la banda de música del balneario deleitaba a todo el público desde lo alto del templete. La marquesa doña Inés, su amiga Elisa y la esposa del señor Lapierre compartían mesa y conversación.

—No entendía por qué mi marido insistía tanto en cruzar toda España para venir a tomar estas aguas —decía esta última— teniendo tan cerca el balneario de Vichy… Pero cuando llegué lo entendí. Este lugar roza lo excesivo y honra a este maravilloso país.

—¡No sabes cuánto te entiendo, Marguerite! —respondió Elisa—. Me pasó lo mismo. Aunque, ahora que estamos en confianza, os confesaré que en mi caso fue mucho más dramático, pues me estremecí profundamente cuando Guillermo me contó que estaríamos aquí unas seis o siete semanas. ¿Siete semanas? Casi enfermo imaginándome rodeada de rostros pálidos y entristecidos, y mira qué alejada estaba de la realidad.

—Por cierto, ¿cómo le va a tu marido? —quiso cambiar de tema Inés.

—Bien. Tiene mucho trabajo. No conoce el descanso…

—¿Dónde ha estado? —preguntó la marquesa con tono seco.

—Uhm…, pues por toda Europa, es imposible recordar todos los países que visita. Italia, Inglaterra…

—¡Qué interesante! ¿A qué se dedica? —interrumpió Elisa.

—Elisa, no seas indiscreta —reprendió Inés.

—Pero si has empezado tú, querida.

—Tranquila, estoy acostumbrada —dijo la francesa—. Es… comerciante, como se dice aquí. Tiene muchos contactos. Se dedica a conseguir lo que los demás necesitan.

—Y supongo que esa maravillosa joya que llevas en la mano habrá sido un regalo de uno de sus viajes por Europa.

La cara de Marguerite subió un par de tonalidades con el comentario de Elisa, pero no tardó en mostrársela.

—Si, Philippe es muy detallista.

—Me encanta. Ya le diré a Guillermo que haga negocios con tu marido. ¿Y os conocisteis durante uno de sus viajes?

—No, nos conocimos en Marsella hace más de diez años. Yo era muy conocida como pianista y él…, él ya era famoso por sus negocios. Fue en una velada nocturna, a Philippe también le gusta la música, y desde entonces no nos hemos vuelto a separar.

—Qué romántico… —bisbiseó Inés poniendo los ojos en blanco, antes de hacer un breve carraspeo con la voz con la que interrumpió la narración de Marguerite. No parecía llevar demasiado bien no ser ella el centro de atención—. Uhm, uhm…, y tanto que le gusta la música, ¿no es el que está hablando con los músicos?

Todas apuntaron la mirada a un lado del quiosco, donde unos hombres vestidos de marinos aguardaban su turno para ocuparlo. Eran de la infantería de Ferrol, una de las bandas de música invitadas para la ocasión.

—Seguro que ya está haciendo negocios con ellos —afirmó Marguerite con un breve suspiro—. Les estará diciendo que les podrá conseguir instrumentos a buen precio y de mejor calidad en Italia… ¿Veis? No descansa nunca…

—No sé cómo soportas estar tanto tiempo sola —dijo Elisa—. ¡Te admiro!

—Porque tengo a mi pequeña Camille, ella ocupa mi día entero. Gracias a Dios, porque las ausencias son duras. Hablando de maridos, ahí viene el tuyo, Inés.

Víctor de Olivares caminaba con pasos cortos, acompañado de un bastón y con la mano que quedaba libre resguardada en uno de los bolsillos. Bajo su sombrero se adivinaba su cabello engominado que brillaba en exceso. Vestía pantalones un poco cortos y un tanto ceñidos.

A medida que se acercaba hacia la terraza su figura atlética y cuidada, tal vez demasiado, se definía con mayor nitidez. En dirección opuesta, un grupo de niños corrían a una velocidad ya imparable, sumidos en el frenesí de un juego que reconocí al instante, *os biosbardos*. Uno de ellos tropezó con Víctor de Olivares y le ensució el traje. Él se giró y no dudó en interpelarlos con una vocecilla tan aguda que, lejos de asustar a los rapaces, los hizo reír a carcajadas.

—¿Qué pasa? ¿Os chista mi sombrero? ¿Os chistan mis pantalones? ¿O lo que os chistan son mis cojones?

En ese momento apareció Guillermo Fonseca y reprendió a los niños.

—Este sabio hombre del que os habéis reído es don Víctor de Olivares. Está en posesión de diversos y variados títulos y, además, es académico. Por lo que, si es digno de respeto como persona, lo es más aún por su categoría.

Inés bebió un sorbo de su vaso de coñac y a duras penas reprimió la risa que parecía compartir con aquellos niños.

La brisa suave me envolvió, y el ritmo del pasodoble que empezó a sonar en ese preciso momento abrió el baúl de los recuerdos de mi frágil memoria. Cerré los ojos. La nostalgia hervía en mi cabeza mientras reconstruía aquel momento en el que Ignacio y yo nos vimos por última vez. Se alejaba a paso lento, con la promesa bajo el brazo de escribirme cuando llegase a Madrid. Jamás pensé que esa sería nuestra despedida. Cuando esperas respuestas que nunca llegan, la incertidumbre se convierte en un veneno que carcome el alma y te vuelve loca.

Con su recuerdo palpitando en mi interior abrí los ojos, olvidando que las huellas que se marcan en el corazón son inquebrantables.

El día avanzó y el cielo se tiñó de un azul profundo para acompañar con solemnidad a la Virgen en su día grande. El murmullo silencioso que resonó en el aire cuando acabaron de rezar el rosario se disipó al abandonar la capilla para descender por el sendero iluminado por cientos de velas.

La escoltaban unos estandartes ondeados que portaba buena parte del clero, seguido por las figuras ilustres del lugar, las autoridades, los huéspedes más distinguidos que tenían el privilegio de poder figurar en el libro de honor y una pequeña representación de los empleados del establecimiento, entre ellos, Gabriel.

Desde las aceras, las mujeres con sus toquillas se santiguaban con devoción. Los músicos de la banda soplaban con fuerza sus instrumentos mientras que el sonido grave de los tambores retumbaba en el pecho de todos los presentes.

La procesión continuó su camino recorriendo las calles del pueblo y después regresó al Gran Hotel, desde donde avanzó lentamente de vuelta a la capilla para resguardar a la Virgen en su templo. La escalinata se convirtió en un río de luz, el cielo se pintó de fuegos artificiales cuando las bengalas multicolores se encendieron, y en ese momento, rodeada de fieles, todo se detuvo cuando la voz de Víctor Cervera, el barítono, rasgó la noche con su interpretación del *Ave María* de Schubert a capela. La potencia de su vibrato llegó a lo más profundo de mi alma, fragmentándola en mil pedazos punzantes que recorrieron mi cuerpo. Miré a mi alrededor y vi rostros embelesados, ojos humedecidos y manos entrelazadas en un gesto inconsciente de emoción compartida. Todo ello iluminado por un potente proyector, colocado en la terraza pequeña de una de las esquinas del Gran Hotel.

Tal vez la fe era eso. Un breve instante de luz que alumbra el camino en medio de la oscuridad. Supe que aquel momento quedaría grabado en mi memoria para siempre antes incluso de presenciar lo que estaba a punto de pasar.

Al terminar la ceremonia, Gabriel se desprendió de la multitud para llegar a mí. Su porte era firme, pero noté algo diferente en él. Caminaba con una sonrisa nerviosa y un temblor apenas perceptible.

Creí que iba a abrazarme porque enseguida alzó sus brazos hacia mí. Me cobijé en ellos, me acerqué a su pecho y escuché su respiración entrecortada. Él me apartó con suavidad, tomó mi mano y la colocó sobre el lado izquierdo de su torso. Su corazón bailaba animado. Después se sacó una cajita del bolsillo y la abrió sin dejar de mirarme. Mi piel se erizó al instante y las piernas me temblaron sin que pudiese hacer nada por evitarlo. No podía hablar, solo seguir

mirándolo con los ojos abiertos, comprendiendo lo que estaba sucediendo mientras nos fundíamos en una dulce intimidad.

—Vine aquí buscando un hogar sin saber que eso no sería un lugar, sino una persona. Candela, no puedo entender la vida si no es a tu lado. —Le temblaban los labios—. ¿Quieres casarte conmigo?

No sé cuánto tiempo pasó hasta que logré reaccionar. Quizá fueron unos segundos, o tal vez unos minutos, pero para mí fueron eternos. Dentro de mí sentí una explosión silenciosa. Un volcán que me abrasaba, unas olas que me calmaban y un viento que me agitaba.

—Sí —logré articular.

La sonrisa de Gabriel iluminaba más que todas las velas encendidas y, antes de que pudiera decir nada más, me envolvió en otro abrazo que pronto dio paso a un cálido beso. Sentí cómo su corazón se acoplaba al mío y nuestras dos mitades se unían en una sola pieza. Solté todo el aliento que había contenido, sabiendo que no me equivocaba. Entonces me dominó ese temblor secreto, ese hormigueo que causa todo cambio en nuestro destino. No tenía dudas, pero sí la certeza de que nada podía salir mal bajo la atenta mirada de nuestra patrona, la Virgen del Carmen.

El aplauso tímido del principio se convirtió en un estallido de júbilo. Mis padres se acercaron primero para felicitarnos y luego lo hicieron los de Gabriel. Las siguientes fueron Adriana y Alicia.

—¡Boda en el Gran Hotel! —exclamó entusiasmada Adriana.

—Como mucho… boda en la fonda —dije divertida.

—¡Nuestra Candela se nos casa! ¡Si alguien se merece un amor como este, eres tú! —dijo Alicia.

Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras Gabriel me estrechaba las manos con fuerza.

Loreto, con su elegancia habitual, se inclinó levemente y me dedicó una sonrisa medida que para mí tenía más significado que cualquier palabra. Bruna Da Sousa fue más efusiva. Me tomó de las manos y, con su acento melodioso, exclamó:

—¡Qué suerte tiene ese hombre de haberte encontrado!

Elena tardó un poco más en acercarse y cuando lo hizo su sonrisa parecía demasiado ensayada.

—Vaya…, qué sorpresa, ¿eh?… Es broma… —dijo tras un silencio que sentí larguísimo—. ¡Vivan los novios! Estaré invitada a la boda, ¿no?

—No puedo vivir el día más importante de mi vida sin tener a mi lado a mi salvavidas, ¿no?

—Por supuesto que no.

—Esto es increíble, Candela. Jamás me sentí tan feliz. Gracias por aparecer en mi vida y llenarlo todo de luz. Hoy es un día importante. Bailaremos, brindaremos… Voy a decirles a mis padres que tras la verbena iremos al bar de Evaristo. Díselo a Elena y a quien quieras. Hoy todo será a lo grande —dijo Gabriel mientras me agarraba con dulzura la mano. Antes de soltarla me dio otro beso.

De pronto sentí que alguien me tocaba sutilmente el hombro. Otra felicitación, pensé. Suspiré con la sonrisa aún dibujada en mis labios y cuando me di la vuelta me quedé seca. Un calor extraordinario escaló por todo mi cuerpo y una bruma fantasmal me invadió la cabeza.

—Ignacio…, has vuelto.

La herida de mi alma que parecía cicatrizada tras tres años de silencio se abrió en un solo segundo y sangraba fuego.

6

Ignacio fue mi primer amor. Por ello, durante un tiempo significó todo para mí. Nos conocimos cuándo éramos niños. Juntos pasamos los veranos en el balneario. Él llegaba cada año con su familia a hospedarse, y yo aprovechaba los pequeños privilegios que me correspondían por ser hija de un empleado del Gran Hotel para colarme en un mundo que no era mío. Fue al cambiar nuestros cuerpos cuando los sentimientos también comenzaron a hacerlo.

Vivimos un amor puro y fugaz, tan breve y luminoso como el verano que parecía no acabar nunca, pero que, como todo en la vida, también llega a su fin.

Cuando terminó aquella temporada, él regresó a Madrid con la promesa de escribirme y regresar al año siguiente. Esperé sus cartas, soñé con el reencuentro, pero lo único que llegó fue el silencio. Un silencio tan prolongado en el tiempo que me fue apagando poco a poco.

Pasaron tres años, y regresó justo cuando Gabriel me pidió matrimonio. Entonces comprendí que el pasado nunca se marcha del todo, solo se oculta y aguarda el peor momento para resurgir.

Desde ese instante algo cambió. En mi corazón se desató la tempestad que consideraba calma. Una marea de sentimientos contradictorios me arrasó: miedo, tristeza, rabia… Y, por encima de

todos, una vergüenza punzante. Vergüenza por no ser capaz de corresponder con sinceridad al amor de Gabriel. Por seguir sintiendo que una parte de Ignacio aún me pertenecía. Por no reconocerme, por no saber hacia dónde ir. Vergüenza, en definitiva, de mí misma.

Habían pasado dos días desde que todo había cambiado. Desde entonces estaba encerrada en mi propia cabeza, tratando de entender por qué el pasado que creía dormido volvía con más fuerza que nunca justo cuando el futuro me ofrecía su mano. Una parte de mi odiaba a Ignacio por regresar sin pedirme permiso. Por reaparecer en mi vida cuando ya estaba sanada. Lo odié por hacer tambalear mis cimientos sobre los que con tanto trabajo y esfuerzo me había vuelto a levantar después de su marcha. Pero al mismo tiempo otra parte de mí temblaba como nunca al reconocer en su mirada aquel fuego que nos consumió y ahora amenazaba con volver a reducir a cenizas todo lo que había reconstruido, y eso era lo que más me aterraba.

Daba vueltas a aquella tormenta de emociones cuando, casi sin darme cuenta, me dirigí hacia la capilla de la Virgen, buscando en ella consuelo como tantas veces había hecho en el pasado. Me arrodillé frente a ella y, sin apartar la mirada de su rostro sereno, me persigné, suplicando en silencio el consuelo que mi corazón anhelaba. La miré fijamente, buscando sentido, rogándole respuestas. ¿Por qué ahora? ¿Por qué él?

De algún rincón de la iglesia llegó un susurro ahogado que rompió la quietud. Xosé María, el sacerdote, estaba dentro del confesionario, apenas visible tras la celosía de madera. Parecía que acababa de llegar.

Me puse de pie, caminé con una decisión desconocida y me arrodillé en la pequeña bancada del confesionario. Antes de hablar, tragué saliva.

—Padre, he pecado —susurré con la voz temblorosa y el alma deshecha en las manos. Con ese miedo irracional de que al poner en voz alta todo lo que sentía se volviera real.

Él no me apresuró, respiró tranquilamente y ese fue el único sonido que hubo entre nosotros antes de que él comenzase a hablar.

—Dios perdona y no juzga. Cuéntame qué te sucede, hija.

—No lo sé. Siento una culpa que me devora. Pensé que mis sentimientos eran puros, en lo más profundo de mi alma sentí esa seguridad de saber que no me equivocaba y ahora…, ahora me comen las dudas —confesé apretando los puños sobre el regazo—. Creía saber adónde iba y sobre todo con quién caminaba. Gabriel me pidió matrimonio y yo le dije que sí porque lo amo, padre. Pero… —Las palabras se me quebraron en la garganta—. Pero Ignacio ha vuelto y con él todo lo que creía olvidado.

—¿Qué es lo que ha vuelto? —preguntó con voz serena.

Ni siquiera lo sabía ¿El amor? ¿El deseo? ¿El resentimiento? ¿O simplemente el anhelo de lo que pudo haber sido y no fue?

—La duda, padre —murmuré—. La duda y el miedo de que, tal vez, mi corazón no sea tan fiel como creía.

El dejó escapar un leve suspiro antes de hablar.

—Hija, el corazón humano es un laberinto. No siempre sabemos adónde nos llevará…, pero Dios sí lo sabe. Por eso, cuando las dudas oscurecen el camino, la fe es la luz que debes mantener viva. Solo así sabrás discernir entre lo verdadero y lo pasajero.

Seguía con la mirada baja, observando cómo mis manos temblorosas se agitaban sobre mis rodillas.

—¿Y si no es cuestión de fe? ¿Y si ese sentimiento es más grande que ella? —Mi voz sonó avergonzada por atreverme a formular aquella pregunta en voz alta.

—Nada hay más grande que la fe. Porque no es solo creer, también es confiar en que Dios nos guía aun cuando no conocemos el camino. Saber que, aunque nuestros sentimientos sean tempestuosos, él nos llevará a puerto seguro. No hay que temer, pues la vida nos pone a prueba cada día. En ocasiones esos desafíos se disfrazan de nostalgia, de deseo, incluso de amor. Pero no todo lo que nos sacude el alma es provocado por el corazón. A veces, solo es el eco de lo que fuimos y no de lo que debemos ser. No te atormentes, hija. Dios permite que ciertas sombras regresen no para confundirnos, sino para revelarnos la verdad.

Tragué saliva con dificultad.

—¿Y si el camino que creo correcto no lo es?

—La duda es un puente, hija, y solo al cruzarlo sabrás si del otro lado está la verdad o solo un eco del pasado.

—Entonces…, ¿debo ignorar mis sentimientos?

—No se trata de eludirlos, sino de comprenderlos. Pregúntate si lo que sientes es amor o solo un anhelo. Dios no quiere que vivamos encadenados a la incertidumbre, sino que encontremos la verdad en nuestro propio corazón.

Me quedé en silencio. Sus palabras calaron hondo, mis pulsaciones se suavizaron, aunque la duda seguía aferrada a mi pecho.

Me persigné una última vez y al ponerme de pie sentí que aquel peso se había aligerado. Me notaba más ágil porque ahora comprendía que no debía temer la duda, sino afrontarla.

Al cruzar la puerta la brisa matutina me rozó la cara. Miré al frente con decisión y cogí aire. Tal vez en la vida no hay más que dos caminos, el de las ilusiones y el de los desengaños, y ambos desembocan en el mismo lugar.

Cuando entré en la cocina, me sorprendió su calma. Su alboroto habitual había mutado en un suave bisbiseo que brotaba de las páginas de *La Temporada* que Elena sujetaba entre las manos. Susurraba con esa mezcla de impaciencia y asombro con la que se desgranan los acontecimientos interesantes. Las miradas bailaban cómplices con una chispa de curiosidad de un rostro a otro. Y yo me apresuré a ocupar mi sitio, temiendo haberme perdido algún detalle importante de lo que habíamos convertido en nuestro ritual dominical.

—«Procedente de Madrid ha llegado el joven periodista del periódico *El Debate* Don Ignacio de Alarcón, quien pronto nos deleitará con sus crónicas desde el balneario».

Escuchar su nombre fue como si una piedra me golpease el estómago. El fantasma de la duda regresaba para envolverme con su sombra.

—Bueno, venga. Dame eso. —Le arrebaté el ejemplar de las manos a Elena, sin medir las consecuencias de mis impulsos.

Los demás nos miraron atónitos con gestos de no entender qué pasaba entre nosotras. Rápidamente, Elena con su nervio disipó la

tensión enfrentando las dos páginas y cerrando de golpe el ejemplar. No sin antes mirarme con chispas en los ojos.

—Candela tiene razón, este número es demasiado aburrido. Espero que para el de la semana que viene las mentes ilustres nos sorprendan con sus conocimientos y sabiduría.

Tras sus palabras, Elena me tomó del brazo para llevarme a un lugar más alejado.

—¿Me vas a explicar qué demonios te pasa?

Quise responderle, pero mi boca se negó. Miré de reojo y entre las ollas y sartenes que brillaban relucientes colgadas sobre los fuegos apagados vi que nos seguían observando entre susurros y miradas furtivas.

—Candela, soy tu amiga, puedes contármelo…

Entonces cogí aire y me sinceré con ella. Le relaté lo que ya había compartido con Xosé, aunque no con tanto detalle. Hablar de ello provocó que mis barreras se desmoronaran, tanto que no pude evitar emocionarme.

Ella frunció el ceño y dio un paso más cerca.

—¿Has hablado con Gabriel?

—No. Solo te lo he contado a ti. No me juzgues por ello, por favor.

—No lo haré, tranquila.

—Lo quiero tanto que me asusta. No quiero hacerle daño, y si le confieso las dudas que siento desde que volví a ver a Ignacio, lo haré. Y no me lo perdonaría. Porque no estoy segura de lo que siento con su vuelta. Creo que solo es rabia.

—No seas tonta, Candela. Gabriel te va a hacer feliz. Tienes a tu lado a un hombre que te quiere de verdad, con valores, leal y

honesto. Se desvive por ti y mata por tu felicidad. Si alguien puede ofrecerte paz es él. Olvídate de Ignacio. Ese tipo de personas huidizas no son más que una ilusión. Te engañan haciéndote creer que están, pero en el fondo siempre tienen un pie fuera. No porque no te quiera, sino porque no sabe cómo quedarse. Viven atrapados en sus propios miedos, en su necesidad de libertad y lo peor… es que creen que la idea de comprometerse significa perder en lugar de ganar. Y en su afán por protegerse terminan hiriendo a los demás. En este caso, a ti.

Me quedé asombrada con la radiografía tan exacta que Elena hizo de Ignacio sin conocerlo. ¿Acaso había pasado por algo parecido? Su voz sonaba con la seguridad de quien había sufrido más de un desengaño.

—No te engañes, Ignacio ya huyó una vez y lo hará de nuevo. Quizá vuelva porque necesita llamar la atención o reforzar su auto-estima, pero nunca lo hará porque esté listo para quedarse. Para él esto no es más que un juego y tú no mereces volver a sufrir cuando ya te ha demostrado que su miedo es más fuerte que su amor. Gabriel no se esconde detrás de excusas: él elige estar a tu lado sin condiciones. Y eso es lo que de verdad importa. ¿No lo ves?

—¿El qué? —pregunté intrigada.

—Ignacio es pasado y debes tratarlo como tal. Pasaaando.

—Tu sí que eres tonta. —No pude evitar reírme.

—Te lo digo en serio, Candela. No te atormentes más. No sabes la suerte que tienes con Gabriel. No te dejes engañar por esa nostalgia, porque eso no es amor. Es solo una sombra que ha vuelto para oscurecer tu luz. Y si me permites un consejo más…

—Dime.

—Habla con Gabriel, dile la verdad. Lo entenderá.

Tres conclusiones saqué de aquella conversación. La primera es que Elena tenía razón; la segunda, que no había dudas de que ella había sufrido mucho por amor, y la tercera, que tenía que hablar con Gabriel.

Salí de la cocina impulsada por la energía que me habían dado sus palabras. Atravesé el pasillo con decisión, dejando atrás el despacho de don Alfonso sin reparar por primera vez en él. Crucé la terraza y me apoyé en la barandilla con la mirada fija en el horizonte, buscando a Gabriel como un elemento imprescindible de mi paisaje. Miré hacia un lado, luego al otro, pero no lo vi en ninguna parte. Cerré los ojos, como si así pudiera apuntar con más precisión, pero el resultado fue el mismo. Sabía que estaba en el hotel, pero… ¿dónde?

Un toque suave en el hombro fue lo que impidió que me arrastrase por la decepción de no encontrarlo. Un escalofrío subió por mi nuca congelando mis pensamientos al instante. La última vez que alguien me había tocado así… había sido Ignacio.

—Candela, ¿estás bien?

Era la voz de Gabriel. Sonaba dulce, sonaba… a paz. El alivio me envolvió de inmediato y me di la vuelta sin pensarlo y sin imaginar que la calma duraría apenas un segundo. No estaba solo. A su lado estaba Ignacio.

El tiempo se detuvo. Frente a mí, dos caminos se abrían con claridad inquietante: el pasado y el presente, solapándose de una manera cruel. Razón y corazón se enfrentaban en ese mismo instante. La primera sabía qué debía hacer, lo que Elena me había dicho, asumir lo que Gabriel representaba. Pero mi corazón herido,

ese que aún cargaba cicatrices, vacilaba. Respiré hondo, tratando de sostenerme en el suelo firme de la realidad.

—Eh…, sí, sí, Gabriel, perdona. Es… es este sol…, que me marea. Te estaba buscando para hablar contigo, pensé que estarías en el parque. —Intenté mantener la compostura, como si esa pequeña mentira fuera suficiente para frenar el caos que amenazaba con estallar en cualquier momento.

—Ahí estaba hasta que conocí a don Ignacio —dijo Gabriel con un gesto de orgullo que me hizo darme cuenta de un detalle que, hasta ese momento, no había considerado. Era inevitable que él y Gabriel se conociesen, pues Gabriel no tardaría en darse cuenta de que Ignacio era periodista y su ilusión por escribir lo acercaría a él.

¿Era una broma, o solo una maldita casualidad?

—¡Candela! —gritó doña Teresa desde la puerta de la terraza con ese tono autoritario que solo ella sabía imprimir a la voz.

Me giré al instante, aliviada porque la distracción llegara justo a tiempo para salvarme de ese infierno.

—Me reclaman. Luego hablamos —dije mirando solo a Gabriel y me despedí de él con un roce suave de manos. Ignoré a su acompañante.

Llegué rápido junto a ella, huyendo de mí misma, sintiendo que el único fantasma real era yo, que vagaba consumida arrastrando sus cadenas.

—Doña Loreto te necesita en su habitación. Y cuando termines, ve al gran salón. Hay que prepararlo todo para la Fiesta de la Flor.

Me limité a cumplir con mi deber. Pero… ¿cuál era realmente mi obligación, sino la decirle la verdad a Gabriel? No podía seguir huyendo. ¿Qué temía descubrir?

No hacía demasiados años que se había instaurado la tradición de celebrar la Fiesta de la Flor en el balneario. En poco tiempo se convirtió en una de las más esperadas de la temporada porque era distinta a las demás; el mismo director del Gran Hotel la catalogaba de extraordinaria. No se equivocaba don Alfonso con tal distinción, porque, aunque estaba organizada por las Hijas de María de Mondariz y la excusa era la de recaudar fondos para el asilo y los más necesitados, la realidad era otra bien distinta y al mismo tiempo una paradoja, pues era una nueva oportunidad para que la alta sociedad exhibiera una vez más su poder y sus riquezas. Aunque en esta ocasión, la vestían con un manto de generosidad.

Para mí era un baile perfectamente ensayado, donde la opulencia y la caridad se daban la mano sin pudor, enredándose entre pasos de humo. Los huéspedes hacían grandísimas donaciones no solo por filantropía, sino porque sabían que todas ellas serían reseñadas en *La Temporada* y ese no podía ser mejor escaparate. Lo importante no era dar, sino destacar cuánto se había dado.

El salón de fiestas, aunque siempre era el mismo, nunca se veía igual. Aquella noche estaba irreconocible, engalanado con exquisitos ramos de flores colocados simétricamente y guirnaldas que colgaban del techo como si fueran lianas de algún jardín encantado. La luz de cientos de velas y lámparas eléctricas se reflejaba en los amplios ventanales, multiplicando el resplandor dorado que impregnaba la estancia, creando una ambientación mágica.

Olía a vela derretida, mezclada con perfume caro y polvos de arroz.

Ellas, ataviadas con sus mejores galas, eran las verdaderas protagonistas, pues llevaban la joya más valiosa para una dama, la

de la caridad, aunque, a pesar de los esfuerzos que alguna demostraba por lucirla, no a todas les sentaba igual. Inés de Olivares estaba enfundada en un vestido de satén de tono borgoña que conjuntaba con la copa de vino que sujetaba con la mano adornada con una esmeralda gigante. Con corsé ceñido y unos volantes afilados en las mangas con los que podría cortar cualquier atisbo de desacuerdo con su persona.

Hablaba con Marguerite, que había elegido un traje negro de seda con un escote en barco que dejaba al descubierto sus clavículas pronunciadas. Ocultaba sus dedos de pianista bajo unos guantes largos. Supe por su vestimenta que ella sería una de las grandes protagonistas de la noche.

Loreto, de un color azul celeste tan dulce como su alma, destacaba por su elegancia natural envuelta en un discreto vestido de manga larga con un cuello alto de encaje que cubría su escote con delicadeza, pues la modestia era también parte de su piel. Sus alhajas eran mínimas. Ella, a diferencia de Inés, sabía lucir bien la joya de la caridad.

También me llamó la atención la elección de Amalia, la escritora. Llevaba un vestido de tafetán verde esmeralda con una falda amplia que se abría como una flor y un corsé entallado que agudizaba su escultural cuerpo.

Una hilera sembrada de sombreros de copa de fieltro oscuro se deslizaba entre el crujir de enaguas almidonadas y faldas de sedas y encajes. Los caballeros iban ataviados con chaquetas ribeteadas y chalecos de brocado. Movían los torsos acompañados por bastones de roten que golpeaban el suelo con impaciencia. Sus bigotes, meticulosamente arreglados, enmarcaban rostros de expresión

firme, aliñados con miradas que destilaban una mezcla de autoridad e ilusión.

Entre ellos reconocí de inmediato a Hugo Quiroga, erguido con su aire distinguido, y a Philippe, quien, bajo el brillo de sus lentes, observaba con atención cuanto sucedía a su alrededor. Benedito lanzaba la mirada de un lado a otro del salón, como si estuviera buscando algo, o a alguien, mientras que Guillermo Fonseca, con su eterna pipa entre los labios, parecía sumido en sus pensamientos. Gonçalo da Sousa conversaba animadamente con un grupo de compatriotas, gesticulando con ese entusiasmo que tanto lo caracterizaba. En una esquina, Víctor de Olivares debatía en animada charla con otro hombre cuya identidad no pude descifrar porque me daba la espalda.

Tras la breve presentación, Bruna salió de entre la multitud, caminaba victoriosa, con la espalda recta y los hombros relajados, ladeándolos para abrirse paso. Cuando llegó a las escaleras laterales, recogió su vestido con las dos manos y pisó el escenario con fuerza, llenándolo solamente con su presencia. El murmullo del público se apagó al instante, solo quedó el eco la suave melodía que dejan en el ambiente los suspiros vacíos que mueren antes de cobrar fuerza. Desde lo alto alzó la barbilla y dejó que su mirada intensa y oscura se hundiera en las pupilas de todos los que la observaban, desatando una hoguera con un simple pestañeo. No se molestó en apagarla, sino que le echó más leña al fuego, avivándolo mientras mantenía duelos visuales simultáneos con todo aquel que la desafiase. Quería que la vieran y que la sintieran. Y vaya que si lo consiguió. Era enigmática e hipnótica. No solo ocupaba el centro del escenario, sino que se había convertido también en el de la velada.

Primero alzó los brazos por encima de la cabeza y arqueó las muñecas con elegancia. Luego dejó que los primeros acordes de la guitarra acariciaran por unos segundos el silencio. Su cuerpo permanecía inmóvil, hasta que la música explotó y con ella su danza.

Su vestido de un rojo profundo se agitaba con cada giro, como si las llamas lo envolvieran en su propia combustión. Cada golpe de tacón sobre la tarima sonaba como un latido agitado. Y entonces llegó su voz… Profunda, desgarrada. Una llama voraz que devoró el escenario y encandiló a todos con su arte. Incluso a Inés, que habitualmente la miraba con desprecio. No tenía dudas de que la fiesta había empezado por todo lo alto, saboreando el plato fuerte como entrante para aquella mágica noche.

Cuando la última nota se extinguió, hubo un segundo de absoluto silencio antes de que la ovación estallara. Bruna, con el pecho agitado y la mirada encendida, reflejó el mismo fuego que ardía en los ojos de Amalia mientras contemplaba a Benedito. Los observé fijamente y, sin quererlo, viajé a aquellas palabras tan vivas, atrapadas para siempre en sus epístolas.

—¿Sabes que esa mujer le pidió a don Alfonso hacer uso de las cocinas del Gran Hotel? —murmuró Elena. No supe cuánto tiempo llevaba a mi lado.

—¡Qué susto me has dado! ¿Qué estás diciendo?

—Estaba observando cómo mirabas a Amalia y a Benedito, y supuse que, como yo, habrías pensado en sus cartas. Por eso te estoy contando, a modo de cotilleo, que Amalia le pidió a don Alfonso utilizar la cocina.

—Pero ¿para qué? —Fruncí el ceño.

—Pues para hacerle un buen pastel, Candela. A veces no sé si me vacilas o si de verdad eres tan ingenua. Creo que tienes un don para dejarme en ridículo delante de mí misma.

Su respuesta provocó que soltase una carcajada.

—Lo querrá terminar de conquistar por el paladar, qué sé yo. Ya sabes, aquí vienes por una dolencia del hígado y acabas digiriendo todo con el corazón.

—¿Y por qué lo sabes?

—Pues… porque me lo dijo don Alfonso.

—¿Don Alfonso? ¿Qué haces hablando con el director del hotel?

—No me mires así —protestó revolviéndose con incomodidad—. Últimamente hablo mucho con él… —Su tono, que al principio sonaba a reproche, adquirió de pronto un matiz distinto, casi como si quisiera despertar mi curiosidad—. No te sorprendas. Lo hace para reñirme, pero como tú estás tan metida en tus problemas… te olvidas de todo lo demás —dijo alzando los hombros.

No supe cómo debía sentirme en ese momento. Tampoco si lo decía para llamar mi atención, para provocar una reacción o porque buscaba algún tipo de interés por mi parte.

—Mira, ahí viene Gabriel.

—¿Gabriel? —me giré al instante—. ¿Qué hace aquí?

—Pues… habrá utilizado la excusa de cuidar de las flores para verte a ti. No sabes la suerte que tienes… ¿Has hablado con él?

—Todavía no —admití sintiendo un ligero nudo en el estómago—. Pero eso se acabará ahora mismo.

Dejé a Elena con la palabra en la boca y eché a andar hacia él.

Estaba en la entrada. Su mirada, siempre dulce, se mimetizó con los tonos pastel de las flores que había a su alrededor. Nuestros ojos

se encontraron, una sonrisa bailó en mis labios y mi corazón se agitó al instante.

Estábamos a tan solo unos pasos cuando de repente un estruendo de exclamaciones, cada vez más urgentes, me sacudió. Me di la vuelta para ver de qué se trataba.

Allí, en medio del grupo de caballeros que hasta hacía un instante brindaban con despreocupación, el conde de Miraflores, un hombre de complexión generosa y mejillas siempre sonrosadas, se llevaba las manos al cuello con desesperación. Su rostro, normalmente rubicundo por los excesos, había adquirido un tono violáceo alarmante. Sus ojos desorbitados buscaban auxilio mientras su corpulento cuerpo se sacudía con espasmos. Su mostacho, que solía erguirse con altanería sobre su labio superior, temblaba descontrolado.

—¡Por favor, un médico en la sala! —gritó alguien con voz cortante.

—Busquen inmediatamente a don Emilio, ¿no ven que se ha atragantado?

Las voces sonaban difusas. Los asistentes más cercanos se apartaron con sobresalto, algunos llevándose las manos a la boca, otros titubeando entre el susto y la necesidad de intervenir. Una dama dejó caer su abanico con un grito ahogado, mientras que otro caballero, sin saber bien qué hacer, golpeaba nervioso el brazo de su vecino para llamar su atención. El desconcierto se extendió como la pólvora por el salón. El tono de piel del conde se asemejaba cada vez más a las flores violetas que reposaban junto a Gabriel. Busqué su rostro entre la multitud, pero no lo encontré, ya no estaba. ¿Dónde se había metido?

—¡Tranquilidad todo el mundo, que yo me encargo!

La voz femenina que destacó por encima del murmullo era la de María Soutelo, que caminaba abriéndose paso con los brazos en alto y moviendo con ligereza los dedos de la mano.

Esa mujer…, esa mujer era la que había visto hablando con don Emilio. «Claro, la curandera», pensé. La miré expectante, sin embargo, la gran mayoría de los allí presentes la observaba con una mezcla de incredulidad y desprecio, cuestionando silenciosamente tanto su voluntad como sus conocimientos.

—No me miren así. En mis manos está el remedio para este mal y todos los demás —sentenció.

Con calma, sin dejarse contagiar por el pánico que mantenía paralizados a los demás, María se detuvo frente al conde. Este reposaba la cabeza sobre los brazos de Manuel, el camarero, que sostenía su cuerpo mientras miraba hacia todos lados con la mirada perdida.

—Quita de ahí —le ordenó sin vacilar—. ¿Qué haces colocándolo en el suelo? ¿No ves que así se ahoga más? ¡Ponlo inmediatamente de pie!

Manuel, obediente, trató de incorporarlo. Las manos de Andrés lo ayudaron, pues un par no era suficiente.

María se posicionó detrás de él sin perder un segundo. Pasó los brazos por su torso y colocó las manos justo debajo del esternón, entrelazando los dedos con una precisión impecable. Tomó aire y, con la fuerza exacta, presionó con un empuje seco y ascendente. Una vez. Dos veces… La expectación era máxima. Fue al tercer golpe cuando un sonido seco rasgó el aire y el conde lanzó de una

bocanada brusca el trozo de canapé que lo había condenado al borde del ahogo.

Los suspiros de alivio sonaron de forma conjunta cuando casi de inmediato el conde, todavía tambaleante, comenzó a recuperar el tono habitual de su rostro. Y antes de dedicarle a María un gesto de agradecimiento, se llevó la mano al cuello, como si necesitara asegurarse de que el aire volvía a circular por la garganta. Respiró hondo, jadeando ligeramente, y luego se pasó el dorso de la mano por la frente sudorosa.

—¡Se lo dije! No hay nada que estas manos mías no puedan curar.

Algunos caballeros se arrancaron a aplaudir, mientras que las damas, todavía alteradas con la mano en el pecho, susurraban entre ellas.

—Bravo, bravo, una actuación impresionante, se diría que el atragantamiento era real —vociferó don Alfonso mientras aplaudía para tratar de restar importancia al asunto.

Los huéspedes se miraron extrañados. Parecían convencerse de que don Alfonso tenía razón.

—Ya ven que aquí nada malo puede ocurrir, cuando menos se lo esperen, las mejores manos los cuidarán —concluyó.

El aplauso individual se convirtió en colectivo bajo mi mirada de asombro. ¿Había sido acaso una actuación? ¿Un número más de la velada para exhibir el talento de María Soutelo? «¡Pánfilos, incrédulos!», me dije para mis adentros.

Las copas volvieron a sonar y el escenario estaba a punto de ser ocupado de nuevo, como si nada hubiese pasado.

La siguiente en adueñarse de él fue Balbina Velarde. Don Alfonso fue quien la presentó:

—Damas y caballeros, la fiesta continúa y ahora quiero anunciarles una sorpresa que no podía aguantar más, porque… porque esta noche tenemos el privilegio de contar con una estrella internacional cuya voz ha resonado en los teatros más prestigiosos de Europa. Una artista cuya grandeza no solo se mide en su talento, sino también en su generosidad. —Hizo una pausa, dejando que el suspense envolviera la sala antes de continuar—: No es un secreto, pues muchos de ustedes ya saben que nuestra querida Balbina Velarde se encuentra en Mondariz disfrutando de un merecido retiro, buscando en nuestras aguas el remedio para sobrellevar el peso de la fama, esa que la ha elevado a lo más alto. Sin embargo, su espíritu altruista la ha llevado a regalarnos esta noche una pizca de su talento. Pido por favor que valoren como se merece la actuación que van a presenciar, pues serán testigos de un momento histórico al alcance de muy pocos, y por supuesto, aquí en Mondariz, ¿dónde sino? Por ello, para agradecerle su generosidad, les pido, por favor, un fuerte aplauso para la incomparable, la admirada…, la inigualable… ¡Balbina Velarde!

El salón estalló en ovaciones cuando apareció en escena, aceptando con orgullo aquella admiración que, lejos de abrumarla, parecía entusiasmarla.

Si Bruna era fuego, Balbina era hielo. Una ardía con la intensidad de una llama imposible de sofocar, mientras que la otra se erguía con la solidez majestuosa de una escarcha afilada. Ella reinaba desde la serenidad, y para ello no necesitaba más que su voz…, ¡y qué voz! Un filo helado que te partía por la mitad, que te atravesaba

el pecho y te dejaba temblando, sin aliento, como si de pronto todo el aire se hubiese convertido en cristal.

El salón se envolvió de un frío ardiente. Fuego y hielo… Uno consume con su intensidad y el otro corta con su frialdad. Sin embargo, ¿qué sería del mundo sin ambos? Aquella noche, entre Bruna y Balbina, el público quedó atrapado en un equilibrio imposible entre dos fuerzas igual de poderosas. Cuando la actuación llegó a su punto álgido, la tensión entre algunos huéspedes también se elevó.

Hugo Quiroga y don Alfonso hablaban en un tono tan alto que resultaba difícil imaginar que mantenían una conversación amistosa. Se diría que discutían por imponerse a la voz de Balbina. Pero no era solo su volumen, también el lenguaje no verbal tan exagerado que utilizaban. Movida por la curiosidad me acerqué a ellos bajo el pretexto de recoger las copas que estaban en la mesa contigua.

—Don Alfonso, tengo que reconocerle que estoy muy decepcionado.

—No me diga eso, Hugo. Su presencia aquí es para nosotros un regalo y no quisiera que le faltase de nada ¿Qué es lo que sucede?

—El manantial está seco. He tomado las aguas y le diré que la calidad de los minerales no es la misma que la de otros años.

—Pamplinas. Eso es imposible. Los minerales son tan puros como siempre.

—¿Está seguro de eso? Las aguas parecen turbias en algunos puntos. ¿Ha revisado bien la canalización?

—Por favor, me ofende con esa pregunta. El agua viene directa del manantial. Tal vez deba esperar antes de beber. Ahora mismo le pediré a Emilio que le reciba en su consulta mañana a primera hora.

Estoy convencido de que está tomando mal las aguas y por eso le sientan mal. Será que no las pasea o que no las descansa. Le pediré que lo examine y le baje la dosis si es necesario.

Hugo se quedó callado mientras un pequeño chorro de vapor asomaba por su nariz.

—Lo mismo le pasó a otro huésped…, a Philippe, el francés. Él todavía necesita tiempo para adaptarse a estas aguas. Pero no se preocupe, nada que no se pueda manejar… porque no hay nada que no se pueda lograr en Mondariz.

—No he venido aquí para no lograrlo —rugió Hugo cerrando los puños y descargando su ira con un golpe seco sobre la mesa.

Tal vez eso fue lo que llamó la atención de Guillermo Fonseca, quien, con su pipa colgando de los labios, se acercó tratando de sofocar el fuego antes de que prendiese del todo.

—Amigos, no estamos en la Cámara del Congreso de los Diputados —dijo dejando escapar una pequeña bocanada de humo —. No se puede discutir sobre aguas minerales con tanta pasión y pretender que nadie nos tome por locos.

A pesar de sus palabras apaciguadoras, la mirada de Hugo no bajaba de revoluciones. Don Alfonso lo miraba con compasión, tratando de disculparse.

—Este no es lugar ni tampoco momento para tanto alboroto — continuó Guillermo con voz suave.

—No he venido aquí para volver peor de lo que estaba. He tenido que mover toda mi agenda para poder… para poder descansar. ¿O es que no son conscientes de cómo está el país?

Los retazos del aquel diálogo que acababan de llegar a mis oídos sembraron el misterio. No entendía nada. ¿Qué sentido tenía aquella

disputa? No hablaban de política, ni de dinero, ni siquiera de algo referente a la velada. Estaban enfrascados en una discusión acalorada sobre algo tan absurdo como la calidad de los minerales en las aguas de Mondariz. ¿Cómo podían tomarse tan en serio algo tan trivial? ¿Quién, en su sano juicio, osaría cuestionar la pureza de estas aguas?

Pensé en que tal vez solo había sido percepción mía, pero un poco más allá, Inés de Olivares, que hasta entonces conversaba animadamente con Philippe, también había percibido la tensión, porque se giró con un interés medido para observar la escena. Su abanico se movía lentamente, mientras que Philippe mantenía la mirada fija en el grupo. Sus ojos se cruzaron con los de Inés en un intercambio silencioso de complicidad. Ambos parecían medir cada palabra que les llegaba de aquella discusión.

Antes de marcharme, escuché las últimas palabras de Guillermo instantes previos a que el humo de su pipa se desvaneciera en el aire. Y yo aproveché ese instante para desvanecerme con él.

—No hay mejor lugar para encontrar lo que tanto buscas que este balneario, con sus aguas y su… atmósfera tan reconfortante, Hugo.

Fueron las manos de Marguerite, dirigidas por su sensibilidad precisa, las que lograron devolver la calma al ambiente.

Entre notas clásicas volví a ver a Gabriel. Departía con otro hombre de espaldas a mí, gesticulando con la habilidad de quien había aprendido a ejercer sus responsabilidades bajo la profesionalidad de la discreción. Él también me vio, y con un leve movimiento de cabeza, y unos ojos cargados de ilusión, me invitó a

acercarme a ellos. Respondí a su gesto con la misma prudencia con la que él compartía palabras.

El hombre con el que hablaba era Ignacio, que se había colocado, cómo no, al lado de la puerta, siempre listo para marcharse. Él se giró y me dedicó una mirada atrevida, penetrante, interminable. Todo se fue al traste y, de nuevo, ¡pum! La realidad era mucho peor que cualquier pesadilla.

Quise salir corriendo. Deseé que doña Teresa apareciese otra vez para salvarme del infierno o que algún otro imprevisto requiriese de mi persona. Me hubiese conformado con que la tierra me tragase y no se molestase jamás en escupirme de vuelta. Pero era real y tenía que asumirlo. No podía mentirle más. Quise decirle que ya nos conocíamos, pero fue Ignacio, ¡maldita sea!, quien con su presencia cambió el rumbo de los acontecimientos.

—Es un honor volver a verla, señorita. Gabriel me ha confesado su pasión por las letras y… no me cabe duda de que tiene muy buen gusto al tomar ciertas decisiones.

Escucharlo era una tortura. Gabriel, ajeno a lo que me ocurría, tomó la palabra con entusiasmo.

—Candela, ¡no te imaginas las ganas que tenía de presentarte debidamente a don Ignacio de Alarcón!

Ignacio, por alusiones, esbozó una sonrisa que desprendía esa satisfacción que solo puede tener quien sabe que ha logrado retener a su presa.

—Don Ignacio es un gran periodista. Me ha estado contando cómo es su trabajo en la capital, y también que va a colaborar con *La Temporada*. Además, me ha presentado a un periodista portugués, Tomás Ferreira, que escribe las crónicas desde el

balneario para *As Novidades*. ¿Te imaginas, Candela? ¡Es increíble lo que uno puede aprender de las personas! Y ¿quién sabe? Tal vez algún día… yo sea quien les cuente a los demás lo que pasa aquí. Desde el Balneario de Mondariz… para todos los rincones…

Los ojos de Gabriel brillaban con una sinceridad que me rompía el alma. Era un soñador empedernido, un luchador nato que trabajaba sin descanso para alcanzar lo que otros ni siquiera se atrevían a desear. No se conformaba con cumplir sus sueños, sino que también se desvivía por ayudar a los demás a conseguir los suyos. Gabriel lo era todo y yo no había nacido para cortarle las alas, sino para volar a su lado y sujetarlo con fuerza cuando el viento no soplara a favor. Creía en sus sueños con la misma fuerza con la que él los expresaba en alto, y sabía que conseguiría todo lo que se propusiese. Siempre pensé que sería un gran periodista, pero ese día no tuve más remedio que cambiar el rumbo de la conversación para evitar que los dos nos estrellásemos.

—Gabriel, creo que no es lugar ni momento para esto —respondí con la voz temblorosa.

Ignacio, con su habitual destreza para manejar los tiempos, alzó una ceja y esbozó de nuevo esa sonrisa explícita con la que intentaba jugar al despiste, pero esta vez yo no estaba dispuesta a volver a caer en sus redes.

—No te preocupes, estoy convencido de que, con empeño y esfuerzo, conseguirás todo lo que te propongas, Gabriel. Te lo dice uno que nunca tira la toalla —dijo clavándome la mirada.

Gabriel, sin darse cuenta de la tensión que se había instaurado entre nosotros, comenzó a hablar de nuevo con una ilusión desgarradora.

—Yo… solo necesito una oportunidad…, poder intentarlo. A veces me paso las noches imaginando titulares, inventando artículos… —confesó con unos ojos de nuevo emocionados, en los que me vi reflejada, más pequeña y vulnerable… como si retratara la culpa que intentaba ocultar.

No podía soportarlo más. Era demasiado cruel. Gabriel no comprendía lo que había sucedido ni lo que estaba por suceder.

7

Me desperté antes de lo habitual. Aunque la fonda nunca olía igual, porque su aroma era el reflejo de quienes la habitaban, y con un intervalo más o menos regular de dos semanas llegaban almas nuevas, cada una con sus penas y esperanzas. Una fragancia dulce que bullía del pan recién horneado y del café con canela me embriagó. Esa combinación olfativa solo podía significar una cosa: hogar.

Madre me recibió en la cocina con los pómulos manchados de harina y los brazos abiertos para arroparme. Eso es precisamente lo que necesitaba, sentir su calor.

—¡Qué pronto te has despertado, Candela! ¿Has dormido bien? ¿Quieres que te caliente un poco de leche?

—Sí, madre —contesté sin más a todas sus preguntas.

—Que cariña tienes. Ven aquí, anda.

Sus dedos me acariciaron la cara con una dulzura que solo ella sabía transmitirme. Después, con ese gesto tan suyo, me acercó suavemente hacia el pecho para fundirnos en un abrazo tan profundo que parecía querer coserme por dentro. Me acomodé en su hueco, en ese rincón sagrado que solo existe en el cuerpo de una madre, hecho a medida de su hija. Reposé la cabeza sobre su hombro, cerré los ojos y suspiré mientras ella me acariciaba la sien.

Me sentí en paz, como si todo lo que me pesaba por dentro se evaporase. Me emocioné tanto que mi fuerza interna ya no luchaba contra las dudas y los miedos, sino para que las lágrimas que amenazaban con asomar no se atreviesen a caer. Y en esa batalla silenciosa mil preguntas asaltaron mi cabeza. ¿Cómo algo tan sencillo puede sanar tanto? ¿Por qué no abrazamos más fuerte y más tiempo? Nos preocupamos por cosas materiales y causas vacías y no por lo esencial. Y en esta distorsión perdemos de vista lo que no tiene precio, pero sí caducidad. Aprendemos la lección demasiado tarde, cuando el tiempo se acaba.

No hay nada más puro que el amor de una madre. No importa cuántos años tengamos, ni cuán rota llevemos el alma. Basta con rozar ese anclaje para que todo lo que parecía desordenado encuentre su lugar. Para que el mundo, aunque sea por un momento, deje de doler. Sin que pudiera evitarlo, una lágrima se independizó y rápidamente desembocó en su hombro.

—¡Candela! ¿Qué te pasa? —preguntó alarmada.

—Nada, madre. Es solo… que… que echo de menos estar aquí, en casa, contigo —mentí—. Aunque era una verdad a medias, porque extrañaba no estar con ella en la fonda, mano a mano, disfrutando de su compañía. Lo que me ocurría en ese momento era que no podía dejar de pensar en el regreso de Ignacio y, sobre todo, en lo que eso suponía.

No sabría decir con exactitud en qué momento todo cambió, pero inevitablemente el tiempo, siempre ajeno a las luchas que batallamos internamente, siguió adelante en su curso. Hubo más fiestas, excursiones, celebraciones de todo tipo y también encuentros inesperados en los pasillos, en los jardines…, y cada vez

era más complicado disimular. Al principio estaba más tranquila; me convencí de que durante un tiempo tendría que cruzarme con Ignacio y también de que podría manejarlo. Quería creer que estaba haciendo lo correcto al no contarle nada a Gabriel y mantener en secreto esos pensamientos que me aturdían, porque, al fin y al cabo, me repetía que eran solo eso: pensamientos pasajeros. Sin embargo, había días en los que todo se alteraba de golpe. Bastaba un instante, el recuerdo fugaz de sus besos o la intensidad de su mirada buscándome entre la gente, para que todo mi muro de contención se resquebrajara, y en esa brecha que asomaba las dudas se hacían más firmes que nunca. Me sentía atrapada entre la culpa y el deseo, y sin apenas darme cuenta perdía la cordura.

—¡Ay, *miña miniña*! —suspiró con los ojos vidriosos mientras me acariciaba la mejilla—. Yo también echo de menos tu compañía y tenerte en la fonda cada día, pero crecer es eso… Estoy tan feliz de saber que vas a formar tu propio hogar. Eso es lo más grande para una madre, saber que su hija es feliz y cumple sus sueños. Cuando seas madre lo entenderás —concluyó con una sonrisa pura.

—¿Han llegado nuevos huéspedes? —pregunté cambiando de tema.

—No, desde que se marcharon los dos hombres de Ourense sigo teniendo camas vacías. Mira, precisamente ayer me encontré con Lino y le dije que a ver si me mandaba un par de agüistas, que quería tener más gente en casa.

A Lino algunos lo conocían como el maletero, otros como el limpiabotas, pero en realidad era mucho más que eso. Era un superviviente que recorría a diario los caminos que unían el Gran Hotel con el pueblo para ofrecer sus servicios a quien los necesitara.

Se ganaba la vida limpiando zapatos, buscando a recién llegados para ofrecerles alojamiento, cargando con sus equipajes… Madre solía darle una propina a cambio de que le enviara huéspedes a la fonda. Y Lino, cumplidor como pocos, nunca llegaba con las manos vacías.

—Pues si ya se lo dijiste a Lino no tardarán en llegar.

—Y más me vale que cuando lo hagan no me pillen con el trabajo a medias. —Se secó las manos en el delantal—. Anda, ven, échame una mano.

—Una y todas las que necesite.

—Necesito que vayas al mercado a comprar huevos, verdura, harina… y también un poco de mantequilla, que ya no queda ni para untar el pan. Y pásate también por la tienda de Milagros y dile que te dé medio kilo de arroz.

—Está bien. ¿Algo más?

—Sí. —Se dio la vuelta para mirarme con esos ojos que parecían verlo todo—. Sea lo que sea que te preocupa, no te angusties: la vida ya es bastante complicada por sí misma. Sé buena persona y todo saldrá bien.

Con la cesta colgando del brazo, me acerqué a la puerta, lista para cumplir con sus encargos. Pero cuando alcancé el pomo, dos golpes secos resonaron contra la madera.

—¿Se puede? ¡Traigo compañía!

Allí estaba Lino, con su gorra ladeada, su chaqueta polvorienta y el gesto afable de siempre. A su lado, oculta tras él, asomaba una mujer menuda.

—Rosario, esta señora viene de Lugo. Llegó en el coche de línea…, es una huésped muy especial, ¿sabe?, por eso he pensado

que aquí tendría buena acogida —dijo sacándose la gorra.

La mujer asintió en silencio, sin atreverse aún a mirarnos.

Estaba consumida. Llevaba un vestido roído de tela oscura. Su rostro también era gris, como si la vida le hubiese ido difuminando los colores. Traía consigo una sartén envuelta en un trapo, una tartera abollada y un pequeño hatillo donde llevaba el servicio completo para una persona. Sus manos rígidas apretaban con fuerza sus pocas pertenencias, como si temiera perderlas en cualquier descuido. La pobre venía que daba pena verla.

—Pase, por favor —dije, apartándome a un lado para dejarla entrar.

Ella se acercó un poco más, titubeando con voz frágil.

—Señora, yo… tengo muy poco dinero. No puedo gastar mucho. El médico me recomendó tomar estas aguas para ver si mis riñones tienen cura. Solo busco un sitio donde dormir. Si usted me lo permite, yo misma me haré la comida —murmuró apretando contra el pecho los bártulos.

Madre la escuchó con esa paciencia suya que no juzgaba, solo entendía.

—¿Cómo se llama? —preguntó al tiempo que se aproximaba a ella.

—Me llamo Lourdes.

—Pues, Lourdes —dijo con cariño—. Así no trabajamos aquí. Si entra en esta casa, entra como los demás. Yo le cobro por la habitación y me encargo de hacerle la comida. Usted, si quiere, compra lo que necesite, pero de la cocina y la limpieza nos encargamos nosotras.

Lourdes levantó tímidamente la mirada, con un destello de preocupación en los ojos.

—¿Cuánto me va a cobrar? —acertó a decir casi en un susurro.

—No se preocupe por eso. Lo que usted pueda pagar estará bien. Aquí no se le cierra la puerta a nadie por falta de dinero. No le ponemos precio a la necesidad.

La mujer asintió en silencio. Sus hombros tensos parecieron aflojarse.

—Eso sí —advirtió madre señalando hacia el interior—. Verá que esto no es muy grande. Compartirá habitación con Eulalia y su niña, Cecilia. Ellas también están aquí por un motivo parecido al suyo.

El cuarto al que se refería madre disponía de dos camas y un pequeño catre plegable, justo pero suficiente para acomodarlas a todas.

—Está bien —afirmó Lourdes, más que agradecida.

—Todavía es temprano —añadió madre con una sonrisa—, seguro que está cansada del viaje, ¿le apetece un poco de leche o un café?

Ella asintió, y en su gesto vi por primera vez algo parecido a un atisbo de alivio.

—Candela le ayudará a instalarse.

Afirmé con simpatía mientras me quedé observando a aquella mujer que llevaba encima más cansancio que equipaje. Había algo en su forma de estar, en la manera en que se abrazaba a sus pocas cosas, que me conmovió. Sus ojos apagados suplicaban ayuda, por eso no dejé de buscar su mirada para que en mi rostro hallara la certeza de que nuestro hogar sería un refugio para ella.

—Lourdes, acompáñeme.

Antes de que procediera a enseñarle bien la fonda, madre se acercó a Lino para entregarle discretamente un par de monedas. Él, satisfecho, levantó la gorra y se marchó.

—Todavía tengo dos camas libres —le recordó en voz alta.

—Descuida, Rosario —dijo mientras desaparecía calle abajo.

La tarde empezaba a caer despacio. Me había arrimado a la ventana de la cocina. Apoyada en el cristal reposaba mis pensamientos sobre el tono anaranjado de un cielo puro.

El golpe insistente de la puerta me sobresaltó. Caminé hacia la entrada y abrí con cuidado. Enseguida descubrí a un hombre de porte robusto, con el cabello oscuro, aunque algo canoso por los laterales, y las mejillas ligeramente enrojecidas por el sol. Bajo el sombrero ladeado, sus ojos pequeños y vivaces me miraban chispeantes, de buen humor. Fue su sonrisa ancha y franca la que me devolvió la calma.

—¡Don Matías! —exclamé, entre sorprendida y emocionada.

—¡Candela! Por Dios, hay que ver cómo has cambiado. Ahora eres toda una mujer.

Me sonrojé un poco mientras el me miraba fijamente sin decir nada.

—Perdona, es que no puedo dejar de pensar en la primera vez que te vi en esta misma fonda, apenas alcanzabas el pomo de esta puerta —afirmó con cierta melancolía.

—El tiempo pasa para todos.

—Estoy de acuerdo, pero en vosotros se percibe todavía más fugaz.

Don Matías era madrileño. Dueño de una tintorería muy conocida en la capital, era un hombre muy rico y padre de una familia numerosa que parecía multiplicarse cada verano. La primera vez que vinieron a tomar las aguas cuando yo era una niña ocuparon toda la fonda. Alejado del Gran Hotel, aunque tenía dinero suficiente como para pagar un alojamiento de más categoría que una fonda, siempre se decantó por el trato familiar y cercano que los establecimientos modestos le ofrecían, especialmente el de madre. Pasaron aquí muchas temporadas, hasta que el inevitable transcurso de la vida le obligó a buscar otra opción para alojarse con toda la familia unida. Sin embargo, él nunca dejó de visitarnos. Su recuerdo había quedado asociado en mi memoria al bullicio alegre de sus hijos, al olor a colonia fresca, al retumbar de su risa, pero, sobre todo, a su buen corazón.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunté con interés.

—¿Está tu madre?

—Sí, claro, ahora mismo la llamo. Pase, le va a hacer mucha ilusión verlo.

No hizo falta que lo hiciera. Madre apareció atraída por el sonido de nuestras voces.

—¡Don Matías! —dijo con una sonrisa que le iluminó el rostro—. ¿Qué lo trae por aquí esta vez? Porque seguro que algo me viene a contar… —Madre lo conocía bien. Sabía que, aunque viniera con aire de paseo, nunca lo hacía del todo en balde—. Pase, siéntese. —Le indicó una silla en el comedor, al lado de la cocina.

—¿Estamos solos o hay alguien más?

—Algún agüista hay, pero no se preocupe, están en las habitaciones.

—Vengo de visitar a don Emilio, el médico, y me ha comentado que tienes aquí a una señora, ¿Lourdes, puede ser?, que llegó en muy malas condiciones.

Madre asintió con la cabeza cruzando los brazos.

—Si, Lourdes, llegó esta mañana.

—Sé que tiene un problema muy delicado en los riñones y también que no tiene dinero para cubrir el tratamiento que le pautó Emilio. Habla con ella. Dile que lo haga y que no piense en el coste. Tú me dices cuánto es, y yo te lo doy. —Apoyó ambas manos sobre la mesa, se inclinó hacia delante y volvió a hablar, pero esta vez más despacio—: Pero ya sabes…, no quiero que venga a darme las gracias, ni que se sienta en deuda conmigo. Que lo reciba como una ayuda y no como un favor. Eso lo gestionas tú, Rosario.

Madre lo miró con afecto silencioso. Sabía bien con quién hablaba.

—Así lo haré, don Matías. Como siempre —respondió.

Él se levantó y se acomodó el sombrero con gesto distraído. Luego, como quien recuerda algo en el último momento, añadió:

—Por cierto…, ¿qué tal está la pequeña Cecilia?

—Mucho mejor. Le ha cambiado hasta el color de la cara. Su madre no deja de agradecerme todo lo que ha hecho por ellas. Es usted un buen hombre.

Él sonrió feliz recogiendo la confesión.

—Me pareció ver a la madre en Troncoso. Iba algo desarreglada y tenía los zapatos rotos. Pregúntale si necesita comprar algo y encárgate de hacerlo, luego me dices cuánto es. Volveré en unos días —dijo antes de tomar la puerta.

Madre se quedó mirando a la nada mientras divagaba.

—Aún quedan buenas personas en el mundo, Candela.

—¿Qué pasa con Cecilia?

—Pues que también le está pagando el tratamiento a la niña y a la madre.

—¿A la madre? —pregunté sorprendida.

—Sí. Yo tardé días en saber que ella también estaba enferma porque no lo había dicho. Se calló para que la niña pudiera recibir el tratamiento porque venían con el dinero justo para cubrir una sola cura. Tiene anemia crónica. Estas aguas le vienen bien por el alto contenido en hierro.

Aquella verdad me conmovió por dentro.

—No quiso preocupar a nadie, decía que era cansancio. Pero yo notaba algo más: siempre estaba pálida, hasta que un día se desmayó en la cocina. Fue ahí cuando lo entendí todo. No valoramos lo suficiente lo que significa estar sano, Candela. Y no nos damos cuenta hasta que el cuerpo se convierte en una carga.

El sacrificio de aquella mujer me hizo reflexionar. «Qué forma tan pura y silenciosa de amar», pensé.

Ese día entendí que hay muchas maneras de hacerlo. El amor no siempre grita ni se muestra. No tiene palabras bonitas ni caricias postergadas, simplemente se esconde detrás de una renuncia. Amar también es saber dejarse a uno mismo al margen sin que nadie lo note para priorizar al otro cuando más lo necesita, sin esperar nada a cambio. El amor es un sacrificio silencioso que no siempre se ve, pero se siente y esa huella es imborrable.

Estaba agotada, el día había sido largo y sobre todo intenso. No sabía que me provocaba más cansancio, si el ritmo frenético del Gran Hotel, o ayudar a madre con la fonda. Me incliné por lo segundo porque quizá lo más difícil de sostener no era lo físico, sino lo emocional. Por eso me fui pronto a la cama. Necesitaba cerrar los ojos y dejar de pensar.

Me desperté con la garganta seca, como si hubiese estado tragando silencio toda la noche. Necesitaba beber un poco de agua. Me incorporé despacio, todavía con el cuerpo entumecido por el sueño, y caminé sigilosa hacia la cocina. El frío del suelo trepó por mis pies, subió por mis piernas y recorrió todo mi cuerpo provocándome un escalofrío que me destempló. Oí unas voces; no eran del todo nítidas, pero escuché con claridad un sollozo. Era madre. Su llanto, tan contenido y tan reconocible, me traspasó la piel y en lugar de dar un paso hacia atrás, di dos hacia delante para llegar cuanto antes hacia ella. Estaba a punto de alcanzar la puerta de la cocina cuando escuché la voz de padre.

—Candela tiene derecho a saber la verdad. Ahora que se va a casar…, que ya es toda una mujer, debe saberlo, Rosario. No podemos seguir callando.

Esas palabras me paralizaron. ¿La verdad? ¿Qué verdad?

—¿Y si ahora nos mira con otros ojos? ¿Y si deja de querernos? Yo… no me arrepiento, Juan, no me arrepiento de nada. Gracias a lo que hicimos, he sido la mujer más feliz del mundo —dijo con voz rasgada a punto de romperse.

Con el cuerpo en tensión y los sentidos en vilo traté de mantener la calma para entender lo que estaba pasando.

—No lo hará, Rosario, Candela nos quiere y nos querrá siempre. Tiene un buen corazón, y aunque duela, es lo mejor para ella y también para nosotros. No podemos esconderlo para siempre.

Ya no podía seguir oculta en el pasillo. El cuerpo me temblaba entero, pero algo dentro de mí, no sé bien si fue el valor, la rabia o la necesidad de conocer esa verdad, me obligó a avanzar. Empujé la puerta con cuidado, pero al cerrar sonó más fuerte de lo esperado, demasiado alto, como un trueno que nos quebró a todos por dentro. Ambos levantaron la mirada y se quedaron inmóviles.

El rostro de madre se descompuso. Reparé en cómo sus manos temblorosas se aferraban al borde de la mesa como si necesitara sujetarse para no caerse.

—Lo he escuchado todo —confesé con un hilo débil de voz.

Fue padre quien dio un paso al frente y me invitó a tomar asiento. Madre asintió y, en un gesto lleno de ternura, soltó el borde de la mesa, su único punto de apoyo, y estiró los brazos para sostenerme a mí.

Ambos se miraron de nuevo y me agarraron las manos.

—Candela, mi niña —empezó madre, mirándome con ojos azorados mientras me acariciaba la cara—. No sabes cuánto te queremos… Pero hay algo que necesitas saber. No podemos ocultártelo durante más tiempo, por mucho que yo me empeñase en mantenerlo en silencio. Tu padre tiene razón. —Hizo una pausa. Sus dedos temblaban sobre los míos. Después de muchos intentos, logré quedarme embarazada. Era un sueño para mi cumplido. Ese latido que bombeaba dentro de mí se convirtió en el verdadero motivo que me mantenía con vida. El embarazo avanzó sin grandes sobresaltos hasta que todo se precipitó. La criatura llegó mucho antes de lo

esperado, sin darnos tiempo a reaccionar. Don Emilio estaba en el Gran Hotel. No había forma de avisar a nadie más, no teníamos medios. Me estaba desgarrando, fueron las manos de tu padre las que la recibieron. Era una niña, mi niña, con la que tanto había soñado. No puedo explicar el amor que sentí en ese instante. Estaba plena, llena de vida. Le pusimos Victoria porque así nos sentíamos: ganadores de una batalla que había durado años. Pero todo se torció enseguida cuando descubrimos que no respiraba. No hubo llanto porque no lloró, y tampoco abrió los ojos porque esa efímera victoria se fue tan rápido como había llegado.

Madre rompió a llorar con un llanto desasosegado. Su mente parecía prisionera de un laberinto de recuerdos dolorosos. Miré a padre y por primera vez lo vi llorar a él también. Estaba roto y devastado. Ese hombre fuerte y valiente, que siempre nos había sujetado y que parecía estar hecho de algo más duro que los demás, ahora tenía los ojos llenos de lágrimas, el rostro vencido y la respiración entrecortada. Algo en él se había roto al viajar por su pasado, porque mencionar lo vivido solo sirve para que el dolor más primitivo regrese a tu vida a través de los recuerdos. Da igual cómo hayamos intentado esculpir el muro de nuestra memoria, antes o después siempre se desmorona. Solté su mano y sequé su lágrima. El dolor no era solo mío.

—Aquella noche que prometía ser la mejor de nuestras vidas se convirtió en un infierno. Nuestro destino cambió en un instante, y desde ese intervalo todo se volvió insoportable. Yo estaba dolorida, y no por el parto, sino por un vacío profundo en el alma que nunca antes había sentido. Me estaba ahogando… Salimos de casa, yo apenas podía mantenerme en pie, pero necesitaba respirar, sentir el

aire frío en la cara y asegurarme de que no era una pesadilla, que el mundo seguía girando, aunque el nuestro se hubiese detenido. Caminamos hasta el río, en silencio, sin saber muy bien por qué íbamos allí. Y entonces te escuchamos llorar. Fue tu llanto lo que nos llevó hasta ti. Estabas refugiada con una pequeña manta entre las malezas.

Padre asintió despacio y de soslayo le vi tragar saliva. Su gesto se volvió más tierno. Madre me apretó la mano con más fuerza.

—Te cogí en brazos y sentí que el mundo me había devuelto lo que instantes antes me había arrebatado. Fuiste tú quien hizo que yo pudiese seguir viviendo. Cuando te vi, tan pequeñita, tan vulnerable, me prometí cuidar de ti hasta mi último aliento. Darte el hogar que alguien, de forma cruel o desesperada, te había negado. Te llevamos a casa, te dimos todo el amor que teníamos. Y te criamos como lo que siempre fuiste y eres para nosotros, nuestra hija.

Estaba bloqueada y sorprendida. No podía reaccionar. Tenía demasiadas preguntas que fui incapaz de pronunciar. Sus palabras se inyectaban en mi cabeza como agujas y pesaban como si tuviera plomo en las venas.

—A todos les dijimos que habías nacido esa noche, en nuestra casa, como si la pérdida se hubiera borrado al mirarte. Nadie lo supo. Nadie lo sospechó.

Madre me acarició la mejilla.

—Te llamamos Candela porque esa noche, en mitad de la oscuridad más negra, tú fuiste nuestra luz.

Quise levantarme, pero no podía. Tampoco dije nada, no tenía palabras.

—Candela, no importa de dónde has venido. Tampoco la forma en la que llegaste a nosotros. Una madre es quien cuida, quien protege y quien te ama, y nosotros te queremos con locura.

Padre asintió, su mano tibia me arropaba.

—Sabemos que tendrás demasiadas preguntas para las que intentaremos darte las mejores respuestas, pero solo hay una a la que no podemos responder. No sabemos quién te dejó allí y tampoco por qué. Nunca quisimos investigar demasiado, porque temíamos que, al hacerlo, pudieran arrebatarte de nuestros brazos. Lo único que llevabas contigo aquella noche era la cadena con la medalla de la Virgen de los Milagros de Amil. Pensamos que debía ser tuya. Que quizá algún día… tú querrías tenerla y por eso te la regalamos cuando cumpliste los dieciocho años.

El peso de la verdad cayó sobre mí como un jarro de agua fría. ¿Qué había de cierto en mi vida? Mi interior se quebró, muy despacio, con una lentitud que dolía más que cualquier golpe. Ellos, con la culpa a un lado, y el amor intacto al otro, me miraban esperando una señal, con la esperanza de que, al menos, los aceptara.

El silencio era pesado, y la presión sobre mí insostenible. Sin poder evitarlo, me solté de ellos, como si ya no pudiera aferrarme a nada más. Sin palabras, sin fuerzas, y rendida a un dolor verdadero, dejé caer la cabeza sobre las manos y las lágrimas descontroladas formaron un torrente imparable en mi cara.

Lloraba por todo a la vez. Por el desengaño de saber que no sabía qué era lo que amaba ni tampoco lo que más quería. La ilusión y el amor se convirtieron en una quimera muerta que me dejó

huérfana y en una soledad profunda. Como si el alma perdiera su hogar para siempre.

8

El mundo volvía a deshacerse bajo mis pies. El suelo sobre el que caminaba, el mismo que había sostenido cada paso, se agrietó sin previo aviso. Todo era una farsa, y yo una extraña dentro de mi propia piel. Ni siquiera conocía mi verdadero nombre, si es que alguna vez lo había tenido. ¿Cómo se sigue adelante cuando dejas de saber quién eres?, ¿cómo construir un futuro cuando los cimientos de tu pasado se desvanecen? Estaba atónita, me costaba creerlo. No podía asimilar la verdad, era demasiado dura. Al principio quise pensar que se trataba de una equivocación y que en cualquier momento recuperaría la vida que creía mía, pero ¿cuál era mi camino?

Nada de lo que conocía hasta ese momento continuaba en pie. Desde que empecé a trabajar en el Gran Hotel, todo a mi alrededor se resquebrajó poco a poco sin que pudiera controlarlo.

Me invadía un sentimiento confuso, una sensación de orfandad absoluta que me ahogaba. Esas personas que había creído mis padres de repente ya no lo eran y ni siquiera la conocía a la mujer que me había traído al mundo. No sabía si estaba triste, furiosa o simplemente rota. Estaba perdida, sin saber cómo avanzar, y terriblemente sola, porque en las cuestiones importantes siempre estamos solos. No porque no hubiera personas a mi alrededor, sino

porque no podía hablar con ninguna de ellas sobre lo que me estaba pasando, no podía sincerarme, no estaba preparada para contarle nada ni a Elena ni a Gabriel. ¿Cómo poner en voz alta algo que ni yo misma lograba entender? Entre tanto ruido y desorden necesitaba vaciarme y confiarle a alguien todos mis miedos, aunque no supiera todavía cómo nombrarlos, y solo había una persona que no me pediría explicaciones ni me miraría con sorpresa o reproche. Él me escucharía y me guiaría sin pedir nada a cambio, por eso volví a él.

Aunque la noche ya había desplegado su manto espeso, todavía no era excesivamente tarde. No había reparado en la hora que era cuando salí de casa, aunque tampoco era importante, porque todo daba igual. Caminé deprisa, dominada por ese sobresalto de impaciencia que causan las emociones agudas. Tomé el camino largo, no era el trayecto más corto hacia la iglesia, pero necesitaba sentir el roce del aire frío en la cara, respirar hondo para llenar los pulmones y calmar la inquietud que me ahogaba. El crujido de la tierra bajo mis pies me serenaba.

Descendí con agilidad por un terreno irregular para acercarme a la orilla. Mi cuerpo se precipitó y antes de que pudiese controlarlo caí de bruces contra el suelo. Sentí la humedad de la tierra en las palmas de la mano y un golpe seco en las rodillas. Al levantar la cabeza me fijé en que asomaban las raíces, gruesas y retorcidas, de un árbol robusto. «Qué ironía —pensé—. Tropezar con unas raíces cuando no sé dónde están las mías». Había tocado fondo. En todos los sentidos.

Me puse en pie, guiándome por el tacto rugoso del árbol. Me sacudí los restos tierra y luego me froté las manos antes de sumergirlas en la orilla para limpiarlas. Todo estaba oscuro frente a

esa corriente silenciosa que amenazaba con arrastrarme con ella. Ahí en algún rincón entre las malezas me habían encontrado los que creía que eran mis padres. Tal vez eso era lo más cerca que podría estar de mis orígenes. Las dudas comenzaron a asaltarme como esa agua que se derramaba ya sin control. Cerré los ojos y sentí cómo su aliento húmedo se precipitaba por los poros de mi piel. En un momento de debilidad fantaseé con dejarme llevar por su inercia.

Fue un crujido, el salvavidas que me sacó de la soledad en la que me había sumergido. Unas sombras alargadas se deslizaban frente a mí, al otro lado del río, entre los árboles, difuminadas por la neblina espesa, aunque fueron sus voces y susurros perdidos en las tinieblas las que me alertaron de que no estaba sola. Entrecerré los ojos y una llama inoportuna que brotó del chasquido de un encendedor iluminó el rostro de una de las siluetas. Lo reconocí al instante, era Víctor de Olivares, el marido de Inés, la marquesa. Hablaba con otro hombre que no pude identificar porque estaba de espaldas.

Hablaban en voz baja y reían envueltos en aquella nube de humo azul que parecía aislarlos del resto del mundo. Estaban muy cerca, tal vez demasiado. Víctor volvió a llevarse el cigarro a los labios, lo aspiró con fruición y al apartarlo esbozó una sonrisa cargada de impaciencia. Después miró en silencio a su acompañante, sonriendo. Las manos de los dos hombres se buscaron con timidez, despacio, hasta que se fusionaron. Víctor se aproximó más a su cuerpo. Se abandonó a un ardor contra el que parecía no querer luchar. Sin miedos ni ataduras, embriagados por un deseo evidente, se besaron bajo la intimidad de la penumbra con esa intensidad de lo prohibido. La pasión se quebraba por momentos con suspiros fugaces y caricias furtivas.

Sentí que la sangre se subía a mis mejillas. Sorprendida, no podía dejar de mirar a ese hombre que continuaba oculto a mis ojos, como si quisiera proteger su identidad. Alto, de hombros anchos y con la espalda recia.

No entendía nada. ¿Víctor de Olivares, allí, a esas horas, y besándose con un hombre que acariciaba como si el mundo no existiese? Se separaron un poco con una vehemencia contenida. Víctor lo cogió del brazo y siguieron paseando por el sendero que flanqueaba el río hasta que sus sombras se confundieron con la oscuridad de la noche y los perdí de vista.

Con pasos redoblados crucé la verja de entrada del Gran Hotel y me adentré sigilosamente en el parque hasta que me alcanzó el resplandor vaporoso de las farolas que iluminaban el camino empedrado.

La silueta de la iglesia emergía entre la bruma con solemnidad, coronada por la cruz que cortaba un cielo brumoso sin luna. Aceleré el paso, solo sentía una necesidad urgente de entrar y de encontrar entre sus paredes algo de sosiego.

Temía que fuese demasiado tarde y que el padre Xosé no estuviera. Con el pecho palpitante y la respiración entrecortada apuré los últimos metros. Casi podía tocar la puerta con las manos cuando de pronto se abrió desde dentro. Me aparté instintivamente hacia un lado, algo sobresaltada. Vi primero a Philippe, con el rostro empapado de sudor, y a su lado, envuelta en una capa oscura, a la marquesa Inés de Olivares. Probablemente ella era la última persona que esperaba encontrarme allí. Ella también pareció sorprendida con mi presencia.

Lo noté en la forma en la que tensó la boca antes de empezar a mirarme de arriba abajo, sin detenerse, con esa expresión suya de desdén. Solo le faltó escupirme en la cara. Tuve un impulso repentino casi incontrolable de romperle ese semblante altivo contándole dónde estaba su marido. Pero no lo hice, la extraña fuerza que brotaba de sus ojos inquietantes me frenó y me quedé callada frente a aquella mujer que tanto me abrumaba. Philippe, que se estrujaba las manos con nerviosismo, se acercó para susurrarle al oído. Ella ni siquiera se giró para escucharle, tampoco le —respondió. Simplemente exhaló un mohín de queja y se dio la vuelta.

Entré en la iglesia. El padre Xosé se dirigía al altar.

—¡Padre! —exclamé, alzando la voz más de lo que pretendía.

—¡Ya le dije que esta misma noche lo entrego! —contestó de inmediato, con un tono tenso, irritado.

Me detuve, desconcertada.

—Padre…, ¿se encuentra usted bien? —pregunté con suavidad.

Al escuchar de nuevo mi voz se giró, visiblemente sobresaltado, y en un gesto rápido se guardó algo en el interior de la sotana. Parecía un papel doblado, aunque no logré distinguirlo con claridad.

—Eres tú…, hija. No esperaba a nadie a estas horas. Estaba a punto de marcharme. Dime, ¿qué ocurre?

—Padre —supliqué con voz baja, casi susurrante—, ¿puedo confesarme?

Él asintió con un leve movimiento de cabeza y la calidez sincera de su mirada fue la mano tendida que me invitó a seguirlo hasta el confesionario. Sin necesidad de decir ni una sola palabra, se dio la vuelta con cierta prisa, como si intuyera la urgencia que yo cargaba dentro. Me limité a ir tras él en silencio. Parecía inquieto. Cuando

apoyé las rodillas sobre el cojín tapizado del reclinatorio sentí cómo el nudo en mi garganta empezaba a aflojarse y una tristeza espesa y caliente como la cera de los cirios me quemaba por dentro.

—Dime, hija, ¿qué carga traes esta vez?

Y entonces, sin más preámbulos, le conté todo. Con frases entrecortadas, a trompicones y sin orden, porque las palabras no entienden de lógica cuando salen de lo más profundo del corazón. Le hablé de la verdad que había cambiado mi historia y de la mentira en la que había vivido durante toda mi vida sin saberlo, ni siquiera sospecharlo.

A través del enrejado solo me llegaba el rumor de su respiración irregular. Ni una palabra, ni un suspiro. Me invadió una incomodidad que no supe bien si era inseguridad o vergüenza. Tragué saliva con una decepción que disimulé. Esperaba consuelo o al menos una frase que aliviara el peso que cargaba en la cabeza.

—Padre…, ¿me ha escuchado? —me atreví a preguntar.

—Perfectamente, hija, estaba pensando en cómo aconsejarte mejor. Verás, cuando la vida se rompe de golpe, lo primero que sientes que estalla es el alma. Porque en ella habita nuestra identidad. Lo que somos y lo que creemos saber de nosotros mismos. Y cuando eso se tambalea, cuando lo que nos anclaba por dentro desaparece, nos sentimos perdidos. Y ese vacío…, ese dolor, hija, es más grande de lo que muchos imaginan.

Levanté la cabeza y abrí los ojos, dejando que el impacto de sus palabras me alcanzara.

—Pero escúchame bien —prosiguió—. Tú no eres menos por no saber de dónde vienes porque todos somos hijos de Dios. La verdad… no está en la sangre, sino en su pureza y en la vida que

brota de ella, porque es la que hace latir al corazón. Y eso se construye con lo que has vivido, con lo que has amado y con lo que has sido capaz de dar a los demás. Eso es lo que te define. No tu origen, sino lo que has hecho con lo que la vida puso en tus manos. Y tú has hecho mucho. Y lo has hecho bien.

Sentí un leve temblor en los labios, que aproveché para contener las ganas que tenía de llorar. Guardé silencio. Cerré los ojos y respiré hondo, como si el aire volviera a entrar en mi pecho.

—Una madre es quien te da la vida, y eso no siempre significa haber salido de sus entrañas. Dar vida es vivir cada día entregándose sin límites, sin medida y sin condiciones a la otra persona. Es desvivirse, cuidar, sostener, estar y amar sin pedir nada a cambio. Tus padres darían su vida por la tuya sin pensarlo porque te aman como la hija que eres. Lo han hecho desde el primer instante y lo seguirán haciendo pase lo que pase. No dejes que la duda, por muy legítima que sea, te arrebate todo lo que has vivido con plenitud. Lo que fue real no se borra por una verdad tardía porque ya es demasiado tarde para borrar su huella. Comprendo tu desconcierto, hija, pero no los juzgues y, sobre todo, no te precipites. Hay heridas que, al escarbar en ellas, solo abren más dolor.

El padre Xosé tenía razón. Tal vez las raíces no son solo de sangre, sino de todo lo que hemos vivido, lo que hemos dado y lo que, a pesar del dolor, hemos recibido. Y con eso seguimos creciendo.

9

Llevaba varios días topándome con los ojos de Ignacio en cada rincón del hotel. A veces era solo eso, un cruce de miradas suspendido en un tiempo efímero, pero suficiente para encender la sangre y hacer que mi corazón volviese a latir ilusionado.

Como aquella mañana en el desayuno, en la que casi se me cae la taza al suelo, cuando lo sorprendí mirándome por encima del borde del periódico con esas pupilas ardientes y una sonrisa perversa, un instante antes de volver a refugiarse en sus letras impresas. Fue un impacto profundo y cálido que bastó para despertar al monstruo que todos llevamos dentro.

O la tarde en la que salía de la lavandería con los brazos cargados de sábanas recién planchadas y me sorprendió al final del pasillo, tan estrecho y reducido como la distancia que nos separaba. Él no dijo nada, pero tampoco se apartó. Nos limitamos a rozarnos hombro con hombro. Sentí su respiración contenida temblando en mi cuello y su aliento denso, queriendo convertirse en palabra. Un estremecimiento me recorrió la piel y su perfume se quedó pegado a mi cuerpo durante el resto del día.

La batalla no daba tregua, ni siquiera de noche. Como la pasada. Estaba recogiendo las últimas mesas de la terraza cuando lo sentí detrás de mí. Estaba solo, sentado con las piernas cruzadas mientras

sujetaba una copa entre las manos. Fingí indiferencia, pero Ignacio carraspeó, y entones no pude evitar darle el gusto de girarme. Cuando me vio alzó la copa muy despacio y le dio un trago sin apartar los ojos de mí. Yo le sostuve la mirada durante unos segundos eternos, de esos que no se miden en tiempo, sino en pulsaciones. Después de saborear el trago, se pasó la lengua por los labios de terciopelo con un gesto suave, muy lento y medido. Se me erizó el vello de los brazos porque fantaseé con que eran los míos los que rozaba.

Me lo cruzaba constantemente; no es difícil hacerlo cuando hay buena voluntad para ello. A veces eran solo miradas. Profundas y fugaces, como si temiera que alguien más las descubriera. Paréntesis donde nos buscábamos… y nos encontrábamos. Pero otras veces era algo más. Una frase que parecía nacer en su garganta y que moría antes de hacerse palabra. Un titubeo en su forma de andar. Bastaba con un gesto insinuado, una sonrisa hambrienta o el pliegue en la comisura de sus labios para abrir la puerta de mis delirios, porque cuando parecía que romperíamos el silencio cada uno seguía con su camino como si nada hubiese pasado, aunque al mismo tiempo todo hubiese cambiado. Nadie lo veía. Pero entre nosotros había un hilo invisible que cada día se tensaba un poco más.

Nos comunicábamos con un lenguaje hecho con los resquicios del último aliento que todavía no se consume del todo. Con las cenizas de un amor muerto, pero no enterrado. Con señales y suspiros que nadie más percibía y que ahora no sabría cómo nombrar.

La mañana estaba serena. Los rayos oblicuos del sol proporcionaban una luz dulce que se colaba por el pasillo y dibujaba reflejos dorados sobre el suelo encerado. Yo caminaba deprisa, con la mente en otra parte y el cuerpo condenado a obedecer. Frente a mí avanzaba un hombre leyendo un ejemplar de *La Temporada* con el rostro sumergido en sus páginas. ¡Cómo olvidarlo!, pensé. Era domingo otra vez.

Esa reflexión me obligó a apurar el paso. Era el día de más trabajo de la semana y todavía me quedaban varias habitaciones por hacer. Iba repasando mentalmente la lista de tareas pendientes cuando de pronto tropecé.

—Lo siento, disculpe, no sé en qué estaba pensando.

Él bajó el periódico con un gesto lento y medido, y cuando levanté la vista lo vi.

—Ignacio… —susurré. ¿Destino o casualidad?

—Candela —respondió sonriendo—. He tenido que fingir que soy ciego para que al fin te decidas a hablarme.

—Tan idiota como recordaba —me precipité a decir, sin pensar.

—Y tú tan espontánea como siempre. Me encanta cuando finges el enfado. Estás guapa hasta cuando gruñes.

Con una sonrisa preñada de intenciones en el rosto extendió un ejemplar hacia mí.

—Toma, léelo. Seguro que se te pasa ese genio tan poco creíble que tienes.

—¿Es que ahora escribes para hacer propaganda? —repliqué, medio en broma, medio temblando.

—Escribo para que me leas. Aunque sea entre líneas —dijo sin apartar los ojos.

Alargué el brazo con una mezcla de desgana, orgullo y algo más que no sabía explicar. Nuestros dedos se rozaron, y una descarga eléctrica me atravesó. Un roce fue suficiente para que mi cuerpo ardiese en llamas. Me quemaban las mejillas, el cuello y el corazón. Tanto que creí que del papel no tardaría en salir humo. Me sirvió de abanico. No por coquetería, sino por puro instinto de supervivencia.

—Léelo, te gustará.

—Entonces no lo leeré —afirmé dominada por el orgullo herido. Quería que sintiera el vacío que su ausencia me había dejado, al mismo tiempo que no sabía cómo pedirle que se quedara.

Él no dijo nada más. Se rio y se dio media vuelta.

Me quedé en el punto exacto donde la hoguera todavía chispeaba. Con la palabra en la boca y la ira subiendo por la cabeza como un vapor espeso.

Ignacio no miró atrás. Caminaba apresurado. De nuevo el quiero y no puedo. El sí, pero no. El todo y la nada a la vez. Esta vez sentí que se alejaba de una forma diferente. Me vi a mí misma reflejada en el cristal de la galería. Parada, muda y con el ejemplar de *La Temporada* en la mano como una auténtica idiota.

Lo tiré al suelo. No sé qué se rebeló dentro de mí para empujarme a ir tras él. Pasé por encima del orgullo, de la vergüenza y de todas las promesas que me había hecho a mí misma jurándome que no lo volvería a hacer.

A punto de doblar la esquina, una puerta entreabierta detuvo mi paso. De allí salían voces desordenadas. Me detuve. Si algo había aprendido es que la curiosidad era un reflejo difícil de ignorar.

Enseguida reconocí la arrogancia de Inés; como siempre, participaba de todos los embrollos. Y también a Philippe, no por

mérito propio, sino porque su acento áspero lo delató. Últimamente los veía demasiado juntos, quizá había algo entre ellos. En ese momento, sin embargo, no estaban solos. A las suyas se unían otras voces masculinas, más graves y tensas.

No distinguía bien lo que decían, pero por el tono hostil y cortante supe que no era una conversación social. A mis oídos llegaban palabras sueltas entre las que acerté a distinguir «crisis», «garantías», «inestabilidad», «Madrid». «Política…», suspiré con cierto rechazo y decepcionada. ¿De qué iban a hablar sino? Todo giraba en torno a la política.

De repente la puerta se cerró de golpe.

Seguí caminando, porque Ignacio se alejaba y lo demás en ese momento podía esperar. No tardé en identificar su espalda como una sombra cada vez más lejana.

—¡Ignacio!

Él acortó sus pasos para dejar que yo me uniese a él. Cuando llegué a su lado giró la cabeza y sonrió.

—Ya era hora. Ven.

Me agarró por el brazo y, sin darme opción de réplica, abrió la primera puerta que apareció ante nosotros y me invitó a entrar en la pequeña sala del tresillo. Una estancia discreta y sobre todo alejada del ruido y del mundo a esas horas.

No opuse resistencia; estaba embriagada por el riesgo, aunque di ese paso con el mismo vértigo que quien se dispone a dar un salto al vacío. La puerta se cerró tras nosotros con un leve chirrido y entonces llegó el silencio de verdad. Ese que hace que los latidos y la respiración suenen más alto.

Quise abrir la boca para protestar y recordarle que no era el momento ni el lugar, que estaba trabajando. Pero él me calló posando los dedos sobre mis labios pidiéndome silencio. Después bajó por mi rostro hasta mi barbilla y con un gesto suave me levantó la cabeza. No sé si fui yo quien se perdió en sus ojos o él que se encontró en los míos. La única certeza es que me quedé aturdida sintiendo un mareo inminente mientras él me miraba con una sonrisa perversa.

Estábamos tan cerca que podíamos sentirnos y tan lejos que no podíamos alcanzarnos. Mi corazón sonaba como el eco de caballos galopando en mi pecho. Pero no sabía si corrían hacia él o huían de mí.

—Me encanta como se te encogen los ojos cuando sonríes.

Entonces los cerré por completo, porque el peso de la culpa anticipada pesaba más que las ganas.

—Tranquila… —susurró, y su voz fue más caricia que palabra. Su dedo aún rozaba mi mentón, pero no supe si pretendía calmarme o dominarme—. No quiero que pienses.

—Tenemos que hablar, Ignacio, pero ahora no es el momento.

—¿Y cuándo lo es?

—No lo sé. Tal vez no lo sea nunca —hablaba bajo, pero lo suficientemente alto para que me escuchara.

—Contigo siempre es no.

—¿Y qué pretendes que haga?

Me miró displicente y se quedó callado. Sabía bien cómo manejar los tiempos para hacerme flaquear. Derrotada, miré al suelo y luego hacia los lados, como si buscase qué decir o, mejor dicho, cómo decirlo. Pero él fue más ágil que yo. Sin perder su dignidad, algo a lo

que yo ya había renunciado desde que di el primer paso para ir a su encuentro, me convenció de lo divertido que sería pasear por la finca de As Pías, al lado del embarcadero.

—¿Cuándo?

—Pasado mañana.

Sorprendida, le sostuve la mirada durante unos segundos, valorando la verdad de sus palabras y con la duda enquistada en el mordisco de la uña respondí fingiendo indiferencia. Aunque el cielo de nubes graníticas que se cernía sobre mi cabeza comenzó a aclarar con su propuesta.

Él no dijo nada más. El calor de su cercanía me empapaba la piel. Tenía las mejillas encendidas, el pulso descompuesto y una promesa atrapada en la comisura de los labios que no sabía si quería o, mejor dicho, si debía cumplir.

Ignacio se acercó hasta rozarme. Supe que bastaba un solo movimiento para que todo se derrumbase. Su mano se alzó despacio, como si dudara entre acariciarme o besarme. No llegó a hacerlo. Se limitó a sonreír y se apartó con una calma cruel.

—Nos vemos pronto —dijo mientras abría la puerta.

Cerró tras él y solo entonces me atreví a respirar. Necesitaba salir con urgencia, liberarme de esas cuatro paredes y sentir que mis pies tocaban el suelo.

Justo cuando iba a hacerlo escuché pisadas en el pasillo. Asomé la cabeza con disimulo. Don Alfonso caminaba dando grandes zancadas mientras sujetaba a Elena del brazo, que iba tensa y rígida. Su expresión era la de quien concentra todo su esfuerzo en reprimir las lágrimas para no darle al otro el gusto de mostrar su dolor.

A mitad del pasillo el director miró a los lados, supongo que para asegurarse de que nadie lo observaba, sin saber que yo no perdía detalle detrás de mi escondite. Fue ahí cuando la soltó con brusquedad. Elena aprovechó la sacudida para dar un paso atrás. Con la ira reflejada en las pupilas, se acarició el brazo ya liberado.

Don Alfonso levantó la mano, pero su gesto se desinfló, dejando que su voz, más afilada que cualquier grito, hiciese más daño que una bofetada.

—¿Cuántas veces más voy a tener que decirte cómo debes de hacer tu trabajo? Te he dado más oportunidades de las que mereces. Se acabó. Estoy cansado de justificar tus despistes.

—Hice lo que me pidió. Y no tenía por qué.

—¡Silencio! Claro que tienes un motivo. ¿O se te olvida lo que hice por ti? Una más y te largas. Y no es un aviso.

Elena no se movió, solo bajó la cabeza. Derrotada.

Él levantó la barbilla y le dedicó una mirada de desprecio. Se dio la vuelta, entró en la sala contigua y cerró la puerta con la fuerza que todavía palpitaba en su mano.

Esperé unos segundos más, sin atreverme a moverme. Cuando escuché primero el portazo seco de Alfonso y, poco después, el leve crujido de unos pasos que empezaban a andar, salí al pasillo.

Elena seguía atónita, con las manos temblorosas agarradas al dobladillo del delantal.

Me acerqué de puntillas, como si su fragilidad pudiera romperse del todo con un paso en falso.

—Elena…, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

Al escuchar mi voz se desató la cascada de emociones que segundos antes la reprimía.

—Déjame en paz, Candela.

—Elena, yo… Lo siento —dije titubeando mientras acariciaba su hombro.

Ella se ladeó apartándome con cara de asco.

—Un mal día lo tiene cualquiera, ¿no? ¿Te he insistido yo a ti por tu comportamiento de estos días?

No la reconocía.

Enseguida dobló la esquina y subió las escaleras que conducían a su cuarto. Yo bajé a la cocina con el eco de lo que acababa de presenciar vibrando en mi cabeza. Me di prisa. Era domingo y no quería volver a llegar tarde a nuestra cita semanal con *La Temporada*.

Los aromas que brotaban de las potas tejían un ambiente cálido capaz de amortiguar las penas o, al menos, de apartarlas a un lado por unos instantes. Solo hacía falta entregarse al acto de respirar, en vez de al de pensar.

—¡Candela, menos mal que has llegado! —exclamó Adriana con un gesto de impaciencia—. Estábamos a punto de empezar sin ti.

—Ya estoy, ya estoy —dije intentando sonreír.

—¿Y Elena? Pensé que vendría contigo.

—No tardará en llegar —evité dar más explicaciones.

—¿La esperamos?

—Podemos empezar y cuando llegue la ponemos al tanto de las buenas nuevas de esta semana.

—Está bien, pues vamos al lío —contestó Adriana mientras se frotaba las manos. Era nervio puro.

Bastaron esas palabras para que el grupo, sumido en las tareas, se compactara de inmediato. El murmullo empezó a hervir como el caldo en la marmita que burbujeaba esperando la hora de la comida.

—Venga, va —dijo Manuel con tono divertido—. ¿Quién se encarga de leer hoy? Lo dejo a vuestra elección, que luego decís que a mí solo me gusta comer y hablar.

Todas las miradas se posaron en mí. Y yo suspiré, sabiendo que no había escapatoria.

—Está bien, me rindo. Pero que sepáis que voy a ir directa al grano.

Alicia me pasó el ejemplar con una sonrisa de agradecimiento. Pasé la vista en diagonal para hacer criba de lo importante y buscar lo que, a mi juicio, consideraba que merecía la pena. Enseguida vi un artículo firmado por Amalia. No encontré mejor opción para comenzar la lectura que a través de sus palabras.

Emociones estivales:

Mondariz, en su selecto y apacible retiro gallego, ofrece al visitante no solo el alivio de sus aguas salutíferas, sino también el deleite de un paisaje que parece haber sido concebido por la más delicada y exigente de las musas.

Las aguas curan, sí. Pero no es el vapor ni la virtud de los baños lo que más abrillanta las mejillas, sino el arte ya olvidado de caminar despacio, de demorarse sin prisa bajo una sombra solitaria o de fingir una dolencia para volver a este lugar y enamorarse sin escándalo.

Este lugar es, y lo digo sin rubor alguno, mágico. Pues he visto a políticos hablar sin gritar, a damas olvidar las prisas y a escritores desprenderse de su condición de hombres solitarios. Hay algo que brota de su atmósfera, sutil como un perfume y tenaz como una enredadera, que transforma los espíritus de las personas, solo con respirar. Porque este aire no pesa, sugiere. No

impone, insinúa. Y esa suavidad, tan gallega y tan sabia, es en sí misma una medicina que no se encuentra en ningún otro sitio.

Las aguas son prodigiosas, pero no obran el milagro solas. Pues, si me lo permiten, la compañía selecta, junto al rumor de una fuente, o una mirada sostenida desde el otro lado del río, son elementos secundarios y añadidos que ayudan a sanar tanto como los propios minerales.

A Mondariz se viene a curarse, es cierto. Pero también a observar.

He oído decir que quien pasa una temporada en Mondariz regresa con otra piel y, si ha tenido fortuna, con otra alma. Y no es exageración de cronista ni licencia poética de escritora. Porque aquí se recuerda lo esencial: que el cuerpo y el espíritu no están tan lejos el uno del otro.

AMALIA PRADO

La cocina se quedó durante unos instantes en silencio, como si interrumpir aquella atmósfera fuera, de algún modo, un sacrilegio. Pero fue Manuel, como siempre, que esa mañana parecía especialmente inquieto, quien rompió el hechizo:

—¡Madre mía, qué intensidad! —exclamó llevándose una mano al pecho para fingir dramatismo. Se nota que esta mujer tiene un don para escribir. Fíjate que me he sentido curado y ni he probado el agua.

Todos reímos, pero no por burla, sino agradeciendo esa ligereza que soltaba un poco el nudo en el aire.

—Tienes toda la razón —dijo Adriana—. Amalia es puro sentimiento. Has hecho muy buena elección al empezar con este artículo, Candela.

Andrés, que hasta entonces solo había escuchado, se animó a hablar:

—Se nota que está escrito por una mujer. Demasiada intensidad.

Adriana se giró hacia él:

—¡Anda ya! ¿Qué sabrás tú de eso? Amalia es una mujer cultísima y sabe ver donde los demás, zafios como tú, solo miran sin ver. Y no te atrevas a llevarme la contraria, que te tengo calado.

—Pues a mí lo que me cura de verdad es una tarde sin mandados y una silla donde sentarme sin que me llamen por mi nombre a gritos —afirmó Daniel.

—Ahora que lo pienso… —empezó Alicia más tímida de lo habitual—. Elena me contó una cosa que no sé si debería repetir…

—¡Eso significa que debes hacerlo ya mismo! —exclamó Daniel. El reglamento del servicio así lo indica: todo cotilleo empezado debe ser terminado.

Alicia miró hacia la puerta, como si temiera que Elena entrara de repente, y luego se inclinó hacia el centro de la mesa bajando todavía más la voz.

—Fue una mañana muy temprano, hace ya un par de días. Elena tenía que dejar unas sábanas en la planta donde se aloja doña Amalia. Pero se equivocó de puerta y entró en su habitación. No había nadie a esa hora, o eso creía. Pero cuando entró… los vio. A los dos.

—¿A Amalia y a Benedito? —preguntó Adriana ruborizada.

—Me contó que Amalia estaba sentada con la bata puesta en el secreter, escribiendo como una endemoniada y con los labios todavía vibrantes, como recién besados. Se sorprendió al ver a Elena. Le dio un par de gritos mientras no dejaba de mirar de reojo a la puerta. Al salir, lo vio escondido detrás.

—Entonces esa parte donde habla de los escritores que se ablandan y dejan de estar solos… eso no es literatura, es testimonio

—dijo Andrés.

Todos mirábamos el ejemplar de *La Temporada* que aún sostenía en mis manos como si de repente guardara más secretos de los que se podían leer a simple vista.

—Yo solo digo una cosa más. Si eso es lo que cura Mondariz, a mí que me receten escribir a mano y paseos con compañía.

—Lo tuyo, Andrés, no se cura con tinta. —La respuesta de Adriana provocó nuestras risas.

—Ni con baños ni con aeroterapia —añadió Alicia.

—Si es que no sé para qué esperamos tanto para leer *La Temporada* —dijo Adriana cruzándose de brazos—, si las mejores historias son precisamente las que no aparecen publicadas. Me acabo de acordar de una cosa… Se trata de… Víctor de Olivares.

—¿El marido de la marquesa? —preguntó Andrés, con las cejas levantadas.

—¿Qué ha hecho el ilustre consorte? —inquirió Manuel.

—Iba a la sala de máquinas, pero como hacía tan buen día decidí dar un rodeo y pasé junto a las pistas de tenis. Estaban vacías. Las bordeé y por detrás, donde la hiedra cubre el muro, los vi.

—¿A quién? —preguntó Andrés.

—Al marido de la marquesa con uno de esos jóvenes que vinieron con el grupo universitario.

—¿Los de Santiago? —preguntó Manuel.

—Esos mismos. Los que se supone que vienen a estudiar las aguas, pero que van más perfumados que un mostrador de botica —añadió Adriana, con su habitual sorna.

—¿Y qué pasa con ellos? —bromeó Manuel—. ¿Conocen el secreto de las aguas y tú lo has descubierto?

—Se estaban besando. Besando —repitió poniendo énfasis en cada sílaba—. Y no de cualquiera manera, quiero decir…, no era un beso de cortesía. Fue… con ganas. Con deseo.

—¡Jesús bendito! —soltó con un bufido Daniel.

—Pues a mí no me sorprende —prosiguió Adriana recostándose con aire triunfante—. Ese hombre tiene cara de haber perdido el apetito…, pero no el deseo. Y entre la marquesa y un joven esbelto con muslos firmes vestido de tenista… no hay comparación —sonrió con picardía.

—¿Y ella? ¿La marquesa? ¿Sabe algo? —pregunté.

—No parece tonta, seguro que lo sabe, pero finge no hacerlo —aventuró Adriana.

—Si es que ya lo dijo el cura, pero no le hacemos caso —remató Andrés santiguándose con falsa devoción—. ¡Que aquí hay mucha perdición! Entre los baños, los paseos y esas crónicas llenas de tinta y suspiros… Esto se parece más a Sodoma que a un balneario de aguas benditas.

—¡Y que viva la perdición! —exclamó Daniel, alzando una servilleta a lo alto.

—¡Ay, madre! —Alicia se tapó la cara—. ¿Qué diría doña Inés si supiera que su marido está en boca de toda la cocina?

—¿Qué más da lo que diga? Esa no baja a las cocinas. Aquí los rumores son como el vapor, siempre suben desde abajo —respondió Adriana.

—Bueno, y ¿qué os parece si seguimos leyendo? —propuse buscando cortar el hilo de aquel escándalo que seguía repitiéndose sin tregua en mi cabeza.

—Sí, sí, venga, Candela, sigue tú —sugirió Adriana agitando una mano en el aire como si espantara el humo de la conversación anterior.

Asentí en silencio y volví a abrir el ejemplar. Mis ojos repasaron titulares rimbombantes, descripciones de cenas de gala, de nuevas bienvenidas y recomendaciones turísticas, hasta que vi su nombre escrito:

La memoria del agua, por Ignacio de Alarcón

Me había olvidado por completo de aquello que me había dicho Ignacio apenas una hora antes. «Léelo, te gustará». Pero aquel no era el momento ni el lugar. Cerré el ejemplar de golpe, con torpeza, sin pensar.

Los demás me miraron extrañados.

—¿Qué pasa? —preguntó Adriana ladeando la cabeza.

—Nada —contesté rápidamente, intentando sonreír para disimular—. Es solo que… no veo nada más interesante.

—Sí, hombre, eso no te lo crees ni tú. —Adriana arqueó una ceja —. Anda, trae. Ya sigo yo.

Alargó el brazo y me arrebató el ejemplar. Lo abrió por la página que yo, torpemente, había marcado sin querer.

—Uy, pero si aquí tenemos un artículo de don Ignacio. Esto sí que es noticia de primera.

—¿Y ese quién es? —preguntó Andrés, desganado.

—Un señorito que vino de Madrid —contestó Adriana—. Así como muy…dichoso.

—Con esa descripción podrías estar hablando de media clientela del balneario —intervino Daniel—. Por favor, Adriana, un poquito más de precisión.

—Es el joven periodista. Creo que lo atendiste ayer en el desayuno.

—¡Ah, sí, el galán! —exclamó Daniel chasqueando los dedos como si de pronto lo recordara—. Muy educado y correcto, y además con buena labia. Ese caballero te habla de las aguas y parece que flotas. Es capaz de convencerte incluso de que doña Inés no es tan insufrible. No sé a qué esperas para leerlo —apremió—. Si escribe como se peina, seguro que es bueno.

Me obligué a sonreír, muy levemente, esperando que no notaran el temblor en mis labios.

—Venga, Candela, no pongas esa cara. —Adriana me devolvió el ejemplar con un guiño—. Toma, sigue tú, que lo has hecho muy bien. Así nosotros podemos comentar a gusto.

Con voz más melancólica y menos efusiva que en la anterior lectura comencé a leer. El artículo, en la línea del de Amalia, glosaba las maravillas de Mondariz y sus aguas. Se notaba talento en la prosa. Sin embargo, hubo un pasaje que me dejó sin aliento:

> Regreso a Mondariz prisionero de una emoción intensa. Demandante de que mis venas se engrosen de nuevo y por ellas vuelva el agua a correr a borbotones. Reavivando un incendio que entonces se desató en mi interior y del que todavía ardo en llamas.
>
> Se dicen que estas aguas son milagrosas. También se dice que el agua apaga el fuego. Sin embargo, en mi caso, ese axioma no se cumple. Porque a veces basta con una pequeña candela para avivar un fuego que creíamos sofocado. Hay hogueras que creíamos apagadas y de repente brotan de sus

cenizas. Fuegos que se calman, pero que no se extinguen ni siquiera con el silencio más profundo ni con la distancia más obstinada…

No importan los años de ausencia si todavía hay algo que agita el alma. Y eso es precisamente lo que tiene este lugar. Que resucita a un muerto, que despierta lo que creíamos o necesitábamos sentir dormido, olvidado. Quizá esa sea la cura de todos los males. Volver a arder. Porque nadie que vibra por dentro está perdido. Porque hay fuegos que el agua no puede apagar. Por eso en Mondariz soy eterno.

IGNACIO DE ALARCÓN

Cerré el ejemplar. Mil mariposas aleteaban en mis pulmones. Esa «candela», ese incendio que no se apaga, ese fuego en el que me nombraba sin hacerlo. Como si el tiempo no hubiera pasado. Como si bastara una página para traerlo todo de vuelta.

Quería salir corriendo, esconderme en cualquier rincón donde nadie pudiera verme y no hiciese falta fingir ni sostener. Pero allí estaban todos, ajenos a lo que de verdad ocurría.

—Pues se ha quedado a gusto —espetó Adriana.

—¡Y tanto! —añadió Manuel. Esto no es una crónica, esto es poesía. ¡Si parece que va a salir ardiendo el papel!

—Eso o es que las aguas este año están más calientes —dijo Daniel.

No dije nada. Me esforcé en disimular. Porque solo yo podía saber que eso estaba escrito para mí. Por mucho que me negara a reconocerlo, sus palabras me calaron donde más me dolía, en el recuerdo frustrado de un amor que, con él, deseaba volver a arder.

Esa misma tarde, busqué a Gabriel y le propuse vernos al día siguiente al caer la tarde en Troncoso. Tenía que hablar con él.

10

Había llegado el momento, ya no podía postergarlo más. La verdad, como el agua, siempre encuentra su cauce y yo necesitaba encaminarla antes de que todo desbordase.

Lo cité en Troncoso, buscando sentirnos arropados por la seguridad que emana un lugar que percibes como propio, y ese era nuestro rincón. Quería sentir que en ese trocito de mundo podríamos ser de nuevo nosotros, lejos del Gran Hotel, y apartado de todo lo demás.

Llegué mucho antes de la hora prevista. Estaba nerviosa mientras lo esperaba. A veces el alma se anticipa y tiembla cuando sabe que algo va a pasar. Afortunadamente Gabriel no tardó. Yo seguía intentando domar las pulsaciones que se me desbocaban en el pecho cuando lo vi aparecer, justo en la curva del sendero. Caminaba despacio, con las manos en los bolsillos y el gesto más serio de lo habitual.

De nuevo el corazón se me paró mientras mil imágenes voltearon por mi cabeza. Estaba inquieta a la vez que aturdida. Ni yo misma me reconocía. Él se acercó y, antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, me abrazó.

Cerré los ojos, apoyé la mejilla en su hombro y no pude evitar emocionarme. Por el calor, por el alivio, por la cura y por la

seguridad que creí perdida. Porque por un momento todo volvió a encajar.

—Estás aquí —susurró él contra mi cabello—. Llevaba días sin reconocerte.

Me separé un poco para mirarlo. Tenía los ojos claros como la primera vez que los vi, pero más húmedos, con un brillo distinto.

Él me sostuvo el rostro entre las manos. Sus dedos cálidos y firmes rozaron mis mejillas como si quisieran confirmar que yo seguía siendo de carne y hueso y no la sombra difuminada del fantasma que se había posado entre nosotros en los últimos días.

—¿Estás bien? —preguntó mirándome con una verdad que no supe esquivar.

Asentí con la cabeza, sin atreverme a hablar. Si decía una sola palabra, todo lo que llevaba contenido se habría desmoronado de golpe.

—¿Qué te parece si nos sentamos y hablamos tranquilos?

Afirmé de nuevo.

—No sabes lo angustiado que estaba. Llevo días con un nudo aquí —dijo tocándose el pecho con la palma abierta—. ¿Qué te ha pasado? Me mirabas sin verme. Estabas ausente y distante. Cada vez que te buscaba huías. Empecé a pensar que había hecho algo mal. Que tal vez te pedí demasiado, o que te presioné, y sin darme cuenta, te fallé.

—No, Gabriel —negué con la cabeza. Pero no fui capaz de decirle nada más porque me temblaba la voz y todo lo que no me atrevía a pronunciar me estremecía el cuerpo.

—No entiendo nada —prosiguió—. Solo sé que desde el día en que te pedí que te casaras conmigo todo cambió. Y yo… sigo

preguntándome qué hice mal. Cada día. A todas horas.

No es fácil describir la mirada que me dedicó. En ella había terror y al mismo tiempo verdad y humanidad. Me quedé helada, solo las caricias tibias del sol me rearmaron lo suficiente como para no derrumbarme.

—Gabriel… yo…

—No —me interrumpió con dulzura, levantando suavemente el brazo. Déjame terminar, por favor. No estoy aquí para reclamarte nada. Solo para que me digas si estás bien. Eso es lo que quiero saber, porque es lo que de verdad me importa ahora. No podría soportar saber que te ocurre algo y no cuidarte, no sostenerte. Si no quieres seguir adelante con el enlace lo entiendo. Nunca te reprocharé una decisión que tomes desde tu verdad. Pero si hay algo que te duele…, si llevas algo dentro que te pesa tanto como para esconderte de mí…, dímelo. Sea lo que sea. Yo puedo con ello. Pero no me dejes fuera sin darme una explicación. Por favor.

Me llevé la mano al pecho. Gabriel sin saberlo me había dado una lección inmensa. No con discursos vacíos, sino con sus actos callados. Con su manera de estar y quedarse sin pedir nada a cambio.

No me lo merecía. Me sentí desnuda de excusas, aunque algo dentro de mí encontró la fuerza para salir. El miedo se desprendía de sus armaduras.

—Gabriel… —empecé con voz temblorosa, seleccionando previamente en mi cabeza aquella combinación de palabras que no le hicieran más daño de lo que en verdad ya le había hecho—. No es fácil decir lo que siento sin confundirte. No es que no te quiera, porque te quiero más de lo que puedo expresar. Es… Es que me

pesan demasiadas cosas que ni siquiera yo termino de entender del todo. No quiero que creas que huyo ni que te rechazo. Pero no sería capaz de caminar a tu lado mientras todavía arrastro sombras que pueden dañarnos a los dos.

—¿Sombras? ¿De qué sombras hablas, Candela?

—Hay heridas que no sabía que seguían abiertas, y esa grieta no solo me hace dudar, sino que infecta todo lo demás. Siento que estoy atrapada entre lo que fui y lo que realmente soy. Hay cosas que todavía me pesan, partes de mí que no conozco y otras que no he podido aceptar.

Mi garganta se apretó y bajé la vista. El también miró al suelo como si la verdad estuviese enterrada a nuestros pies.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué me dejaste solo con todas mis suposiciones? Pensé que entre nosotros había confianza.

—Tienes toda la razón, Gabriel —dije al fin sin buscar escapatoria —. No fue justo para ti. Lo sé. Perdóname. Tenía miedo de darle credibilidad a algo que no sabía si es solo ruido y confusión. Y en el fondo también de hacerte daño, de decepcionarte y de perderte.

—Es Ignacio, ¿verdad? —preguntó poniéndole nombre al dolor que ya intuía—. Me he dado cuenta, Candela. Desde que te lo presenté supe que vuestra mirada no era la de dos desconocidos. Lo vi, aunque quise fingir que no.

El tiempo pareció detenerse. Su pregunta sonó como una piedra pesada cayendo en lo más profundo del río, removiendo todas las capas de una quietud que creía tener bajo control. Ni siquiera pestañeé, solo lo miré sin poder hablar. Escuchar el nombre de

Ignacio en su boca me sacudió por dentro, porque todos mis miedos se habían confirmado con una sola palabra.

—Sí —afirmé desenjaulando la verdad, y también las lágrimas que comenzaron a deslizarse por mis mejillas. Él las secó, pero enseguida apartó la mano.

—Nos conocemos desde que somos niños. Pasaba los veranos aquí con toda su familia. Cuando fuimos creciendo, entre nosotros brotó un sentimiento diferente, más profundo. Él fue mi primer amor, tan intenso como lo que duró el verano. Después se fue a Madrid con una promesa que nunca cumplió. Nos escribimos un par de cartas, hasta que dejó de responderlas. Desapareció. Hacía años que no sabía nada de él, hasta que volvió…, justo el día en que tú me pediste matrimonio. No supe cómo manejarlo… Todo se me complicó y no supe cómo decirte lo que pasaba en mi interior porque no lo entendía.

—Entonces… —dijo al fin, con la voz quebrada—. Todo este tiempo he estado compitiendo con un fantasma.

—No digas eso…

—¿Y cómo quieres que lo diga? Creía que todo iba bien y de repente… entiendo que nuestra relación se ha creado sobre algo que no me pertenecía.

—No es verdad, Gabriel, tú eres mi refugio y mi calma.

—Si así fuera no tendrías dudas.

—No sé cómo explicarlo —intenté decir temblando—. Ignacio no es mi presente. Lo que sentí por él pertenece a un tiempo que ya no existe, pero que me marcó. Cuando lo vi todo volvió a removerse…

Nos quedamos mudos.

—¿Lo quieres? —preguntó.

—No es amor. Es dolor por lo que me hizo sufrir. Y también un anhelo absurdo de lo que pudo ser.

Gabriel negó despacio con la cabeza, conteniendo las lágrimas.

—Ojalá me lo hubieras dicho esto antes. Aunque doliera, Pero ahora… Yo tampoco… No sé si soy la persona con la que quieres seguir caminando o solo la que te sostiene mientras miras hacia otro lado.

—Gabriel, por favor…, no quiero perderte. Perdóname, sé que tendría que haberlo dicho desde el primer momento, pero es que ni siquiera sé cómo explicar este sentimiento, y tampoco sé si esa palabra es la correcta para definirlo.

Él se acercó un poco, con los ojos enrojecidos, me sostuvo la mirada y respiró hondo.

—Si no te quisiera de verdad, Candela, no soportaría esto. Pero te quiero y me duele demasiado.

Entonces no aguanté más. Di un paso hacia él y lo abracé con fuerza, sintiendo su cuerpo rígido entre los brazos.

—Tienes que aclararte. Tal vez entender ese pasado te ayude a encontrar la fuerza para enfrentar nuestro futuro.

Gabriel me miró un instante más, como si buscara en mí una última señal que le permitiera quedarse.

—Necesito pensar —dijo antes de levantarse e irse.

Me quedé sola y rota, sintiendo que le había clavado un puñal en el alma. Porque hay verdades que, por mucho que pesen, preferimos callar creyendo que así protegemos a quienes más queremos. Pero esa protección también es una forma de mentir. La verdad no siempre libera. La mayoría de las veces abruma y duele más que el

silencio. Sin embargo, es necesaria porque solo desde la herida podemos empezar a sanar por dentro.

11

Nunca había asistido a una fiesta en el campo, aunque solo iba a vivirla desde el otro lado.

La finca de Pías estaba a dos kilómetros del Gran Hotel, y se había convertido en el espacio de recreo preferido de los huéspedes. Era un lugar idílico. No solo por sus lagos de ensueño, sino también por la calma de sus praderas y su riqueza botánica, aunque lo que más les atraía era pasear entre los ejemplares más nobles de la raza vacuna.

Sin embargo, para mí lo más bonito era la zona fluvial, donde el río, cansado de correr, se rendía en un remanso de agua formando un lago calmado y sereno, capaz de reflejar los árboles danzando sobre el agua e incluso el cielo entero en su espejo líquido.

Las barcas de remo pintadas de blanco y azul dibujaban un paisaje equilibrado. Desde lejos, daban la impresión de formar parte de la decoración, pero al acercarse se oía el chapoteo suave del agua y las risas de los pocos que se habían subido a remar. Un poco más allá de los pinares, un enjambre humano jugaba al críquet entre carcajadas y carreras torpes. A mi alrededor algunas parejas caminaban cogidas de la cintura. Las sombrillas danzaban con incansable delicadeza cubriendo de sombras redondas sobre rostros

empolvados y el silabeo de las conversaciones se mezclaba con una música todavía tenue.

El vaivén de los carruajes descendiendo por el camino terroso era incesante. Unos llegaban en coches de línea, otros lo hacían en calesas engalanadas con lazos y flores, y algunos incluso sobre borriquillos preparados con sillas pintadas de colores llamativos.

Todo tenía un aire de romería elegante, a medio camino entre lo rústico, que tanto fascinaba a los señoritos de ciudad, encantados de jugar a la vida tradicional, y lo exquisitamente orquestado por el lujo del balneario, que sabía muy bien cómo vestir la fantasía bucólica con un barniz de sofisticación sutil.

A mi lado la banda del balneario tocaba bajo un emparrado que se abría paso entre las luces del sol vespertino de verano, creando un juego de sombras y destellos que se proyectaba en el suelo. Se escuchaba el repicar de las panderetas, el retumbar del bombo y la queja penetrante de la gaita conversando con la suave brisa. Varias mesas vestidas con manteles blancos de encaje fino se disponían salpicadas en semicírculos para facilitar el intercambio de miradas y palabras. Estaban repletas de bandejas con pastas, sándwiches de salmón, helados, jerez frío y copas de champán que chispeaban retando al sol.

En el extremo de una de esas mesas, desafiando la frontera entre lo formal y lo íntimo, Manuel intercambiaba miradas cómplices y sonrisas contenidas con Adriana, quien aprovechaba cada viaje para rozarle el brazo. Sonreí al ver como entre ellos germinaba algo más que una bonita amistad.

A lo lejos pude distinguir a Loreto, radiante con un vestido rosa empolvado y adornado con encajes finos, que la envolvía como una

flor pulcra y delicada. Su marido, Ramiro, la miraba con una ternura que pocas veces había visto en los hombres de este mundo. Entre los dos organizaban un animado juego del pañuelo para los niños que correteaban por el césped. Las risas estallaban alegres y contagiosas.

Me aventuré por un sendero trenzado que reptaba entre los árboles hasta adentrarme en un frondoso jardín sembrado de flores delicadas que desembocaba en una pequeña sala natural de paredes tejidas de naturaleza viva. Alcé la vista y vislumbré a lo lejos el movimiento de dos siluetas. La naturaleza susurraba a su alrededor, por un momento creí que era el propio jardín quien orquestaba aquella sinfonía humana. Intrigada por sus ritmos, avancé hasta que enseguida identifiqué el inconfundible timbre de voz de Amalia. Estaba bajo los arcos de glicina malva que daban sombra a una fuente de piedra de la que emergían querubines silenciosos. Él gesticulaba moviendo las manos con fervor, como si cada palabra brotase de sus dedos en vez de su lengua. Intuí sus ojos sin necesidad de verlos. Tan intensos como la conversación que brotaba de ellos. Me detuve a una distancia prudente, oculta entre las hortensias, con los sentidos alerta, especialmente el del oído.

—Así que usted es el autor de *La memoria del agua*… —dijo Amalia mientras daba un trago a su copa de jerez.

—No sabía que leyera *La Temporada* con tanto detenimiento —replicó Ignacio, alzando la ceja.

—Te confesaré que no suelo hacerlo —respondió con sorna—. Pero las malas lenguas me advirtieron de que hay un periodista nuevo que escribe como si fuera a morirse mañana, y me picó la curiosidad. —Luego encogió un hombro, como restándole

importancia, aunque en sus labios vi cómo asomaba una sonrisa astuta—. Aunque para ser justa… le diré que leo todo lo que se pone frente a mis ojos. Hasta la etiqueta del agua con gas. Nunca se sabe de dónde puede salir una buena idea, una palabra… o incluso una frase capaz de sostener un capítulo entero.

—¿Puedo preguntar qué le ha parecido? —quiso saber Ignacio.

—Pues… —alzó una ceja—. Una carta de amor escrita con pluma de cisne y enviada al destinatario equivocado.

Reí a lo lejos, sin quererlo. Ignacio también esbozó una sonrisa confusa, sin saber si le estaban felicitando o fusilando.

—Yo solo escribo lo que siento —se defendió—. Al fin y al cabo, ¿no consiste en eso el oficio? En ver lo que otros no miran y contarlo sin adornos.

—No se confunda. El periodismo no solo es la transcripción de lo que ocurre, sino la interpretación de lo que importa. Y para eso hacen falta más que un par de ojos, hace falta criterio, olfato, intuición, muchas lecturas… y un poco de mala leche. Sobre todo en este país tan repleto de ofendidos que confunden el dato con la verdad y la retórica con la honestidad.

Ignacio se inclinó levemente hacia ella.

—¿Eso es lo que se discute ahora en los salones del Ateneo?

Ella entornó los ojos con condescendencia.

—No sea ingenuo, por favor. Eso no se discute: se aprende. Y no en los cafés, sino en las cicatrices. Sus afirmaciones no hacen más que indicarme que todavía le queda mucho camino por recorrer. Yo también creí, en mis años mozos, que bastaba con escribir la verdad. Hasta que comprendí que en España eso solo interesa si la

firma un hombre… o si escandaliza lo suficiente como para servir de sobremesa.

—¿Quiere decir que el periodismo es un coto masculino?

—Indudablemente. Y no solo eso. El periodismo, tal como se ejerce, es un oficio peligroso.

—¿Está hablando de censura?

—La Ley de imprenta no me preocupa. Esa, al menos es predecible. Lo verdaderamente letal es la autocensura. Esa tendencia servil y moderna de renegar de los principios propios y disfrazar la verdad para no irritar a los anunciantes, a los marqueses o a la suegra. El instinto de agradar ha echado a perder más verdades que todos los gobiernos juntos.

—¿Y entonces qué hacemos? —preguntó con el gesto cargado de incertidumbre.

—Ser honestos, no hay más trucos. No es un oficio fácil ni para pusilánimes. La verdadera batalla está en no perder el alma por el camino. Y, sobre todo, aprender a distinguir. No es lo mismo ser escritor que ser periodista. Porque escribir una novela es abrir el mundo desde la imaginación para dar vida a la verdad íntima y personal que uno desea transmitir. Pero ser periodista…, ese oficio voraz y despiadado, exige confrontar la realidad cruda y pulirla sin que te devore. Aunque al final ambas plumas deben lidiar con la misma fragilidad: mantener el equilibrio entre el compromiso con la verdad y la supervivencia en una sociedad que rara vez la quiere completa.

—¿Quiere decir que contamos historias fantásticas?

—Rotundamente —contestó Amalia fulminante—. Pero nunca subestime el poder de un buen cuento. Hay verdades que algunos

necios solo entienden si están envueltas bajo la seda de la ficción. Una columna puede sugerir una reforma, pero un cuento bien escrito puede despertar una conciencia. Hay textos que pasan desapercibidos en su tiempo, pero más tarde se revelan como presagios. Escribimos sin saber para quién ni cuándo. Pero eso no lo hace menos necesario. Algunas palabras llegan antes de tiempo… y solo más tarde encuentran el lector a quien estaba destinado.

Ignacio bajó la voz con gravedad.

—Yo no escribo para la posteridad. Quiero que lo que digo cale ahora. Que incomode y despierte.

—No confunda urgencia con trascendencia. Lo importante es que la historia y la verdad perduren y que alguien, dentro de cien años, lo lea y se estremezca, aunque no sepa su nombre. Lo demás es vanidad.

—No estoy de acuerdo —dijo él con firmeza.

—Ni yo con usted —replicó ella sin inmutarse—. Pensamientos dispares… Por eso seguimos escribiendo. ¿Por qué escribe?

—Porque quiero cambiar el mundo. Estoy esperando esa noticia que lo remueva todo.

—Bendito sea. Le compadezco.

—¿Me compadece?

—Sí, porque está enfermo. Tiene fiebre de fama porque lo que anhela no es escribir, sino alcanzar la gloria. A pesar de mi apariencia, tengo un pequeño instinto moral que me induce a mostrarme compasiva con los enfermos, por eso le compadezco.

—¿Y qué hay de malo en querer dejar huella? ¿Acaso no escribe usted para lo mismo?

Amalia lo observó con media sonrisa, como una gata entretenida con el vuelo errático de un gorrión.

—Me preocupa. Habla de la escritura como si fuera una religión, y usted, su misionero exaltado.

—Porque las palabras son lo único en lo que creo con toda certeza. Son las armas más letales que existen.

—Lo son si se saben utilizar bien. Pero como las más peligrosas detonan en silencio. Y su explosión se siente en el alma, mucho tiempo después del estallido inicial.

Amalia aprovechó para apurar el último sorbo de su copa. Luego la alzó, girándola lentamente entre los dedos, para confirmar que se había quedado vacía de jerez, no de palabras.

—Ahora, si me disculpa, se ha quedado seca.

—Por supuesto —respondió Ignacio—. Lamento que mi conversación no haya sido tan embriagadora como el líquido de su copa.

Amalia, que ya había hecho el amago de irse, detuvo su paso y torció el torso, hacia él, mostrando una sonrisa indulgente. Por primera vez lo tuteó.

—Tienes talento, pero no te enamores tanto de tus frases. Son como amantes narcisistas: siempre traicionan.

Después desapareció dejando una reflexión inquieta sobre la conciencia de Ignacio, quien se quedó pensativo mientras veía como la sombra de Amalia se difuminaba. Semioculto bajo la pérgola de glicinias, cobraba nitidez la figura de Benedito, que fingía entretenerse con una ramita que giraba entre los dedos. Era evidente que la esperaba, aunque hiciera esfuerzos por parecer distraído. El modo en que cómo enderezó ligeramente el cuerpo al

verla aproximarse lo delató con una elegancia torpe que podría engañar a los demás, pero no a mí.

Me reí para mis adentros, imaginando la conversación chispeante que aún no se había desatado entre ellos. Como un fósforo que aún no ha rozado la caja, pero ya huele a incendio.

Cuando confirmé que ya no quedaba nadie en derredor y que Ignacio seguía junto a la fuente, decidí seguir el impulso que me dominaba y me acerqué a él sin hacer ruido. Él no pareció sorprenderse por mi presencia, absorto todavía por la conversación con Amalia.

Con la distancia justa para no rozarnos, bastó un segundo más de silencio para que todo lo que no nos habíamos dicho empezara a temblar de nuevo entre nosotros.

—Candela… No te esperaba tan temprano.

—Te he visto hablar con Amalia.

—Cuando termines de trabajar, vuelve. Te esperaré aquí.

Asentí, reteniendo el peso de su mirada.

—Candela, cuando todos se hayan marchado .

El día se dispersaba en pequeños fragmentos, cada cual más diferente. Retomé el camino con las manos crispadas por las palabras de Ignacio, que me seguían con una sombra.

La luz caía a jirones, los helechos susurraban y el aire se impregnaba de un viento melódico que sonaba desde el otro lado del lago, donde las mujeres danzaban acompañándose con castañuelas, que se entrechocaban en sus brazos agitándose en el aire como las alas de un ave que prueba a levantar el vuelo.

También se escuchaban las cuerdas de una guitarra y una bandurria. En aquella comparsa alborotada y risueña el júbilo brillaba especialmente en el rostro de Bruna. Siempre ajustada a los últimos decretos de la moda. Danzaba con incansable alegría, desafiando a las miradas indiscretas que se posaban sobre ella.

Me acerqué eclipsada como siempre por su presencia. Ni siquiera lo noté cuando Inés de Olivares se colocó a mi lado. No sé cómo no pude percatarme. Estaba acompañada por Elisa Fonseca, Marguerite Lapierre y por otra joven mujer a la que no tardé en identificar, Sonsoles de Valdeluna. Había leído sobre ella en *La Temporada*, madrileña, asidua a los veranos en San Sebastián y a las aguas legendarias de Vichy. Todas conjuntaban en armonía con sus vestidos claros y vaporosos, en tonos pastel, que parecían una prolongación floral del jardín.

—Confieso que no esperaba curarme de mis jaquecas tan rápido. ¡Este lugar es un bálsamo! —dijo Elisa llevando una mano sobre la frente, como si quisiera comprobar su temperatura—. El aire, el silencio…, hasta me han devuelto el apetito.

—O será que el aburrimiento te deja en paz por unos días —respondió Inés alzando apenas la barbilla.

—En Francia —intervino Marguerite—, los jardines del balneario de Vittel tienen una disposición semejante. Pero aquí hay una energía más salvaje.

—Será por esta música atronadora. Tanta gaita me está provocando dolores de cabeza.

Marguerite soltó una breve carcajada.

—*Vous exagérez*, Inés… *Mais c'est vrai* que la música tiene aquí una cualidad especial. A mí me resulta especialmente armoniosa,

muy melancólica.

—Lo único que me resulta armonioso a mí es que ahora mismo no hay maridos a la vista. —Inés se abanicaba con pereza—. No hay nada más agresivo para el sistema nervioso femenino que un hombre con ínfulas y tiempo libre.

Todas le rieron la gracia cómplices en su cinismo. Todas, menos Sonsoles de Valdeluna, quien parecía ajena a la conversación mientras contemplaba el paisaje. Su voz sonó tan frágil como su apariencia.

—Hay algo en este lugar que sosiega. El barrio de Salamanca es, a trechos, lo más parecido que tenemos a esto en Madrid. Hay zonas en que causa la ilusión grata de estar en el campo, con sus árboles, sus paseos anchos y un ambiente oxigenado. Pero no es comparable. Aquí el cielo parece más alto, como si el firmamento se elevara unos palmos por encima de nuestras preocupaciones.

De pronto se hizo un breve silencio en el que nadie respondió. Ni siquiera lo hizo Inés, que se limitó a alzar apenas una ceja, como si la conversación le resultase trivial, y desvió la mirada hacia el grupo de músicos, donde una nota más alta acababa de estallar como una burbuja en el aire. ¡Blop!

—No me lo puedo creer.

Con un suspiro congelado en el aire, se apartó sin dar más explicaciones. Con una rigidez calculada avanzó hasta aproximarse a Andrés, quien sujetaba una bandeja con copas de jerez. Sin titubear extendió su brazo y con un gesto brusco y seco tomó una de las copas que estaba en el extremo de la bandeja, provocando que esta se inclinara peligrosamente y, en consecuencia, el equilibrio de Andrés se tambalease. Él, sorprendido, dio un pequeño traspié hacia

atrás y emitió un leve jadeo, que murió inmediatamente porque no se atrevió a decir nada más. La mirada de Inés, gélida y ausente, lo paralizó como escarcha a punto de quebrarse.

Siguió caminando con la misma decisión. Derribando todo lo que se cruzase a su paso. Pisó sin vacilar un lecho de flores silvestres que quedaron aplastadas por su zapato. Marchitaba todo lo que tocase.

Al girar, chocó con Loreto, quién enseguida retrocedió con gesto amable.

—¡Oh, disculpe! —dijo aquella con dulzura, llevándose la mano al pecho.

Aunque no era Loreto quien debía pedir perdón, sino Inés, pero ella no se detuvo ni tampoco se disculpó. Avanzó con la espalda erguida y el mentón sintonizando al sol, como poseída, hacia la comparsa. Bruna se abría paso entre la multitud con el pecho henchido y la frente perlada de sudor tras culminar su actuación. Todos se deshacían en halagos mientras ella se inclinaba para agradecer los aplausos. El círculo se deshacía a su paso.

Inés parecía que disfrutaba del espectáculo mientras agitaba la copa en la mano. El jerez se movía en círculos desatando su aroma. El remolino del líquido presagiaba la tormenta que estaba a punto de explotar. Pero en lugar de aproximarla a los labios para darle un trago y dejar que el jerez apagara el incendio que trepaba por su garganta, alzó el brazo y sin pestañear volcó todo su contenido sobre el pecho de Bruna. El líquido enseguida se deslizó por la tela blanca, trazando a su paso líneas ardientes sobre sus senos, dibujando una silueta de curvas pronunciadas, similares a las de la

guitarra que segundos antes se estremecía en las manos de un músico. El color del vestido de Bruna se tiño de un tono ámbar.

El júbilo a su alrededor se convirtió en un tumulto inquieto. El rostro de Bruna se demudó y avanzó hacia Inés en actitud amenazadora. Parecía desconcertada ante aquella humillación pública, pero esa apariencia fue tan solo un espejismo. Porque inmediatamente, sin llegar a bajar la vista del todo, Bruna irguió el cuello con firmeza y clavó su mirada en la de Inés, con una furia indescriptible. Lo que había parecido un relámpago de sorpresa se convirtió en un destello burlón que asomó en la comisura de sus labios.

—¿Así expresan las damas de buena cuna su admiración por el arte? —preguntó la portuguesa.

Ante el mutismo de Inés, parapetada tras su mirada de acero, Bruna sonó más desafiante.

—Todo un honor despertar algún sentimiento en una persona como usted. Yo que la creí un ser inerte… ahora sé que siente envidia, pero al menos siente algo. ¡Qué generosidad la suya, marquesa, me honra!

Inés, con la copa todavía temblando en la mano, dejó que la rabia escapara levemente de su cuerpo filtrándose por su voz enérgica.

—Ese vestido no es para ti. Jamás lo fue. No sé cómo en un lugar tan prestigioso como este han tenido la poca decencia de vendérselo a alguien de tu calaña. Y menos para montar este numerito tan bochornoso en esta feria —dijo mirándola de arriba abajo con desprecio—. Ese vestido debería llevarlo una mujer con una mínima noción de decoro.

Bruna se miró para evaluar los daños, o las heridas visibles de aquella guerra personal en la que las dos se habían enzarzado. Enseguida alzó de nuevo la cabeza y sonrió divertida.

—Así que ese es el problema… ¿Y para qué lo querría usted? ¿Para colgarlo en un armario o para encerrarlo en una vitrina? Este vestido necesita moverse y no morir asfixiado en un cuerpo que lo reprime… como el suyo —dijo mientras una carcajada leve se le escapó de los labios.

Elisa de Fonseca se cubrió la boca con los dedos enguantados, horrorizada. Marguerite murmuró con su tono melódico: «¡Por favor, que escándalo!».

Pero nadie se movió.

Los ojos de Inés centellearon. Su indignación fermentaba mientras Bruna la miraba. Por un instante pensé que iba a lanzar también la copa, pero solo la sostuvo con más fuerza, hasta que sus nudillos palidecieron.

—¡Qué descaro! Con un comportamiento tan vulgar solo se evidencia que no ha recibido educación alguna. Hay cuerpos que solo saben exhibirse. Y hay quienes, ignorantes como tú, confunden la libertad con la vulgaridad. Por eso acaban haciendo el ridículo sobre un escenario, creyendo que un poco de aplauso absuelve de la falta de cuna… y de pudor.

Bruna pestañeó y, sin dejar que la ira envenenada de la marquesa borrase la sonrisa de su rostro, dio un paso más hacia ella. Todos presenciábamos con incredulidad la batalla verbal que se desataba frente a nosotros.

—Me da usted tanta pena…, tan llena de títulos… y tan vacía de mundo. Vive amargada y cuando ve que alguien es feliz sufre

porque por mucho dinero que tenga la felicidad nunca la va a poder comprar. Lo que le molesta no es mi vestido, ni siquiera mi cuerpo, ni mi voz, lo que le molesta es que yo sea libre y usted viva presa en sus apariencias.

Inés apretó los labios.

—No seas tan zafia. Aunque te disfraces de estrella, seguirás siendo una vulgar fulana. Algo que yo nunca seré.

—Nunca será como yo, porque para eso hay que ser humana y tener alma —le contestó Bruna.

La tensión explotó. El odio era evidente entre ellas y las miradas alrededor, testigos de lo ocurrido, no sabían si sostener la respiración o apartarse.

Bruna, manchada y gloriosa, dio un paso hacia atrás, se giró con indiferencia y, con la música suspendida en el aire, bailó, sola y con el vestido manchado de jerez. Lo hizo como si nada hubiera ocurrido, como si aquella mancha fuera un símbolo más de su rebeldía invencible a cualquier intento de humillación.

Inés se quedó inmóvil, con los dedos aún tensos. En sus ojos, por un segundo, algo parecido al desconcierto se asomó, antes de ser sepultado bajo su habitual expresión de desprecio gélido.

Cuando terminó aquella escena entendí por qué se había producido. Todo había comenzado un par de días antes, cuando me disponía a hacer las habitaciones de la primera planta. El pasillo estaba tranquilo, pero al llegar al vestíbulo las escuché. Caminaban conquistando cada baldosa como si todo alrededor les perteneciera. Elisa de Fonseca, Marguerite Lapierre y, cómo no, Inés de Olivares se detuvieron delante del escaparate de la joyería Agarimo. Las tres

inclinaban ligeramente el cuerpo hacia el cristal para observar el altar de vanidades brillantes que albergaban las vitrinas.

No pude evitar colarme en su conversación. El vestíbulo era tan amplio que, por muy cerca que estuviese, ellas solo tenían ojos para las joyas que relucían al otro lado del cristal.

—¿Habéis visto esa gargantilla? ¡Que exquisitez! Parece el cabello de un ángel trenzado con hilos de oro, le diré a Guillermo que me la regale para la cena de despedida. Por cierto, ya he reservado cita en la peluquería —anunció Elisa.

—¿Para cuándo? Yo voy esta tarde, la verdad es que Carmen tiene unas manos *magnifiques* —contestó Marguerite, con su acento francés endulzando las sílabas como si fueran caramelos—. Las echaré de menos cuando vuelva a Francia.

—Seguro que allí hay salones iguales o incluso mejores —contestó Elisa.

—Oh, sí, sí, hay grandes salones, pero aquí Carmen hasta recuerda que me gusta el peine caliente. *Ça, c'est rare*.

—¡Tienes razón…! —suspiró Elisa—. No me gustan los últimos días, empiezo a añorar cada rincón antes de irme. —Contempló su reflejo en la vitrina—. Ya empiezo a sentir el agobio de tener que volver a la ciudad.

—No digas eso, *mon petit coeur*, que me pones nostálgica a mí también. Iré a visitarte, y mientras tanto, sigamos gastando —se rio Marguerrite—. Es lo único que me alivia la pena.

Inés, que hasta ese momento solo había escuchado, ladeó la cabeza.

—¿Has cambiado de perfume? —Se acercó más a Elisa.

—Sí. Lo he comprado en la perfumería, es agua de violetas. Me recuerda a mi infancia, a cuando jugaba en el jardín de mi abuela con mis primas, a esos momentos que no vuelven, pero parece que si los hueles los recuerdas.

Inés frunció los labios.

—A mí más bien a un funeral elegante.

—Oh, Inés, tú siempre con ese humor tan directo.

Marguerite carraspeó suavemente para disimular la risa atorada que le temblaba en la garganta. Elisa, sin embargo, calló, sin saber si lo que le había dicho Inés era una de sus burlas envuelta en terciopelo o una más de esas verdades que solía lanzar sin anestesia.

—¿Salimos un rato? —sugirió la francesa mientras se contemplaba en el cristal del escaparate para retocarse los labios—. Quiero pasar por la tienda de Ramón antes de que cierre. Necesito comprar un par de cosas… *et me changer un peu les idées*.

Yo hice lo mismo que ellas: también salí a airearme.

Enseguida el letrero de AGASALLOS GALICIA, pintado con letras doradas, se desplegó frente a ellas. Dentro Ramón atendía con su habitual desparpajo. Vendía desde juguetes hasta zapatos de piel repujada; en definitiva, toda clase de objetos capaces de tentar incluso a quien no tenía intención de gastar.

Marguerite fue la primera en sumergirse en sus pasillos. Inés, en cambio, parecía no interesarse por nada en particular. Paseaba despacio arrastrando su sombra entre los estantes. Se detuvo frente a un pequeño expositor de imperdibles con mangos de nácar y empuñaduras ornamentadas. Tomó uno entre los dedos, lo giró como si examinara un insecto disecado, y se dirigió a Ramón.

—Deme uno de estos. Me servirá para sujetar las cortinas del dormitorio principal. Detesto cómo entra la luz por la mañana. Me recuerda que el día insiste en empezar, aunque yo no se lo haya pedido.

—Lo que usted mande, señora.

—Y cóbreme todo a mí. —Sacó un pequeño monedero de boquilla dorada—. Hoy invito yo. Le pagaré en ozores. —Dejó caer con gesto teatral unas monedas de chapa dorada sobre el mostrador —. Tengo que deshacerme de estas fichas absurdas que solo tienen valor dentro de este lugar. Parecen de juguete, no cuesta nada gastarlas y menos todavía recordar en qué.

Inés se refería a la moneda propia del balneario. Los huéspedes podían cambiar sus pesos por estas fichas doradas para pagar servicios, hacer compras o cubrir propinas. Eran aceptadas en todos los establecimientos del recinto e incluso en algunos comercios de Vigo, gracias a acuerdos más o menos informales. Una ocurrencia de don Alfonso, diseñada para incentivar el consumo…, y sobre todo para disimularlo.

Ramón envolvió los objetos con parsimonia y los entregó en bolsitas de papel fino perfumadas con lavanda.

Inés hizo un gesto de hastío al recordar de nuevo el perfume de Elisa.

—Violetas… ¿Ves, querida, cómo tengo razón cuando te digo que tu perfume es vulgar? Lo que tú usas para perfumarte aquí lo emplean para aromatizar recuerdos de feria. En fin… Cuestión de gusto, o de su ausencia —sentenció. Luego, sin esperar respuesta, alzó la barbilla y añadió—: Acerquémonos a la boutique Villa de París. Necesito desprenderme de estas fichas ridículas.

Cuando estaban a punto de llegar, Inés se adelantó para mostrarles el vestido. Sin embargo, al posar los ojos sobre la vitrina, su cuerpo se tensó y se quedó quieta. Después parpadeó mientras repasaba con atención cada detalle expuesto tras el cristal. Su expresión, si es que en algún momento había albergado un mínimo atisbo de entusiasmo, se endureció de inmediato y su rostro se quedó opaco.

—¿Qué pasa? —preguntó Marguerite.

—No está. Tiene que ser un error. —Inés abrió la puerta con un golpe seco.

El tintineo de la campanilla anunció a las damas. Una joven tras el mostrado alzó la vista y esbozó una sonrisa cordial.

—Buenos días, señoras. ¿Puedo ayudarlas?

Inés ignoró su saludo.

—El vestido que tenían en el escaparate de color marfil, escote cuadrado, talle imperio y bordado a mano, ¿dónde está?

La dependienta parpadeó visiblemente incómoda.

—¿El marfil…?

—Si, el que estaba en el escaparate.

—Ah, sí. Se vendió ayer por la tarde, justo antes del cierre. Yo no estaba en ese turno, pero lo he comprobado esta mañana. Era una pieza única de colección.

—¿Y no dejaron constancia de a quién se le vendió? ¿Una nota, un nombre, algo?

—Me temo que no, señora.

—¡Qué decepción! —replicó sin levantar la vista de ella.

—Pero podemos tomarle medidas y hacerle uno parecido, si lo desea.

Inés la miró desafiante antes de responder con una negación.

—Las imitaciones son para quienes se permiten vivir con arrepentimientos. Y yo no estoy entre ellas.

Con el mismo golpe seco con el que entró salió de aquella boutique bajo el rostro destemplado de la dependienta y sus humos evaporándose sobre su cabeza. Lo demás vino después: la fiesta, Bruna con el vestido de lino, el que ella ansiaba…

Inés no ardía de celos, ni siquiera de rabia. Ardía de algo más profundo: de humillación. Por eso trató de que Bruna le pagase con la misma moneda.

De vuelta al convite, el bullicio comenzaba a disiparse y el aire empezaba a enfriarse con la dulzura tibia de la tarde que declina. Me alejé un poco del círculo de miradas todavía chispeantes por el incidente entre Bruna e Inés y avancé hacia el lago, buscando ese remanso de silencio que templara un poco las emociones de todo lo que había vivido.

Crucé el embarcadero y me detuve en el borde, frente a la orilla. El agua estaba tranquila y serena, todo lo contrario a mí. El día se estaba acabando, la cita con Ignacio se aproximaba, y yo me sentí de nuevo inflamada, con esa sensación tan confusa que no era deseo, ni ira, ni tristeza: eran todas ellas bailando juntas en un cuerpo exhausto.

Me senté sobre las tablas irregulares, cerré los ojos y balanceé los pies sobre el agua. Deseé quedarme así, sin tomar ninguna decisión, suspendida en ese limbo donde nada pesaba. No sé qué podía esperar del encuentro. ¿Qué cambia una explicación cuando el

daño ya está hecho? ¿Merece la pena enfrentarse a los fantasmas del pasado cuando has aprendido a ser feliz con el presente? Una pregunta me llevó a otra y así sucesivamente hasta entrar en un bucle traicionero donde el corazón se convierte en juez, víctima y verdugo a la vez.

La tentación era real. Hay un vértigo adictivo en la idea de mirar a los ojos de nuevo a quien te partió el corazón y reconocer que aún tiembla algo dentro de ti. Un gusanillo, un fulgor, algo que se enciende y te hace sentir viva. Pero ¿por qué volver a encender un fuego que casi me consume?

Contemplaba el lago como si la respuesta a mis preguntas pudiera esconderse entre los reflejos ondulados del agua. Lo que vi fue mi propio rostro, pero no el de aquella Candela ingenua que se enamoró por primera vez. Sino el de otra mujer más dura, más sabia y menos frágil.

Entonces otro reflejo emergió junto al mío. Era el de dos figuras caminando al borde del sendero que bordeaba la orilla: Gabriel y Elena. Sentí celos y supe que no era casualidad. Él caminaba tranquilo. Había en su rostro una luz distinta. No podía llamarse sonrisa, pero su gesto parecía casi alegre. Elena iba a su lado, con el cabello algo revuelto por la brisa y los brazos en cruz. Cuando me vio se adelantó unos pasos y en un impulso inesperado rompió ese gesto defensivo para abrazarme con fuerza. No supe reaccionar.

—Candela… Quería pedirte perdón por cómo te hablé el otro día. Por mi tono, pero sobre todo por mi forma.

Me quedé atónita porque no esperaba aquellas palabras de Elena ni aquel arrebato de disculpa.

—No te preocupes. Todos tenemos días malos. Si me permites me gustaría hablar con Gabriel.

Enseguida se apartó de una manera que no era la suya de siempre. Gabriel se acercó mientras me observaba con esa intensidad suya que tanto me agitaba. Era ternura y a la vez furia. Una contención que me dolía todavía más porque sabía todo lo que callaba.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Más o menos —respondió.

—Lo siento, ya no sé cómo decírtelo.

—No tienes nada que sentir.

Bajé la mirada un instante antes de alzarla con decisión.

—Quería que supieras que he quedado con Ignacio, ahora, cuando termine la fiesta. Necesito hablar con él.

Gabriel asintió despacio.

—Me alegro, es lo que tenías que hacer.

Su tono era sincero, no sonaba a reproche, pero tampoco a alivio. Al fin y al cabo, era una frase complicada de pronunciar porque estaba motivada desde algún lugar incierto de su corazón.

Guardamos silencio unos segundos.

—Gabriel…

—Está bien, Candela. Déjalo.

Entonces dio un paso atrás, bajó la mirada y empezó a caminar con los hombros caídos. Su paso era pesado pero firme. Antes de perderlo de vista, lo volví a llamar.

—Gabriel.

Él se detuvo y giró el rostro hacia mí. Sus ojos refulgían con la luz dorada del atardecer. Impulsada por algo más fuerte que la

duda, eché a correr hacia él y lo abracé. Él no se movió al principio, pero lentamente sus brazos se abrieron un poquito en torno a mí. Nos quedamos inmóviles, respirándonos, disfrutando en silencio de aquel refugio breve.

Retomé el camino que había emprendido un par de horas antes, pero esa vez con un calor diferente en el cuerpo, las manos crispadas y el aire atropellado. Tenía miedo y a la vez necesidad de verle. Cuando llegué, él todavía no estaba. Estaba inquieta, por eso decidí sentarme sobre un pequeño banco de piedra. Crucé las piernas, me atusé el pelo y eché los hombros hacia atrás como si quisiera sacar pecho para llenarme de la seguridad que sabía que no tenía.

Entonces apareció de repente y toda la fortaleza que creí haber acumulado se difuminó.

—Gracias por venir —dijo con suavidad mientras tomaba asiento a mi lado.

—Yo sí cumplo con mis promesas —contesté tajante, mostrando el dolor que latía en mi pecho.

Él no respondió.

Me buscó primero la boca y luego los ojos, y se hundió profundamente en ellos. Me sentí seca, como si me hubiese absorbido hasta el fondo de mis pupilas. Después sonrió de aquella forma tan cruel y entonces recordé aquella primera vez. Aquel momento exacto en que lo hizo de la misma manera, con esa misma comisura ladeada, abriéndome la puerta de sus labios. Un roce, un temblor, una explosión…, un mordisco, el del pasado que me

pellizcaba por dentro. Maldije a mi mente, a mí y a mi necesidad de tenerlo cerca. Los recuerdos nunca llegan en un buen momento y, cuando te atreves a acariciarlos, te arañan.

—Candela, yo quería decirte…

—Leí tu artículo —me precipité a decir, atropellándolo intencionadamente. No quería sus explicaciones. No quería escucharlo, solo levantarme de allí y seguir viviendo en la ignorancia para evitar enfrentarme a la realidad.

Una sonrisa cruzó su rostro.

—¿Y? —preguntó con la ceja ladeada.

—¿Qué pretendes? ¿Por qué has vuelto?

Las palabras salían de mi boca temblorosas, agitadas, escupiendo todo el miedo que sentía por dentro. Él, sin embargo, sabía dominarse con una extraordinaria serenidad que me resultaba insoportable.

—No he vuelto, Candela, porque nunca me fui del todo. Estoy…

—Claro que te has ido. —Alcé la voz con una indignación que fermentaba—. Tres años sin tener ni una sola noticia tuya, tres años esperando un gesto, una señal. Tres años quebrándome por dentro, creyéndome tus promesas vacías y… ¿y vuelves ahora? ¿Cuándo he logrado rehacer mi vida? No tienes derecho. ¿Por qué? Venga, dame una explicación.

—Por miedo —dijo al fin.

—¿Por miedo? ¡No me basta!

—Sí, por miedo, porque lo que sentí fue… demasiado intenso. Me descubrí por primera vez en ti de una forma que no esperaba y que tampoco conocía. Fue como si tú hubieras llegado a un lugar dentro de mí al que nadie había entrado antes y que no sabía ni que existía.

Como si tuvieras una llave para abrirlo. Y no supe qué hacer con eso.

—Claro, y entonces decidiste que lo mejor era desaparecer. ¿De verdad pretendes que me lo crea?

—Decidí huir. Me convencí de que no nos podíamos permitir algo así. Tú aquí y yo en Madrid, ¿qué podíamos hacer?

—Huiste porque eres un cobarde. Y ahora regresas con la misma cobardía, creyendo que todavía tienes derecho a decidir por los dos.

—No tuve otra opción, Candela. Tú no lo habrías hecho. Te habrías quedado esperando por un imposible. Estábamos condenados.

—¿Condenados? —repetí apretando ligeramente el puño.

—Sí, no por falta de amor, sino por exceso de realidad. ¿O es que no has pensado en eso? ¿Qué futuro teníamos? Yo iba a empezar Periodismo. Y tú tenías una vida aquí, con raíces y obligaciones. ¿Qué podíamos hacer?

—Decírmelo —susurré con el tono amargo de la herida.

—No lo habrías entendido. Lo más honesto y lo menos cruel era desaparecer antes de que pudiéramos hacernos daño y pensé que si me alejaba pronto tú te olvidarías. Hiciese lo que hiciese, era difícil.

—Decirlo no era difícil. Más bien lo has convertido tú en algo complicado porque no te atrevías a hacerlo. No fue la realidad, ni siquiera la distancia. Has sido tú. ¿Por qué no me contestaste a las cartas?

—Te escribí. Lo hice cuando nos mudamos de casa. Cambié de dirección y quise que lo supieras porque temía de verdad que aquel fuera nuestro final.

Entonces hizo una pausa breve, totalmente inesperada. Parecía que dudaba en seguir hablando o callarse, pero continuó con la mirada fija en algún punto indefinido entre nosotros dos.

—No me digas otras de tus mentiras. Nunca he recibido ninguna carta.

—No te mentiría en eso. Se extraviaría o por algún motivo ajeno a mí no te habrá llegado. Yo la envié, te lo prometo. Siempre he sentido que…

—¿Qué Ignacio? —pregunté mostrando los dientes.

—Pues que había algo entre tú y yo. Algo que no sé explicarlo del todo. Como si estuviésemos unidos inevitablemente de alguna manera que no depende de la lógica ni del tiempo. A veces pensaba que, aunque no te viera, estabas ahí. Muchas veces te sentía cerca, incluso cuando no sabía nada de ti…, sentía que no habías desaparecido del todo.

Me mordí el labio, incómoda.

—Condenados, unidos… No sabes ni lo que dices.

—Candela, yo te escribí. Te lo juro. Cuando pasó el tiempo y no hubo respuesta, entendí que tu silencio era tu forma de cerrar para siempre la puerta. Pensé que habías elegido otro camino, y ahora sé que no me equivocaba…

—Cállate, por favor.

—No. Escúchame…

—Lo hubiese hecho hace tres años, pero esta conversación llega muy tarde.

—Mejor eso que nunca.

El aire entre los dos se volvió más denso, envuelto por un silencio incómodo, como las brumas, que lo enturbian todo.

—Déjame explicarme de una vez, Candela. ¡Por favor!

Me callé, pero no lo hice porque quisiera oírlo, sino porque algo en su voz me indicó que necesitaba hacerlo. Nunca pensé que Ignacio, el Ignacio del silencio y la huida, se sentaría frente a mí para decir las palabras que yo tanto esperé.

—Tienes razón. Me engañé pensando que era sencillo. Al principio, al menos, lo fue. Seguí con mi vida en Madrid, empecé la universidad… Todo era nuevo y prometedor. Pero con el paso de los meses, tu recuerdo se hizo más presente y ruidoso que nunca. Te buscaba en cada rostro, en los libros, en cada maldita palabra que escribía. Me repetía que aquello había sido solo un verano. Me obligué a mirar hacia otro lado. Pero no funcionó.

Quise decirle que yo también me había mentido, que durante un tiempo me había aferrado a una rabia estéril para no caer rendida a su ausencia. Que hubo noches largas en las que me deshacía poco a poco porque, cada vez que lo recordaba, sentía mi corazón deshilacharse. Pero no lo hice porque no se merecía saber lo que sentí. Ni su consuelo ni su culpa me devolvían nada.

—¿Y por qué ahora?

—Porque me di cuenta de que no podía seguir viviendo sin saber de ti. Sin al menos intentar recuperar lo que en estos años nunca se fue en ningún momento de mi cabeza. Llegué aquí con la ilusión de volver a verte, y me encontré con algo que no esperaba. Cómo es la vida, ¿verdad? A veces tiene un modo cruel de devolverte a los sitios que te duelen, justo cuando ya no te pertenecen.

Quiso seguir hablando, pero le lancé una mirada que le decía «Cállate» porque no podía más.

—¿Y qué pretendías que hiciera? ¿Esperarte para siempre?

Él asintió en silencio y bajó la cabeza despacio sin encontrar palabras.

—No tienes ningún derecho. No puedes volver cuando te da la gana y esperar que todo siga como antes. Porque yo ya no soy la persona que conociste entonces. No puedes pretender que el suelo sobre el que pisabas siguiese intacto después de haber demolido mi mundo. He cambiado, Ignacio, y hay heridas que no se curan, sino que te transforman. El mundo no gira en torno a tus tiempos ni tampoco a tus necesidades.

—No he venido a pedirte nada. Solo a decirte que sigo aquí. Que lo que escribí era verdad.

—La verdad, Ignacio, llega tarde —murmuré.

—Pero prefiero que llegue tarde a que no llegue nunca.

Él se acercó y en un gesto desesperado me buscó las manos y los ojos.

—Dime que no sientes nada —susurró—. Dímelo y me iré. Te lo prometo. Desapareceré para siempre.

Sentí un nudo en la garganta. El pasado y el presente se mezclaban, como el agua de la fuente que no cesaba de brotar.

—Ignacio… Durante un tiempo quise creerte y dejarme convencer por tus promesas. Pero ahora, tres años después, no puedo hacerlo, porque el dolor no se evapora tan fácilmente y yo no puedo volver a confiar en alguien que me falló una vez. Dime una cosa: ¿por qué han tenido que pasar tres años? ¿Por qué no antes? ¿Por qué no uno, ni dos…? ¿Por qué tres?

—Porque me convencí de que te haría más daño si volvía que si me quedaba lejos. Porque pensé que te merecías algo mejor, que no era el momento correcto. Y porque solo al regresar y verte he

comprendido que el miedo también puede ser una forma de egoísmo. Y yo… yo lo fui.

Lo miré un largo rato, sin hablar. Asimilando cada una de las palabras que acababa de decir.

—Lo quieres, ¿verdad? —preguntó en un susurro.

—Lo quiero porque él llegó demostrando, no prometiendo.

—Candela, lo que yo he sentido por ti fue real. No hay mentira en eso. Hemos sido el amor correcto, de eso no tengo duda, pero en el tiempo equivocado. Me maldigo por no haberme dado cuenta antes, cuando te vi, pensé que podía recuperar lo que habíamos sido, pero…

—Pero nada, Ignacio. No hay amores idílicos en tiempos equivocados. Porque las personas no aparecen ni antes ni después. Llegan cuando tienen que hacerlo. Y aunque me costó tiempo darme cuenta y creo que todavía lo estoy entendiendo del todo ahora. Tu ausencia creó en mí el espacio necesario para que la persona adecuada llegase. Supongo que nada sucede por casualidad. Siempre hay un motivo secreto que no siempre entendemos, pero que forma parte de nuestro destino.

Él se volvió hacia mí, con los ojos turbios, como si aún buscara un resquicio.

—No quería hacerte daño.

—Pero lo hiciste y eso no se puede cambiar. No puedo negar que se me ha removido todo cuando te vi, porque la mente es tramposa y solo recuerda lo bueno, y eso es lo que me ha movido durante estos días, pero tengo que ser honesta y sobre todo justa. Conmigo y con mis sentimientos. No puedo deshacer el aprendizaje solo porque a ti te apetezca jugar y volver sin pedir permiso.

—Dame una oportunidad y te demostraré que esta vez no desapareceré. Lo que siento por ti es real.

—¿Sabes? Siempre he pensado que para el amor solemos tener una condescendencia infinita Lo perdonamos todo. Nos aferramos a lo imposible con una fe ciega. Y por eso siempre nos equivocamos, pero esta vez no lo voy a permitir. He aprendido la lección.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no hay que mendigar cariño. Y que los grandes amores llegan sin hacer ruido, porque se hacen de pequeñas cosas silenciosas, muy internas y casi invisibles que se esconden en lo cotidiano, pero forman parte de un gran universo. —Hice una pausa breve. Él no apartaba los ojos de los míos—. El amor de verdad vive en quien te escucha sin interrumpirte, en quien se queda cuando no tienes nada que ofrecer, en quien sabe leerte incluso cuando estás en silencio. El amor no es un cuento… Es una emoción extraña, a veces solitaria, muchas veces incomprendida…, pero cuando es real lo sabes. Porque, aunque el miedo te sacuda y las dudas te agiten la cabeza, siempre hay algo…, una certeza mínima, una señal que te dice que esa persona no va a fallarte. Y…, por primera vez, me elijo a mí. A mi calma y a mi paz, porque cuando algo te cuesta mucho trabajo conseguirlo, aprendes a valorarlo. Por eso no puedo volver a entregarme a quién me derrumbó una vez, porque aprendí a levantarme sola.

Los ojos de Ignacio se llenaron de una tristeza nublosa, sin rabia ni súplica.

—Voy a estar aquí para todo lo que necesites. Y… Ojalá, algún día, cuando me recuerdes, no sea con rencor, porque tú… Tú me marcaste para siempre, Candela.

Y así es como pasamos sin transición del recuerdo al olvido, de las ganas, al desprecio. Del todo a la nada.

12

El jardín estaba engalanado con farolillos de papel danzando libremente al compás de la brisa tibia mientras la tarde se deshacía en hilos dorados en un cielo cada vez más oscuro que lo impregnaba todo de un velo de melancolía preventiva. Inevitablemente el sol dedicaba la última ofrenda del verano. Todo estaba preparado para la fiesta del fin de la temporada. Aunque algunos huéspedes alargasen un poco más la estancia, la rutina los esperaba a la vuelta de la esquina, y con ella la vida volvería a latir en el corazón de la gran ciudad.

A mi alrededor, los niños corrían sin preocuparse todavía por la nostalgia, mientras que las mujeres boqueaban con elegancia contenida, como peces de ciudad, tratando de llenar los pulmones con las últimas bocanadas de aire puro antes de regresar a la cotidianeidad de sus días.

El tocado de Inés de Olivares sobresalía por encima del de las demás, dejaba así bien claro quién era el tallo más altivo del ramo. Sus vestimentas tan engalanadas parecían brotar del propio jardín. Me causaba rechazo observarlas gesticular de forma tan artificial al tiempo que reían envueltas en esas carcajadas huecas. Por eso sentí el impulso de mirar hacia otro lado. Entonces vi cómo Loreto se detenía en seco para llevarse la mano al pecho, antes de sentarse de

golpe en el banco de piedra que estaba más próximo al estanque. Su cuerpo parecía desinflarse. No había nadie cerca, salvo yo. Me acerqué preocupada.

—Señora Loreto, ¿está bien?, ¿qué le sucede?

Alzó la mirada, sin sobresaltarse, pero con el gesto demudado.

—Sí, Candela, solo… que me ha venido como un mareo majadero —contestó con un tono más sosegado mientras reposaba la mano sobre la frente.

—¿Está segura? Tiene el rostro pálido —insistí.

Ella afirmó moviendo la cabeza. Después de un suspiro, todavía con la mirada flotando en el agua, añadió:

—Siéntate. —Acompañó la invitación con un gesto con el que me mostraba el hueco vacío que había a su lado.

La observé con ternura. Poco a poco recobró el tono de las mejillas, pero no esa gentileza que la definía.

—Cuando pienso en irme siento un dolor en el pecho que me oprime. No quiero hacerlo. Me cuesta despedirme porque no sé cuándo volveré. Y este lugar… me ha dado algo que pensé que no volvería a encontrar nunca. Esta calma… Esta felicidad tan plena… Por eso no quiero irme. No todavía.

Cuando pronunció la palabra «despedida», algo en mí se quebró también por dentro. Porque no hay nada más cruel que el sentimiento de nostalgia anticipada que despierta como un huracán instantes antes de partir. Es como si todo se preparara para la ausencia: primero sientes latir el hueco que dejará, luego llega el temblor y con él esa emoción tan desgarradora que te domina antes de experimentar una orfandad precoz que ya duele. Estás presente, pero la voz susurrante se oye cada vez más lejos y acaricias una

herida que aún no se ha dibujado en la piel. Y eso es lo más doloroso porque las espinas se clavan cuando todavía estás despierta, echando de menos lo que todavía no se ha ido de tu lado.

—Gracias, Candela —dijo en un arrebato de sinceridad.

—No me tiene que dar las gracias por hacer mi trabajo, señora Loreto.

—Te las doy precisamente por no hacerlo, porque me has escuchado como a una amiga en vez de tratarme como a una huésped.

Le sonreí al agarrarle la mano.

—En este lugar todos estamos en familia, y si me permite la sinceridad, ha sido un placer conocerla.

Entonces se volvió hacia mí con su dulzura magnificada y los ojos centellantes.

—Prométeme que volveremos a encontrarnos de nuevo en este lugar. Pero con mi pequeño Moisés en brazos.

Asentí sin hablar, porque esa promesa no necesitaba palabras.

Pese a la tristeza que intuía en ella, Loreto desprendía una luz serena, casi luminosa. Un velo de falsa esperanza irradiaba su mirada. Me apenó constatar que poco hay peor que la felicidad impostada que brota de la inocencia de creer que todo es posible.

Ese mismo fulgor, aunque más encendido, se reflejaba también en los ojos de Gabriel. A decir verdad, él llevaba con las pupilas candentes desde que la Real Academia Galega había llegado a Mondariz. La visita del escritor don Ramón Cabanillas lo tenía especialmente entusiasmado. El día anterior, en el elegante salón de actos del balneario, Cabanillas había pronunciado su discurso de ingreso en la Academia Galega con el título *«A saudade nos poetas*

galegos», acompañado también por el escritor Antonio Rey Soto. Gabriel no hablaba de otra cosa. Ver a Cabanillas, un escritor gallego, erguido y firme, defendiendo su lengua con tanta fuerza y convicción frente a todos fue para él la confirmación de que su sueño, tantas veces juzgado como imposible, podía sostenerse y no era tan absurdo como muchos pensaban.

El entusiasmo de Gabriel me conmovió. Su pasión limpia, sin disfraces, que él conservaba intacta porque tenía un alma pura, enternecía. Eso me hizo recordar por qué, pese a todas mis dudas, volví a él. Verlo brillar por algo que no tenía nada que ver conmigo me hizo querer quedarme a su lado. Porque yo no quería a alguien que me mirase solo a mí. Quería a alguien que mirara el mundo conmigo. Y él lo hacía.

Me acerqué a él sin que hiciera falta que me llamase. Nos encontramos donde la música llegaba más difusa. La noche empezaba a posar su aliento fresco sobre los hombros.

—No me creo que ya se acabe, ha pasado demasiado rápido, ¿no te parece?

Asentí. Hablaba de la temporada, pero, en verdad, podría hacerlo también del trabajo, de nosotros…, o de todo a la vez.

—Solo nos damos cuenta del paso del tiempo cuando se está yendo —murmuró.

Bajó la mirada para luego volver a alzarla, como si buscara en mí un ancla. Entonces me giré hacia él y esbocé una sonrisa.

—No hay que interpretar todas las despedidas como un final sin vuelta atrás. A veces, solo son la oportunidad para empezar de nuevo más fuertes. Y hay que estar dispuestos a recibir lo que venga, aunque todavía no sepamos qué forma tendrá.

—No puedo estar más de acuerdo contigo —contestó saboreando mis palabras y sellándolas con un beso en mis labios.

Nos sumimos en un silencio momentáneo, arrullados por la suave melodía, pero bastó un cambio de compás y un leve repique de copas al fondo para recordarnos dónde estábamos. La realidad social volvía a imponerse por encima de todo, y con ella el protocolo de siempre. Elevé la mirada y, desde la distancia, vi cómo los invitados se reunían bajo los arcos de luz. Era el momento del brindis, por eso me apresuré en ocupar el lugar que me correspondía.

—Damas y caballeros, distinguidos huéspedes, que cada año nos honran con su presencia en este privilegiado rincón de Galicia —se dirigió don Alfonso a los presentes, con su tono impecable acompañado de una sonrisa impostada de manual—. Hoy les pido que alcen las copas para despedir una temporada que, sin lugar a dudas, será memorable. —Hizo una pausa breve, más calculada que emotiva—. Gracias a todos ustedes por su confianza, por su lealtad y por seguir eligiendo este lugar que tanto significa para quienes lo servimos con devoción. Nos llevamos miles de recuerdos que pervivirán en nuestra memoria: tertulias, amistades, alguna que otra confidencia… y, por qué no decirlo, el anhelo y la necesidad de regresar. —Entonces alzó su copa un poco más—. Brindo por ustedes y lo hago con la promesa de seguir viéndonos, año tras año, entre estas aguas poderosas.

Un aplauso contenido se elevó entre los murmullos desmedidos de aprobación. Antes de dar un trago, Alfonso mantuvo su copa en alto unos segundos más mientras miraba a su alrededor. A su izquierda Philippe sonreía con elegancia, aunque sus ojos parecían estar en otro lugar. Guillermo Fonseca asentía con la seguridad del

que siente que todo está bajo control. Hugo Quiroga se inclinaba hacia Inés de Olivares para susurrarle algo al oído sin alterar ese gesto amable que a mí nunca me decía nada. La marquesa, por su parte, miraba fijamente a la copa con el mentón elevado como si el cristal pudiera delatar cualquier debilidad ajena.

Una vez más querían hacernos creer a todos que brindaban por el éxito de la temporada, tal vez por el prestigio del balneario, la fama, las amistades renovadas, las relaciones poderosas o el lujo aparente que lo rodeaba todo…, y así una larga lista de motivos, pero ninguno real. Al verlos levantar sus copas, comprendí que lo que celebraban era su propio reflejo, pulido e indolente, porque únicamente se celebraban a sí mismos.

—Chsss, señorita, por favor.

Me giré con lentitud y vi el rostro de doña Inés calcificado por el desprecio.

—¡Por favor! Sin duda, lo peor de este lugar es el servicio. Siempre tan… despistado ¿No se da cuenta de que la llevo llamando un buen rato?

—Disculpe, señora. ¿Qué desea? —pregunté con falsa condescendencia, aunque una rabia abrasante me devoraba por dentro.

—Tráigame algo que no sea champán. Aborrezco brindar con tanta espuma.

—Por supuesto. ¿Qué le apetece?

—Sorpréndame. —Arqueó una ceja con desdén—. Todos sabemos que este lugar se caracteriza por su excelencia, aunque no precisamente por la del servicio —insistió con tono burlón.

Tuve que contenerme para no sorprenderla con un chorrito de vinagre o, mejor aún, de pimienta. Algo que le adormeciera la lengua al menos un rato.

—Pues… podría traerle un vermut dulce, bien cargado, o un vinagre de sidra, que limpia muy bien el paladar. Pero lo que usted quiera —respondí, apenas sin mirarla, sabiendo que no iba a registrar nada más que la sumisión del tono.

—¿Has visto, Philippe? A veces hay que explicarlo todo… ¡Qué agotador! —Teatralizó su queja como si retirara un falso esfuerzo de la frente—. Está bien. Tráigame un poco de amontillado. Supongo que todavía les quedará algo decente en la bodega.

Repetí la palabra por dentro. «Amontillado». A saber qué demonios era eso. No lo verbalicé, pero ella notó que dudaba; siempre lo notaba todo.

—Mírala… no sabe ni lo que es —se rio por lo bajo. Lo justo para que la humillación no pasara desapercibida.

No respondí, no le di el gusto, aunque contuve el impulso primitivo de tirarle una copa por encima para después astillarle el cristal entre las manos. Me retiré hacia la cocina para buscar su maldito amontillado.

Regresé al jardín. Apenas avancé unos metros cuando frené en seco. La inercia empujó líquido contra el cristal y un borbotón oscuro se desbordó cayendo encima de mi delantal. Gruñí por lo bajo, maldiciendo a la marquesa y a su dichoso amontillado.

Bajo el parpadeo errático de un farol, distinguí una silueta recortada contra la penumbra, moviéndose a tirones frente a un ciprés. Al principio pensé que sería algún borracho solitario, uno de esos huéspedes que beben para adormecer la pena de que el verano

se acabe y con él la ilusión de ser alguien distinto por un tiempo. Me bastó acercarme sigilosamente un par de pasos para reconocer a don Alfonso y frente a él, casi disuelta en la sombra que su cuerpo proyectaba, a Elena.

Él mantenía el cuerpo rígido, con los hombros adelantados como un animal al acecho. No paraba de vomitar palabras con una fuerza desmedida y una frialdad letal. Con cada improperio se crecía, su sombra se agrandaba, como si se alimentara del miedo de Elena, empequeñecida a su lado.

Con cuidado de no ser vista, presté atención a su conversación:

—Te lo advertí y te has vuelto a equivocar. ¡Maldita sea! Te he dado instrucciones claras y precisas.

—No ha sido culpa mía —reprochó ella con un tono más firme de lo que su rostro transmitía.

—No me lo estás poniendo fácil, Elenita…, nada fácil. ¿Qué voy a hacer contigo? —Se inclinó más sobre ella, si es que eso era posible.

—Pensé que sería mejor… —balbuceó sin abrir los ojos.

—¡Cállate! No estás aquí para pensar. Estás aquí para obedecer. —Entonces se empezó a reír a carcajadas que nacían del desprecio más absoluto—. ¿Pensar? —repitió, burlón—. ¿Cómo va a hacerlo una mujer como tú?

Elena levantó la cabeza despacio y lo miró directamente a los ojos, con el fuego desatado en las pupilas.

—Vamos…, no me mires así, Elenita. Ya sabes lo que ocurre cuando hay un desliz —dijo en un susurro cargado de veneno—. Me has hecho perder demasiado tiempo. Estás acabando con mi paciencia. Y por tu culpa, esta noche estoy quedando muy pero que muy mal… —Se acercó más, hasta rozar la boca con sus labios

mientras su mano trepaba por su pecho—. Sin embargo…, se me ocurre un modo para que esta noche hagas que me olvide de tus errores… Ya sabes lo que hacen las mujeres como tú. —Se aproximó a su cuello y empezó a lamerlo con lentitud.

Elena dio un respingo y giró la cara con un gesto nauseabundo tratando de protegerse mientras él reaccionó al instante: la sujetó por el cuello con fuerza.

—No te olvides de quién eres… —susurró antes de seguir succionando su nuca cada vez más despacio, más sucio.

Ella jadeaba, intentaba apartarlo con las manos, pero él la inmovilizó con una fuerza aún mayor. Tenía los ojos entrecerrados y el gesto deformado por la expresión de placer desmedida de quien disfruta con el sufrimiento de su presa.

No lo pensé más y di un paso al frente. No podía seguir siendo cómplice de esta situación. Estaba a punto de alcanzarlo por detrás cuando de pronto ella con un impulso desesperado le clavó las uñas en la muñeca hasta que él la soltó con un gruñido de dolor.

—¡Serás zorra! —bufó.

Elena aprovechó el paréntesis para zafarse del agarre de sus manos y cuando levantó la cabeza le escupió en la cara antes de salir corriendo sin mirar atrás.

—¡Maldita puta! —rugió mientras se limpiaba con el brazo la saliva que le bañaba el rostro, desencajado de furia.

Don Alfonso se giró en seco. Apenas tuve tiempo para retroceder y camuflarme entre la penumbra para no convertirme en su próximo objetivo. Miré hacia los lados con el corazón desbocado y sin más cavilaciones me escondí detrás de un árbol, invadida de repente por un miedo paralizante. Contuve como pude la respiración, con el

pulso agitado y la copa aún temblando entre los dedos. Conté hasta tres y respiré con cierto alivio al ver que él también se fundía entre las sombras vibrantes que lo escupieron de vuelta a aquel jardín encantado. Solo entonces aflojé los hombros, aunque sabía que era un alivio momentáneo, porque el temblor seguía bajo la piel.

Con un gesto impulsivo me llevé el borde de la copa a los labios y le di un trago. El amontillado me abrasó la lengua. Un calor áspero descendía por mi garganta, y contra todo pronóstico, sentí un sosiego placentero. Le di otro trago más largo, y otro, hasta apurar la copa. Un hilo de fuego me envolvió en un vértigo tibio que fue aplacando poco a poco el temblor de las manos y del cuerpo.

Al alzar la vista el jardín se desplegó de nuevo ante mí como una pintura viva. Debajo de los farolillos se reunía un grupo pequeño de caballeros que conversaban en voz baja. Me llamó la atención descubrir entre ellos a Benedito junto a Ramón Cabanillas. Estaban concentrados, parecían compartir un diálogo interesante mientras las luces titilaban justo encima de sus cabezas, como si intencionadamente reconocieran el fulgor de sus pensamientos.

Seguí con el recorrido visual, esperando cruzarme en algún momento con la mirada tibia y altiva de doña Inés, o la de don Alfonso. Sin embargo, lo que me encontré fue mucho más impactante: a solo unos metros de distancia, escondida entre los arcos florales, se hallaba Elena. No sería algo raro si no fuera porque a su lado estaba Gabriel, hablándole con suavidad mientras le acariciaba la mejilla con ternura, como si aquel simple roce pudiera borrar todo lo que había sucedido minutos antes. Ella sonreía con una dulzura impropia en ella.

De pronto sentí el fuego desatarse de nuevo en mi interior, pero esta vez quemaba y ardía de una forma diferente. No era el calor abrasador del amontillado, tampoco el temblor irracional del miedo. Era otra cosa. Algo más turbio. Un impulso más candente y primitivo. Una punzada breve pero afilada. Celos.

Me odié a mí misma por sentirlo de esa manera tan dañina, porque no era justo. Gabriel solo estaba cuidando de Elena, de mi amiga. En el fondo sabía que no estaba haciendo nada más que ser él mismo: atento, cálido y, sobre todo, humano. Pero ver su mano sobre la cara de Elena y a ella buscando refugio en sus gestos y palabras, inclinándose hacia su cuerpo para abrazarlo, me dolió en el alma. Sin embargo, no tenía motivos ni derecho para hacerlo. Quise apartar la mirada, pero no pude evitar analizar cada detalle de ese encuentro que me inquietaba. No por lo que veía, sino por lo que empezaba a imaginar. Y entonces lo comprendí: hay celos que no nacen del amor, sino del miedo. Del miedo a perder lo que unos días atrás no valoraba. ¿Por qué se sienten más las cosas cuando las ves en manos de otra persona?

A mi espalda se alzó una voz clara, firme, con ese acento que cincelaba cada sílaba. No tenía dudas. Amalia paseaba junto a Ignacio en paralelo al murmullo que brotaba del jardín. Bastó con su presencia para que la punzada que el vino había adormecido volviera a latir con una palpitación candente.

—Me reafirmo, en mi pensamiento, Ignacio. —Su voz sonaba vehemente—. Urgoiti y Ortega y Gasset fueron unos visionarios. La prensa es más necesaria que nunca. Es un poder transformador que no se limita a relatar lo evidente, sino que motiva discusiones y

reflexiones que ponen en jaque las certezas apolilladas de las mentes retrógradas.

Ignacio asintió con entusiasmo.

—Madrid es un hervidero, en eso estamos de acuerdo.

—¡Qué vulgar eres! Es mucho más que eso, un volcán de ideales, aspiraciones de codicias, anhelos y apetitos. Y como todo volcán… se derrama bullendo.

—Espero no quemarme con la lava.

—Cómo se nota que eres del género masculino, tan simple y cobarde…

Ignacio se sonrojó. La personalidad de Amalia devoraba a cualquiera que osase entrometerse en su mundo. Iba a responder cuando sus ojos se toparon con los míos. La sorpresa tensó el aire.

—Candela… —dijo, como si mi nombre se le hubiese escapado entre el pensamiento y la boca.

Me provocaba una sensación indescriptible cuando él lo pronunciaba porque sonaba diferente cuando salía de sus labios. Más lento, más… mío. Más… Candela.

—Buenas noches —atiné a responder con una sonrisa nerviosa—. Espero que la velada les esté resultando agradable.

Amalia me regaló una de esas sonrisas suyas, plenas. De mujer que sabe mirar más allá de las palabras. Después giró ligeramente el rostro hacia Ignacio y, sin molestarse en bajar la voz, comentó:

—Tal vez no sea el silencio lo que echarás de menos de este lugar. Las miradas hablan con más estrépito que cualquier tertulia, y algunas, créeme, no pasan inadvertidas ni siquiera para los más distraídos.

Ignacio se sonrojó y yo sentí otro latido seco y brusco. Y una mezcla amarga de pudor y vértigo.

Amalia se limitó a inclinar la cabeza con elegancia a modo de despedida y se encaminó hacia la música.

De nuevo nos quedamos solos, frente a frente. Por un momento sentí que el mundo se había encogido hasta quedar reducido a ese rincón donde solo estábamos él y yo. Sin dejar de mirarme dio otro paso, y luego otro, y así hasta que una distancia mínima cada vez menos prudente nos separaba. El corazón me taladró el pecho cuando vi que su brazo salía del escondite de su espalda para desplegarse hacia mí.

—¿Me concedes el último baile de la temporada? —preguntó con la mirada clavada en mis pupilas.

No contesté. No podía hacerlo. Temerosa, contemplaba su mano como si en su palma pudiese encontrar la salida que necesitaba para vencer la batalla emocional que se libraba en mi interior.

Fui alzando la vista hasta que alcancé su rostro. Su sonrisa me desarmó, y eso que todavía no me había enfrentado al impacto de sus ojos grandes brillantes, prestos a derribarme con un solo pestañeo y a apuntalarme con artillería pesada para tumbarme en el primer asalto.

—No pasa nada por bailar —susurró mientras movía hacia arriba los dedos de la mano.

Tragué saliva. No era el miedo lo que me retenía, sino el vértigo que me provocaba tenerlo cerca. Porque por más que me esforzara en disimularlo, o me repitiera una y mil veces que lo más sensato era mantener la distancia y autoconvencerme de que no merecía la pena, había algo entre nosotros que era más fuerte que mi

resistencia, ese hilo invisible no solo nos tensaba: también nos cosía en silencio.

Mi cabeza me gritaba que me alejase. Sabía que lo más prudente era retirarme. Había sido clara con él y tenía despejados mis sentimientos hacia Gabriel. Pero algo irracional me impedía actuar con cordura. Ignacio aparecía y desaparecía de mi vida como un fuego fatuo. Su presencia me quemaba, incendiaba mi mundo y lo dejaba hecho cenizas. Pero era esa quemadura la marca que me recordaba que estaba viva.

Me miró y derribó mis certezas sin lógica ni explicación. Se agachó para recibir mi mano. Primero la besó suavemente y después entrelazó los dedos con los míos, envolviéndolos con una delicadeza que me hizo temblar. Me acercó a él y me estrechó por la cintura. Noté que sus manos luchaban para no descender tan pronto mientras sus pies jugaban a anticipar el rumbo del primer vaivén. La música sonaba a lo lejos cuando empezamos a bailar envueltos en un éxtasis emocional que agitó nuestra respiración. Inhalé su olor mientras el deseo descendía por mi garganta. De repente se inclinó y su rostro se acercó tanto al mío que su aliento cálido rozó el borde de mi oreja. Los poros de mi piel se revelaron dibujando pequeñas montañas cutáneas. Cerré los ojos y me dejé llevar, embriagada de una laxitud contra la que ya no podía ni quería luchar.

—Ignacio…

—Chsss, no digas nada —dijo frenando las palabras que amenazaban con salir de mi boca. Acercó los dedos a mis labios para después acariciarlos como si fueran de seda.

Mi respiración se agitó cuando empezaron a descender por mi cuello. Pese a mis esfuerzos por contenerme, no pude vencer el

tacto de sus manos descubriendo las curvas de mi cuerpo.

Di un largo suspiro, apreté los ojos y traté de borrar la máscara de frialdad que tanto me caracterizaba cuando estaba con él.

Su otra mano, nerviosa, trepó por mi espalda y conquistó la nuca. Me tocaba con deseo, con conciencia, como si necesitara memorizar el tacto exacto de mi piel antes de volver a perderlo. Sus dedos se enredaron con suavidad entre los mechones sueltos, despeinándome con una caricia lenta. Un gesto intencionado que aprovechó para reducir la distancia que había entre su boca y la mía. Primero rozó mi mejilla, hasta que con besos pequeños se fue acercando a la comisura de mis labios. No me aparté cuando sus labios rozaron los míos.

Primero fue un beso rápido y fugaz, sin apenas contacto. Un roce, una señal, una intención suspendida momentáneamente en el aire, como si quisiera pedir permiso. Después, sujetándome el cuello con las manos, me apartó con delicadeza. Exhaló un suspiro profundo cargado de nostalgia y me miró a los ojos. Los suyos brillaban envueltos en recuerdos. Enseguida volvió a acercarse a mi boca. Le rocé la nariz mientras sus labios se abrían poco a poco para mezclarse con los míos. Esta vez el beso fue más intenso, más largo. Nunca antes nos habíamos besado así. Me dejé llevar. Sentí de nuevo un deseo tibio, envolvente, que brota de lo más hondo y trepa por el cuerpo hasta desarmarlo del todo.

Las emociones contradictorias me partieron por la mitad. Me separé con delicadeza de Ignacio, aún ruborizada. Bajé la mirada, no por pudor, sino por la certeza de que, si lo miraba más, no tendría voluntad para alejarme.

—Mañana te vas —dije sin poder mirarlo a la cara.

—Pero hasta entonces, tenemos toda la noche para nosotros.

—Desde que volviste, siempre supe que este momento llegaría. Y ahora que está tan cerca, no sé cómo afrontarlo.

Ignacio apretó un poco más mi mano. Su pulgar dibujó un gesto inconsciente sobre mi piel.

—No abraces el mañana antes de tiempo y céntrate en vivir el presente. Disfruta lo que ahora es nuestro y deja de pensar…

—No podemos estar toda la vida así.

—Candela… No todo necesita un nombre ni un motivo. Hay vivencias que solo existen para ser sentidas y guardadas. Para aprender y alumbrarnos cuando el silencio apriete.

Tragué saliva antes de replicar:

—Lo único que voy a recordar es que vas a volver a desaparecer y te odiaré por ello. Ese sentimiento no va a caducar.

Él clavó los ojos en los míos.

—Dime que no has sentido nada.

Callé. Mis labios temblaban.

—En tu silencio tienes la respuesta —afirmó rozándome la mejilla —. Has aprendido a dejar de pensar y a vivir tus emociones.

Ignacio apoyó la frente en la mía y me volvió a besar. Nuestros labios se enredaron en un vaivén apasionado, impregnado del amargor de la despedida que se cernía como una nube cargada de lluvia, a punto de estallar sobre nosotros.

Sus ojos se desviaron hacia el reloj de cadena que guardaba en el bolsillo del chaleco. Palpó la esfera con el anhelo y la resignación de no poder parar el tiempo. A mí me bastó aquella chispa de pragmatismo para sentir un latigazo. Qué fugaz había sido aquella sutil finitud de amor apenas recuperado. Cerré los ojos para reprimir

el recordatorio de que su marcha estaba escrita con la misma precisión con la que las agujas marcaban cada segundo. Mi cuerpo se tensó, y el beso se volvió de piedra en mis labios. Me retiré apenas unos centímetros, lo justo para que mi orgullo respirara.

¿Qué había hecho?, me preguntaba.

—Menos mal que no fui tan ingenua como para creerme la palabrería de tu artículo en *La temporada*. Tanta promesa envuelta en lirismo… y ahora, cuando por fin has conquistado lo que buscabas, vuelves a desaparecer.

Ignacio inspiró hondo.

—¿Crees que me marcho porque ya he obtenido algo de ti? Me marcho porque te respeto demasiado como para retenerte en un amor a medias.

—Claro y por eso es mejor utilizarme.

—No te he utilizado, Candela —susurró rozándome de nuevo la mejilla—. Te he pensado más veces de las que imaginas. Te quiero, pero no del modo que mereces. He visto la mujer en que te has convertido. Veo la persona que eres y sé que yo no soy quien puede darte la felicidad que ahora persigues. Mentiría si dijera lo contrario.

Bajé la vista, con las lágrimas asomando en los ojos.

—¿Qué sabrás tú de la felicidad? —pregunté irónicamente—. ¿A qué has venido? —susurré con un hilo débil de voz.

—He venido a por ti y también a recordarte que tu corazón late distinto cuando se atreve a arder. Ese fuego que te recorre por dentro y que te hace estar viva era lo que quería demostrarte. Deja de querer ser perfecta.

—¿Y qué hago ahora con todo este incendio?

—Déjalo arder hasta que solo quede luz. Después de vivirlo podrás recordarlo, y mientras tanto… podemos seguir disfrutando de este último baile.

—No me sirve de nada que regreses para provocar esto y ahora te vayas mientras yo me quedo aquí con la culpa.

—No serías feliz a mi lado.

Me sentía más frágil. Busqué el consuelo acurrucándome en su pecho y, para mi asombro, descubrí que su corazón también latía.

—Tengo miedo —confesé en un alarde de sinceridad desmedida.

—No tengas miedo de vivir sin los demás porque tienes a tu lado a la persona más importante, que eres tú. Crees que me necesitas, pero lo que de verdad anhelas no soy yo, sino quien eras cuando estabas conmigo. Lo que echas de menos es esa versión de ti que se atrevía a sentir sin medir, que reía más fuerte, que ardía sin pudor. Extrañas la emoción de ser libre y valiente. Extrañas el sentimiento, no la persona.

—¿Y cómo hago para no olvidarlo?

—Hagamos una promesa. Escúchame —dijo agarrándome con más fuerza las manos—. Quiero que, cuando el mundo te duela, cuando no te reconozcas o te sientas perdida, o cuando eches de menos, te acerques al río. A cualquier rincón donde corra el agua.

Lo miré expectante a que justificara el porqué de esa propuesta tan absurda.

—Siéntate junto a él y escucha su paso. Porque allí estaré. No con este cuerpo ni con esta voz, pero con todo lo que fui para ti. El agua guarda la memoria de lo vivido. Y cuando lo hagas, prométeme que cerrarás los ojos y dejarás que el agua te hable. Porque allí

estaré yo. No físicamente, pero sí con el sentimiento cristalino de lo que fuimos.

—¡Qué tontería! No todo gira alrededor de ti —espeté.

—Interprétalo como quieras. Puedes buscarme a mí o puedes hacerlo contigo misma. Tienes que aprender que las personas no siempre se quedan, pero a veces encuentran formas de no marcharse del todo. Cuando llegue a Madrid te escribiré. Y esta vez, si quieres, sabrás cómo encontrarme.

Me abrazó sin pedir permiso. Me dejé envolver porque sabía que aún no era el abrazo de despedida. Era un aplazamiento. Un «todavía no».

—No te vayas aún —supliqué sin entender por qué.

Seguimos bailando en silencio. Reteniendo cada movimiento, suspiro y roce. Éramos una herida que se abría y se cerraba en los vaivenes del tiempo. Un adiós que nunca terminaba de decirse del todo porque hay caminos que aunque se crucen no terminan en el mismo destino. No sé cuánto permanecimos así: tal vez segundos, minutos, horas. El maldito tictac del reloj latía en mi cabeza, recordándome que la vida no se detiene nunca, ni siquiera cuando el corazón lo necesita.

Fue él quien, tras deslizar los dedos por mi mejilla, pronunció en voz baja las palabras que tanto temía escuchar:

—Tengo que irme.

Me besó por última vez, con los ojos húmedos. Luego se dio la vuelta y se alejó con la cabeza agachada y el paso lento.

Contemplé su marcha. Una parte de mí quería gritar desesperadamente para retenerlo, mientras que la otra se desangraba viendo cómo se alejaba. Su sombra se oscureció, y con

ella la culpa brotó implosionando por todo mi cuerpo. ¿Cómo lo había permitido?

Un grito áspero se alzó por encima de la música, justo cuando alcanzaba uno de sus puntos álgidos, y partió la armonía en dos. Los huéspedes empezaron a mirarse entre ellos, confundidos y extrañados, tratando de entender qué es lo que estaba pasando.

Me consternó la cercanía con la que había sonado aquel chillido, porque estaba demasiado cerca, tanto que me pareció que me lo habían lanzado al oído. Pero… ¿desde dónde exactamente? ¿Y… quién lo había proferido?

Me costó unos segundos localizarlo, pero pronto distinguí que, al fondo, entre los brazos torcidos de los árboles, emergía una figura, oculta entre la penumbra.

Caminaba de forma irregular, tambaleándose. Torpe y ciego, con la cabeza baja, el cuerpo encorvado y los cabellos alborotados. Al observar su apariencia tan desaliñada me asusté, pensé que era un mendigo, un alma perdida que se había colado en la fiesta para robar, perturbar la calma o para algo todavía peor. Una parte de mí temió que aquel cuerpo descompuesto escondiera violencia y tratara de acercase a mí con intenciones oscuras. Por eso me quedé quieta, sin mover un solo músculo, tratando de descifrar su identidad.

—Qué demonios… —murmuré helada al reconocerlo. Fue su sotana desabrochada lo que me dio la pista.

Corrí hacia él para interceptarlo antes de que los demás lo descubrieran en ese estado tan lamentable.

—Padre, ¿qué le ocurre? ¿Se encuentra bien?

—¡Aparta, Candela! —gritó al verme correr hacia él, agitando la mano en el aire con un gesto torpe y desesperado.

Me detuve. Su voz me atravesó como un látigo. Era la primera vez que me llamaba por mi nombre y con ese tono violento.

—¡Déjame pasar! —insistió, con la respiración agitada—. Esto no va contigo.

Siguió caminando, renqueante pero al mismo tiempo con seguridad. Se acercó al corrillo de las *grandes figuras*, entre las que se encontraban Guillermo e Inés. Con un codazo seco la golpeó sin percatarse de ello, justo cuando ella sostenía una copa de vino tinto. El vaivén brusco hizo que el líquido se derramara sobre su escote, tiñendo su vestido con manchas vivas. Desde la distancia no pude evitar sonreír: aquella sombra era de justicia social, por lo que ella le había hecho a Bruna.

—¡Tú! —bramó Xosé con voz rasposa, señalando con el dedo a Alfonso—. ¡Tú eres el verdadero pecado de este lugar!

El vals que sonaba desde la orquesta acabó de golpe en una nota desafinada.

—¡Sé lo que haces y Dios también lo sabe! —añadió dando un paso torpe hacia delante.

Como era de esperar, Alfonso no se ofendió, sino todo lo contrario, parecía divertirse con aquella acusación. Enseguida se cargó de su típica sonrisa ladeada y se situó frente al cura, tan desafiante como de costumbre.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué se supone que hago, padre? Ilumínenos —replicó Alfonso, con una voz que en mis oídos sonó colmada de burla.

Xosé lo miró como si viera al diablo respirar bajo su piel.

—Llegará la hora en que pagarás por tus pecados, porque nadie escapa del juicio de Dios… —respondió convencido.

—Tranquilo, padre —dijo Alfonso con una calma que me encrespaba la piel—. Discúlpenlo, señores… —se dirigió de nuevo a los presentes con una voz más suave y medida—. Aquí, incluso las almas más fieles se dan el privilegio de reposar… y gozar.

Inés estalló en una risa alta y estridente, de una intensidad claramente fingida, que pronto se contagió al resto. Algunos invitados soltaron carcajadas forzadas, otros optaron por desviar la mirada y seguir disfrutando de lo poco que quedaba para finalizar la temporada.

Yo me di la vuelta despacio. Bordeé el jardín para llegar a la fachada. Me quedé mirándola fijamente. Estaba igual que la primera vez: imponente, elegante, majestuosa…, y, sin embargo, todo era diferente.

Algo dentro de mí se había roto, pero fue por esa pequeña grieta por donde asomó la luz. Era solo una llama temblorosa, pequeña e incierta que nacía dentro de mí. La candela que necesitaba para alumbrar el camino cuando de repente llegó la verdadera oscuridad.

SEGUNDA PARTE

Aguas turbulentas

13

20 de octubre de 1920

El golpeteo rítmico y constante retumbaba entre las cuatro paredes. Era como si las emociones más dormidas y calmadas rebotaran en la coraza de acero de un corazón cerrado a cal y canto para poder descansar. Podría estar hablando de mi propio latido, protegido en la retaguardia, pero me refería al bombeo mecánico e incesante de la embotelladora.

La temporada había terminado, los huéspedes se habían marchado y la cruda realidad afloraba bajo el resplandor superficial que parecía eterno, maquillado bajo el sol dorado del verano. Los meses que quedaban hasta finalizar el año eran todavía más duros que sentir cómo el inminente invierno se empezaba a posar sobre la piel. La humedad se coló poco a poco, en las rendijas del alma hasta entumecerlo todo. Pero, aun así, me sentía una privilegiada por seguir trabajando para el Gran Hotel, si bien las tareas eran otras. Ahora, en vez de beber de sus aguas milagrosas, estas se embotellaban para que viajaran a todo el mundo. Era una faena pesada, pero no me quejaba porque lejos del balneario la vida era cruelmente insoportable.

No es fácil permanecer en un lugar cuando todo cambia, y eso es lo que pasaba con Mondariz. Todo se enfrió de repente, como si el pueblo entero quedara a la intemperie. Su carisma mutaba bajo una niebla densa que empañaba el paisaje de una melancolía permanente. Los jardines se apagaron, y los caminos se cubrían de hojas ocres que crujían al paso de los pocos que todavía los transitaban. El bullicio de los carruajes parecía un sueño lejano, irreal, como si nunca hubieran existido; tampoco los vestidos vaporosos ni los sombreros de ala ancha.

Las fondas se vaciaban, y, con ello, el sustento de muchas familias. Las cocinas se apagaban, los estómagos se cerraban y las manos que antes no paraban de fregar, coser o servir suplicaban, con las palmas abiertas apuntando al cielo, algo parecido a un milagro.

Los niños caminaban descalzos por las calles, con los tobillos morados de frío, los mocos pegados a la cara y la mirada hundida, como si buscasen a qué lugar se había escapado de golpe su infancia. Mientras que ellas, tan inocentes e inmaduras, se convertían en madres prematuras, cargando con sus hermanos pequeños en brazos mientras mendigaban, en voz baja, un trozo de pan. No hacía falta ir muy lejos para comprobar que la miseria se encontraba en cada esquina. Y, aun así, todos resistían, callaban y aguantaban en silencio, con la esperanza compartida de sobrevivir hasta que comenzase la próxima temporada.

Yo también notaba que todo era distinto. No era el bullicio del hotel ni el esplendor de las grandes veladas a la luz de la luna. El lujo se

había evaporado con la última bocanada de agosto, y todo había vuelto a su origen, aunque yo seguía sin saber cuál era el mío.

El día empezaba demasiado temprano, y el trabajo era muy metódico. Al principio me sorprendía que algo tan simple como el agua exigiera un proceso tan preciso y tan científico.

En primer lugar, las botellas, todavía vacías, se sumergían en un gran pilón para desprender las etiquetas de los envases devueltos o para recibir el primer enjuague las recién fabricadas. Después pasaban a la sala de lavado y esterilizado, una especie de mundo aparte donde el vapor empañaba los cristales y el aire tenía un olor áspero y químico, difícil de olvidar. Allí eran sometidas a cinco procesos diferentes para asegurar su completa desinfección.

Antes de embalarlas en cajas para distribuirlas a la otra parte del mundo, eran etiquetadas y revisadas manualmente una a una para verificar que cumplían con todas las garantías. Y esa era mi tarea. Todo era tan exacto y repetitivo que pronto me acostumbré a esa melodía cadente que marcaba el ritmo del trabajo. En esa monotonía no pude evitar reflexionar sobre cómo habían cambiado las cosas en tan poco tiempo. Unos meses atrás creía que el agua era libre, que fluía desatada, indomable, pero ahora la veía tan contenida, atrapada en su propia burbuja de cristal. Inevitablemente empatizaba con ella, porque mi estado también se transformaba con un simple parpadeo. A veces densa y turbia, a ratos transparente, casi invisible. Siempre inestable, líquida, capaz de adaptarme al recipiente que me tocaba, pero nunca sólida, porque mis corrientes internas nunca dejaban de removerme por dentro.

Constaté con cierta tristeza lo que no era más que una realidad. Y es que no había vuelto a tener noticias de Ignacio. De nuevo había

desaparecido. Me gustaba creer que su recuerdo descansaba, tal y como él me había prometido, en el agua. A veces incluso dudaba de si todo aquello había sucedido de verdad o simplemente había sido un espejismo veraniego. ¿Podía alguien convertirse en una estación y desaparecer con ella? ¿En un calor pasajero que te arroya y luego se desvanece, como si nunca hubiera existido? La respuesta es que sí. Porque Ignacio también era como el agua, solo que él se evaporaba y, aunque la mayoría de las veces su recuerdo me atormentaba, en cierto modo también me aliviaba. No sé muy bien cómo explicarlo. Diría que… besarlo me devolvió una parte de mí que creía perdida. Porque su aparición fue el camino de regreso a mí misma, como un despertar para mirar a Gabriel con otros ojos. Como si tan solo después de tocar ese fuego pudiera reconocer la calma.

Ignacio me había abierto una puerta que, paradójicamente, no me conducía a él, sino a mí, haciéndome comprender cuánto era capaz de sentir. Besarlo fue como recordarme que estaba viva y, aunque pueda parecer una enorme contradicción, yo, que siempre había temido la fragilidad de mis emociones, empecé a entender que eso no era debilidad, sino una forma de sobrevivir y de madurar emocionalmente. Todos tenemos secretos, y este era el mío. Quizá por eso, cuando normalicé su ausencia algo dentro de mí se calmó. También en Gabriel. Nunca me lo dijo, pero él estaba más tranquilo, y en esa serenidad, los dos nos reencontramos de nuevo más firmes, más seguros y tal vez más adultos.

La rutina, con su exactitud de relojería, me ayudaba a sostenerme. No era una vida fácil, pero al menos era predecible. Y en aquel momento, eso era lo que necesitaba: no sentir

demasiado porque había cosas que no me atrevía a nombrar o que entonces todavía no sabía cómo hacerlo. O tal vez sí, pero me faltaba el coraje para pronunciarlo en voz alta. Me refiero a lo que descubrí sobre mis orígenes.

Decidí enterrarlo en las aguas más profundas de mi memoria, como quien deja caer una piedra al fondo del río y se obliga a no escuchar su eco. Fingí que no pasaba nada. No volví a hablar con mis padres sobre aquello. La verdad es que no nos atrevimos a afrontar el asunto. Simplemente nos limitábamos a tratarnos con una cordialidad impostada. Ellos me hacían esas preguntas cotidianas y absurdas que los humanos utilizamos para tapar con un velo de alquitrán la realidad. Yo nunca mentía del todo, pero tampoco decía toda la verdad porque no merecía la pena. Podía parecer egoísta, pero en el fondo era una forma de cuidarles a ellos y de protegerme a mí.

Todavía no estaba preparada. Necesitaba tomar distancia y alejarme de la versión de mí que existía antes de saber todo lo que ahora sabía. Tenía que mirar hacia delante, aunque por momentos no sabía qué estructura utilizar para que los fragmentos no se quebrasen.

14

Casi se me escurrió la botella de las manos cuando percibí que una ligera sombra se proyectaba sobre mí. Me quedé quieta mientras me devoraba sigilosamente por la espalda. Cada vez más oscura y más grande.

El corazón me latió con sobresaltos desmedidos cuando la sentí detrás de mí y, durante un instante eterno, todo se paralizó.

—Tienes que doblar turno. Ha surgido un contratiempo.

Al escuchar su voz autoritaria me giré con cierto alivio. Enseguida distinguí la figura erguida de doña Teresa frente a mí. Tenía los brazos cruzados y el rosto imperturbable. Ella no preguntaba ni sugería. Simplemente dictaba el curso de los hechos, como si el futuro más inmediato ya estuviese decidido mucho antes de que yo pudiese intuirlo.

—¿Qué ha ocurrido? —me aventuré a preguntar, sabiendo que no tardaría en acusarme de imprudente.

—Elena no puede trabajar —contestó con una sequedad que no daba margen a ningún tipo de réplica.

—¿Qué le ha pasado?

—Te pagan por trabajar, no por preguntar —respondió fulminándome con su típica expresión de hastío que le bastaba para poner a cualquiera en su sitio.

En otro momento hubiese bajado la vista, como muestra de sumisión a su autoridad. Pero no lo hice. Algo en mí había empezado a cambiar, quizá ya me diera igual. Fuera cual fuese la razón, ella lo notó. Se quedó mirándome unos segundos más, calibrando la medida exacta de mi osadía. Y entonces, como si me concediera una leve tregua, bajó ligeramente el tono.

—Está indispuesta guardando reposo en su habitación. Tiene fiebre alta.

—Está bien —asentí, y me tragué las preguntas que me rondaban por dentro mientras veía cómo doña Teresa se daba la vuelta.

—Ah y antes de que se me olvide, tendrás que ocupar su puesto, en su cajón —matizó indicándome en lugar con el dedo.

—¿En su cajón? —No entendía por qué tenía que cambiarme de mesa, si ya estaba habituada a trabajar en la mía.

—Si —respondió fulminante.

En fin, ¿qué podía hacer? «Nada», pensé. No había más remedio que obedecer. Cogí aire, resignada, para llenarme de paciencia y al soltarlo sentí como si una losa se acomodase sobre mis hombros. Faltaban solo unos minutos para terminar la jornada, y ahora tenía por delante otra igual de larga, con el cuerpo más agarrotado y la cabeza dando vueltas sin parar. Otro suspiro se me escapó antes de que pudiese contenerlo. No solo era el cansancio lo que me pesaba, también la certeza de que no podría hacer planes con Gabriel, y eso me dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Antes de empezar el nuevo turno, me concedí unos minutos de descanso y salí al jardín a tomar el aire fresco. Sentía la urgencia de llenar los pulmones de algo que no fuese vapor. Respiré, alargué la

inspiración un par de segundos más, intentando, con ello estirar aquella efímera quietud, y sin más vacilaciones regresé al trabajo.

Crucé la sala, subí el escalón y me coloqué directamente en el sitio de Elena. Ni siquiera reparé en las demás compañeras, absortas en sus tareas, con la mirada perdida mientras revisaban, sin saberlo, su propia vida.

Pensé en Elena. El trabajo en la embotelladora no tenía nada que ver con lo que habíamos vivido en el Gran Hotel. Ya nada era como antes. Aquí apenas coincidíamos, solo nos saludábamos en el cambio de turno, porque ella cubría el de tarde, y yo, el de mañana. Aun así, su ausencia no me sorprendió del todo porque llevaba un tiempo más callada y, sobre todo, más esquiva y distante.

Pero… ¿quién era yo para juzgarla? Yo misma caminaba arrastrando mis demonios por dentro, con mis secretos sellados bajo llave y mis propias verdades ocultas en los rincones más oscuros, como si el silencio fuese la única forma posible de seguir adelante.

Estiré las manos, crují los dedos y las botellas empezaron a desfilar ante mí. Las cogía, las revisaba y las seleccionaba, una tras otra: luz, giro, vistazo. Luz, giro, vistazo, así una y otra vez.

Tenía una entre las manos cuando, de pronto, la máquina de encapsular lanzó un chasquido seco, más agudo y violento de lo habitual. El estruendo me pilló tan desprevenida que mi corazón se sobresaltó, quedándose atascado de golpe en la garganta. Di un respingo, y en ese impulso tan primitivo, la botella se agitó entre mis dedos, como si también ella se hubiese asustado.

Fue entonces cuando vi cómo una chispa diminuta brotó tímidamente de su interior. Fue un destello tan fugaz que me hizo dudar si realmente había ocurrido. ¿Me lo estaba imaginando?, me

pregunté, con la sensación de que el cansancio empezaba a jugarme una mala pasada. La volví a girar más despacio, entrecerrando los ojos para enfocar bien, la incliné con temor, y entonces volví a ver otro reflejo más intermitente e huidizo. Parecía como si una estrella se hubiese colado en su interior y la luz tenue e impotente se esforzara en apagar su discreto y efímero brillo. La incliné hacia el lado contrario, y… ¡premio! Ahí estaba, resguardado en el fondo. Era como una gota de sol atrapada en una lágrima de vidrio, prácticamente invisible dentro del agua. Tal vez influía el grosor del cristal, el tono verdoso o la falta de luz directa, pero me costó volver a localizarlo, porque solo se revelaba cuando el ángulo era exacto y la luz lo rozaba de forma oblicua.

Lo observé un buen rato, girando la botella entre las manos. Cuanto más la movía, más parecía transformarse aquel punto luminoso. A veces desaparecía por completo, y otras se encendía como una brasa diminuta, viva, obstinada.

¿Qué era eso? Al principio lo atribuí a una impureza del vidrio o quizá un trozo de cristal desprendido del envase. Pero había algo que no encajaba. No era un reflejo opaco, tenía una claridad distinta. La luz no rebotaba, sino que nacía desde dentro.

Empecé a analizar de dónde podría brotar. Entonces, sin saber por qué, mi cabeza empezó a viajar. Recordé los destellos en los salones del hotel, los collares que caían como cascadas sobre los escotes, los anillos que tintineaban cuando las damas alzaban las copas y las pulseras que centelleaban bajo las lámparas de gas. Esa misma claridad fría, cortante, imposible de confundir, me dio la pista. Y fue ahí cuando lo pensé. ¿Y si era un diamante? Un diamante dentro de una botella de agua embotellada en Mondariz.

Mi mente regresó a Elena y me imaginé en su lugar. Traté de ponerme en su piel, con esa mezcla de picardía y experiencia que la hacía moverse como pez en el agua, entre sombras y verdades a medias. Su intuición y, sobre todo, su seguridad nunca le permitirían quedarse paralizada. ¿Qué habría hecho ella? Seguramente lo mismo que yo: aparentar calma.

¡Eso es! Debía ser discreta y fingir normalidad. Como si nada hubiese pasado. Con disimulo coloqué la botella al fondo del cajón, al lado de mis zapatos. Me erguí de nuevo y continué trabajando. Por fuera todo parecía igual, pero por dentro nada lo era.

15

Al atravesar el vestíbulo en penumbra comprendí por qué lo había evitado hasta entonces. No había vuelto a entrar en el Gran Hotel desde que terminó la temporada.

No sé qué fue lo que me empujó a hacerlo, porque para llegar a la última planta podría haber tomado los atajos del servicio. Todo estaba conectado por escaleras interiores. Como en la vida misma, que también ofrece caminos secundarios para llegar al destino final. Pero, como siempre, me decanté por el más complicado. El que me inquietaba. El ser humano tiene esas idioteces sin sentido. Como caminar directamente hacia lo que duele solo para confirmar que sangra. Quizá fue solo curiosidad, o tal vez algo más complejo, como ese impulso irracional que nos arrastra a mirar de frente lo que nos asusta. Porque sentir miedo es la mejor forma de saber que seguimos vivos.

Estaba en el vestíbulo. Lo noté desangelado, vacío, sin vida. El mármol había mutado su vital nacarado en un tono apagado, casi ceniza. Las lámparas caían tristes, enredadas en telarañas que colgaban con hilos de pena.

Apuré el paso y subí de un tirón las escaleras. Al llegar a la primera planta, me sorprendió ver mi rostro huidizo y asustado reflejado en el espejo encastrado dentro de un marco de madera

oscura, sobrio y biselado. Pensé, con una dosis absurda de ironía, que la aparición más fantasmal que me podía encontrar era yo misma. Me detuve un instante. Parpadeé. No me reconocía. Sentí lástima, vergüenza y compasión. «¿Quién soy?», me pregunté. La falta de respuesta me obligó a seguir avanzando. Giré a la derecha y me adentré en un túnel oscuro que no tenía fin. Necesitaba atravesarlo para alcanzar el nivel superior y tomar el atajo.

El pasillo desembocaba directamente en la planta de servicio. Aquel último tramo, más angosto y callado, olía a madera vieja y a polvo atrapado en las venas de un suelo mucho más descuidado. No hizo falta llamar a la puerta, porque no estaba cerrada. Me desinflé al tocarla suavemente con los nudillos, todavía pálidos, y escuché cómo Elena se incorporaba al otro lado. Entonces abrí la puerta.

—¿Candela? —preguntó con una voz atrapada en una mezcla a partes iguales de sorpresa y alegría—. ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

—No, tranquila. Solo quería verte. Doña Teresa me ha contado que estás indispuesta —dije según me adentraba en su habitación.

Me respondió con una sonrisa, más por cortesía que por convicción. Le temblaban los labios, tenía el rosto pálido y los ojos cansados. Sin decir palabra, se apartó al otro extremo de la cama para hacerme un hueco a su lado.

—Estoy algo mejor. —Se incorporó haciendo un esfuerzo más que evidente. Después se recogió el pelo desaliñado en un moño—. Creo que ya no tengo fiebre. Pero este dolor tan insoportable no desaparece —murmuró dejando caer la mano sobre su vientre—. No me encuentro bien, no sé qué me pasa.

—A ver si es que te has tragado un tapón por estar tanto tiempo encerrada en la embotelladora. —Sonreí, intentando contagiarle un poco de ánimo. Pero solo me miró con un atisbo de desconcierto—. O peor aún… —insistí arqueando una ceja—. Igual se te ha quedado atascada alguna mala cara en el cuerpo, que últimamente andan muchas sueltas por todos lados.

Hice una breve pausa, esperando una señal por su parte. Una réplica, una carcajada, un gesto… algo. Pero ella solo se hundió más entre las sábanas, como si quisiera desaparecer bajo ellas.

—¡Ya lo tengo! —exclamé con un tono más teatral—. Claro, ¿cómo no se me pudo ocurrir antes? A ti lo que te pasa es que te falta una buena dosis de agua sulfurosa, ya sabes que… el cuerpo se acostumbra rápido a los vicios. No serás la primera que conozco que enferma de nostalgia.

Entonces soltó una risa breve y enseguida negó con la cabeza, como si intentara desmentir lo que le acababa de decir, pero sin poder evitar que un brillo más cálido brotase en su mirada.

—¡Qué tonta eres! —murmuró—. Gracias por venir. Me hacía falta reírme un poco.

La observé en silencio, viendo cómo más allá de sus pupilas aparecía ese hueco vacío que la delataba.

—¡Venga, Elena! No te preocupes, no será nada que no puedan curar estas aguas —respondí con cariño—. ¿Te ha visto el médico?

—Sí —contestó esquiva, con la mirada perdida en el infinito.

Supe lo que significaba que Elena apartase los ojos cuando me hablaba. Su evasión me dolía un poco, pero al mismo tiempo me impulsaba a acercarme para intentar arrancarla de ese letargo camuflado.

La habitación era pequeña, y el aire denso parecía haberse quedado atrapado entre las paredes desgastadas. Las cortinas corridas a cal y canto intensificaban la oscuridad, que se posaba como un polvo espeso sobre los muebles. Sobre la mesita, tenía un vaso con agua, un pañuelo arrugado y un cuaderno cerrado que enseguida captó mi atención. Tenía la tapa de color rojo y estaba colocado en diagonal.

—Este lugar es extraño cuando se vacía, ¿verdad? —añadió al cabo de un rato sacándome de mi ensimismamiento con aquel objeto.

—Eh… sí —asentí sabiendo exactamente a qué se refería—. ¿Y ese diario? ¿Escribes? —pregunté con curiosidad.

Con un gesto torpe, si bien rápido y automático, alargó la mano y lo cogió para esconderlo debajo de la almohada.

—Solo a veces. Tonterías, nada que merezca la pena.

—Hablando de cosas importantes… Esta tarde he cubierto tu turno en la embotelladora.

Al principio pensé que no me había escuchado, porque permanecía en trance, absorta en el lento vaivén de un hilo que se deshacía lentamente sobre la colcha arrugada. Jugueteaba con él, enredándolo entre los dedos, como si así pudiera ordenar sus pensamientos.

—Pero… —continué tras una breve pausa que aproveché para medir bien mis palabras—. Me ha pasado algo… que no se ni cómo explicar. Encontré un diamante —dije con la boca pequeña, bajando todavía más la voz, más por miedo que por vergüenza.

—¿Un diamante?

Por primera vez en toda la tarde, su voz recuperó la vitalidad que la caracterizaba, tanto, que enseguida se incorporó en la cama con un pequeño brinco.

—Te lo prometo. Por un momento pensé que era un reflejo. Me costó mucho esfuerzo volver a verlo, pero inclinando la botella varias veces me di cuenta de que era un diamante. Como los que se ven aquí cuando empieza la temporada —maticé.

—¿Y qué has hecho con él?

—¿Y qué crees que podía hacer? —Me encogí de hombros.

—Quedártelo, espero. ¿Sabes lo que puede costar eso?

—Por ahora lo he escondido en la fonda. Pensé que era peligroso llevarlo encima.

—Deberías quedártelo —dijo con firmeza—. No sé por qué le das tantas vueltas. Si apareció ahí, será de alguien que no lo echará de menos.

Me quedé en silencio mientras observaba cómo en sus ojos aparecía una chispa de irritación.

—Lo mejor es que no digas nada a nadie, pero tampoco es necesario que le des tantas vueltas. ¿Lo sabe alguien más?

—No.

—Mejor, no lo comentes con nadie.

—Descuida. No soy tan adicta al peligro como tú —respondí con una media sonrisa—. A mí me gusta vivir un poco más tranquila, aunque últimamente no lo consiga.

—Eso, no vivas emociones tan fuertes, no vaya a ser que tu corazón se agite y sienta que de verdad late por algo —replicó Elena con su habitual ironía—. Lo más sensato es que las dos guardemos

el secreto. Además, estoy convencida de que has sabido esconderlo bien.

—Averiguaré cómo ha llegado ese diamante a la embotelladora. Y cuando lo sepa lo devolveré a quien le pertenezca. Pero mientras tanto, ni una palabra —aseguré poniendo el dedo delante de la boca.

Necesitaba saber qué o quién estaba detrás de ese destello peligroso. Estaba decidida a descubrirlo. Era, tal vez, un pequeño acto de rebelión contra la rutina que me devoraba día a día. Un impulso nuevo, una motivación diferente…, pero esa sensación apenas me duró un instante, porque de pronto Elena comenzó a sollozar.

—¿Qué te pasa? —pregunté sin ocultar mi preocupación.

—Nada… lo siento. —La voz se le entrecortaba mientras negaba lentamente con la cabeza.

—No tienes nada que sentir. ¿Qué ocurre? Puedes confiar en mí.

El silencio entre las dos se alargó. Tras la pausa, más reflexiva de lo esperado, respiró hondo y su mirada se estrelló de nuevo contra el suelo.

—A veces es muy difícil estar aquí… Me invade una sensación de vacío… No sé cómo seguir fingiendo que estoy bien.

—¿Por qué dices eso? Estoy aquí. —Le apreté la mano con fuerza.

—Sé que estás… y lo agradezco, Candela. Pero eso no significa que no me sienta sola. La soledad se puede sentir de muchas maneras. No tiene nada que ver con estar acompañada. Puedes estar rodeada de gente, hablar, incluso reír a carcajadas…, y aun así sentir que dentro de ti hay un hueco vacío que nadie ve. Un agujero

negro, que no se cura con palabras de consuelo ni con abrazos forzados. Es un silencio que grita, pero que nadie oye. Como si fueras invisible, incluso para ti misma…La abracé con firmeza dejando que su dolor se acurrucara en mis hombros. Enseguida sentí el calor húmedo de sus lágrimas desbordadas, que fluían libres, deslizándose sobre él como un arroyo salvaje. Comprendí que también necesitaba estrecharla más para que mi abrazo fuera refugio y sostén a la vez.

—No sé si sabré ayudarte, Elena… —susurré cerca de su oído—, pero no quiero que te vuelvas a sentir sola mientras yo esté aquí. ¿Por qué no me lo has contado antes?

—Porque no me gusta despertar lástima. Estoy acostumbrada, Candela. Esto no empezó aquí ni tiene que ver solo con este lugar. En realidad… siempre ha sido así. Aquí…, en Madrid…

—¿Qué pasó en Madrid?

—Nada que no les pase a muchas otras, supongo… —murmuró, con la voz hecha cenizas.

—¿A qué te refieres?

—No es fácil recordar el pasado, Candela.

—Lo sé. Todos arrastramos algo. Pero es más llevadero si lo compartimos y aprendemos a confiar en los demás. Yo te ayudaré si me dejas.

Sus labios quedaron sellados en una muda complicidad. Solo se oía su respiración, todavía agitada. Hizo un esfuerzo para tomar aire y llenar así el pecho de la valentía que se necesita para contar algo que lleva demasiado tiempo enquistado.

—Está bien… —Poco a poco fue hilando con palabras cortas, como puntadas débiles, tejiendo esa historia que se descosía entre

sus recuerdos—. Nací con la mala suerte pegada a la espalda. Me crie en un orfanato…, y si salí adelante fue por la caridad de las monjas. Desde pequeña supe lo importante que era no hacer ruido. Lo más inteligente siempre era callar, sonreír y agradecer hasta la última migaja de pan duro que me daban. Daba las gracias por todo, incluso por seguir viva o sobrevivir, que no sé si es lo mismo. Aunque a veces no sabía si eso era un premio o un castigo. Aprendí a pasar desapercibida, a camuflarme, a… a ser mi resguardo y a la vez mi propio consuelo. Porque si molestaba… lo pagaba caro. —Hizo una pausa. No me atrevía a decir nada. Solo la miraba, sintiendo que algo dentro de mí también se estaba rompiendo—. Me acostumbré a vivir así porque era lo único que conocía y no sabía que había otra forma diferente de hacerlo. A pesar de todo, creo que fui feliz… a mi manera, porque era ingenua e inocente. Qué cruel, ¿verdad? Creer que sientes algo sin comprender del todo lo que eso implica. Pero … ¿cómo iba a entenderlo si nunca lo había experimentado? —Calló un instante. Su relato me conmovía—. ¿Sabes? Los recuerdos de la infancia pesan más de lo que imaginamos, y al mismo tiempo, los ignoramos como si no tuvieran importancia. Es una gran contradicción, porque pensamos que somos demasiado pequeños como para ser conscientes de lo que estamos viviendo. No entendemos nada y damos por hecho que todo pasa sin dejar huella, que la mente no está lista ni madura cómo para guardar en su memoria lo que duele o lo que ama. Suponemos que esos momentos se diluyen con los años. Pero no es verdad. Porque se quedan enquistados y cuando menos te lo esperas te atacan sin avisarte para recordarte por qué sientes lo que sientes, por qué reaccionas de ese modo o por qué tomas

determinadas decisiones. Entiendes por qué haces y por qué deshaces, y de pronto todo cobra sentido. Porque todo viene de esa niña que fuiste y que sigue viva dentro de ti. Es duro, porque a veces solo aparece para recordarte quién eras, quién creíste que ibas a ser y en lo que finalmente te has convertido. Y no es justo. Porque una no elige cómo empieza la historia y, sin embargo, vive marcada por ese comienzo.

»Recuerdo con claridad lo que sentí el día en que sor Agustina me tomó de la mano y me dijo que por fin tendría una familia. No me lo creía. Mis padres adoptivos eran, en apariencia, el matrimonio perfecto. Tenían mucho dinero, pero no pudieron comprar la concepción de un hijo. Ella era una mujer dulce y cariñosa. Me cuidaba, se preocupaba por mí y eso me hacía tremendamente feliz. Me sonreía mientras me peinaba el cabello, me leía cuentos antes de irme a dormir y se quedaba a mi lado arropándome cuando tenía miedo. Enseguida la sentí como la madre que nunca tuve. Él era un hombre educado y elegante. Parecía amable a los ojos de todos, pero había algo en la manera en que me observaba cuando creía que no lo veía que no me gustaba y eso me inquietaba. Pero daba igual, porque mi vida había cambiado para bien. Vivía en una casa grande, y rápido me acostumbré a dormir entre sábanas limpias y a tener un plato caliente encima de la mesa. Todo eso era nuevo para mí y quería creer que por fin había tenido suerte.

»Pero, a medida que mi cuerpo cambiaba, también lo hizo la forma en la que él me trataba. Yo no entendía nada. Pensaba que era un juego, uno raro, incómodo, pero que debía aceptar como tantas otras cosas. Me decía a mí misma que era normal, que tal vez eso era lo que pasaba en todas las casas. Aunque algo, muy dentro,

me gritaba que no. Que eso no estaba bien. Pensé que el orfanato era una cárcel y la peor jaula estaba dentro de mí. Así me sentía, presa.

»Nunca supe decirlo ni pronunciarlo porque no encontraba las palabras. No lo entendía y tenía miedo de perder aquel hogar y aquella madre que me quería como si fuese su propia hija y, sobre todo, miedo de volver a ser la niña invisible del orfanato. Por eso me callé y, a pesar de que crecía, me hice aún más pequeña de lo que era. Aprendí a aguantar y a fingir que no pasaba nada para seguir viviendo. Aunque eso… más que vivir era más una lucha por sobrevivir.

Elena hizo una pausa mientras trataba de deshacerse el nudo que se formaba en la garganta. Sus ojos mutaron mortecinos, con un aire agudo de tristeza que me confirió más compasión.

—La primera noche que se metió en mi cuarto —continuó—, murió mi inocencia. Mi madre adoptiva no tardó demasiado tiempo en descubrir lo que estaba pasando y me echaron de casa. De pronto me vi sola en la calle, con trece años, un miedo que me devoraba por dentro y un hambre que me hacía temblar. Y ahí fue cuando entendí de verdad cómo funciona el mundo. Nadie te enseña a sobrevivir. Lo aprendes a base de golpes. —Sus manos temblorosas encontraron resguardo sobre sus rodillas. La imagen era desgarradora—. Desde entonces, sobrevivir es lo único que he hecho en la vida, Candela. Pasé de una casa a otra, sirviendo a gente que ni siquiera aprendía mi nombre. Dormí en sótanos húmedos, tragué insultos, soporté manoseos, aguanté palizas, y todo lo que fuera necesario con tal de tener algo para llevarme a la boca. Después de

todo eso vinieron otros trabajos…, de esos que es mejor no contar porque te dejan cicatrices por dentro.

»Al principio me convencí de que era solo por un tiempo, que tenía el control de la situación. Pero una vez que entras ahí, ya no puedes volver a salir. Te acostumbras al silencio y a fingir que nada importa porque puedes comer. Aprendí a hacerme la dura porque no me quedaba otra. Si no hubiese levantado esa coraza, no hubiera resistido. Pero… una maldita noche ocurrió un incidente que hizo que todo cambiase por completo. Perdí el trabajo, la pensión y también mi identidad. Tuve que convertirme en otra persona y por eso estoy aquí.

El silencio se instaló entre nosotras. La miré todavía agitada y me sorprendí al ver que no quedaba rastro de la Elena altiva que solía mostrarse al mundo sin complejos, con esa seguridad arrolladora que tanto la caracterizaba. Delante de mí solo estaba una mujer exhausta, cargada de cicatrices y con un pasado difícil de sostener. Yo también tenía un nudo en la garganta que no sabía cómo desatar, porque sus palabras me habían atravesado lentamente, removiendo todo lo que creía dormido, incluso en la intimidad de mis propios pensamientos. Lo que Elena acababa de contar era todo aquello que yo aún me negaba a verbalizar, porque ni siquiera había terminado de aceptarlo. Ella había tenido el coraje de sacar a la luz su pasado, y yo, en cambio, todavía no encontraba el valor suficiente para poder mirarlo de frente.

Me quedé callada y solo la abracé fuerte, sin soltarla mientras las lágrimas descendían como lava ardiente por mis mejillas. Otra vez éramos agua.

—Siento tanto que hayas tenido que soportar todo esto tu sola… Pero ahora estoy aquí y voy a ayudarte.

—Gracias, Candela —contestó con un hilo débil de voz.

—Puedes quedarte conmigo en la fonda. ¿Qué te parece? Ahora que no vienen huéspedes hay sitio de sobra. Madre no pondrá ningún problema y compartiremos cuarto.

Elena parpadeó un par de veces muy despacio. Su rostro se endureció, no por rechazo, sino por cautela, como si temiera estar malinterpretando lo que acababa de oír.

—¿Vivir contigo?

Asentí, despacio.

—No quiero que estés aquí ni un día más sola. En la fonda te sentirás más segura y arropada.

—Candela, no tienes por qué hacer esto.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Además, a mí también me vendrá bien tener compañía. Lo peor que te puede pasar es que te des cuenta de que me necesitas y después ya no puedas volver a vivir sin mí.

—Bueno, si eso pasa… te haré responsable. Luego no te quejes si me vuelvo insoportable y te cansas de aguantarme.

—Pues no hay nada más que hablar. Mañana te ayudaré a preparar tus cosas.

—Gracias, Candela.

—Gracias a ti.

—¿A mí por qué? —preguntó extrañada.

—Por confiar en mí.

Con esas palabras sellamos nuestro pacto. Nunca hubiera pensado que pronto me arrepentiría de haberme dejado guiar por mi

corazón.

16

Me levanté temprano para ir a trabajar. La fonda dormía en silencio y la sensación de vacío me comía por dentro. La oscuridad era palpable ya que todavía no había amanecido. Salí a la calle tratando de no hacer ruido para no despertar a nadie y caminé deprisa mientras me abrochaba la chaqueta con los dedos torpes, entumecidos por el frío.

Metí las manos por dentro del gabán, tratando de retener un poco más el calor en el cuerpo, y enseguida un mohín helado salió entrecortado por la boca.

Frente a mí, la farola parpadeaba con desgana, supongo que también estaba cansada de esa rutina que empezaba mucho antes de que el mundo se desperezase del todo. La calle estaba desierta. El eco de mis pasos apresurados era lo único que rompía la quietud. O eso creía, porque al poco sonaron otros a mi espalda. Más rápidos, cercanos y con un ritmo desacompasado. Rompiendo la armonía. Como el de dos gotas de agua que suenan a destiempo. Tictac, tictac. Me quedé quieta para escucharlo con los brazos ceñidos al cuerpo, resguardándome de algo que ya no era solo el frío, y entonces el sonido se paró.

—¿Candela? —preguntó una voz a mi espalda.

—¿Gabriel?

—¿Estás bien? Te vi salir de la fonda a toda prisa… Iba a llamarte, pero no quise asustarte.

—Demasiado tarde, casi me matas de un infarto… ¿Se puede saber en qué demonios estabas pensando? —respondí alterada y con la respiración acelerada.

Mi enfado impostado era el último escudo que me quedaba contra el temblor interno que todavía me agitaba. Él, sin embargo, esbozó una sonrisa tímida y bajó la mirada al suelo, como si aceptara la culpa sin intentar justificarse.

—Solo quería verte. Como ayer no pudimos… Estaba preocupado —afirmó mientras aspiraba la tristeza del día.

Lo observé un momento, atrapada entre el recelo y la ternura. Entre mi pasado, presente y futuro. Gabriel tenía las manos metidas en los bolsillos y los hombros encogidos. Un calor suave recorrió mi cuerpo al notarlo cada vez más cerca. Me impregné de la dulzura que emanaba su sonrisa, como antídoto para combatir aquel frío invernal, y di un paso hacia él, y otro más, hasta que nos quedamos de frente y sus labios rozaron los míos.

—Lo siento —susurré sin separarme del todo de su boca mientras rodeaba su cuello—. Tuve que doblar el turno. Elena estaba indispuesta. Me lo pidió doña Teresa…

—Lo sé. Fui a buscarte a la fonda. Tus padres me dijeron que aún no habías llegado.

—No he descansado lo suficiente como para volver a colocar botellas —suspiré exhalando el cansancio que llevaba encima.

—No aguantaba más las ganas de verte —musitó dejando que sus dedos rozaran con delicadeza mi oreja, tras acariciar previamente mi mejilla.

Sus palabras se quedaron flotando, envueltas en el vapor que salía de su boca al hablar. Me estremecí. No por el frío, sino por la manera en que me tocaba, con tanta delicadeza y verdad, como si yo fuera algo tan frágil que tenía miedo de romper.

—Yo también tenía ganas —dije al fin, bajando un poco la voz—. Ayer fue un día… duro.

—¿Qué pasó?

—Anoche fui a ver a Elena porque quería saber cómo estaba —dije sin saber muy bien cómo empezar a contarle todo lo que había sucedido, temiendo que cualquier exageración sonara trivial.

—¿Qué es lo que le ocurre?

—Al principio insistía en que era un dolor de estómago. O algo parecido… —Bajé la cabeza y tragué saliva, con el peso del recuerdo todavía en la garganta—. Pero es mucho más complejo que eso. Está muy sola, Gabriel. Y aunque trata de disimularlo, sé que no está bien.

Él asintió lentamente mientras la brisa agitaba su cabello.

—Si te digo la verdad, siempre la he sentido una mujer muy solitaria.

—Le he propuesto que se venga a la fonda conmigo. No quiero que siga sintiéndose así mientras yo esté aquí y pueda hacer algo por impedirlo —dije mientras seguíamos caminando con las manos entrelazadas, dejándonos llevar por la escasa luz que se tamizaba a través de las copas de los árboles llorones.

—Me parece bien. En realidad, me parece una gran idea. Siempre he sentido que Elena es de esas personas que están. ¿cómo decirlo?, al otro lado de la orilla.

—¿Al otro lado de la orilla? —arqueé una ceja.

—Sí, y tú eres de las pocas personas capaces de cruzar hasta allí sin miedo para tenderle un puente.

Me quedé pensativa mientras sus dedos descendían por mi nuca hasta cerrarse alrededor de mi cintura, como si quisieran retener ese momento e impedir que me escapara con el viento. Lo miré a los ojos y en ellos vi la pureza de esa agua pura y cristalina que por dentro me recorría. El miedo se disolvió en su abrazo.

—Tranquila, *ruliña* —susurró en mi oído, y me embargó una inmensa calma.

Al girar la cabeza, vi cómo los árboles se erguían por encima de las rejas del jardín. Por detrás, la embotelladora apareció ante mis ojos como un recordatorio inevitable. Me aparté despacio, sin romper del todo el contacto. Gabriel me sostuvo y sonrió con ese gesto suyo mitad cómplice mitad resignado.

—Anda, ve. Te espera tu turno —murmuró indignado—. Si no fuera porque yo también tengo mucho trabajo, te convertiría en mi rehén.

—No opondría resistencia alguna —respondí con sonrisa pícara.

—¿Nos vemos luego?

—Tengo una idea mejor. ¿Por qué no ayudamos entre los dos a Elena a llevar sus cosas a la fonda?

—Me parece estupendo.

—¿A las ocho aquí?

—Estaré esperando desde las siete —afirmó más sonriente todavía.

Nos inclinamos al mismo tiempo y fueron nuestros labios los que enseguida construyeron el muro de contención, fundiéndose en un

beso breve pero firme. Después nos separamos despacio y, con la misma lentitud, eché a andar hacia la embotelladora.

Entré con paso rápido, tratando de disimular la inquietud que me retorcía por dentro. El zumbido de las máquinas se mezclaba con el repiqueteo constante del vidrio y el murmullo del agua. Todas estaban en sus puestos, supuse que desde hacía más tiempo del que me gustaría reconocer. Había llegado un poco tarde.

Fue Adriana la primera que me saludó con entusiasmo, moviendo la cabeza al ritmo de una melodía que solo ella parecía escuchar. Alicia, sin embargo, apenas se inmutó: estaba demasiado concentrada en encajar los tapones con precisión.

—¡Mira quién acaba de llegar! —exclamó Adriana con su desparpajo habitual—. Ya pensaba que te habías unido al bando de los señoritos y nos dejabas aquí solas, sudando como mulas.

—No seas inoportuna —le replicó Alicia sin levantar la vista de las botellas—. Candela trabaja el doble que tú.

—Eso, eso. Está bien que lo recuerdes —respondí entrando en el juego—, que algunas tienen la memoria floja.

—Ya salió aquí la defensora de las causas perdidas. Entre tú y Alicia vais a acabar conmigo. —La aludida apoyó los brazos en las caderas como si fuese una jarra.

—Mírala, de tanto andar entre aguas, ya posa como si fuese una botija —quise provocarla.

La risa colectiva fue la melodía que me acompañó a mi puesto, en el que me acomodé procurando que las manos se moviesen con naturalidad. Traté de concentrarme en mi tarea, pero el traqueteo repetitivo de las botellas, junto con el goteo constante del agua

cayendo en hilos débiles, y los silbidos del vapor, se convirtieron en un eco mecánico que solo amplificaba mis pensamientos.

Me inquietaba el asunto de ese maldito diamante que solo me traía dolores de cabeza. Sabía que no debía tenerlo guardado, y aun así algo me empujaba a no soltarlo. Una corazonada tan absurda como peligrosa me decía que debía esperar para entender por qué lo había encontrado. Tenía que descubrir su procedencia, sí, pero antes necesitaba conocer la mía propia.

La realidad me venció y de repente todo se enquistó. Mi origen enredado en secretos, mi familia convertida en un espejo que ya no reconocía como propio. Elena, a punto de mudarse a la fonda y a mi vida, arrastrando consigo su soledad, sus silencios y quizá más misterios de los que yo podía sostener. Ignacio, con su recuerdo fantasmagórico que nunca terminaba de desvanecerse y que por momentos me consumía. Gabriel… y yo. ¿Quién era realmente? Seguía sin saber la respuesta. No era hija. No era novia. Ni siquiera una buena amiga. ¿Una impostora? ¿Una mujer atrapada entre la culpa y el deseo? ¿O simplemente aprisionada en un destino que no comprendía o peor aún, que no le pertenecía? No lo sabía. Me quedé paralizada. La presión me golpeó de golpe. Me faltaba el aire. Solté un aullido de dolor, un clamor lo suficientemente fuerte como para que varias miradas se quedasen ancladas en mí. Fingí que era cansancio, una queja más de tantas en aquel trabajo agotador, pero por dentro estaba a punto de estallar. No podía más. ¿Hasta qué punto podemos soportarnos?

Necesitaba protegerme, calmarme, nutrir mis sentidos, y que el alma descansase permitiéndole al menos unos efímeros minutos de

tregua. Solo había un lugar donde esa renovación era posible, aunque solo fuese cuestión de fe.

Cuando llegué, la iglesia estaba vacía, y el aire, plagado de humedad. Parecía como si las paredes hubieran absorbido todas las confesiones y ahora las expulsaran con el sudor de sus secretos.

—Padre Xosé… —llamé en voz baja mientras me adentraba en el templo.

No hubo respuesta, más que el eco de mi propia voz devolviéndome la inquietud multiplicada. Seguí avanzando, extrañada.

—Padre Xosé, ¿está ahí?

El silencio se tornó más denso. Caminé inspeccionando con atención cada rincón. Me asomé detrás de cada columna, bordeé los bancos, miré tras el altar, observé las hornacinas…, incluso me detuve junto a la sacristía, pero no había ni rastro de él. Todo permanecía inmóvil salvo el parpadeo irregular de las velas, que proyectaba sombras caprichosas sobre la pared.

Me sorprendí cuando de repente lo encontré escondido en la penumbra de un confesionario lateral, en un ángulo apartado, en el que la luz apenas llegaba. Su figura se recortaba rígida. La sotana le caía pesada sobre los hombros, como si le pesase demasiado. Estaba de rodillas sobre el reclinatorio, murmurando. Aunque más que una plegaria, parecía que entonaba un lamento.

—Soy un cobarde, Dios mío, lo soy… Perdóname… —susurraba con un tono de voz apenas audible.

No comprendía del todo lo que decía. Sus palabras eran un murmullo entrecortado, demasiado confuso para mí. No lo entendía a él ni tampoco su comportamiento. Últimamente actuaba de una forma muy extraña, impropia de él.

No habíamos vuelto a hablar desde el incidente que ocurrió en la fiesta de despedida de la temporada. Desde entonces tomé distancia, porque me dolió que me apartase con tanta brusquedad y, sobre todo, que me hablase con esa agresividad. Quise borrarlo de mi memoria y convencerme de que no estaba en sus mejores condiciones, alegando que no era él quien había actuado así, sino la embriaguez que lo dominaba. Pero aun así no podía hacer cómo que si no hubiese pasado nada.

Con el paso de un tiempo más que prudencial, la rabia se fue apaciguando, el dolor perdió fuelle y solo quedaban las sombras de un recuerdo lejano aunque punzante. Pero estaba en la iglesia, con lo cual tenía que predicar con el ejemplo e invocar el perdón y dejar a un lado el rencor. Sentí que era buen momento para eso.

Me acerqué mientras él seguía bisbiseando en soledad. Estuve a punto de dar la vuelta para no oír nada más y evitar ser cómplice de sus pensamientos. Pero aunque uno trate de convencerse que no es ético escuchar conversaciones ajenas, una vez que las palabras flotan, ya es imposible no retenerlas.

El sacerdote repetía una y otra vez la misma frase:

—Soy un cobarde, Dios mío, lo soy… Perdóname.

Sabía que no me convenía entrometerme, que la ignorancia es felicidad, pero yo ya estaba condenada a martirizarme con la verdad. Avanzaba cautelosa, pero me delató un ruido leve que provocó el roce de mi mano contra un banco.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con un hilo de voz cargado de sorpresa y precaución.

—Padre, soy yo, Candela —susurré con pasos vacilantes, todavía temblorosa.

Enseguida se levantó sacudiéndose la sotana con un gesto de vergüenza. La poca luz de las velas apenas alcanzaba a iluminar su rostro, pero pude apreciar que sus ojos se movían inquietos.

—Candela… —dijo con un tono algo más calmado—. ¿Qué ocurre?

—¿Puedo confesarme? —pregunté con miedo a que una sola palabra lo hiciera real.

—Acércate, hija… —dijo señalando el confesionario frente a él—. Yo también quería hablar contigo para disculparme.

—Déjelo padre, no tiene importancia.

Él sonrió con un gesto de agradecimiento reflejado en la cara, algo más relajada.

La celosía se cerró entre nosotros. Me arrodillé con la impresión de que aquel lugar contenía más pecados de los que yo traía conmigo.

—Dime, hija. ¿Qué te trae por aquí?

—Padre… No creo que le sorprenda que le diga que acudo a usted porque me pesan muchas dudas y también la culpa.

—Nadie viene aquí sabiendo lo que debe hacer.

Quise hacerlo, pero me quedé callada, con la mirada perdida en la nada.

—Habla sin miedo, hija. Dios no juzga.

—He…he encontrado algo…, algo que no me pertenece —confesé con voz gutural.

—¿A qué te refieres?

—Algo muy valioso, padre.

—El valor de las cosas es relativo. Lo que unos veneran como un tesoro para otros no es más que polvo. Pregúntate si lo que has hallado guarda en sí virtud, o solo alimenta la codicia de otros. Porque si lo segundo es cierto, entonces no es un don, sino una carga.

—Sé que tiene valor, y no quiero quedármelo porque no soy una ladrona, aunque al mismo tiempo siento que no debo entregarlo todavía. Tengo una corazonada, pero no sé si estoy haciendo bien.

De nuevo hubo un largo silencio al otro lado.

—Sé que no eres una ladrona. Y también sé que, cuando entiendas por qué eso que has encontrado estaba ahí…, sabrás qué hacer. Pero déjame que te dé un consejo —añadió con la voz opaca —. No todo lo que brilla merece que te ciegue. Ora y pide claridad.

Entonces enmudecí como si sus palabras me hubieran sentenciado. Me persigné y me levanté con lentitud, despidiéndome en silencio. Antes de salir, volví la vista atrás por última vez. Xosé seguía inmóvil en la penumbra, apenas perceptible entre las sombras.

En medio de esa oscuridad, un chispazo brotó entre la luz mortecina de las velas. Otro destello fugaz. Parpadeé de nuevo, intentando convencerme de que era un espejismo absurdo. No sabía si me equivocaba, pero aquella luz volvió a deslumbrarme brevemente. Me estaba volviendo loca…, o quizá fuera que la realidad que empezaba a mostrarse demasiado evidente como para seguir ignorándola.

17

El cambio en la fonda fue inmediato cuando llegó Elena. Su presencia irrumpió como un soplo de aire fresco, convirtiendo la rutina en algo más llevadero para todos. Para mis padres porque les devolvió la alegría, y para mí porque por primera vez en días me sentía menos sola. Todo lo que hacíamos estaba pensado para que estuviese cómoda y, sobre todo, para que sintiese nuestra casa como el hogar que nunca había tenido.

Mis padres estaban entusiasmados con la idea de acogerla. Se volcaron para que todo estuviese a su gusto, al mismo tiempo que no perdían ocasión de demostrarme su amor a mí también, como si fuese necesario recordarme que me querían. Era tan evidente que dolía no poder corresponderles con el amor que se merecían. No sabía cómo hacerlo, y cada vez que intentaba quitarme la coraza me quedaba bloqueada. Me dolía tener que pensar cómo dar cariño, porque eso no se pide, eso brota. Quería tratarlos como ellos merecían. Pero no podía. Algo me lo impedía. Aunque en ese momento eso era secundario en mi desazón. Era complicado. No me sentía dolida con ellos, sino huérfana de mí misma. Estaba atrapada entre la gratitud y la incapacidad de sentir que pertenecía a este lugar. Tal vez lo único que necesitaba era tiempo para comprenderlo todo.

La mesa estaba preparada y la lumbre encendida antes de que Elena regresase de la embotelladora para que apreciase el calor de un hogar. Incluso habían cortado el pan en rebanadas, como cuando era niña. Supongo que todas esas atenciones y cuidados eran su forma de ofrecerme seguridad también a mí, aunque yo sabía que detrás de tanto desvelo había un intento silencioso de mantenerme a flote y evitar que la realidad me hundiera más, si es que eso era posible.

Me detuve un segundo y observé a mis padres, inmersos como estaban en sus tareas. De pronto me di cuenta de que ahora me aplastaba aquella escena tan cotidiana y que tantas veces había ignorado. Era precisamente esa normalidad lo que anhelaba sentir como parte de mí. Es curioso cómo de pronto echas de menos todo lo que antes creías trivial. Las cosas más insignificantes de la vida son las que nos sorprenden porque nos devuelven a nosotros mismos.

Madre estaba de espaldas removiendo la pota de caldo. Padre, con gesto tranquilo, se inclinaba sobre el fuego para asegurarse de que no se apagara. Sin un motivo aparente, algo dentro de mí se empezó a romper. Sus gestos de siempre, esos que tantas veces habían sido mi refugio, ahora estaban cargados de un silencio absoluto, pesado y tenso. ¿Por qué incluso lo más cotidiano de la vida está teñido de un drama involuntario?

No habíamos vuelto a hablar de aquello. Supongo que por miedo. Por mi parte, a conocer una verdad que aún no sabía si podría soportar. Por la suya, diría que era miedo a que me distanciase todavía más. A veces creemos que es mejor dejar las cosas como están para impedir que las personas que queremos se alejen, para

no herirlas, sin ser conscientes de que la distancia no significa estar cerca. Era extraño permanecer allí como si no hubiese pasado nada, pero la vida me había arrastrado hasta ellos, y era imposible imaginarme en otro lugar.

En estas cavilaciones andaba cuando de pronto nuestros ojos se encontraron de frente. Los de madre brillaban con un amor que me envolvía y me hacía sentir diminuta. Los de padre mezclaban compasión y perdón. Un estremecimiento me recorrió el cuerpo. Fue un impacto tremendo porque no solo me vi en ese reflejo, sino también a ellos.

De nuevo me asaltaron mil preguntas sin respuesta. ¿Estaba siendo injusta con ellos al apartarme? ¿Debía esforzarme más por comprenderlos? Probé a suavizar la dureza del impacto visual ofreciéndoles una sonrisa temblorosa, como quien trata de tender un puente sobre un abismo. En ese instante todo se paralizó. Madre se quedó congelada mientras la línea de su boca se curvaba de forma inmediata y una lágrima se liberaba de sus ojos. Supe entonces cuánto dolor había soportado en silencio. Padre tenía un brillo quebradizo, como un cristal a punto de astillarse. «Ojalá esa punzada fría y transparente solo me hiera a mí», pensé. No podía soportar hacerles daño, y al mismo tiempo era incapaz de impedirlo. Me estremecí. El agua corría hacia abajo y el río se había desbordado, supongo que de tanto contenerlo. La lágrima cayó libre, y con ella una parte de la distancia que había levantado entre nosotros. No podía pagarles con reproches las desgracias de mi destino, pero tampoco podía olvidarme de mí. Quizá perdonar no fuese olvidar, sino aceptar que en ese dolor compartido también latía la única certeza posible entonces: ellos eran lo más cercano a una

familia, aunque no la que yo había imaginado. No era fácil vivir con la herida abierta, pero era la única manera de seguir adelante.

Madre dio un paso hacia mí y yo di otro para acortar la distancia, arrastrada por un anhelo que ya no podía contener porque yo también sufría. Enseguida creí que sería ese el momento, el primero en que nos atreveríamos a acercarnos de verdad. Padre, totalmente inmóvil, nos observaba sin pestañear, como si temiera que un solo parpadeo pudiese estropear aquel instante.

No olvidaré jamás la cara desencajada de madre esperando a rodearme con los brazos, que se movían inquietos antes incluso de recibirme. Enseguida sentí su abrigo anticipado. Hasta que la puerta se abrió de golpe y apareció Elena.

Madre reaccionó de inmediato, secándose las lágrimas con el dorso de la mano, como si necesitara esconder su parte más humana y borrar todo rastro de vulnerabilidad del rostro. Y yo… me volví a quedar huérfana a medio camino entre sus brazos y el silencio doloroso que nos envolvía. El instante se quebró, pero antes de que se esfumara por completo se volvió hacia mí y nos regalamos una sonrisa sutil, frágil y pura. Suficiente para entender que algo había comenzado a cambiar entre nosotros.

—Perdonad… —dijo, con la voz algo sofocada—. He tenido mucho trabajo.

Elena parecía alterada. Miraba a todos y a ningún punto a la vez, recorriendo la fonda de arriba abajo con gestos nerviosos.

—Venga, a cenar antes de que esto enfríe —dijo madre acercando la pota de caldo a la mesa, donde padre ya estaba sentado y todavía asimilaba lo que casi había ocurrido.

Elena ocupó su sitio. Antes de sentarme en el mío, dejé que mis dedos rozaran su hombro con una caricia ligera.

—¿Cómo ha ido tu día? —dije en un susurro, solo para nosotras.

—Agotador… Luego te cuento bien. —Bajó un poco la voz, como si hubiese algo que solo yo debía saber. Me miró cómplice y sonreí, sintiendo reforzado ese hilo invisible que nos unía.

—No hay nada que no repare un buen plato de caldo caliente, ya lo verás —dijo madre llenándole el cuenco.

Padre, que hasta entonces se había mantenido en silencio, la miró de reojo y le preguntó con un tono seco:

—¿Mucho trajín?

Elena negó algo sonrojada.

—Nada especial, lo de siempre, botellas y más botellas, agua y más agua —respondió con pretendida indiferencia mientras volcaba con ansia la cuchara en el plato.

Era evidente que se sentía más cómoda y suelta que los primeros días. Parecía menos gruñona, incluso más divertida.

La cena transcurrió con normalidad, entre conversaciones dispersas. Yo asentía de vez en cuando, fingiendo escuchar, aunque por dentro solo crecía el cansancio de tantas emociones acumuladas. Cuando los platos se fueron quedando vacíos y las voces se apagaron paulatinamente para resguardarse en su propio silencio, aproveché para levantarme y buscar un instante de soledad.

—¿Adónde vas, Candela? —La voz de Elena resonó desde el otro lado del pasillo.

—A caminar un poco, necesito estirar las piernas…

—Te acompaño.

Mi gesto se torció al instante. No quería compañía aquella noche. ¿Tan difícil era entender que quería estar sola?

Fue madre la que intervino en ese mismo momento desde la cocina, demostrando con naturalidad la habilidad de quien sabe leer incluso lo que no se dice.

—Elena, ¿me ayudas con esta olla? Pesa demasiado y me hace falta otra mano.

Elena dudó un segundo, clavándome una mirada cargada de recelo, y suspiró con un desagrado apenas disimulado. Yo bajé la cabeza y asentí en silencio, agradecida por su comprensión. Antes de salir, me dirigí hacia madre y le dediqué una leve inclinación con los labios apretados, como si con ese gesto silencioso quisiera expresar todo lo que no podía pronunciar en voz alta. «Gracias por darme un respiro», pensé.

Con el pecho algo más aliviado, empujé la puerta y dejé que la noche me tragase. Salí decidida hacia el río. Ni yo misma entendía esa manía tan absurda de evadirme de todo a través del agua y de buscar refugio en su cauce. Lo cierto es que siempre que escuchaba su murmullo sentía que todo fluía. El agua lo arrastraba todo, era transparente, pura y arrolladora. Quizá no era tan descabellado confiar el desasosiego a su vera, porque yo también buscaba fluir tranquila, arrastrar todo lo malo y purificarme.

Avancé sin rumbo fijo, aunque sabía muy bien dónde quería terminar. Jugué a recorrer las pocas calles de Troncoso como si pudiera perderme en ellas. Me sentía libre caminando sola, sin más compañía que la oscuridad de la noche y el rumor distante del río.

Al pasar frente al bar de Evaristo me detuve. Tras los cristales distinguí a Emilio, el médico del balneario, con una copa de vino en

la mano. Frente a él estaba María, la curandera. Aquello me sorprendió. No era temporada de huéspedes, y mucho menos para ella, que acostumbraba a desaparecer durante los meses de frío.

Me quedé mirándolos con descaro, demasiado rato, tal vez más que el que debería. María levantó los ojos de la copa y los posó sobre mí. Sentí el cuerpo helarse porque reaccioné tarde, escondiéndome torpemente tras la esquina. Cuando me di cuenta, ya salía del local.

—Candela…

Escuché su voz clara y firme. Parecía que me invocara con solo pronunciar mi nombre. Se acercó sin prisa, pero de pronto estaba muy cerca. No dijo nada. Solo me observaba. Estaba tan erguida que aparentaba más altura de lo que recordaba. Sus ojos tenían ese brillo oscuro que nunca sabía si provenía de la noche o de su interior. Aquella mujer siempre había despertado en mí una mezcla de recelo y fascinación.

—Llevas mucho peso encima —dijo finalmente—. Más del que le corresponde a alguien de tu edad.

No supe qué responder. La sensación de que ella sabía más que yo misma era insoportable, y al mismo tiempo me atraía.

—Lo que buscas está cerca. Solo tienes que aprender a mirar —añadió, dejando la frase suspendida en el aire.

—¿Perdone? —balbuceé aturdida.

Ella sonrió de una manera tan enigmática que me erizó la piel.

—Ya lo sabes —susurró—. Confía en lo que llevas contigo. Todo tiene memoria, incluso el agua.

—¿Lo que llevo conmigo? —pregunté inquieta—. No tengo nada… Por favor, dígame a qué se refiere.

María se tocó el cuello con un gesto suave. Enseguida entendí que se refería a mi cadena. Era lo único que llevaba cuando mis padres me encontraron. Me la habían regalado cuando cumplí dieciocho años. Desde entonces no me la quitaba. Sin decir nada más, regresó al bar. Al poco rato yo también regresé a la fonda.

No podía dejar de pensar en sus palabras. Me pasé la noche en vela dándole vueltas y, en consecuencia, no pude pegar ojo. Cuando al día siguiente empecé el turno en la embotelladora, ya encadenaba demasiadas horas despierta. Los ojos me ardían y la mente seguía enredada en un nudo de preguntas.

Esa mañana el ruido metálico de las máquinas me golpeaba la cabeza como un martillo. Las palabras de María seguían persiguiéndome como un eco permanente que resonaba en mi cabeza: «Lo que buscas está cerca. Lo que buscas está cerca». «Y dale con qué está cerca». ¿Qué quería decir con eso? Miré a mi alrededor con desconcierto. Lo único que tenía al alcance de la mano era el agua. Agua por todos lados. ¿Acaso esa era la respuesta?

«Claro…». Agua milagrosa. ¿Quién echaría en falta una botella? Nadie.

Con un movimiento rápido, cogí una botella, me di la vuelta y, con gesto furtivo, me la acerqué a los labios. El cristal frío temblaba en mi mano. Di un sorbo con la esperanza de que ese líquido curativo me devolviera un poco de fuerza, me conformaba con un respiro que me permitiera continuar. Enseguida sentí cómo el frescor bajaba por mi garganta, aliviándome apenas por un segundo. Decidida, la bebí de un trago. Al terminar algo duro me arañó por dentro. Tosí con violencia, casi sin poder respirar. El aire se quedó

atascado, los ojos me ardían, la vista se me nublaba y el pecho se me cerraba como si fuese a estallar. Sentí un pánico indescriptible cuando fui consciente de que me estaba ahogando.

—¡Candela! —gritó Alicia, corriendo hacia mí al ver que no podía respirar. Enseguida reaccionó agarrándome por detrás, dándome golpes secos en la espalda desesperada.

—¡Ayuda, ayuda! Se ahoga.

Escuchaba gritos desesperados a mi alrededor. Un espasmo sacudió mi cuerpo. Luego otro más fuerte y, al fin, lo escupí. Algo diminuto salió disparado contra el suelo y rodó unos centímetros, quedando bajo la luz mortecina del taller. Resplandecía tímidamente.

—¡Madre mía, casi me muero del susto! —exclamó Alicia, aún con la mano temblando—. ¿Se puede saber qué has hecho? —Me miraba entre enfadada y asustada.

—Solo he bebido un poco de agua…

—Claro, y lo has hecho de golpe. Por eso te has atragantado.

—Gracias…, me has salvado la vida —atiné a decir, aún con el pecho oprimiéndome y la vista clavada en el suelo.

Aproveché la confusión, el barullo de la máquina y las prisas del taller para cerciorarme de que nadie más, aparte de mí, se había percatado de lo que acababa de ocurrir.

—Necesito… salir un momento —dije antes de echar a andar con los nervios desatados de golpe.

En el punto exacto en el que se encontraba el destello me detuve y con un gesto rápido me agaché, fingiendo atar un cordón suelto. Con disimulo palpé el suelo hasta que lo aferré con los dedos fríos, que se cerraron en un puño. «¡Otro diamante!», murmuré para mis adentros mirándolo con incredulidad.

—Y casi me mata —susurré.

Esta vez había sido totalmente diferente. No era el turno de Elena, ni siquiera su línea de trabajo. El hallazgo se produjo en mi puesto, justo delante de mí. Como si alguien hubiera querido que fuese yo quien lo encontrara. Tenía que esconderlo en la fonda. Al lado del otro. Allí estaría a buen recaudo.

Cuando salí de la embotelladora vi a Elena y aproveché la casualidad para ir directa a hablar con ella.

—¿Qué pasa? ¿Has encontrado otro diamante? —preguntó con un reproche contenido en la voz.

Suspiré, consciente de que no podía ocultárselo más tiempo.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Y por qué no me lo has dicho?

—No entiendo nada, Elena. Estaba oculto en otra botella. Pero esta vez en mi mesa.

Sus ojos brillaron de preocupación.

—Candela, por favor. Cuéntame todo. No puedes estar sola. Tenemos que tener cuidado —dijo acariciándome la mano—. Me preocupa que te pueda pasar algo.

Asentí mientras nos mirábamos. Y supe que, a pesar de sus cambios de humor, las dos sabíamos que no podíamos confiar en nadie más.

18

El hallazgo del segundo diamante me desconcertó por completo. Uno podría haber sido una simple, aunque extraña, casualidad. Pero ¿dos? Esa cifra lo cambiaba todo. Dos era la confirmación de que ya no se trataba de un accidente aislado. No era una casualidad, era una intencionalidad, porque alguien lo había colocado ahí para que yo lo encontrara.

¿Qué podía hacer? Si lo contaba, me condenaba. Pero al callarlo también lo hacía. Esconderlos significaba arrastrar a mi familia al peligro. Romperlos, una torpeza irreparable. Hacerlos desaparecer, una imprudencia todavía mayor. Y prolongar este silencio, una forma de morir lentamente.

¿Qué pensarían si los entregaba? Me acusarían. No podía pedir ayuda sin convertirme en sospechosa. ¿Y si seguía guardándolos y alguien venía a reclamarlos con violencia? Enseguida pensé en mis padres. No podía exponerlos al peligro de esa forma. ¿Cuánto tardarían en verse atrapados en un escándalo del que, probablemente, ni siquiera sabrían cómo defenderse?

También se me cruzó la idea de compartir la carga con Gabriel, pero enseguida me reproché aquella debilidad. No podía ser tan egoísta y convertirlo en cómplice de algo de lo que yo me quería liberar para hacerlo preso a él. Hasta pensé en arrojarlos al río,

confiando en que la corriente los arrastrase lo suficientemente lejos para que se perdieran en el océano. Pero en mi imaginación siempre regresaban a mí de algún modo. Nada parecía querer borrarlos de mi vida.

Durante unos días me obsesioné con observar y analizar minuciosamente todo lo que ocurría a mi alrededor. De nuevo, las palabras de María volvían a mi cabeza: «Lo que buscas está cerca». Maldita sea. ¿Por qué me empeñaba en creer lo que me decía una desconocida e ignoraba lo que dictaban mis pensamientos?

Necesitaba certezas. De repente me sorprendí espiando a mis compañeras en la embotelladora. Sus movimientos me parecían demasiado perfectos y ensayados, como si ocultasen algo. Cada gesto, palabra y silencio que escuchaba también se volvía sospechoso. La amabilidad repentina de algunos me inquietaba. La cortesía, antes inofensiva, ahora se me antojaba calculada. Hasta en una sonrisa, por inocente que pareciera, encontraba una intencionalidad, un mensaje que no era capaz de descifrar. Pero lo peor de todo es que la obsesión creció hasta tal punto que esa desconfianza también la sentía de puertas hacia dentro. Dudaba de aquellos en los que siempre había confiado.

No quería reconocerlo, pero sabía que necesitaba ayuda. No podía seguir soportando esa situación tan agonizante yo sola. Por más que lo pensara, solo había una persona en la que confiaba de verdad. Por eso, tras meditarlo, fui a buscar a Gabriel. Caminé hasta el pequeño hotel que regentaban sus padres. Él no estaba, pero su madre me convenció para que lo esperara. Afortunadamente no tardó en llegar. No lo hizo solo, llevaba un pequeño ramo de flores en la mano.

—Era una sorpresa para ti. —Estiró el brazo para dármelas con cierta timidez—. He estado podando el jardín y… el camelio me regaló esto…

El tono carmín de las camelias coloreó mis mejillas, y sentí que todavía era posible encontrar calor entre tanto frío.

Desde que Ignacio desapareció de mi vida con Gabriel todo fluía mejor. Me acariciaba inesperadamente, templándome el alma, abrazaba todos los demonios que yo depositaba sobre él, y ahora me regalaba flores sin necesidad de celebrar nada más que la vida misma.

Su madre nos miraba con ternura. Gabriel se percató y enseguida se giró hacia ella con una sonrisa sincera.

—Mañana le traeré otro ramo a usted —prometió al tiempo que se inclinaba para darle un beso en la mano.

Después tomó la mía con suavidad y me invitó a salir. Caminamos por Troncoso bajo la luz intermitente que se filtraba en los árboles agitados por el cantar del viento, que sostenía nuestro vaivén de palabras contenidas.

—¿Sabes adónde vamos? —preguntó, con una chispa de misterio estallando en sus pupilas—. Hoy te voy a sorprender.

—¿Ah sí? Déjame adivinar…

—Venga, inténtalo. Pero solo tienes dos oportunidades.

—Me sobra una.

—Yo no estaría tan seguro…

—Un paseo por el río.

Él sonrió victorioso.

—Negativo. Piensa más allá.

—¿Más allá? —dije fingiendo sorpresa—. Si tras el río solo hay montañas. —Mondariz era un valle cerrado, y yo no conocía otro horizonte.

Gabriel se carcajeó suavemente.

—No hace falta ir tan lejos. Te has quedado sin intentos.

—¿Y ahora qué hago? —pregunté, coqueteando con el desafío.

Gabriel miró de soslayo a su alrededor. Enseguida sonrió victorioso antes de cogerme la mano para dirigirme a un portalón refugiado de miradas ajenas. Nos adentramos en una penumbra cálida. Se acercó, me rozó y, sin romper la distancia íntima que habíamos creado, me tomó por la cintura y me empujó hacia él. Su respiración, cada vez más acelerada, despertó sentidos que creía dormidos. Sus labios dilatados boqueaban mientras se abrían con hambre de devorar los míos con urgencia y deseo. Me acerqué un poco más, lo justo para mantener la distancia y tensar aún más la espera.

—Te regalo otro intento —dijo sin atreverse todavía a darme un beso—. Hoy estoy generoso —añadió susurrando con el diablo escondido en sus pupilas—. Has perdido…

Lo único que consiguió con su negativa fue encender en mí el impulso irracional de besarlo con un ansia salvaje que jamás había experimentado. Me mordí el labio, intentando aplacar ese arrebato animal que brotaba de mis adentros y rugía por escaparse. Pero no lo hice. Fue él quien volvió a acercarse sin permitirme acortar la invisible distancia que había entre nosotros.

El susurro caliente de su cuerpo me envolvió cuando sentí el roce de su pecho contra el mío. Su mano pasó lánguida delante de mi boca, que se demoró demasiado en separar nuestros labios. Sus

ojos titilaban aderezados de chispas fogosas. El deseo lacerante dominaba los latidos de mi corazón, que palpitaba totalmente descontrolado. No aguantaba más. Quería besarlo, sin espera, sin límites, sin tregua.

—Esto es la única pista que vas a tener —dijo arrancando una flor del ramo para presionarla suavemente contra mi piel y colocarla detrás de mi oreja mientras su aliento caliente me rozaba el cuello.

Después deslizó mi mano hasta su lumbar, y al instante sentí todo su cuerpo palpitar contra el mío, desafiando mi autocontrol. Suspiré y fruncí los labios, frustrada pero enloquecida a la vez.

—Me estás torturando —susurré.

—¿Tú crees? Nada de eso, confía en mí y cierra los ojos.

«Confía en mí», repetí para mis adentros. Qué inoportuno y acertado resultaba su comentario, pensé. Gabriel me pedía que confiase en él justo cuando apenas podía hacerlo en mí misma. Y, sin embargo, había algo casi travieso en esa paradoja. Me obligó a sonreír por dentro mientras obedecía, dejando que mis párpados cayeran con cierta timidez. Enseguida sentí sus labios gruesos y carnosos sobre los míos, moviéndose despacito. Cada centímetro de mi piel despertó como un aire gélido que encendió el volcán dormido que bullía dentro de mi cuerpo. Un temblor suave me recorrió la espalda. Mis dedos descendieron instintivamente desde su cuello hasta su hombro, su cintura, su cadera… Todo en mí gritaba en silencio pidiendo más. Después de reprimir tanto las ganas y alargar el deseo, solo quería prolongar ese instante hasta que nos faltara el aire y nuestros cuerpos entrelazados se confundiesen en uno solo.

—Ven —susurró cogiéndome de la mano—. Se acabó la espera.

Entre risas y silencios cómplices seguimos caminando hasta que, de nuevo, nos hallábamos frente a la puerta del Gran Hotel. Las verjas estaban cerradas y su aspecto era muy distinto al que tenía en los meses de la temporada. Inevitablemente fruncí el ceño decepcionada.

—¿Aquí está tu gran sorpresa? Ya puedes esforzarte porque este sitio me lo sé de memoria. No hay nada que me pueda sorprender.

—Eso es lo que tú crees —respondió con una seguridad que me enfadaba—. Ven conmigo.

Me sujetó más fuerte y, sin darme tiempo a protestar, me guio hacia la parte trasera de los jardines. Avanzamos por los senderos bordeados de setos, nos adentramos en la zona más frondosa, bordeamos las fuentes de las que emergían querubines trenzados, algo marchitados por la piedra, hasta que de pronto, el follaje se abrió y apareció ante mis ojos algo que me dejó sin palabras.

—¿Cómo puede ser que no me haya enterado de esto?

Me llevé la mano a la boca, incrédula. Gabriel soltó una carcajada breve y victoriosa.

—¡Lo sabía! He triunfado.

—Pero… ¿desde cuándo?

—Ya sabes cómo son aquí las cosas cuando hay prisa… En menos de lo que se debería.

Me acerqué despacio, fascinada. En medio del agua dormida del estanque se erguía un templete flotante rodeado de reflejos dorados que temblaban en la superficie. Las columnas parecían brotar de la misma lámina del agua y la luz se derramaba sobre la cúpula como un velo transparente.

—Es… precioso —murmuré. Me era del todo imposible apartar la vista—. Pero…

—Imagínate la cara de los huéspedes cuando lo vean… Aunque creo que después de ver la tuya ya me hago una idea.

Negué con la cabeza, todavía sorprendida. Lo suficiente como para haber olvidado que apenas unos minutos antes mi cuerpo ardía envuelto en brasas.

—Y yo pensando que no había nada nuevo bajo este cielo…

—Ya te lo advertí. Ese es el problema de mirar siempre desde el mismo sitio.

El reflejo del templete meciéndose sobre el agua parecía un espejismo, pero era tan real como la risa contenida en sus labios.

—¿Qué te parece si nos sentamos? —señaló con la mano un banco de piedra que se ocultaba justo bajo la cúpula.

—Me parece genial —respondí a su interrogación.

Durante unos segundos permanecimos en silencio, escuchando el vaivén del río y el crujido lejano de las ramas.

—Gabriel, hay algo que debo contarte —ataqué de golpe, incapaz de sostenerlo por más tiempo—. He encontrado un diamante. En realidad han sido dos —maticé tragando saliva—. En la embotelladora.

Él no reaccionó verbalmente. Pero la expresión de su rostro reflejaba un asombro mucho mayor que el mío cuando vi por primera vez aquel templete. Sus labios, entreabiertos, se quedaron paralizados en la búsqueda de una combinación de palabras que a la vista estaba que no encontraba.

Continué con mi relato, desgranando con todo tipo de detalle lo que había ocurrido. Le expliqué cómo apareció el primero, la

sorpresa inicial, la confusión y también la sospecha creciente cuando encontré el segundo. Y, sobre todo, le hablé del miedo que sentí al comprender que no era una casualidad. Mientras hablaba, Gabriel ni siquiera pestañeaba. Escuchaba en silencio, con las cejas fruncidas y el gesto cada vez más endurecido.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —preguntó finalmente, con un tono más dolido que enfadado.

—Porque no quería exponerte ante el peligro.

—Precisamente por eso tenías que habérmelo dicho, Candela —replicó con un tono de voz más firme que nunca—. No quiero que te pase nada. ¿Quién más lo sabe?

—Directamente Elena. Se lo conté la tarde que fui a verla, cuando supe que estaba indispuesta. Necesitaba desahogarme.

—¿Qué quiere decir directamente?

—Que a ella se lo dije tal cual, sin rodeos. Y a Xosé, el cura, le conté que había encontrado algo valioso, pero no le confesé el qué.

—No entiendo por qué confías en ellos antes que en mí —afirmó con la decepción asomando también en sus ojos.

—No es eso, Gabriel. El primer diamante lo encontré la tarde que tuve que cubrir el turno de Elena. Estaba en su línea de trabajo. Por eso se lo conté a ella, tenía que hacerlo. Y con Xosé… porque sobre mi conciencia pesaba demasiado la culpa de tener algo que no me pertenece.

Gabriel se llevó una mano al cabello, despeinándolo con nerviosismo.

—¿Estás segura de que es un diamante?

—Ahora sé que sí. Al principio pensé que se trataba de un trozo de cristal, pero cuando lo saqué de la botella y lo tuve en las manos,

lo supe. Es exactamente como los que relucen en las veladas durante la temporada.

—¿Dónde los has guardado? Bueno no, no. No me lo digas, no quiero saberlo. Será mejor así. Tenemos que tener cuidado. Pero tú especialmente. No puedes fiarte de cualquiera.

—No son personas cualquiera, Gabriel. Elena es mi amiga. Puedo confiar en ella —dije apretando sus manos, que se mecían nerviosas entre las mías, para tratar de convencerlo—. No me traicionaría nunca. Y Xosé… es el cura. Está obligado a guardar silencio. Se lo conté bajo secreto de confesión y ni siquiera le especifiqué de qué se trataba.

—Da igual —murmuró—. Cada persona que lo sabe es un riesgo. Y no podemos exponernos más.

—Siento convertirte en cómplice, pero necesitaba contarlo.

—Tendrías que haberlo hecho antes.

El silencio nos envolvió un instante, roto solo por el murmullo del agua que rodeaba el templete.

—Escúchame bien, Candela. Vamos a averiguar qué está pasando. Pero lo vamos a hacer juntos. Hay que tener mucho cuidado, pero, sobre todo, tenemos que ser cautos e inteligentes.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Lo primero que no vamos a hacer es contarle esto a la Guardia Civil. Porque ahora mismo sería el peor error que podríamos cometer.

—¿Por qué? —pregunté, aunque sabía la respuesta.

—¿Qué crees que pensarán cuando se enteren? Dos empleados del Gran Hotel apareciendo con diamantes que no son suyos.

Seríamos los candidatos perfectos para convertirnos en sospechosos de robo.

—Sí… —asentí con alivio agitando la cabeza. Me alegraba saber que él también pensaba como yo.

—Entonces ya tenemos claro lo más importante. Nadie más debe saberlo. Ni una palabra, Candela. Prométemelo.

Sus pupilas se movían nerviosas, como un faro que en medio de la niebla busca la costa y no la encuentra. Sus dedos tamborileaban sobre el forjado del banco, marcando un compás nervioso. Me inquietaba verlo así, tan descolocado. Me sentía mal, decepcionada conmigo misma, como si por primera vez hubiese perdido esa seguridad que yo siempre le había atribuido. Rumiaba, se mordía el labio, negaba con la cabeza. Hasta que de pronto se levantó de un salto y empezó a caminar alrededor del templete, sin rumbo, como un animal enjaulado que acababa de ser liberado.

—Tengo una idea… —soltó—. Cuando empiece la nueva temporada, voy a colaborar en la imprenta. No necesitamos a los guardias, ni a un abogado ni tampoco a un juez. Necesitamos a alguien con olfato, con contactos y con inteligencia. Alguien que nos ayude a entender y a investigar. Ignacio puede ayudarnos, es un gran periodista.

Un nudo se me hizo en la garganta.

—¿Qué dices, Gabriel? ¿Estás seguro?

—Creo que es lo mejor… —respondió evitando mirarme directamente.

Supe entonces que su propuesta no tenía tanto que ver con la confianza en la habilidad de Ignacio, sino con lo que él representaba para mí.

—¿Y si nos equivocamos confiando en él? —pregunté con la seguridad de quien ya sabe lo que es sentirse decepcionada una vez por esa misma persona.

Gabriel apretó más mi mano.

—¿Se te ocurre algo mejor?

Me callé y tomó mi silencio como un no.

—¿Y cómo… cómo vamos a hacerlo? —me inquieté—. ¿Cómo le pediremos ayuda a Ignacio? ¿Cómo vamos a dar con él?

—Tienes que llamarlo directamente, a la redacción del periódico.

Enseguida sentí un mareo cuando imaginé volver a escuchar esa voz que creía guardada en el olvido. ¿Y si un solo tono devolvía todo lo que el tiempo y la distancia habían logrado dejar atrás?

—En la imprenta hay un listado de contactos. Estoy convencido de que entre ellos figurará el del periódico de Ignacio. Y sino, pues encontraremos la forma de contactar con él. Lo haremos mañana a primera hora. Yo iré directamente a la imprenta a buscarlo y tú tendrás que desaparecer un rato de la embotelladora. Nos veremos en la puerta trasera del Gran Hotel.

Al día siguiente lo más difícil no fue ausentarme del trabajo, ni siquiera inventar una excusa para ello. Me levanté sin más y nadie pareció notar mi ausencia. La verdadera destreza esa mañana de primavera temprana fue aprender a controlar los nervios que me dominaban. Salí de la embotelladora con rapidez y el aire seco me abofeteó en la cara despertándome bruscamente. A cada paso que daba para llegar al punto de encuentro, donde había quedado con

Gabriel, luchaba contra un vértigo aterrador. Creía caminar hacia el borde de un precipicio sin salida.

Enseguida llegué al punto de encuentro. Gabriel todavía no había llegado. Desde ese momento la espera se volvió todavía más insoportable, y mi mente comenzó a dispararse: ¿Y si le había pasado algo? ¿Y si había ocurrido algún contratiempo? Menos mal que no tardó demasiado en aparecer entre las sombras para rescatarme de mi propio desasosiego. Se apresuraba con urgencia, resguardando bajo su pecho lo que parecía el listado telefónico del que me había hablado. Nos encaminamos por los pasillos en penumbra que conducían a los diferentes despachos. El silencio se imponía con un peso solemne.

Las estancias eran amplias y nuestros pasos ágiles se deslizaban sobre el suelo, cortando las sombras que se mezclaban con la luz tenue filtrada por las grandes cristaleras. Así llegamos a la sala lateral. Un teléfono de baquelita negra descansaba sobre una mesa circular de madera oscura. A su lado reposaba un libro de registros.

Lo abrí con inmediatez, pero estaba en blanco.

—¿Quién deja un libro de registros vacío?

—Relájate —sugirió Gabriel reforzando sus palabras con un movimiento suave de manos.

La luz titilante apenas llegaba a la sala de llamadas. El entorno lúgubre y el silencio atronador le conferían un aire de clandestinidad a nuestra misión.

—Será mejor que lo hagamos rápido —susurró mientras yo me acercaba al teléfono, con la mano temblando.

Levanté el auricular. Al otro lado, el chasquido metálico de la línea dio paso a la voz clara de la operadora:

—Central Telefónica, dígame. ¿Con quién desea comunicar?

—Con el periódico *El Debate* en Madrid, por favor.

Unos segundos de chasquidos y murmullos eléctricos me hicieron contener el aliento, durante el breve tiempo de espera en el que la línea se volvió a abrir con un nuevo clic seco.

—*El Debate*, buenos días.

Tragué saliva.

—Buenos días, me gustaría hablar con el señor Ignacio de Alarcón, por favor.

La voz femenina preguntó con naturalidad:

—¿De parte de quién?

El calor traspasaba más allá de mis mejillas y las gotas de sudor se deslizaban por mi frente, creando un aguacero incontrolable.

—De parte de… de la señorita Fernández. Es… un asunto urgente.

—Lo lamento, señorita, aquí no trabaja ningún señor Ignacio de Alarcón. ¿Está segura de que me ha dado bien el nombre?

Me quedé muda, con la respiración atascada en el pecho.

—Discúlpeme, señorita…. Quizá no me haya explicado bien. Verá… soy su prima y me dijeron que trabajaba ahí como redactor.

—Comprendo, pero… Espere, déjeme que haga una consulta. Aguarde, por favor.

Solté todo el aire contenido, y mientras esperaba su respuesta, traté de entretenerme con el cordón del auricular, enredándolo en los dedos como si de ese hilo dependiera todo lo que podía perderse.

—¿Me escucha?

—Sí, dígame.

—Mire, efectivamente don Ignacio de Alarcón ha estado trabajando en este periódico. Pero ya no. Pasó a colaborar con *La Voz*. Yo soy nueva, llevo muy poco tiempo aquí, por eso no llegué a coincidir con él. Ha sido un cambio reciente.

—Gracias, señorita.

Con aquella nueva información, llamé al periódico en el que supuestamente trabajaba Ignacio.

—Buenos días, me gustaría hablar con don Ignacio de Alarcón.

—Un segundo, por favor.

El silencio se alargó unos instantes tan tensos que me sentí suspendida sobre un abismo.

—Ignacio de Alarcón al aparato.

Mi garganta se cerró y por un instante sentí que no podía hablar.

—Ignacio…, soy yo… Candela.

Siguió un silencio al otro lado, profundo y denso. Me lo imaginé congelado, con el auricular pegado a la oreja y tratando de procesar mi voz. Pude escuchar cómo su respiración se aceleraba, la distancia desaparecía de golpe y la realidad que tanto temíamos enfrentar se desplegaba ante nosotros.

—¿Qué tal está el agua por Mondariz? —sugirió con un tono que me quemó por dentro. No pude evitar sonreír maldiciendo de nuevo su estúpida idea de recordarlo a través del agua.

—Turbulentas, Ignacio. Más que nunca…

—¿Qué sucede, Candela? ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Sí…, estoy bien —mentí—. Estoy con Gabriel.

Podía sentir cómo procesaba cada palabra y cómo medía el peso de lo que acababa de decirle.

—Entiendo… —Un suspiro largo y contenido escapó de sus labios —. Es extraño escucharte así. ¿Qué tal estás?

—Verás, Ignacio. Lo que te quiero contar es delicado y necesito que dejes a un lado todo lo demás para que prestes atención.

—Adelante…

Me concentré en buscar las palabras correctas.

—He encontrado dos diamantes. En la embotelladora. Estaban ocultos dentro de las botellas de agua.

—¿Estás segura de que son diamantes?

—Sí.

—Necesito que me cuentes con detalles todo lo que sabes, por favor.

Traté de hacerlo lo más rápido posible. Mientras, Gabriel se mantenía a mi lado, en silencio, como un guardián, orgulloso y seguro de que estaba afrontando el momento con la combinación perfecta de valor y prudencia. Cuando terminé, Ignacio se quedó callado y entonces me volví a preocupar.

—Ignacio, ¿me has escuchado?

—Perfectamente, estoy tratando de asimilar todo lo que me has dicho… Escucha, Candela… Esto huele a algo muy gordo. Creo que no es algo trivial. Suena a un mecanismo complejo, a una operación de gran envergadura.

—¿A qué te refieres? —pregunté temblorosa.

—¿Está Gabriel a tu lado? Dile que se pegue bien al auricular para que me escuche. —Le hice un gesto para que se arrimase más de lo que ya estaba—. Esto huele a tráfico de diamantes, ¿me oís?

Me quedé sin palabras.

—¿Tráfico de diamantes? —repetí, viendo cómo Gabriel abría los ojos como platos.

—Si, Candela. No creas que esto es algo aislado, ni siquiera es algo nuevo. Ya hemos visto cómo se financian otros conflictos con recursos que parecen invisibles para los demás, pero demasiado llamativos para los ojos de otros… Hay quienes utilizan joyas para mover dinero sin que nadie lo note o financiar otro tipo de asuntos… más delicados. Pero quien dice joyas dice también otras cosas.

—Ignacio, no entiendo lo que me estás contando y me estás preocupando, ¿qué quieres decir?

—Mira lo que sucedió en Marruecos, durante la guerra de Melilla. Muchas de las operaciones militares se sostenían con fondos… llamémoslos… negros. De los que no aparecen en los presupuestos oficiales. Joyas, diamantes, incluso oro de contrabando…, se convertían en dinero negro para pagar a mercenarios, abastecer tropas o comprar armas. La administración oficial no podía cubrir todo, así que los que controlaban el comercio clandestino y las rutas de mineral y piedras preciosas tenían un poder enorme.

No comprendía lo que me estaba diciendo, yo no manejaba la misma información que él, tampoco tenía su inteligencia. Pero no quise evidenciarlo con palabras.

—¿Crees que se trata de algo parecido? —me limité a preguntarle.

—Totalmente. La Guinea Española es un buen punto de tránsito. Y ahora es un punto caliente. Nadie sospecharía jamás que un diamante podría esconderse dentro de una botella de agua. Por cierto, ¿cómo los descubriste?

—De milagro.

—Por eso te lo preguntaba, porque es complicadísimo. Los diamantes en agua se vuelven prácticamente invisibles. Es curioso, pero hay una explicación física detrás.

—¿Cuál? —pregunté sorprendida.

—Los diamantes tienen un índice de refracción muy alto, mucho mayor que el del agua. Eso significa que la luz que atraviesa el diamante se desvía muy poco al entrar o salir del líquido. Como consecuencia, se mezclan con el líquido, reflejando apenas la luz, y el ojo humano ni los percibe. Además, si el agua es clara y no hay burbujas ni impurezas, el efecto es aún más acusado. La probabilidad de verlo a simple vista es mínima.

Estaba totalmente asombrada con las palabras de Ignacio. No podía creerme lo que me estaba contando.

—¿Y tú por qué lo sabes?

—Candela, soy periodista.

—Por eso necesitamos tu ayuda, Ignacio.

—Escuchadme los dos con mucha atención. Lo primero que tenéis que hacer es mantener la cabeza fría. ¿Alguien más lo sabe?

—Si, Elena y Xosé… a medias.

Enseguida lo escuché gruñir.

—No se lo digáis a nadie más. Es muy importante que tengáis esto presente en todo momento.

—Está bien.

—Tenéis que trabajar juntos, tú y Gabriel, y observar a todos: quién llega, quién se interesa por quién, qué movimientos hay en la embotelladora, en el Gran Hotel, en los alrededores… Estoy convencido de que esto es parte de un gran engranaje, una pequeña pista o un torpe desliz puede tirar del hilo y revelar toda la

maquinaria. Pero para eso hay que actuar con cautela con mucho cuidado. Y permanecer bien atento en la sombra.

—Entiendo… —dije con un nudo en la garganta, mirando a Gabriel, que asentía con silencio solemne, consciente de que lo que escuchábamos era más grande de lo que hubiésemos podido imaginar.

—Va a ser una investigación lenta —continuó Ignacio—. No esperéis resultados inmediatos. Volveré a Mondariz cuando empiece la temporada, pero contad conmigo para todo lo que necesitéis. Informadme cuando sea seguro de cada hallazgo. Cada detalle, por pequeño que parezca, puede ser importante.

—Lo haremos… —prometí, intentando que mi voz sonara firme.

—Bien… Con precaución, Candela, pero actuad. Y recordad: observad y desconfiad de todo, Candela, y sobre todo… una cosa.

Suspiré sabiendo que llegaba la despedida.

—Cuídate.

—Tú también —acerté a pronunciar antes de romperme por dentro.

Colgué el auricular con el corazón roto otra vez por la mitad mientras luchaba por que me siguiera latiendo. Miré a Gabriel con los ojos brillantes, conscientes los dos de que la temporada que se avecinaba iba a ser más peligrosa y difícil de lo que jamás hubiésemos pensado.

19

Entré en la fonda alterada y nerviosa, con el único deseo de no encontrarme con mis padres para hablar tranquilamente con Elena. Corrí al cuarto, pero no había nadie. Necesitaba comunicarle con urgencia que había encontrado un tercer diamante. Lo descubrí del mismo modo que los demás: oculto dentro de una botella. Desde que Ignacio me habló del índice de refracción, me fijaba con una obsesión casi enfermiza en ellas. Todas parecían iguales, puras, limpias e inocentes, pero algunas guardaban secretos en su interior. Como las personas, las que presumen de transparencia son siempre las que más engañan. Aprendí a detenerme en los reflejos y a captar la diferencia sutil que había en la forma en que la luz atravesaba el agua. Fue así como volví a ver un destello diminuto que no correspondía al vidrio, ni al líquido, ni a ningún tipo de lógica.

Me disponía a salir del cuarto cuando bajo el buró, apenas visible, sobresalía el pico de su cuaderno. El mismo que había visto sobre la mesita el día que fui a visitarla.

Miré a mi alrededor con cierto recelo y de pronto me asaltó un impulso bastante desconcertante de hurgar en sus cosas. Apreté los puños para frenarlo. No podía permitir que la sombra de la duda rompiera el lazo que nos unía, y aun así había algo excitante en tocar lo que no debía. Si antes de actuar pudiésemos prever las

consecuencias, quizá no nos atreveríamos a dar un solo paso y nos quedaríamos clavados justo en el lugar donde el primer pensamiento nos obligó a detenernos. Pero cuando me di cuenta ya era demasiado tarde para frenarme. No era yo la que avanzaba hacia el cuaderno, era él el que me reclamaba con esa esquina que asomaba, pidiéndome a gritos satisfacer la tentación de perderme entre sus páginas. Mi curiosidad escondía mi propio castigo. Lo cogí y enseguida mis ojos comenzaron a navegar por sus líneas.

JUNTO AL RÍO

Agua oscura al alba, corriente muda.
Piedras que flotan, nada se ayuda.
El fondo huye, si la luz se apaga,
todo se pierde si no acaba.

EN LA IGLESIA

El aviso suena con el viento,
cuando las hojas caen.
El tiempo se para si la pureza decae.
Todo se quiebra.

EL SECRETO EMBOTELLADO 12-02-1921

Aguas tranquilas, latido constante.
La superficie oculta lo que ya subyace.

LA DUDA DESBORDADA 16-04-1921

Río quebrado en mil senderos.
Nada avanza, todo retrocede.
La calma es un hilo que pronto cede.
Cuando nada llega todo desaparece.

EL JARDÍN ESCONDIDO

La corriente grita y calla sin fin,
rompe lo que estaba quieto en su jardín.
El agua esconde lo que debe partir,
y lo que fluye se niega a seguir.

Estaba sorprendida. Me emocioné al sentir la delicadeza y la verdad que Elena había puesto en cada palabra. Volví a recorrer las páginas, dejándome mecer por el ritmo de las sílabas y por el vaivén de las metáforas. Entonces me di cuenta de un detalle que me había pasado desapercibido: dos de los poemas estaban fechados. Volví a leerlos con atención y no pude evitar sentir un escalofrío al percatarme de una extraña coincidencia. El poema del «secreto embotellado» tenía la fecha exacta del día que encontré el primer diamante. La recordaba porque era el cumpleaños de padre. Y el otro, el de «La duda desbordada», coincidía con el hallazgo del segundo.

Abrumada, cerré el cuaderno de golpe. Elena era conocedora de todo lo que había ocurrido con los diamantes. Ella y, en cierto modo, también Xosé. Enseguida supe que tenía que volver a hablar con él.

No solo porque en la iglesia encontraba paz y seguridad, sino porque necesitaba comprobar si podía seguir confiando en él.

La luz del atardecer se filtraba en jirones por los pequeños vitrales, haciendo bailar diminutas motas de polvo en el aire. Padre estaba colocando unas flores al pie del altar. Al verme sonrió y me llamó con suavidad:

—Candela, *filla*… ¿Qué tormenta traes encima esta vez? —dijo mientras se acomodaba la sotana con la mirada fija en mi rostro huidizo—. No tengas miedo. Aquí no hay juicio, solo misericordia. Confía.

—Ese es el problema, padre. Que no confío en nadie.

—Quien pone su confianza en las personas se hiere, pero quien lo hace en Dios encuentra calma y consuelo.

Los nervios se me desataron y, fruto de la presión y de la culpa, empecé a llorar cuando hablé sobre el cuaderno de Elena que había encontrado en la habitación.

—Entiendo tu dolor. Cuando la sospecha entra en el corazón, todo lo contamina, incluso lo que antes parecía puro. Pero no te precipites en tus juicios ni tampoco alimentes la desconfianza más de lo necesario. Mantente atenta, pero sé prudente. La verdad, tarde o temprano, pondrá todo en su lugar.

—Ya me lo advirtió Gabriel… —murmuré, bajando la voz—. Que no podíamos fiarnos de nadie y que tenemos que tener mucho cuidado. Pero… ¿cómo se vive desconfiando de todos? Yo no sé hacerlo. ¿Qué sentido tiene la vida si no se puede compartir?

Padre Xosé inclinó levemente la cabeza, con una compasión silenciosa en la mirada.

—Vivir sin confiar es como caminar con los hombros encogidos, temiendo la pedrada que quizá nunca llegue. Nadie puede caminar en soledad. La prudencia es necesaria, pero la confianza también. Tienes que avanzar con los ojos abiertos y el corazón sereno.

—¿Y si confío y me lastiman?

—Lo más difícil no es perdonar, sino volver a abrir la mano después de que alguien la haya soltado. Pero ¿sabes lo que ocurre si no lo haces? Que acabas viviendo con el puño cerrado. Y así no se puede recibir ni dar nada nuevo. Aprenderás a perdonar.

Me mordí el labio. Estuve a punto de confesarle que había hablado con Ignacio y de que estaba convencida de que, detrás de esos hallazgos, había una gran trama de tráfico de diamantes, pero me contuve. Sabía que no debía abrir del todo la mano. En ese momento algo en mí empezó a cambiar.

—Gracias por escucharme, padre —dejé escapar un suspiro contenido.

Xosé asintió bajando la cabeza y dándome la bendición con las manos. Justo cuando me iba a levantar, me sorprendió:

—Candela…, ¿has averiguado algo más sobre tu origen?

Me tensé un instante, pero sentí que podía confiar en él, al menos un poco más que en otras personas.

—Todavía no. No estoy preparada. Pero sé que llegará el momento en el que tenga que enfrentarme a eso. Antes o después.

Suspiré al recordar todas las inquietudes que se agolpaban en mi cabeza.

Él se quedó callado, como si se hubiese arrepentido de hacerme esa pregunta en aquel momento. Pero al cabo de un segundo largo, volvió a hablar:

—Lo importante es que recuerdes, hija, que siempre hay raíces que te sostienen, aunque no las veas. Y cuando te sientas perdida, no olvides que eres hija de este mismo Dios, que guarda y acompaña.

—Sí, sí, padre —respondí aún sin comprenderlo del todo en ese momento.

20

Las semanas siguientes transcurrieron a una velocidad vertiginosa, y de pronto me encontré preparando las habitaciones ante el inminente inicio de una nueva temporada. El tiempo corría como agua desbocada que se deslizaba arrasando todo a su paso. Y yo todavía no tenía una estructura sólida para impedir que me arrastrase la corriente.

Llevaba días sintiendo que el trabajo me devoraba por dentro. Ni siquiera tenía tiempo para pasarlo con Gabriel. Él también tenía muchas tareas, porque, además de ocuparse del jardín, en esta etapa que estaba a punto de comenzar también trabajaría en la imprenta. Lo que nos diferenciaba es que él tenía ilusión, y yo la había perdido. Recordé con dolor los nervios del año anterior. Incluso los instantes más luminosos dibujan una enorme cicatriz en la memoria de quienes se atreven a vivirlos plenamente. La ilusión se había tornado en miedo, la emoción, en cautela, y la confianza, en un enorme problema.

Debía hablar con él antes de que llegasen los huéspedes y todo volviese a su ritmo frenético. Necesitábamos trazar un plan de actuación, pero los pocos momentos que compartíamos eran fugaces y siempre había algo que se interponía entre nosotros.

No habíamos vuelto a hablar con Ignacio. Era demasiado arriesgado recurrir al teléfono del Gran Hotel. Por eso Gabriel pensó que era mejor esperar a que él regresase para contarle todo en persona y a mí también me pareció buena idea silenciar su voz. Tampoco teníamos nada nuevo que decirle.

Con Elena ocurría todo lo contrario. Me la encontraba en cada parpadeo, siempre estaba presente de un modo o de otro. Pero fingía que no me enteraba. Por eso me esforcé en borrar de mi mente que había leído su cuaderno para no parecer una espía ante sus ojos.

Las horas pasaban sin que yo avanzase demasiado con mis tareas. Estaba agotada, y lo poco que quedaba de mí se deshacía en partículas diminutas de cansancio, similares al polvo que se acumulaba alrededor mis pies mientras recorría la habitación con la escoba. Estaba limpiando el dormitorio presidencial de la primera planta. Uno de los más grandes del Gran Hotel.

Tenía el techo alto y unas paredes adornadas con molduras antiguas pintadas en tonos claros. Lo más bonito de la estancia era, sin duda, el ventanal, tan grande que parecía un mirador. Abrí sus puertas de par en par con la excusa de airear un poco el cuarto. Llevaba demasiado tiempo cerrado. Me encantaba hacerlo porque sentía que desplegaba mis alas. En otro tiempo habría creído que podría volar como una pluma ligera, sin miedo al vacío, pero ahora solo me quedaba la certeza amarga de que, de intentarlo, me estrellaría contra la realidad, dándome de bruces contra el suelo.

Unas nubes preñadas de agua que presagiaban una tormenta inminente moteaban el cielo ennegrecido. De pronto todo vibró con la brutalidad del primer trueno. Las cataratas del cielo se abrieron de

golpe y la lluvia cayó a trompicones borrando los pocos contornos que quedaban visibles del horizonte.

La noche acechaba y, si la lluvia no remitía, probablemente tendría que quedarme a dormir junto a mis compañeros en el Gran Hotel.

Corrí a cerrar la ventana y al hacerlo vi a alguien en el exterior. El corazón me dio un vuelco. ¿Le habría pillado la tormenta también a Gabriel mientras trabajaba? Un destello abrió una herida en el cielo y todo se iluminó por un instante. Acerté a ver a dos figuras borrosas forcejeando dentro del salón de baile del jardín. Entonces llegó otro relámpago. El definitivo, el que lo cambió todo. No solo porque estalló con una luz fulgurosa que convirtió la noche en un escenario despiadado, sino también porque en medio de tanta oscuridad la claridad afloró de golpe. Don Alfonso, el director del hotel, descargaba patadas contra el vientre de Elena, tirada en el suelo, doblada en dos, como si fuese una muñeca rota. A pesar de su debilidad, él no cesaba en su violencia y movía la pierna con una frialdad calculada, evitando apuntar a su rostro, como si la brutalidad pudiese esconderse bajo la piel invisible del dolor.

Permanecí clavada en el sitio, con la respiración ahogada en la garganta. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo mientras me preguntaba cómo alguien podía ser tan cruel. El silencio que vino después fue aún más atroz que el estruendo del trueno. Pero no había tiempo para el miedo, tampoco para pensar. Tenía que ir a socorrer a Elena.

Cogí aire y llené los pulmones de ardor, como si la tormenta hubiese prendido fuego dentro de mí. Con el alma abriéndose camino, eché a correr escaleras abajo.

Enseguida alcancé la puerta y salí a la calle. La lluvia me martillaba clavándome alfileres sobre la piel, inyectando su furia inhumana, empapándome y cargándome con un peso que me dejó débil y helada. El frío cortante de la noche liquidó el sudor que me barnizaba la frente. La angustia me cegaba. Caminaba entre tinieblas densas y frías mientras las aguas invisibles rugían bajo mis pies. Estaba ya muy cerca del salón. Tanto, que vi perfectamente como Xosé abofeteaba a Alfonso con la suficiente fuerza como para desequilibrarlo. Este se tambaleó, incapaz de sostenerse, y cayó al suelo. No entendía cómo el cura, de complexión baja y redonda, había reunido la fuerza suficiente para tumbar al director, un hombre más joven, fuerte y robusto. Un milagro del Señor, quise pensar, sin tiempo para digerir lo que estaba pasando.

Fue en ese preciso momento cuando Elena se levantó con la poca fuerza que le quedaba y echó a correr.

—¡Elena! —grité todo lo fuerte que pude para que me encontrara, pero la tormenta se tragaba mi voz como si fuese un murmullo insignificante.

Ella huía despavorida, inclinada hacia delante, casi arrastrándose sobre el suelo resbaladizo y con los brazos extendidos, buscando un equilibrio que no encontraba. Hasta que un tropiezo, o tal vez el agotamiento, la hizo caer al suelo. Se derrumbó a escasos centímetros de mí como una muñeca rota.

Me arrastré a su lado para socorrerla. La acerqué a mí y recosté su cabeza sobre mis piernas. Su cuerpo temblaba contra el mío. Elena apenas podía mantener los ojos abiertos, inconsciente de que el mundo que nos rodeaba todavía giraba salvajemente.

La envolví con los brazos como si así pudiera protegerla de todo lo que acababa de suceder y le hablé con voz firme y temblorosa a la vez:

—Chsss… Ya pasó, Elena. Soy yo, Candela.

Lo repetí varias veces. Insegura de si me escuchaba porque no reaccionaba. Pronto noté que su respiración se equilibraba, lenta y vacilante, mientras yo mantenía la presión de mis brazos sobre su cuerpo.

Al levantar la vista, vi cómo Xosé le tendía la mano a Alfonso para ayudarle a ponerse en pie. Este escupía sangre por la boca mientras el cura lo sujetaba por el hombro. Ambos se hablaban en un tono bajo pero cargado de rabia contenida.

No entendía qué era lo que estaba viendo con mis propios ojos. Mi mente no alcanzaba a comprenderlo del todo. ¿Era un mal sueño? ¿O estaba ocurriendo de verdad? Pero… ¿qué era exactamente lo que estaba pasando?

TERCERA PARTE

Aguas desbordadas

21

12 de junio de 1921

Había tanto humo en la cocina que parecía que el mismo techo era quien suspiraba, agotado de contener cada día aquel hervor incesante. Culminaba la primera semana de la nueva temporada. El vapor ya no venía de las botellas: ahora subía desde las ollas y cazuelas, y a mí también me hervía la cabeza con tanto trajín. Entre tanto ruido, habría olvidado que era domingo de no ser porque Manuel irrumpió en la cocina corriendo con el ejemplar de *La Temporada* en las manos*,* todavía caliente, recién salido de la imprenta.

—¡Extra, extra! Os traigo las noticias frescas ¡en exclusiva! Antes de que las lean los huéspedes. Ahora decidme que lo mío no es eficacia… —remató con aire triunfal mientras Alicia lo miraba con vergüenza, como confirmaban sus pómulos enrojecidos.

Cuando Andrés lo vio llegar, no tardó en abalanzarse sobre él para arrebatarle el ejemplar.

—¡Chsss! —silbó, alargando la mano y moviendo los dedos hacia él—. Trae eso para aquí, que tú no sabes cómo se leen las noticias en esta cocina. Mira, la carta de bienvenida del director te la puedes saltar, es peor que un sermón de misa.

—¡Silencio! —Alicia colocó el dedo sobre la boca con la pista puesta en la puerta—. No hables así de don Alfonso, como alguien te oiga, te largan a la calle sin pensarlo dos veces.

—¿Don Alfonso? Ese hombre tan galán y educado… ¿Te refieres a nuestro querido director?

—¡Pues yo lo prefiero a ti! —rio Adriana—. Si de tus labios dependiera, el balneario se llenaba de chascarrillos de taberna.

—Y aun así tendría más gracia —replicó Manuel, provocando carcajadas—. Bueno, vamos a lo importante. Aquí lo interesante no es lo que diga don Alfonso, sino lo que viene después.

—Mi parte favorita es la que habla de los huéspedes —admitió Adriana.

—Pues la mía es donde sale el menú, así voy salivando mientras pienso en las sobras. Ayer comí un huevo frito por la mitad —confesó Daniel encogiendo los hombros.

—¡Menudo festín! —ironizó Andrés.

—No te preocupes, que igual tienes suerte y comes huevos revueltos —dijo Manuel.

La carcajada de los presentes celebró la ocurrencia.

Manuel pasó varias páginas y, antes de pronunciar palabra, abrió los ojos con sorpresa.

—¿Esta no era la escritora? —preguntó en alto.

Todos nos quedamos quietos alrededor del ejemplar, fijándonos en el retrato de Amalia, que ocupaba el centro de la publicación. La letra era demasiado pequeña y no era capaz de leerla.

—¿Qué pasa? —pregunté sin contener la curiosidad.

Manuel comenzó a leer:

—«A la condesa Amalia Prado, gloria eterna de las letras españolas, quien nació en la ciudad de La Coruña y falleció en Madrid, el 12 de mayo del presente año».

> Este número quiere rendir homenaje a la insigne gallega que el mundo conoció con el nombre de Amalia Prado. Su vida y obra evocan con reverencia la lucha que sostuvo, con tesón y coraje, para que la mujer conquistara, con el mismo derecho que el hombre, los espacios de la cultura, la erudición y del pensamiento que la sociedad con torpe prejuicio le negó. Sintió, con legítimo y delicado prurito, el deseo de ocupar un lugar en la Real Academia de la Lengua, y murió sin alcanzar el reconocimiento formal que tanto merecía, por los prejuicios incomprensibles de la ignorancia. Sus obras, que tantas veces escandalizó a la crítica literaria con la audacia de sus juicios, exaltaron la inteligencia de la mujer, reivindicando su dignidad y su derecho a la gloria. Hoy celebramos con júbilo y admiración la plenitud de su genio, la magnitud de su obra y la fuerza de su ejemplo. Su legado seguirá iluminando a los amantes de la literatura, recordando que la verdadera grandeza no reside en los honores concedidos, sino en la pureza de su alma, y mientras haya quien lea, quien piense y quien aspire a la verdad su espíritu seguirá vivo, erguido y luminoso.

La noticia me dejó rota, y un nudo de emociones se instaló en mi pecho, pero enseguida un pensamiento me golpeó con más fuerza. ¿Ese era el motivo por el que Ignacio había cambiado de periódico? Recordaba perfectamente que Amalia había recomendado el diario en el que él trabajaba.

Escuché por encima cómo comentaban que, tras su fallecimiento, el Gran Hotel organizaría por primera vez un certamen de literatura en su honor. Hablaban asimismo de la inauguración, la semana siguiente, de un espacio de ocio nuevo, el casino. Pero solo volví a

prestar atención cuando Manuel leyó en alto la lista de los nuevos huéspedes del balneario:

—«Se encuentran hospedados en el Gran Hotel para entregarse al saludable tratamiento de estas aguas la señora María Soutelo, el distinguido caballero don Guillermo Fonseca, acompañado de esposa e hijos, así como el elegante visitante francés monsieur Philippe Lapierre, quien goza de la compañía familiar. Desde su residencia en Lisboa, nos han honrado con su llegada los respetables señores Da Sousa, quienes se presentan acompañados por don Álvaro Monteiro, reconocido abogado de la vecina nación, y su consorte, doña Constança».

Con María Soutelo me había topado la noche anterior, antes de emprender el camino de regreso a la fonda, y a Bruna la veía constantemente en el Gran Hotel. Era ese tipo de personas que mejoraban mi día solo con su presencia. Estaba algo más cambiada, pero conservaba el aura magnética que tanto la caracterizaba. Siempre estaba acompañada por esos amigos portugueses. Habían venido porque querían comprar viñedos en Galicia.

Manuel continuó leyendo en alto:

—«En una de las villas que el bosque guarda entre sus sombras, se han instalado el excelentísimo Jerónimo de Almenara Santamaría, propietario de una de las más notables casas farmacéuticas de Madrid, junto con su esposa, doña Elvira, y su hija Beatriz».

Al leer el nombre de la joven, Manuel no reprimió el suspiro.

—Beatriz, la pelirroja que está para mojar pan —rememoró antes de volver a la lista de huéspedes—: «Procedente de La Habana, llegó antes de ayer, acompañado de su familia, el ilustrado notario

de la importante capital de la república cubana, Pascual de Henestrosa. Y la señora viuda de Olivares…».

—Otro fallecido —interrumpió Andrés—. ¿Estas aguas son milagrosas o mortíferas?

Me quedé helada. Sabía que su difunto marido, don Víctor, no mostraba especial interés por el género femenino, más bien lo contrario. Yo misma lo había descubierto besándose con otro hombre de identidad desconocida la temporada pasada. Enseguida un escalofrío me recorrió el cuerpo al preguntarme si aquella muerte había sido natural o si podría tratarse de un accidente para tapar un escándalo. En cualquier caso, nada era a cómo me lo esperaba.

—¿Puedo seguir? —preguntó Manuel.

—Si, perdón.

—«Hace ya varios días que se encuentra en el balneario el señor Federico de Bustos junto a su esposa, Eugenia, quienes han llegado hasta Mondariz recomendados por nuestros queridos amigos el señor Ramiro de Icaza y su esposa, que disfrutan de estas aguas desde el inicio de la temporada».

Al escuchar sus nombres no pude evitar sonreír. Apenas había tenido tiempo de hablar con Loreto. La había visto el primer día. Fueron los primeros en llegar al Gran Hotel tras abrir sus puertas. Su vientre abultado ya no disimulaba la criatura que se gestaba en su interior.

—«En el rápido del martes llegará a este balneario el excelentísimo Hugo Quiroga, ministro de Estado, acompañado por el secretario de embajada y jefe del Gabinete Diplomático, don Arturo Valcárcel». —Manuel acomodó el papel entre las manos.

—¿Alguno más? —preguntó Adriana.

—No —respondió Manuel.

«Bueno, pues ya estamos todos…, o casi todos…», pensé.

Regresé a la fonda antes de que la noche cayese sobre mis hombros. No quería cargar con más peso del que ya sostenía.

Con la llegada de los agüistas me había vuelto a distanciar de mis padres. Aquel primer acercamiento se convirtió en un recuerdo confuso, extraviado en un pestañeo demasiado breve como para verificar que realmente había sucedido.

Entré sin hacer ruido. Al llegar a mi cuarto contuve un suspiro de alivio cuando comprobé que Elena no estaba. Desde que ella llegó a la fonda, todo dejó de ser mío. Aprendí incluso a compartir el silencio, y, casi sin darme cuenta, también a silenciarme a mí misma. Por eso agradecí su ausencia y la soledad, a veces tan necesaria.

Me solté el pelo, me quité los zapatos y me dejé caer rendida sobre la cama. Aunque al instante me incorporé de un brinco angustioso, provocado por el miedo, y avancé de puntillas hasta el punto exacto en el que una de las tablillas del suelo cedía sobre las demás. Antes de agacharme con cuidado para levantarla, miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie me miraba. Era justo ahí debajo donde guardaba, dentro de una caja pequeña de madera que mi padre me regaló cuando era niña, los diminutos diamantes.

Al abrirla, el pequeño destello de la certeza fue lo que me deslumbró, cuando vi que seguían brillando con ese resplandor tan inquietante. Los coloqué sobre la palma de la mano, luego cogí uno con cuidado y vi cómo la luz se quebraba en él. Era precioso; parecía que en su interior se escondieran cientos de universos paralelos y

minúsculos. Su tacto me quemaba la piel, como brasas disfrazadas de cristal. Cerré los ojos, solté un suspiro largo y, con un gesto casi tembloroso, los devolví a la caja. Me puse nerviosa, y sin pensarlo mis dedos se sujetaron a la cadena que colgaba en el cuello. Entre esas piedras que parecían arder en la penumbra y el frío metal de la cadena, vi reflejados los dos enigmas que habían trastornado mi vida. El misterio de mi origen y aquel hallazgo que no dejaba de perseguirme.

Volví a encajar la tablilla en el suelo, como si así pudiese cerrar también las preguntas que bailaban en mi cabeza para poder descansar aquella noche. Me engañaba. Sabía que no sería capaz de hacerlo hasta que no conociese la verdad.

22

Todo volvió de repente: las reuniones, las actividades, el derroche y, por supuesto, las veladas. Y la de aquella noche no era una cualquiera, era la fiesta de bienvenida de la temporada, la más esperada del año.

El traqueteo de los tacones resonaba cada vez más cerca. Nerviosa, me apresuré a coger la bandeja y a colocarme en posición erguida para conjurarme ante la torpeza y así asegurarme de que todo comenzaría con buen pie. No quería cometer ningún error; si fallaba al principio, todo quedaría marcado por un mal comienzo. Era una especie de ritual interno, una superstición irracional, pero no estaba la cosa como para confiar el destino a la suerte. El orden siempre empezaba por mí, y si yo flaqueaba, todo a mi alrededor se desmoronaría en cadena.

Cogí aire y traté de relajarme. Aunque… más que preocuparme por cumplir con los menesteres que cualquiera llamaría del oficio, mi prioridad aquella noche era otra bien distinta. Necesitaba observar y analizar cada gesto, cada mirada, cada palabra y, sobre todo, cada silencio para tratar de descifrar lo que sucedía en torno a mí. El más mínimo detalle podría ser importante y no debía pasar nada por alto. Solo de pensarlo me inquietaba.

Había quedado con Gabriel en repartirnos la vigilancia. Él, desde la imprenta, tendría la ventaja de enterarse antes que nadie de cuáles serían los próximos eventos, y esa información privilegiada nos daría el margen de maniobra que necesitábamos para anticiparnos y organizarnos entre nosotros, asegurándonos de que al menos uno de los dos siempre estaría en posición de actuar.

Él sería el ojo capaz de captar los rumores antes de que se asentaran, el que podía adelantar los pasos de quienes movían los hilos desde la sombra. Yo sería la mirada discreta que se mezclaría entre los huéspedes, aparentemente absorta en el trabajo aburrido y rutinario de una doncella, pero en realidad tenía la excusa perfecta para desempeñar mi papel con normalidad sin levantar sospechas, ya que podía adentrarme prácticamente en cualquier estancia, escuchar conversaciones ajenas y mimetizarme con las paredes si hacía falta sin que nadie se percatase. Siempre pasaba desapercibida, y esa capacidad era mi mejor arma y tenía que aprovecharla. En verdad sería como deshacer un ovillo de lana: tiraría poco a poco de un hilo mientras observaba cómo se desenredaba todo lo demás. Pero también sabía que tendríamos que ser cautos. La vigilancia era un juego de equilibrio, y un fallo pondría en riesgo todo lo que habíamos empezado a construir con tanto cuidado.

Me sobresalté cuando el cuarteto de músicos me arrancó de mi ensimismamiento con una primera nota demasiado estruendosa para mi ánimo. Fue entonces cuando Manuel, con la ayuda de Andrés, que estaba al otro lado, empujaron al unísono las grandes hojas de la puerta del salón para que la comitiva de huéspedes comenzase a desfilar hacia el interior.

Algunos lo hacían en parejas, otros en pequeños grupos, y no faltó algún atrevido que se presentó en solitario, sosteniendo la mirada con un aire de seguridad demasiado ensayada.

Todos adornaban su vestimenta con una sonrisa de etiqueta recién estrenada y medida porque lo más más importante no era ser, sino estar, y quien no lograse hacerse notar en esa primera noche corría el riesgo de pasar desapercibido el resto de la temporada, condenado a la discreción forzosa. Y eso en Mondariz era el peor de los castigos.

El salón estaba engalanado con una profusión de adornos florales demasiado excesivo para mi gusto. Quizá para disfrazar con dulzura un ambiente que no era más que un jardín lleno de espinas. Idílico en apariencia, pero peligroso para quien no supiera caminar entre sus senderos. Enseguida los huéspedes se acomodaron, formando pequeños círculos que revelaban afinidades y distancias. Alcé la ceja, sujeté la bandeja y me mimeticé entre ellos. El ambiente era de contrastes. Los caballeros, con traje oscuro, aportaban sobriedad, mientras que las damas, con vestidos en tonos cálidos, irradiaban un resplandor abrasador que me empezaba a fatigar.

Pronto el murmullo esporádico de las conversaciones se elevó por encima del ritmo cadencioso de la música. No podía dejar de mirarlos. Estaba abrumada con tantas caras desconocidas. Tras la primera pieza musical, don Alfonso apareció sobre el escenario para pronunciar su tradicional discurso de bienvenida. Podría haber repetido cada una de sus palabras sin necesidad de escucharlo, porque conocía de memoria su retahíla sobre las virtudes de las aguas. Todo almibarado con el mismo tono grandilocuente con el que siempre buscaba agradar a los demás. Mis ojos saltaban de su

figura, iluminada por un haz de luz, hacia la multitud expectante, que asentía y sonreía sin demasiado criterio en la penumbra. Bajo ese foco que lo bañaba en una luz dorada, se me hizo imposible no recordarlo en mitad de la tormenta, con el rostro desencajado mientras sujetaba a Elena con una violencia que me volvió a helar la sangre.

La imagen de aquella noche seguía persiguiéndome. Podía fingir que la olvidaba, que el bullicio de los aplausos la borraba, que todo era un mal sueño, pero la realidad es que la escena regresaba a mi cabeza una y otra vez, sin darme tregua, con la misma fuerza asfixiante de entonces. Mi papel exigía compostura. Así que me obligué a perderme entre las mesas para buscar refugio y distracción en el eco de conversaciones que poco a poco tejían la verdadera esencia de la velada.

Miré a mi alrededor y enseguida vi a Beatriz, la joven hija del matrimonio madrileño dueño del laboratorio farmacéutico. Su cabello rojizo prendió la llama de todas las miradas que la observaban, también la mía.

Llevaba un vestido de seda verde esmeralda, con un escote sutil que dejaba entrever la delicadeza de sus hombros. Su rostro de porcelana, salpicado de pecas, estaba enmarcado por una expresión penetrante y aterciopelada, demasiado inocente para su magnetismo y demasiado seductora para su aparente fragilidad. Sus ojos, afilados, observaban sin disimulo las múltiples muecas de fascinación que brotaban a su paso.

Entre la multitud mis ojos se cruzaron con los de Manuel, que agitaba la mano sin descanso, como si intentara disipar el calor que

le provocaba la presencia de Beatriz. No pude contener la carcajada al verlo ruborizarse de aquella manera tan evidente.

Cerca de Manuel, algo alejado y parcialmente oculto tras una columna, estaba Philippe Lapierre, junto a Pascual, el huésped cubano. Supe que era él por el inconfundible aroma dulzón y persistente que emanaba del habano que sostenía entre los dedos. Era moreno, de rasgos exóticos y complexión robusta.

Sus movimientos tan marcados enseguida me pusieron en alerta. Por eso me acerqué a ellos con la excusa de ofrecerles un canapé, intentando averiguar de qué hablaban.

—Oh, eso es *fantastique.* —Philippe alargaba las vocales con su marcado acento francés mientras se acariciaba el bigote con cuidado —. Llevo mucho tiempo intentando expandir mis negocios en América Latina, pero… es un mercado que se me resiste.

Pascual, con el rostro más serio, apuró una calada antes de contestarle:

—No es por desanimarlo, pero es muy complicado. —Dejó que la brasa se avivara antes de continuar—. Primero hay que ganarse la confianza, y eso no se consigue en dos días. Tampoco en tres. Después hay que hacer buenos contactos, y le aseguro que eso es difícil. Y tener paciencia. En Cuba no basta con tener dinero. Hay que saber con quién hablar, y sobre todo con quién callar. Las autoridades ponen trabas cuando les conviene y los negocios a los que yo me dedico no entienden de errores. Además, la gente allá no confía fácilmente en los franceses —concluyó soltando una bocanada de humo.

Philippe forzó una sonrisa diplomática.

—Sé de lo que habla, *mon ami*. Tengo muchos contactos en Europa y no ha sido fácil, créame. Pero estoy convencido de que eso cambiará en este lugar… —Acompañó sus palabras abriendo las manos—. Podemos hacer muy buenos negocios juntos.

Pascual no respondió de inmediato. Volvió a darle una calada lenta al puro y luego la soltó con tanta fuerza que el humo barrió la cara de Philippe como si quisiera que desapareciera con la exhalación.

—Muy bien… Veremos qué podemos hacer entonces —dijo con tono ambiguo.

El francés levantó su copa con un gesto enérgico, como si quisiera suavizar el aire denso que todavía circulaba en torno a su rostro, algo descompuesto.

—Ha sido un placer conocerle, *mon ami* Pascual. Brindemos por nuestros futuros negocios.

Pascual repitió el gesto y alzó la copa sin demasiado entusiasmo. Luego le dio un sorbo breve y le dio la espalda, encaminándose hacia el otro extremo del salón no sin antes mirarlo de soslayo con un gesto inequívoco de desconfianza.

Había en Pascual algo que me transmitía confianza. En su mirada vi una pizca de nobleza y autenticidad que lo hacía distinto de otros hombres que se pavoneaban en el salón. No sabía explicar el qué, quizá era una solo una intuición, o que había despachado con elegancia a Philippe… Tal vez solo por eso, sin saber muy bien por qué, me caía bien.

Supe de inmediato que jamás llegaría a hacer negocios con Philippe. El parecía demasiado blando y propenso a la palabra hueca como para convencer a alguien como Pascual. Aun así, debo

reconocer que, cuando escuché su conversación, me pareció un firme candidato para mi lista de sospechosos. Huésped nuevo, con contactos en La Habana y dispuesto a negociar con un empresario francés… Podría encajar, pero sería demasiado evidente, ¿no? ¿O era esa la mejor carta para jugar al despiste? Me quedé un rato pensativa, calibrando la idea, pero sentí que simplemente eran dos hombres que se observaban desde extremos opuestos, pero ninguno jugaba sobre el tablero que yo perseguía.

Almacené esa información en la cabeza y seguí caminando por el salón para camuflarme entre más conversaciones y avanzar en mis investigaciones. Di un par de pasos hasta que de pronto una leve presión en el hombro me paralizó. Era tan suave y sigilosa que al principio pensé que era un roce accidental, pero enseguida unos dedos aventureros se deslizaron de forma ascendente hasta mi cuello y eso era demasiado calculado como para confundirlo con una cortesía. Ladeé un poco la cabeza, tratando de desprenderme del cosquilleo que brotó dentro de mi cuerpo. No sabía quién era y una sensación incierta me recorrió la nuca con una mezcla extraña de sorpresa e incomodidad. En un rincón más profundo de mí misma, un temblor que no me atrevía a reconocer despertó algo más que un impulso incontrolable.

—Señorita…

Su voz profunda y modulada me acarició primero el lóbulo de la oreja, enseguida el calor de su aliento durmió mis ojos, que se cerraron solos mientras sentía que cada poro de mi piel se helaba al contacto de sus dedos inquietos.

Cuando me giré, él me observaba mostrándome el vaso vacío en la mano. Con esa mirada de quien se cree que domina también el

tiempo, clavó sus ojos en los míos y luego los hizo descender despacio, con descaro, acariciándome visualmente hasta que se detuvieron en mi boca. Y allí se quedaron, hambrientos, como si quisiera atrapar las palabras antes de que llegaran a pronunciarse.

La cercanía tan inesperada de Guillermo tenía algo de seductor y, al mismo tiempo, de amenazante.

—No esperaba encontrarte sola entre tanta gente —dijo inclinándose ligeramente hacia mí, aunque manteniendo la distancia suficiente para jugar conmigo.

Mi respiración se aceleró un poco, pero no dije nada, solo mantuve la mirada fija en algún punto neutro del salón, tratando de no dejarme vencer por una situación que me incomodaba e intrigaba a partes iguales.

—Disculpe, ¿qué quiere? —pregunté aturdida intentando ganar algo de tiempo.

—Nada más que… una pequeña atención. —Acompañó sus palabras con el gesto sutil de su mano rozando mi brazo. Tragué saliva y lo aparté ligeramente, aunque sin retirarlo del todo. Él se acercó lo justo para que percibiera su perfume—. Por ejemplo, ¿me traerías otra copa?

Sonreí ligeramente, fingiendo que no había visto cómo se mordía el labio.

—Por supuesto, ¿de qué? —Me esforcé por mantener la voz neutra.

—De lo que tú quieras darme… —dijo mientras deslizó la yema de su dedo con una suavidad medida por el dorso de mi mano antes de retirarlo.

Enseguida maldije mi propia ingenuidad. ¿Por qué había preguntado? Podría haberme alejado y dejado que tomara cualquier copa con tal de perderlo de vista.

Me di la vuelta. No contaba era con toparme con los ojos acusadores de Elena, que me observaba a través del espejo. Al instante el cosquilleo se esfumó y todo mi cuerpo se tensó, como si una sombra fría me envolviera. Cuando volví a mirar su reflejo, había desaparecido con la misma rapidez con la que había aparecido. Sin embargo, la intensidad que transmitían sus ojos clavados sobre los míos me acompañó durante toda la noche como una bruma densa. Dudé de si aquello era una velada o una pesadilla.

Me desplacé hacia la otra punta del salón, tratando de buscar un aire diferente, algo menos contaminado y más liviano, donde respirar tranquila. Me crucé con Inés de Olivares. Lucía impecable, enfundada en un vestido negro que anunciaba su recién estrenado luto. Eso era lo único que había cambiado en ella respecto al año pasado, porque su porte altivo e intimidante permanecía inalterable.

En dirección contraria se acercaba Bruna da Sousa, con un atuendo tan llamativo que desafiaba la sobriedad de la sala. Daba igual el contexto, ella siempre se hacía notar. A su lado, algo más discreta, caminaba otra mujer, de rasgos tan semejantes a los suyos, que, si no supiera que era Constança, su amiga portuguesa, a primera vista habría creído que eran hermanas.

Me aparté con discreción para contemplar cómo dos extremos opuestos estaban a punto de colisionar. La rigidez helada de Inés frente al desbordante magnetismo de Bruna. Era imposible no prever que aquella interacción prometía chispas. No podía negar que

deseaba presenciarla, porque el ingenio de Bruna siempre me despertaba alguna risa, incluso en las situaciones más solemnes.

—Señora Inés…, le doy mi más sentido pésame por la pérdida de su marido —dijo Bruna, con su acento cálido y melodioso.

—Gracias —contestó Inés, con esa voz seca y distante que la hacía parecer inhumana.

Bruna no tardó en añadir con picardía:

—Ay, señora, ¿no va usted a volver a casarse? Una mujer joven y viuda tan pronto… Una pena.

—No —replicó la aludida, tajante, sin parpadear—. Para eso tengo una buena mano.

—Tan buena no debe de ser. —Bruna esbozó una sonrisa traviesa —. Si la supiera utilizar, no tendría esa cara de pena.

Inés la fulminó con la mirada antes que con las palabras.

—Una fulana que se permite tales deslices no debería pisar un lugar como este, donde la decencia aún conserva un valor. Maldigo que su presencia impropia de este lugar perturbe siquiera un instante la solemnidad que exige esta velada.

Bruna soltó una carcajada sin perder la compostura ni la picardía.

—Ay, señora, qué dramatismo… ¡Vamos a bailar, Constança!

Bruna sujetó a Constança del brazo y enseguida se perdieron en la pista de baile, percibiendo que había conseguido irritar a Inés. No pude contener una sonrisa al saber que aquella «buena mano» llevaba en uso más tiempo del que nadie podía imaginar.

El único momento de calma llegó cuando vi a Loreto. Su presencia era un bálsamo de paz, pero enfundada en ese vestido empolvado de color rosa pastel acrecentaba su imagen celestial. Su expresión se iluminó de inmediato al descubrirme entre los

presentes, y la alegría se dibujó sin esfuerzo en cada línea vital que conformaba su rostro.

—¡Candela! —exclamó sin contener la emoción—. No me puedo creer que no hayamos podido hablar hasta ahora.

—Tiene razón. La vi el otro día, pero no pude pararme. Yo también tenía muchas ganas de volver a verla…, a verlos —añadí sin poder apartar los ojos de la incipiente curva que se perfilaba en su vientre.

—Eugenia, esta es Candela, la doncella de la que tanto te he hablado —se dirigió a la joven que la acompañaba.

—Encantada —contestó con una sonrisa amplia con la que sentí que trataba de transmitir toda esa familiaridad que Loreto había anticipado en sus relatos—. Siento que ya te conozco de todo lo que me ha hablado de ti.

Me limité a responder bajando un poco la cabeza, consciente de que la situación, y sobre todo el lugar, no admitía otro tipo de formalismos. Aunque me moría de ganas de darle un abrazo a Loreto. Con ella me costaba mantener la distancia que protocolariamente nos exigían las normas que establecía la dirección del Gran Hotel. Como si hubiese sido un espejismo, volví a posar la mirada sobre su vientre y le di la enhorabuena. Ella sonrió y lo acarició con ternura. Un discreto diamante iluminó el dedo anular de su mano. Tragué saliva y sonreí con naturalidad. Como siempre, me olvidé de disimular.

—Oh, me lo regaló Ramiro cuando supo que seríamos padres, ¿verdad que es precioso? —explicó Loreto al reparar en que no dejaba de mirar el diamante que tenía enroscado en el dedo.

—Su esposo tiene buen gusto. Bueno…, ha sido maravilloso verla, si me permite, tengo que seguir trabajando —añadí buscando acelerar la despedida sin parecer brusca.

—Sí, descuida, Candela —respondió Loreto ajena a la inquietud que me dominaba.

Me despedí, tratando de que la conversación terminara con normalidad. Pero en el fondo me removía en una especie de bucle tóxico. Otra sospecha… No podía ser. ¿Ramiro? ¿Loreto? ¿Alguno de ellos estaba detrás de los diamantes? Ella, la mujer más inocente y bondadosa que conocía, ¿tendría algo que ver o solo era casualidad? Algo en mi cabeza hizo clic.

Salí del salón apresurada hacia la puerta, con el pulso desbocado y la respiración agitada, como si cada latido quisiera escapar de mí antes que yo misma. No podía sospechar de todos, pero tampoco no concretar algo sólido en ninguno. Sentía que me estaba volviendo loca y que quien estuviese detrás de todo eso se reía de mí.

El ambiente pomposo se quedó atrás y la música sonó cada vez más lejos. Crucé el pasillo en penumbra, sumida en mis pensamientos. Caminaba fuerte, descargando todo mi mal humor contra el suelo. Pronto me di cuenta de que no estaba sola. Una sombra abstracta también ganaba terreno y crecía con la misma cadencia que la mía. Lo llamativo no era que la mancha avanzara temblorosa, sino que nuestros pasos bailaban al unísono. Estaban sincronizados. Me aferré a la mirada baja, como si al levantarla fuese a descubrir al verdadero culpable. Pero llegó un instante en que ya no pude evitarlo. Alcé los ojos…, y allí estaba, erguido en mitad del pasillo con las manos inquietas.

Ignacio.

Solo faltaba él para desestabilizarme por completo.

23

Ocupaba el centro de la mesa con los codos apoyados sobre ella. Tuve que reposar la cabeza en las manos para no perder el equilibrio. Frente a mí, Gabriel e Ignacio. Dos hombres opuestos que la vida, cruel y caprichosa, se empeñaba en atar y lo único que conseguía era enredarme más a mí. Cuando miraba a uno inmediatamente, sin poder evitarlo, giraba la cabeza hacia el otro. Iba de uno al otro, como un péndulo.

Me hallaba ante las personas que más emociones me despertaban, y la culpa que me devoraba por ello me impedía vivir libremente ninguna de ellas. El miedo y el deseo estaban tan próximos que mi corazón convulsionaba.

Es curioso cómo una misma emoción cambia de piel según la persona que la toca. Como una caricia. El gesto es el mismo, pero la sensación es diferente, porque quien nos recorre con su huella nos impregna su manera de sentir. Yo latía diferente con cada uno de ellos, me transformaba. Ahí reside una de las grandes contradicciones de la vida: a veces el anhelo por unas manos que ya no nos pertenecen duele, y al mismo tiempo hay algo hermoso en descubrir una primera vez en un tacto diferente.

Con Ignacio sentía vértigo. Su presencia me empujaba al borde de un precipicio y me obligaba a mirar hacia abajo. Me mareaba, la

sangre fluía con rapidez y me sentía viva como nunca antes, pero también minúscula, insegura, vulnerable y absolutamente frágil.

Con Gabriel no había precipicios, ni sobresaltos, solo la amenaza de perder el apoyo de lo único que me sostenía. Él no me dolía por lo que encendía, sino por lo que podría apagarse. Uno me calmaba y otro me agitaba. Frente a mí tenía la prueba de que era posible sentir de dos maneras tan diferentes que se complementaban, y por eso estaba dividida. No era un conflicto entre ellos, sino un combate interno conmigo misma.

Todavía no me había repuesto de su aparición. Sin pretenderlo yo, mi mente volvió a aquel momento.

Fue Ignacio quien se acercó hasta detenerse a mi lado. Me rozó la cara con suavidad. Después me besó en la mejilla y sus dedos se acomodaron detrás de mí oreja. Cerré los ojos. Un hilo de fuego prendió el recuerdo que incendió de nuevo mi corazón.

—Tenía muchas ganas de verte. Llevo esperando este momento todo el año —dijo susurrándome. «Yo también», dije solo para mí. Él siguió hablando—: ¿Cómo estás? —preguntó, todavía demasiado cerca de mi oído como para que pudiera contestarle serenamente.

—Bien —atiné a pronunciar. Es una respuesta que sirve para todo cuando no quieres o no puedes dar más explicaciones, como era el caso.

—¿Cómo están esas aguas? —añadió él con una sonoridad que parecía leerme la mente por dentro.

—Turbias —respondí con la boca pequeña mientras trataba de desenredar el nudo que se formaba en mi lengua y me hacía tartamudear.

—Yo las veo claras… —matizó con coquetería.

Entonces los lazos que me ataban se apretaron más y, casi sin pensarlo, pronuncié la única palabra que podía alejarme de él:

—Tenemos que hablar con Gabriel.

Ignacio, con el rostro decaído, asintió comprensivo.

—¿Habéis averiguado algo más? —El brillo de sus ojos lució más apagado.

Antes de contestar miré a mi alrededor, inquieta.

—No es prudente hablarlo aquí.

—Tienes razón. Si quieres podemos hacerlo en un lugar más seguro —convino recobrando la picardía en la mirada.

—Mañana en la imprenta. Nadie sospechará de ti si te ven allí: eres un periodista reputado. Tampoco de Gabriel porque trabaja en la imprenta. Y yo siempre podré decir que estaba limpiando.

—Me parece bien, cada uno tendrá su coartada. A primera hora.

Asentí con la cabeza.

—Se lo diré a Gabriel.

—Candela… —dijo cuando ya me había dado la vuelta—. Me alegro de verte. Más de lo que imaginas.

«Yo también», me repetí de nuevo para mí.

Eso había ocurrido la noche anterior, ahora estábamos los tres en la imprenta tal y como lo habíamos acordado. Sabía que para Gabriel no era sencillo tener a Ignacio de vuelta. Lo veía en cómo reaccionaba, en sus gestos e incluso en sus silencios. Sin embargo, desde que hablamos por teléfono con él se había mentalizado de que en cualquier momento su presencia ya no sería una suposición. Inevitablemente había llegado el momento que yo también temía.

—Decidme, ¿qué es lo que habéis averiguado hasta ahora? —quiso saber Ignacio—. Contadme todo lo que sepáis, vamos a organizar toda la información que tenemos. —Se remangó la camisa.

Gabriel me miró de reojo mientras Ignacio hablaba y un ligero brillo de celos cruzó su mirada.

—Muy poco, por no decir nada —admití con resignación—. Desde la última vez que hablamos no ha vuelto a aparecer ningún diamante, y eso es lo que más me inquieta.

Ignacio frunció el ceño mientras sus labios, suaves y carnosos, se apretaron en una mueca congelada de escepticismo. No podía dejar de mirarlos y Gabriel se percató.

—Bueno, que no haya aparecido ningún diamante no significa que no haya pasado nada. Al contrario, puede estar pasando todo.

—Yo también lo creo —intervino Gabriel algo tenso—. Creo que alguien sabe que estamos atentos y por eso se ha tomado un tiempo de descanso para despistarnos.

Ignacio enseguida se giró hacia él, alzando la mano como si lo señalara, mientras que Gabriel lo miraba evaluando cada gesto suyo. Por un instante, sus ojos se cruzaron en un breve intercambio sutil lleno de silencio.

—Eso es un buen apunte, Gabriel. Estoy de acuerdo contigo. A ver… Recopilemos todo lo que ha ido ocurriendo desde el principio, paso a paso, para poder trazar un relato coherente. —Entonces apartó con un gesto suave una hoja en blanco que tenía a un lado, la alisó con la palma, sacó una pluma del bolsillo y se preparó para tomar nota fijando sus pupilas azabache engrandecidas por la emoción sobre mí.

Cada vez que Ignacio hablaba, Gabriel apretaba ligeramente los labios.

—Será más fácil que me vayas preguntando —contesté tratando de disimular el temblor en la voz que delataba mis nervios.

Ignacio sonrió.

—Nunca me ha entusiasmado tanto la idea de hacer una entrevista. —Se inclinó hacia mí con la pluma suspendida sobre el papel mientras mariposeaba con los ojos antes de empezar con las preguntas—. ¿Cómo, cuándo y dónde encontraste el primer diamante?

—Hace un par de meses, en la embotelladora, oculto en una botella de agua, y mientras cubría a Elena en su turno.

Ignacio levantó la mirada del papel y me descubrió con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Tranquila, esto no es un interrogatorio policial. Te prometo que no pienso detenerte…, al menos no esposada —dijo con un gesto pícaro en la boca.

—No tiene gracia —dije sin deshacer el escudo de mis brazos.

Gabriel tamborileó con los dedos sobre la mesa. Siempre lo hacía cuando estaba nervioso.

—Si hemos venido a trabajar —dijo—, quizá convenga dejar el humor para otro momento.

—Está bien… —respondió Ignacio consciente del porqué de su comentario—. Ya tenemos un nombre: Elena. —Lo anotó con pulso firme en el papel—. ¿Cómo reaccionó cuando se lo contaste?

—Pues… ¿cómo iba hacerlo? Con normalidad —resoplé.

—¿Crees que es normal reaccionar así?

Me eché hacia atrás, contrariada.

—No me pareció extraño —continué tras un brevísimo silencio—. Me hizo preguntas. Pero supongo que como cualquiera a quien de repente le cuentas que has encontrado un diamante de ese modo.

—¿Cuáles? —interpeló sin levantar la vista del papel, tal vez intimidado por Gabriel.

—Pues… que dónde los había escondido, cómo los había encontrado, qué pensaba hacer con ellos…

Fue ahí cuando entornó los ojos y los posó en mí.

—Entonces ella sabe que no fue solo uno.

—Elena lo sabe todo. Es mi amiga.

—¿Cómo se ha comportado contigo desde entonces? ¿Has percibido algún cambio?

—No. En la embotelladora casi no coincidimos. Yo voy por la mañana y ella por la tarde, y en la fonda ocurre lo mismo. Nos vemos en la cena y luego apenas hablamos. Estamos demasiado cansadas.

—¿En la fonda? —preguntó sin ocultar la sorpresa.

—Eh… sí. Cuando fui a verla después de cubrir su turno porque se encontraba indispuesta y le conté lo del diamante… Elena se rompió por dentro. Me contó su historia, que se sentía sola… y otras cosas que son nuestras y tampoco voy a explicar. Por eso la invité a venir a casa, para que sintiera que tenía un hogar. Desde entonces está en la fonda con mis padres.

Gabriel me miró con orgullo y no pude evitar relajarme por un instante.

Ignacio permaneció en silencio, extrañado.

—Eso no lo sabía… y lo cambia todo.

—¿Por qué?

—¿No os parece demasiada coincidencia que, justo en el momento en que le cuentas que encontraste un diamante, ella decida contarte su historia, y acto seguido consigue conmoverte con su relato para trasladarse a tu casa, donde seguramente tengas escondido el diamante? Tal vez no quiera dar pena, sino estar cerca de lo que le interesa. ¿De verdad que no has percibido nada diferente en ella? Haz memoria.

Entonces supe que tenía que contarles que había visto a Alfonso golpeando a Elena, cómo había ido a socorrerla, la angustia que sentí, la impotencia, la rabia y el dolor, y también como traté de acompañarla después. Hice un esfuerzo por no llorar. No quería hacerlo delante de Ignacio. No me gustaba mostrarme vulnerable delante de él. Fui breve y concisa.

Ignacio entrecerró los ojos, tratando de asimilar mis palabras.

—¿Y decías que no había pasado nada? Dime, para ti, ¿qué significa que «haya pasado algo»? Menos mal que no eres periodista, Candela, porque se te escaparían todas las noticias.

—¿Por qué no me lo contaste? —preguntó Gabriel con la voz entrecortada por la indignación. Sus puños sobre la mesa reflejaban el grado de enfado que tenía.

—Era algo muy cruel que le afectaba directamente a ella. Entendí que necesitaba su espacio, por eso guardé silencio.

—Es algo que le afecta a Elena, pero que repercute directamente en ti, y también en nosotros —dijo Gabriel.

Bajé la mirada y me quedé callada.

Gabriel continuaba enfadado, cruzado de brazos.

—¡Te limitaste a mirar y callar! ¿No crees que deberías haber hecho algo más?

—También fue difícil para mí, Gabriel —suspiré con un velo de cristal en los ojos.

—Estamos aquí para recopilar información, y lo importante es hacerlo ahora —intercedió Ignacio, tratando de suavizar la tensión entre los dos—. Pero, Candela, ¿no te das cuenta de que te está manipulando? Porque yo lo veo clarísimo.

—¿Manipularme? ¿Quién? ¿Elena? Todos necesitamos tiempo para gestionar nuestras emociones y sanar primero por dentro antes de mostrar la herida por fuera —respondí mirando a Ignacio de reojo para que se diera por aludido.

Supe, por su mirada gacha, que lo había entendido sin necesidad de añadir nada más. Gabriel permaneció quieto, como si midiera cada palabra que pudiera salir de su boca mientras un ligero estremecimiento recorría su brazo.

—Quizá convendría centrarnos en lo importante —murmuró.

—Bien… Creo recordar que cuando hablamos por teléfono me habías dicho que Xosé también lo sabía, ¿me equivoco? —dijo Ignacio sujetando una ceja que se arqueaba pensativa.

—Más o menos —contesté a secas—. Ya te dije que él no sabía exactamente a qué me refería.

—Otra casualidad, ¿no os parece? —Levantó la pluma con un gesto triunfal—. Las dos personas que saben lo del diamante orbitan alrededor de Alfonso. ¿Qué os hace pensar esto?

—Que el tercer nombre que deberías apuntar en ese papel es el suyo —saltó Gabriel sin dudarlo.

—Correcto. Lo repito: serás un gran periodista. Tienes muy buen olfato.

—¿Y tú, Candela? ¿Qué piensas?

—Yo… —empecé, tartamudeando dubitativa—, yo la verdad es que ya no sé qué decir. Me llamaréis confiada, ingenua…, qué sé yo, pero no lo veo para sospechar ni de una amiga ni de un cura que guarda mi inquietud bajo secreto de confesión.

Gabriel resopló.

—No es cuestión de llamarte ingenua. Tú ves lo mejor en la gente, y eso es algo bueno. Pero no siempre puedes dar por hecho que todos van a devolverte la misma honestidad. Y mucho menos cuando hay algo tan serio de por medio.

—Gabriel tiene razón. No debes sentirte mal por confiar. Esa es tu fuerza, lo que te hace distinta de las demás. Pero a veces la confianza necesita un filtro. No digo que dejes de ser tú, sino que aprendas a medir qué entregas y a quién. En la vida, la bondad es un don, pero sin cierta cautela se convierte en un riesgo.

—Qué pena no haberme dado cuenta antes —solté, en un reproche que me salió más dolido que airado.

Gabriel carraspeó y después añadió:

—Estoy convencido de que Alfonso tiene que estar en medio de todo esto. Es imposible que no lo sepa. Él es conocedor de todo lo que pasa aquí… y a cien kilómetros a la redonda.

—Alfonso… —murmuró Ignacio, como si al pronunciar su nombre lo sellara—. Bien, ya está apuntado. —Se volvió hacia mí—. Estás muy callada, Candela. ¿Qué piensas?

Sentí los ojos de Gabriel tensos sobre mí.

—Que estáis equivocados. Si desconfiamos de Alfonso, tenemos que hacerlo de todo el mundo. Porque él aquí lo es todo. Si empezamos así, cualquiera podría ser sospechoso. Por eso no sirve de nada, porque volvemos al punto de partida. Ya sabemos que el

cabecilla divaga entre las paredes del Gran Hotel, eso no es ninguna novedad. Por ejemplo, podría sospechar de Philippe, cuando en la fiesta del otro día le comentaba a Pascual que estaba deseando ampliar sus rutas comerciales y abrir negocios en La Habana. O… también podría hacerlo de Guillermo Fonseca. Su actitud tan cariñosa podría ser solo cortesía… o tal vez buscaba amedrentarme —dije en un susurro, liberándome de mis pensamientos.

—¿Qué has dicho? —preguntó Gabriel.

—Nada. Solo estoy recordando en voz alta todo lo que ocurrió en la fiesta de inicio de la temporada.

Volví a reproducir la conversación que escuché entre Philippe Lapierre y Pascual, la conducta de Guillermo, el encuentro abrupto con los ojos de Elena en el espejo… También les hablé de Loreto, de cómo le brillaba el dedo a la mujer más bondadosa que conocía.

La boca de Gabriel se abrió rápidamente para reprocharme mi silencio, pero Ignacio fue más rápido que él y se adelantó. La competición entre ellos era evidente.

—¿Y por qué no cuentas esto desde el principio?

—La fiesta fue anoche, Ignacio. Y esto os lo estoy contando ahora, por la mañana. No puedo soltar cada mínima sospecha sin más. Necesito tener al menos un motivo de peso para señalar a alguien… Por eso digo que me parecen todos culpables y, al mismo tiempo, ninguno. Si hablara cada vez que algo me incomoda, ya tendrías apuntado medio hotel en esa lista.

—A mí tampoco me lo has dicho —matizó Gabriel.

—Bueno, da igual —restó importancia Ignacio—. Esa es la clave, no subestimar nada. Porque a veces lo que parece insignificante es lo que acaba resolviendo la incógnita.

—Vale, pero insisto… —dije alzando la voz—. ¿Entonces qué hacemos? ¿Son todos sospechosos? ¿Veis como no hemos avanzado nada?

—No lo creo, Candela. Al menos me he enterado de lo que ha ocurrido…, y no porque tú lo hayas puesto fácil. Hay que sacarte las palabras.

—Ignacio tiene razón —secundó Gabriel sin dudar.

¿Desde cuándo ellos dos estaban tan sincronizados? ¿Qué buscaban al ponerse de acuerdo como si yo fuera un estorbo? El enojo y los celos me consumían, pero hice un esfuerzo por no mostrarlos.

—Muy bien. ¿Y qué vamos a hacer entonces? —pregunté, con un tono más seco del que pretendía—. ¿Qué proponéis?

Gabriel miró a Ignacio, esperando su respuesta, e Ignacio apoyó los codos sobre la mesa, inclinándose hacia nosotros.

—Lo primero es tener cuidado. Lo segundo, contarlo todo. —Entonces sus ojos se clavaron en mí con insistencia—. Por insignificante que parezca. Un descuido, y perderemos la única oportunidad de atrapar al cabecilla *in fraganti*.

—¿Y lo tercero? —pregunté removiéndome en la silla, incómoda por sentirme directamente señalada.

—Lo tercero… —Ignacio se rio—. Seguir como hasta ahora. Me parece bien cómo os habéis organizado —añadió bajando un poco el tono—. Pero centrémonos en Elena, en Xosé y en Alfonso. Tampoco descartemos a nadie más, pero esos tres son ahora mismo los puntos que más nos conviene vigilar. Yo estaré pendiente también de los huéspedes de poder —concluyó, casi como si hablara consigo mismo—. No será algo complicado. Hay algo más que quiero que

sepáis. Y es importante —dijo levantando ligeramente la mano, haciendo un gesto de precaución que me alertó. Gabriel y yo lo miramos atentos—. Desde que hablamos por teléfono he estado investigando a fondo —prosiguió—. Y… Lo que está ocurriendo con estos diamantes… Creo que no es un caso aislado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gabriel intrigado.

—Pues que… en Europa, especialmente en Bélgica y en Francia, ya se conocen tramas de contrabando de diamantes que financian conflictos en otros continentes, como por ejemplo… en África.

—¿Financian conflictos? —pregunté sin poder disimular mi incredulidad.

—Sí, alimentan guerras y movimientos armados clandestinos. Es un negocio en auge y muy lucrativo. Pero lo que me preocupa, y donde creo que puede estar la clave de todo esto, es que España, tanto por su posición estratégica como por sus conexiones coloniales, podría estar implicada en este entramado.

El silencio se hizo denso y la presión de lo desconocido me oprimía el pecho. Me sentí profundamente ignorante, atrapada en un mundo que desconocía. Estaba aislada en Mondariz, creyendo que la vida se limitaba a servir en el Gran Hotel y a trabajar en la embotelladora, ajena a todo lo que pasaba más allá de estos muros.

—¿España? Pero ¿cómo es posible? —preguntó Gabriel con la voz cargada de incredulidad.

—España tiene una larga tradición de contrabando, especialmente en las zonas fronterizas con Francia y Portugal —respondió con el ceño fruncido, como si buscara que comprendiera la seriedad de lo que decía—. Esto no es nada nuevo de ahora. Durante la Gran Guerra, nuestro país se convirtió en punto de

tránsito para minerales estratégicos, como el wolframio, que servían para financiar a las potencias beligerantes. Ahora, con la creciente demanda de diamantes, podríamos estar viendo un patrón muy similar.

—Tiene todo el sentido —murmuró Gabriel totalmente rígido.

—¿Estás seguro de lo que estás diciendo, Ignacio? Porque esto es aterrador.

—Además —continuó en un tono más confidencial—, España atraviesa un momento complicado… Tenemos colonias en Guinea y otras posesiones africanas, donde la extracción de recursos estratégicos puede despertar el interés de contrabandistas. Si a eso le sumamos la inestabilidad política y la presión social que vivimos…, el terreno está preparado y, además, es idóneo para cualquier maniobra corrupta o encubierta.

—Pero tampoco tiene por qué ser así —dije tratando de racionalizarlo.

—Por supuesto que no. Puede ser mucho más. El tráfico de diamantes no solo financia conflictos bélicos, sino que también está vinculado a redes de poder que operan en la sombra. Podríamos estar ante una trama que involucra a figuras de alto perfil, que van desde empresarios, políticos… a miembros de la aristocracia, todos capaces de utilizar su influencia para encubrir actividades ilícitas.

—Ah, pues mucho mejor, me quedo más tranquila —murmuré, con sarcasmo—. Políticos, empresarios y aristócratas…, o sea, nuestros huéspedes.

—Sí, ya lo sé, podría ser cualquiera.

—¿Veis? Al final no iba tan desencaminada sospechando de todos. ¿Es que en este lugar se han vuelto todos corruptos y

traficantes o qué está pasando?

Gabriel suspiró, intentando mantener la calma.

—Candela, relájate, por favor. Seremos cautos. Cuidaremos especialmente de que no te pase nada.

Los dos me miraron, cada uno a su manera, y yo solo tenía ganas de salir corriendo y llorar en soledad.

—Lo que tenemos que hacer es investigar a fondo —Ignacio depositó la pluma en la mesa y me clavó la mirada—. Ser inteligentes, sinceros y honestos, y sobre todo no guardarnos secretos entre nosotros. Tenemos que ir más allá, no podemos quedarnos en lo superficial. Si logramos destapar lo que hay detrás de esta red, no solo serviremos a la verdad, sino que también conseguiremos el reportaje que nos lance al estrellato.

—Sí me lo permitís, prefiero salvar mi vida antes que presenciar vuestro salto a la fama. Todo esto me está sobrepasando —confesé.

—Lo primero que tienes que hacer es aprender a controlar los nervios. Solo traen errores.

—Sí claro —respondí irónicamente.

Gabriel me sujetó la mano.

—Hay que actuar con prudencia. Empecemos por observar a quienes hemos dicho: Elena, Xosé y Alfonso. Pero no descartemos a nadie más.

—Pero ¿vosotros os estáis escuchando? —protesté retirando con garbo la mano de Gabriel y volviendo la mirada a Ignacio—. ¿Cómo vamos a desconfiar de un cura?

—Pues precisamente, Candela. Tenemos que prestar especial atención a esos perfiles que parecen inofensivos. Nadie menos sospechoso que un cura, ¿no crees?

—Jesús, que Dios me perdone —suspiré mientras me persignaba.

Ignacio se acomodó en la silla.

—Creo que deberíamos establecer un método de trabajo. Ya hemos quedado en que la imprenta será nuestra base, pero, además, estaría bien que nos viéramos con regularidad, todos los días si es posible, para contarnos los avances…

—Todos los días me parece excesivo e incluso cuestionable —le interrumpí.

Él se quedó un rato pensativo con el dedo sujetando el mentón.

—Está bien, entonces alternaremos —propuso con rapidez—. Un día sí y otro no. Empezando por el lunes.

—A mí me parece bien —convino Gabriel.

—Y otra cosa más... —añadió Ignacio.

—Que conste que… esto es por precaución —dijo, bajando un poco el tono de voz y fijando sus ojos en mí.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté con cierto hastío, cansada de tanto sobresalto.

—Intuyo, y no te lo tomes a mal, que has guardado los diamantes en la fonda.

Se me encogió el estómago.

—No me malinterpretes. No quiero saber dónde están —aclaró enseguida—. Solo creo que tal vez sería más seguro que los guardara yo.

Inmediatamente Gabriel me miró con un matiz de desconfianza demasiado evidente, que incluso Ignacio se percató.

—Dejad que me explique. Si alguien descubre que tienes esos diamantes, correrás un peligro que… no estoy dispuesto a permitir.

—Estamos de acuerdo —dijo Gabriel enseguida, reforzando sus palabras—. Por eso he pensado que hay que barajar todas las opciones, y si eso llegase a ocurrir, espero que no, y soy yo quien los guarda, todo sería menos sospechoso. Ya sabéis…, vengo de buena familia, y eso, en este entorno, lo justifica todo. También podría alegar que estoy trabajando en una investigación, como periodista, y que esos diamantes forman parte de una trama.

Lo miré evaluando cada uno de sus gestos.

—A mí me parece bien —dijo Gabriel.

—Además, soy un hombre. A mí siempre me van a creer —dijo con la boca pequeña.

Tragué saliva, aceptando a regañadientes.

—Está bien. Los dejaré en un cajón de tu cuarto mañana, cuando me toque hacer las habitaciones.

—Candela —dijo, suavizando el tono—, lo hago por protegerte.

—Sí, está bien —murmuré más resignada que convencida.

—Antes de eso nos veremos los tres aquí. ¿Os parece?

—Mejor después, cuando me libre de ellos —afirmé.

—Tienes razón. Y ahora haremos como que aquí no ha pasado nada. Cada uno saldrá de forma escalonada.

Antes de irme volví a mirarlos. Primero a Ignacio, después a Gabriel. Luego crucé la puerta sabiendo que nada volvería a ser lo mismo desde entonces.

Me fui caminando directamente a la fonda, antes de que fuese demasiado tarde. Cuando entré, madre estaba en el comedor atendiendo a unos huéspedes rezagados y yo agradecí no tener que dar explicaciones ni inventar excusas para no quedarme allí. Mi único objetivo era llegar a la habitación cuanto antes, asegurarme de que

Elena no estaba y coger los diamantes. Ya lo había pensado de camino a casa: solo tenía que ser rápida y guardarlos en la faltriquera. Al día siguiente se los entregaría a Ignacio, y parte de mi tormento se habría acabado. En verdad, la idea de Ignacio me había dado un poco de calma. Sentía que me quitaba un gran peso de encima, y nunca mejor dicho.

Cerré la puerta, recliné la espalda en ella y respiré hondo. Después la abrí, y por la rendija me asomé para comprobar que no había nadie en el pasillo. Volví a cerrar y me arrodillé junto al tablero flojo del suelo, en ese lugar estratégico que solo yo conocía. Lo levanté con el cuidado de siempre, aunque fui algo más rápida por si de repente alguien decidía entrar. Fui ágil cogiendo la caja y suspiré aliviada. Pero todo cambió cuando levanté la tapa y descubrí que estaba vacía. No podía ser, tenía que tratarse de un error. La coloqué sobre la cama y volví a tantear el espacio, palpando bien con las manos y apartando las astillas con las uñas para poder remover bien la madera. Eran muy pequeños y tal vez se podían haber deslizado hasta otra rendija. Toqué con cuidado, pero nada.

Los diamantes habían desaparecido.

24

Lo solté en el mismo momento en el que estaba empujando la puerta de la imprenta.

—No tengo los diamantes —dije con la voz áspera y entrecortada, de quien ya no sabe si habla desde la rabia, el dolor o el miedo.

Ignacio y Gabriel estaban alrededor de la mesa, inclinados sobre un nuevo ejemplar de *La Temporada*. Ignacio le indicaba con el dedo una columna a Gabriel y este le seguía atento. Estaban tan enredados en las palabras que no se daban cuenta de que existía alguien más que ellos dos. Me sorprendió encontrármelos así.

Carraspeé y repetí la frase más fuerte, como si necesitara abrirme paso entre aquel papel que los tenía atrapados para que se percataran de mi presencia.

Enseguida levantaron la cabeza al mismo tiempo y se miraron entre sí con un gesto desconcertado.

—¿Quieres decir que ya los has dejado ya en el cuarto? —preguntó Ignacio, arqueando las cejas.

—No. Quiero decir que no tengo los diamantes porque no estaban en su sitio.

Sus rostros de concentración previa cambiaron de inmediato. En Ignacio se palpaba la sorpresa y la alerta. En Gabriel, la

incredulidad. Me observaba como si quisiera encontrar en mis ojos una rectificación.

—¿Han desaparecido? —dijo volviéndose hacia Ignacio como si buscara auxilio.

—No. Los han robado.

—Eso no puede ser —negó con la cabeza—. ¿Estás segura? ¿Has mirado bien?

—Sí —corté molesta—. Solo yo sabía dónde estaban. Era imposible localizarlos, salvo que alguien me haya estado observando durante todo este tiempo.

—¿Cómo te has dado cuenta? —preguntó Ignacio con su típico tono analítico.

—A ver, Ignacio, no me tomes por tonta. Cuando he ido a cogerlos, no estaban. No hay más misterio. He removido todo y no hay ni rastro. —Me llevé las manos al rostro, agotada. El enfado inicial se transformó en un miedo feroz que me estaba consumiendo. Todo se vino abajo otra vez—. Me he pasado toda la noche llorando, angustiada —confesé temblando—. Esto me supera… Es demasiado peligroso y no lo sé gestionar. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Gabriel se acercó y me acarició la espalda, tratando de arroparme.

—Tranquila —susurró.

Ignacio también se aproximó, de un modo diferente, y después de mirarme con ojos templados, contra todo pronóstico, sonrió.

—Donde tú ves un problema, yo veo una oportunidad.

Enseguida lo miré azorada como si hubiese perdido el juicio.

—¿Una oportunidad? Ignacio, por favor, ¿qué estás diciendo? ¡Que nos los han robado!

—El cerco se reduce. ¿No os dais cuenta? ¿Quién está en la fonda ahora mismo?

—Mis padres, los agüistas… y Elena.

—Bien —dijo con un gesto de satisfacción—. ¿Crees que tus padres cogerían los diamantes?

Me quedé pensando en la respuesta más tiempo del que debería. Era una pregunta sencilla pero demasiado difícil para mí, cuando ni siquiera sabía quiénes eran esas personas a los que seguía llamando padres.

—No —susurré al fin sin mucho énfasis.

—Yo tampoco lo creo —dijo Ignacio mientras tachaba su nombre de un papel.

—Es imposible que hayan sido tus padres, Candela —intervino Gabriel.

—Pasemos entonces a los agüistas. ¿Cuántos hay? —Ignacio no apartaba la vista del papel mientras su pluma seguía bailando sobre él.

—La fonda está completa. Ocho —respondí contando con los dedos.

—¿Crees que podrían haber cogido los diamantes?

—Por creer…, ¿no decías que no había que dar nada por hecho? —pregunté con ironía.

—Por supuesto. Pero yo te digo que no. ¿Cómo iban a saber que en la fonda había unos diamantes ocultos? —Me devolvió la pregunta mientras me observaba con la ceja levantada.

—Además, los agüistas tienen un perfil diferente, más… humilde —dijo Gabriel.

—Exacto —respondió Ignacio señalando a Gabriel para mostrar su conformidad con su reflexión—. No puedo dar nada por seguro, pero diría que sería bastante improbable, por varios motivos. El primero es que, como he dicho, un agüista jamás sospecharía que en una fonda se esconderían diamantes, y, segundo, porque no tendría margen de actuación para localizarlos con tanta rapidez.

—Salvo que me hayan estado observando.

—¿Dónde los tenías guardados?

—En un tablero suelto en el suelo de mi cuarto.

—Lo siento, Candela, sé que esto no es fácil para ti, pero solo me queda una opción. Y… me temo que es la correcta. No puede ser otra persona. Piénsalo bien, trata de ser objetiva y céntrate en la lógica.

Reprimí el impulso apretando los labios ¿Cómo separar lo que dicta la lógica con lo que dicta el corazón?

—Los diamantes estaban ocultos en tu cuarto, ¿no?

—Sí.

—Que compartes con Elena, ¿no?

—Sí.

—Persona que también es conocedora de la existencia de esos diamantes, ¿no?

—Sí.

—¿Casualidad?

Ni siquiera tuve tiempo a responder, Gabriel lo hizo por mí:

—No.

—Tú misma lo has visto. Ahora solo falta que lo mires. Porque ver no es lo mismo que mirar, abre los ojos, Candela…

—Pero no tenemos ninguna prueba para acusarla —protesté.

—Llegarán. Si fue ella, más tarde o más temprano dejará un rastro. Pero lo primero es no engañarnos.

Tragué saliva para digerir el mal trago. Sabía que tenía que contárselo.

—A decir verdad… descubrí algo en ella que no me encaja y… creo que debo contároslo —balbuceé—. Hace un tiempo… descubrí que Elena tiene un cuaderno… en el que hay poemas hermosos sobre el agua… Pensé que solo eran eso, poemas. Pero de pronto me di cuenta que dos de ellos estaban fechados.

—¿Cómo que fechados? —preguntó Ignacio.

—Sí, tenían la fecha escrita. No le daría importancia si no fuera porque se corresponden con los dos días en los que encontré los diamantes, y eso fue precisamente lo que me desconcertó.

Los ojos de Ignacio se agrandaron, fijos en mí.

—¿Por qué no lo contaste en la primera reunión? Nos habríamos ahorrado tiempo y… riesgos —dijo llevándose las manos a la cabeza.

—Por miedo —confesé—. No quería reconocer que desconfiaba de ella y que había hurgado en sus cosas sin su permiso mientras seguía fingiendo que nada entre nosotras había cambiado. No quería inmiscuirme sin motivos… No quería… No quería reconocerlo.

—Entiendo que quieras protegerte, pero tienes que ser más valiente. Esto no es un capricho. Te guste o no, esto es una realidad que tenemos que resolver.

«¿Me vas a dar tú lecciones de valentía?», me dije.

—Tienes que regresar cuanto antes a la fonda —dijo Ignacio— y coger el cuaderno, igual que ella ha cogido los diamantes. Tenemos que leer y analizar lo que pone, porque es la única manera de adelantarnos y tener pruebas de lo que pueda estar pasando.

—No sabemos si ha sido ella —dije, tratando de aferrarme a una duda que me ayudara a no sentirme más culpable.

Me miraron implacables.

—Está bien… —susurré resignada y consciente de que no tenía otra opción.

—¿Qué es lo que te contó para que decidieras invitarla a la fonda? —me preguntó Ignacio sin rodeos.

Supe que, aunque Elena me hubiese confiado su pasado, yo ya no podía ocultarles nada más. Ya no había espacio para medias verdades. El silencio me condenaría más que la verdad.

—Que vivía en Madrid, que nunca tuvo familia…, que pasó su infancia en un convento con monjas y la adolescencia con una familia de acogida. Pero su padre…, bueno, pronto se quedó en la calle y, desde entonces, ha sobrevivido como ha podido. Por eso vino aquí a trabajar.

Ignacio levantó una ceja y se quedó sorprendido.

—¿Y te la crees?

Su pregunta me partió por la mitad.

—Sinceramente… ya no sé qué contestar —La duda me hacía añicos.

—Has dicho que Elena es de Madrid, ¿no? —repitió Ignacio incisivo.

—Sí —confirmé apretando los labios.

—Está bien, investigaré todo lo que pueda sobre ella. Tengo contactos que creo que pueden ayudarme. Pero, Candela… escucha una cosa. Tienes que ser muy discreta, ahora no puedes enfrentarte a ella de manera directa ni hacerle preguntas que la pongan a la defensiva. Mantén la calma, observa sus gestos, escucha más de lo

que hablas y, sobre todo, no confíes en que todo lo que diga sea cierto. No hagas nada que pueda delatarte.

—Está bien —dije fijando el rumbo hacia la fonda, consciente de que cada paso que diera a partir de ahora tendría consecuencias.

Tenía que llegar cuanto antes y coger el cuaderno de Elena. No podía arriesgarme a que desapareciera, como ya había ocurrido con los diamantes. Solo pensar que ella podría adelantarse me hacía avanzar con más urgencia.

Aunque antes debía hacer una breve parada en la cocina. Apresuré el paso, tanto que crucé el pasillo con la respiración acelerada y, al doblar la esquina, me topé de frente con Loreto.

—¡Candela! ¡Candela! —exclamó agitando el brazo mientras se aproximaba junto a Eugenia para interceptar mi camino.

«Maldita sea», pensé para mis adentros.

Ignacio tenía razón. Actuar con prisas nunca era buen aliado para obrar con eficacia. Pero, aun así, forcé una sonrisa y me preparé para librarme cuanto antes de aquel encuentro.

—¿Cómo están? —pregunté con educación, aunque la impaciencia me latía en la sien.

—Maravillosamente —respondió Loreto con esa dulzura innata en ella—. ¡Cuánto anhelaba sumergirme de nuevo en la calma de estas aguas! ¿No es cierto, Eugenia?

—Oh, y qué lo digas, querida. Estoy sencillamente maravillada con este lugar. Acabamos de salir de misa, y debo confesar que el tiempo en provincia transcurre con una parsimonia tan sosegada que el alma parece encontrar aquí su remanso natural de paz.

Sus sonrisas serenas contrastaban con la agitación que a mí me devoraba por dentro.

—Y ahora —añadió Loreto— nos dirigimos a la secretaría a entregar los papeles para inscribir a Eugenia en el certamen musical.

—Ya me parecía a mí que usted posee unas manos preciosas, dignas de pianista —me aventuré a afirmar deseando que la conversación terminara cuanto antes.

Enseguida Eugenia alzó sus manos hasta la boca, sorprendida por mi comentario.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó entre risas discretas.

—Ya te lo advertí, Eugenia —dijo Loreto sujetándola con ternura —. El personal de este lugar es de una perspicacia admirable. En especial Candela, que tiene la rara virtud de percibir lo que para otros pasaría inadvertido.

«Perspicaz yo…», pensé con un regusto amargo. Ojalá lo hubiesen escuchado Gabriel e Ignacio, que estaban firmemente convencidos de que siempre caminaba a ciegas y no me enteraba de nada.

—Toco el piano desde niña —confesó Eugenia con un destello de orgullo, que pronto se apagó en un matiz de tristeza—. Aunque… mi padre y después mi marido jamás me han permitido dedicarme a la música como profesión.

—Seguro que su talento es digno del primer premio —dije esforzándome en sostener el tono de cortesía.

—¡Oh! Dios te escuche, Candela —exclamó Eugenia conteniendo la modestia—. Ya hemos decidido que destinaremos el premio íntegramente al asilo.

—Pero para eso no deberían demorar la inscripción, no vaya a ser que se les haga tarde y se acabe el plazo.

—Candela tiene razón —aprobó Loreto, sujetando a Eugenia del brazo—. Vamos, querida. Candela, me alegro de verte.

—Yo también me alegro de verlas.

Mientras veía cómo se alejaban con la cadencia reposada de quienes no conocen la urgencia, mis pies ardían por dentro ansiosos de llegar al único lugar que en ese momento importaba.

Seguí caminando a paso ligero por el pasillo central. Pasé de largo, pero reparé en que el de don Alfonso estaba entreabierto, apenas unos centímetros.

Retrocedí instintivamente, sabiendo que cualquier detalle era importante. No tuve que esforzarme mucho porque la rendija estaba lo suficientemente abierta como para dejar escapar un resquicio de lo que sucedía dentro.

Me acerqué con cautela, mantuve la distancia prudente que me permitía ver sin ser vista. El despacho parecía vacío. Eso pensaba hasta que me aproximé un poco más y ya no necesité adentrarme más: fue un espejo del interior el que me desveló lo que ocurría dentro. Otra vez él, otra vez ella. No podía ni respirar. Alfonso se acercaba al cuello de Elena. Lo lamía, lo devoraba con los labios como quien reclama una posesión mientras su mano trepaba por dentro de la camisa. Un gesto que me heló por dentro porque ella no estaba tensa, sino todo lo contrario. Disfrutaba de cada caricia.

Sentí rabia, vergüenza y un dolor extraño que no supe nombrar. «Primero la golpea y ahora la toca suavemente. ¿Qué está pasando? ¿Por qué este cambio?». Tenía demasiadas preguntas y una única certeza, además de que Elena escondía algo turbio y que, ahora que

estaba distraída, debía contener mi temblor de las piernas y alejarme de allí a toda prisa para ir a por el cuaderno.

Crucé el vestíbulo, salí al exterior y corrí hacia la fonda. Solo pensaba en que el cuaderno tenía que estar en mis manos antes de que fuera demasiado tarde.

25

Logré hacerme con el cuaderno de Elena. Dormí cobijándolo entre mis brazos, temiendo que en cualquier momento viniese a reclamármelo.

A la mañana siguiente, antes incluso de que despuntara el día, me dirigí directamente la imprenta.

—Lo tengo.

Se lo mostré a Gabriel e Ignacio con un gesto de victoria. Ellos estaban sentados el uno frente al otro separados por la mesa. Lo dejé sobre ella y me senté al lado de Gabriel, quien pareció contento con mi llegada. Ignacio pasó primero la mano por la tapa, muy despacio, y después me miró de soslayo.

—¿Por qué no lo lees tú, Candela? Así yo puedo ir apuntando las impresiones que me vayan surgiendo.

Respiré hondo, abrí el cuaderno y empecé a leer en voz alta uno a uno los poemas. Podría haberlo hecho sin necesidad de tener el papel entre las manos, porque de tanto repetirlos en silencio me los sabía de memoria.

Cuando acabé, Ignacio me pidió que volviese a empezar. Y así una y otra vez. Hasta cinco. Pero no encontramos nada más que una belleza desbordada escondida en aquellas palabras. Por un momento pensé que todo había sido una ilusión, una sospecha sin

fundamento. Estábamos perdiendo el tiempo de una manera absurda tratando de buscar doble fondo a lo que quizá no era más que literatura.

Hasta que de pronto Gabriel alzó la voz:

—Claro… Todo se esconde en el agua —dijo con un gesto fatigado de asombro.

Ignacio y yo lo miramos sorprendidos.

—¿No lo veis? —Abrió mucho los ojos.

No dijimos nada, pero nuestro gesto arrugado delató que no entendíamos a qué se refería.

—Siempre hay alguna referencia al agua —insistió con fervor mientras señalaba en el cuaderno la primera frase de cada poema—. Fijaos: «El agua oscura al alba, la corriente muda…». ¿Lo notáis? Oscuridad y mutismo. El agua aquí no solo calla, sino que también oculta.

Ignacio se inclinó hacia delante, como si fuera a responder, pero se detuvo. Yo, en cambio, bajé la vista al cuaderno para volver a leer tratando de entender lo que él decía. Entre los tres imperó el silencio. Gabriel, sin poder contener la emoción, pasó rápidamente a leer el siguiente:

—«Aguas tranquilas, latido constante». Claro, si el agua está en calma, el corazón late acompasado. —Levantó la vista apenas un segundo, como pidiendo aprobación, y continuó con el tercero—: «Río quebrado en mil senderos». Una fatalidad imposible de reconducir o de solucionar… Aquí interpreto algún imprevisto o inconveniente. —Nos miró de soslayo y, sin darnos tiempo a intervenir, leyó el cuarto—: «La corriente grita y calla sin fin». El

agua es voz y silencio al mismo tiempo, es verdad y secreto. ¡Es una genialidad! —afirmó con una súbita expresión de alegría.

—A ver…, hablar del agua en un lugar como este… me parece normal —dije con cierta vergüenza y la voz áspera—. No veo nada extraño más allá de las fechas.

Ignacio se quedó callado, con los labios entreabiertos, como si hubiera querido intervenir, pero le hubiera faltado el valor o la convicción necesarios para poder hacerlo. Daba igual en qué contexto afirmara esto: a él siempre le faltaba valor, y tal vez a mí también.

—¿De verdad que no os dais cuenta? Yo lo veo clarísimo. Ignacio, dime que tú sí lo ves.

—A mí lo que me parece más llamativo es que tanto las fechas como los poemas han cesado en cuanto ha empezado la temporada. Ese silencio es muy revelador. Lo que haremos a partir de ahora será prestar especial atención a esas palabras. Si vuelven a aparecer en algún contexto que nos parezca relevante, entonces podremos hablar de algo real.

—¿Lo único que vamos a hacer es esperar? —dijo Gabriel levantándose y apartando la silla de un empujón seco.

—A veces esperar es lo más difícil, pero también lo más inteligente. Confiad en mí —sentenció Ignacio con firmeza—. Cada uno vigilará desde su lugar. Y cuando esas palabras vuelvan a aparecer, las analizaremos al instante. Estoy convencido de que, poco a poco, nos acercaremos a lo que estamos buscando.

Gabriel se pasó una mano por el cabello, suspirando con rabia contenida.

—Está bien —rezongó resignado.

Pasaron los días, y nada nuevo ocurrió. Y así, entre vacíos existenciales, llegó el momento en el que pudimos disfrutar de un pequeño descanso.

Acordamos reunirnos bajo la sombra de arboleda para disfrutar de la romería. Alrededor los gaiteros afinaban sus instrumentos creando una melodía rústica que me recordaba a mi infancia. Cada nota era un imán que atraía a los cuerpos hacia el baile desenfadado, sin preocupaciones, ni quehaceres inmediatos. La gente estaba de buen humor y la alegría se contagiaba.

La luz se filtraba entre las ramas altas, mecía de oro el cabello de Adriana e iluminaba tímidamente el rostro de Manuel. Una vez a la semana ninguno parecíamos empleados. No había doncellas, camareros o mozos de equipaje. Solo éramos nosotros mismos compartiendo un rato fugaz de descanso.

—Solo espero que hoy no aparezca por aquí ningún huésped, que sin uniforme no acepto órdenes ni sugerencias.

Manuel fue el primero en soltar la pulla, antes incluso de terminar de acomodarnos en el suelo.

—Siempre os quejáis, pero bien que después andáis contando las monedas que os dejan en la mano —dijo Adriana.

—Monedas… —bufó Andrés, moviendo los dedos de la mano hacia arriba—. Si supieran lo que pesa llevar los bártulos de esas señoronas, nos darían billetes y no calderilla.

—Billetes… —repitió Manuel con sorna—. Los papelitos se los guardan para el casino y lo que sobra… para el confesor.

Enseguida las risas llenaron el espacio. Me sorprendí sonriendo con ellos, como si aquella ligereza me devolviera algo que había perdido entre tanto ruido.

—Alicia está muy callada, pero el otro día, por primera vez, la vi sudar como si la hubieran metido en un horno…, y todo por Hugo Quiroga —dijo Manuel para provocarla.

—¿Y quién no va a sonrojarse al ver a semejante galán? Este hombre… desde que es ministro… tiene unos aires que te dejan sin respiración. La postura, la sonrisa, el porte… Uno siente que podría derretirse ahí mismo. Por cierto, Candela —añadió Adriana—, ¿qué pasa, que últimamente ya no vienes por la cocina? Te estás perdiendo los mejores cotilleos de la temporada.

—No me digas eso, pues ponedme al día.

Adriana tenía razón. Había estado en la imprenta con Gabriel y con Ignacio, totalmente absorbida con la trama que me quitaba el sueño. Pero tampoco me convenía dejar de lado aquellas reuniones porque se movía mucha información que me interesaba. Había muchos ojos que observaban primero y hablaban después, y perderse eso era ignorar todo lo que pasaba en el balneario. No podía permitírmelo.

—Sí, es verdad —añadió Alicia—. Hasta Elena dijo que hacía tiempo que no te veía por allí.

—¿Elena? —pregunté extrañada.

—Sí, ella también llevaba días sin aparecer, pero bien atenta que estaba escuchando y observando sin parpadear —dijo Adriana.

Entre los acordes populares que sonaban en el aire y bajo un cielo bronceado de un rosa fluido apareció Gabriel. Trataba de abrirse paso con impaciencia discreta, sorteando parejas que se movían al son de la gaita y de un violín desafinado.

Me incorporé de un salto cuando lo vi. Me sacudí la hierba de la falda y avancé hacia él. Mi corazón se aceleraba como si quisiera

ganarme la delantera, antes incluso de que mis pies llegasen a su encuentro.

—Gabriel… —murmuré con efusividad. Parecía que lo esperaba desde hacía días en lugar de un par de horas—. Tengo que hablar contigo. Se trata de Elena.

—¿Has averiguado algo? —preguntó cuando nos detuvimos bajo el refugio de un roble solitario.

—No… Nada nuevo. Pero es que estaba hablando con Adriana…, ya sabes…, como hacemos habitualmente, y entre broma y broma me ha contado que Elena estuvo en las cocinas.

—¿Y qué tiene eso de raro? Es normal que esté ahí si forma parte del servicio.

—No me entiendes —apresuré la voz—. No estaba allí para servir ni por trabajo. Fue para pegar la oreja. Estoy segura de que se ha dado cuenta de que le cogí el cuaderno.

—¿Cuándo estuvo en la cocina? ¿Antes o después de que lo cogieras? —dijo ladeando la cabeza como si buscara confirmar lo que yo temía.

—Después.

—Tranquilidad lo primero. ¿Has vuelto a escuchar algo? ¿Alguna palabra «clave» como dijo Ignacio?

—He escuchado muchas veces hablar del agua, pero ninguna en un contexto extraño —respondí algo desanimada—. ¿Y tú?

—Tampoco —respondió negando con resignación—. Voy a por algo de beber, que hablar de agua me ha dado sed. Tal vez encuentre alguna pista. ¿Quieres algo?

—No —dije divertida al ver el gesto de fatiga que puso—. Aquí dudo que encuentres a algún culpable —agregué con burla.

—Culpable de quererte, de eso sí que hay aquí uno —concluyó.

Me quedé sola. El silencio me envolvía, apenas roto por el murmullo lejano de la música. Pasaron escasos minutos cuando noté un movimiento detrás de mí.

—¡Qué rápido! —exclamé sin pensar.

Y entonces una voz distinta a la de Gabriel me sorprendió. Era femenina, clara, y sonaba inesperadamente cercana. Enseguida supe quién era.

—Hola —dijo Elena con un tono casual e inocente.

Me puse en alerta. Respiré hondo, intentando que los nervios no me traicionaran.

—Hola —respondí con la voz un poco temblorosa.

Se sentó a mi lado con suavidad y se inclinó hacia mí, acercándose más de lo necesario.

—Sé lo que estás haciendo —dijo con un tono extremadamente meloso, demasiado dulce para ser inocente y demasiado sombrío para ser natural—. Y déjame decirte que estás jugando con fuego. Pero… lo siento, voy a hacer todo lo posible por salvarme.

Un brillo filoso se camufló entre los tonos ocres de sus ojos, resaltando una bilis líquida que me revolvió el estómago mientras su lengua hilvanaba palabras que me enrollaban tratando de asfixiar mi juicio.

—Candela… —susurró, inclinándose todavía más—, solo quería avisarte. No quiero hacerle daño a Gabriel.

Sentí cómo su veneno ardiente comenzó a incrustarse por debajo de mi piel, corriendo por mis venas a borbotones, dejándome aplacada y sin pulso. Fue en ese preciso momento cuando apareció Gabriel.

—¡Elena! —exclamó al verla incorporarse.

—Hola, Gabriel —respondió cargada de inocencia—. ¿Qué tal? ¿Cómo estás?

En ese instante comprendí cuán peligrosa podía ser. Una víbora oculta bajo una apariencia de niña indefensa.

—Bien… ¿Ya te vas?

—Sí. ¿Verdad, Candela? —añadió lanzándome una mirada sardónica.

Gabriel se volvió hacia mí con un gesto cargado de curiosidad.

—Sí, ya se va. —Traté de sonar calmada, aunque por dentro un torbellino de rabia y frustración provocó que mis manos temblasen descontroladamente.

Elena se mezcló entre la multitud y Gabriel ocupó el hueco que se quedó vacío a mi lado, manchado por la bilis que ella me había escupido.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó intrigado.

—Nada… Venía a darme un recado de madre —respondí esquiva. No quise contarle nada, no todavía, porque temía que, si lo decía en voz alta, el veneno lo alcanzaría a él también. Preferí callarme. El silencio me parecía la única forma de protegernos.

—Tienes mala cara. —Me tocó la mejilla acalorada.

—Necesito agua… Hace mucho calor y estoy un poco mareada.

Me alejé en busca de algo de beber, y en el camino me topé con el padre Xosé.

—Candela, ¿cómo estás? Te he visto aquí y… como hace tiempo que no te veo en la iglesia…

—Estoy bien —mentí, cometiendo un pecado más mientras apartaba la vista hacia cualquier punto que no fueran sus ojos.

Su expresión era la misma de siempre: bondadosa, serena, tan propia de él…, pero yo ya no podía verla sin recordar aquella noche de tormenta.

—Candela, los ojos siempre muestran lo que el alma calla. Te conozco, y guardar las cosas dentro consume. La oración y la confianza son el único alivio.

Xosé no dijo nada más; solo se apartó despacio. Pero antes de que desapareciese del todo vi en sus ojos un destello de pena. Quizá porque constató que la distancia que nos separaba era más grande que nunca.

Me quedé pensando en Elena y en Xosé. Sus nombres se entrelazaban en mi cabeza sin que ninguno pudiese darme la clave del otro.

26

Las risas espumosas burbujeaban en un ambiente fastuoso y con ellas ascendía dentro de mí un pensamiento que no sabía cómo contener.

El salón estaba atestado de señoras envueltas en trajes de seda y terciopelos conjuntados con pedrería fina, escoltadas por caballeros que llevaban bastones de concha con puño de plata, altos sombreros y fracs de castor, revelando la importancia de su estatus. El escenario cambiaba de adornos, los acordes variaban de instrumentos, y las flores desplegaban sus pétalos en un abanico nuevo de colores, pero la esencia era la misma de todas las noches. Solo que aquella parecía más teatral si cabe, porque era el cumpleaños de don Alfonso, y cada gesto estaba orientado a ensalzar todavía más su figura.

Me producía un profundo hastío pensar que tendría que encadenar durante tantas horas la interminable cortesía hueca y las sonrisas impostadas de personalidades vacías y artificiales. Pero al mismo tiempo sabía que aquella farsa era una oportunidad de oro, y nunca mejor dicho, para dejarnos llevar por el sentido más primitivo y olfatear el rastro de los diamantes hasta dar con la cabeza pensante que lo orquestaba todo desde la sombra.

Esa noche pondríamos en marcha nuestro plan. Ignacio se serviría de su instinto periodístico para sonsacar información, disfrazando la curiosidad con preguntas inocentes y conversaciones amables, especialmente entre aquellos huéspedes influyentes a los que ni Gabriel ni yo podíamos acercarnos con naturalidad.

No podía dejar de mirarlo. Iba impecable con su frac oscuro de corte entallado, acompañado de una pajarita de un blanco virgen discretamente iluminada por el reflejo suave de las lámparas. Me sorprendía ver cómo se desenvolvía con tanta facilidad entre ellos. Parecía un pez en el agua, navegando con elegancia y seguridad de un extremo al otro del salón, fluyendo en aquel mar de influencias con la familiaridad propia de quien había crecido nadando en aguas semejantes.

Primero conversó con Pascual y después con el matrimonio farmacéutico madrileño. De manera inevitable sentí una inyección de ardor ante la posibilidad de que se acercara también a Beatriz, capaz de eclipsarlo con un pestañeo. Me devoraban unos celos prematuros al tiempo que me dominaba una extraña sensación en la que se mezclaban la envidia y la fascinación. ¿Por qué lo sentía así? ¿Qué derecho tenía a irritarme?

Tendemos a enjaular todo aquello que nos hace vibrar, creyendo que algún día nos devolverá intacta la intensidad de aquel latido, como si pudiera aprisionarse en cautiverio, sin querer admitir que ya está caducado. Así de complejos y contradictorios son los sentimientos. Un duelo constante entre la razón, que pide soltar, y el corazón, que suplica retener.

Me sorprendí reconociendo aquella emoción con tanta claridad, porque otra vez la realidad se imponía a la verdad. Y, mientras me

atrapaba en esa dualidad, volví a Ignacio, que hablaba con Guillermo Fonseca.

Como si supiera que lo observaba, Ignacio se giró hacia mí. No retiré la vista y él dibujó con los labios una sonrisa, contagiando la mía sin quererlo.

Me moví hasta el centro del salón. Con disimulo me aposté al lado de la mesa donde estaba Inés de Olivares junto con Sonsoles de Valdeluna y Marguerite Lapierre. Las tres parecían entretenerse en un conjuro de confidencias, apuntando con sus miradas afiladas a Beatriz, sentada unas mesas más allá.

—Tan joven y… tan perfecta. Es insultante que alguien reúna tanta belleza y buen gusto —susurró Sonsoles con su sonrisa encantadora.

—Demasiado pulcra e inocente —respondió Inés, cortante—. Me sorprende que no sepáis que esas son las peores virtudes que puede tener una dama en esta sociedad.

Marguerite, con su melódico acento francés, comentó:

—*Moi*… Es imposible que algún ápice de maldad se esconda dentro de ese cuerpo, de ese rostro. ¿Cuántos años tiene?

—Los suficientes para que algunos la encierren entre rejas si no saben controlarse. A esa edad la belleza sin experiencia puede ser más peligrosa que la más pérfida de las intenciones —replicó Inés dominada por la envidia.

—Sería ideal emparejarla con mi sobrino —intervino Sonsoles dejando escapar una risa ligera—. Un joven galán, de excelentes modales, bien parecido, de presencia seductora e imponente y… sobre todo con posición… Voy a acercarme.

Pero, antes de que pudiera hacerlo, Inés la sujetó del brazo para detenerla.

—Ahórrate el ridículo. ¿No ves el círculo de admiradores que ya rondan a su alrededor? Marguerite, ¿dónde está tu marido? Necesito hablar con él —añadió— con una voz recia que se sobreponía al tono suave de la música.

—Creo que con Guillermo, pero no estoy segura.

—Entonces, si me permitís, me voy, y, sino, también.

Disimuladamente me deslicé tras ella, intrigada por saber qué era aquello sobre lo que debía hablar con Philippe.

La perdí de vista mientras cruzaba el salón. ¿Dónde se había metido? Di una vuelta sobre mí misma mientras analicé de nuevo cada rincón. Me detuve frente a la única puerta por la que podría haber salido, y al ver que estaba abierta crucé el umbral. La opulencia quedó atrás. Me oculté entre la espesura del pasillo, iluminado por una luz trémula que se estiraba débilmente, proyectando sombras largas sobre las paredes.

Pude distinguir la silueta de Inés recortada contra la penumbra. Caminaba con un andar seguro. No había duda de que sabía adónde se dirigía. Antes de que la oscuridad se estrellara contra una pared, giró a la derecha, se internó en la sala de tresillo y cerró la puerta con un golpe seco.

Esperé unos segundos para inclinarme y pegar la oreja al marco de la puerta.

—¿Has conseguido reconducir la corriente o tengo que empezar a maldecir tu existencia? —escuché a Inés.

—Eh… eh… —Pese al titubeo reconocí a Philippe—. Todo se ha complicado un poco, no lo esperaba…

—¿No lo esperabas? Pedazo de inútil, ¿quién decidió confiar en un francés tan zafio y torpe como tú?

—Tranquilízate, Inés, aunque las aguas ahora sean turbulentas ya sabes que siempre vuelven a su cauce.

—Guillermo, hay ocasiones en las que eres un impertinente y en las que de nada sirven las palabras, y esta es una de ellas. Demasiadas oportunidades ha tenido. Tantas como errores.

—Te garantizo que Mondariz siempre será recordado por los minerales que enriquecerán el país, confía.

Aquella frase inesperada disparó mi alarma y la bala impactó directamente en mi sien. Me faltaba el aire. ¿«Reconducir la corriente»? ¿«Que las aguas volverán a su cauce»? Y minerales… ¿Qué minerales? Todo parecía encajar con lo que Gabriel había insinuado en la imprenta. ¿O era todo una simple casualidad? ¿Debía alertarme por escuchar hablar de aguas en un enclave termal?

Las preguntas se agolpaban a una velocidad vertiginosa en mi cabeza, pero de pronto caí en otra que había pasado desapercibida. ¿Qué hacía Guillermo allí? ¿Por qué Inés? ¿Y Philippe?

Antes de que me descubrieran husmeando, decidí regresar al salón. Ya había tentado en exceso mi suerte. Tenía que encontrar a Ignacio cuanto antes y contarle lo que había escuchado.

Me ardían las mejillas y un calor incómodo y húmedo me resbalaba por la frente.

Por suerte lo vi enseguida, le hice un ligero ademán con la cabeza, señalando el jardín, y acompañando el movimiento de un sutil giro de mano, para insinuarle que saliera a fumar un cigarro. Él comprendió al instante que necesitaba hablar con él. Inmediatamente concluyó la conversación que mantenía con un

huésped y salió. Yo fui detrás procurando que mi movimiento pareciera natural.

—¿Qué sucede? Me has preocupado —dijo extendiendo las manos hacia mis hombros, intentando sujetarme del temblor que me dominaba.

Tragué saliva con el corazón galopando, ya no solo por lo que acababa de averiguar.

—He escuchado las referencias al agua —susurré bajando la cabeza, evidenciando el problema que tenía para contener su mirada cuando estábamos a solas.

—¿Quién? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo…? —preguntó pasándome la mano por el mentón e inclinándome la cara para que pudiera ver lo asombrados que lucían sus ojos.

Entonces el estado de nerviosismo que provocó aquel hallazgo dio paso a una vulnerabilidad que me quebró.

—Tranquila —susurró Ignacio, acercándome a él para arroparme —. Estoy aquí contigo.

Entonces lloré más, siendo consciente de lo que estaba ocurriendo. Sus manos que tanto daño me habían hecho ahora me calmaban y eso intensificaba más mi sufrimiento. Era insoportable reprimir la melancolía de un pasado vivido en un presente cada vez más incierto.

Dejé a un lado mis emociones y me concentré para poder contarle con precisión lo que acababa de escuchar a escondidas.

—¿Cómo? ¿Guillermo también estaba allí?

—Sí.

—Has hecho un gran trabajo, Candela. Creo que estamos acercándonos. Ahora tenemos algo más de lo que tirar. Yo estaré

pendiente de ellos y observaré a quienes se acercan y también con quién se relacionan. Has sido muy valiente —dijo buscando mi rostro con una caricia que me volvió a desarmar por dentro.

¿Qué me estaba pasando? No me reconocía. Sabía que necesitaba a Gabriel y al mismo tiempo no podía evitar estar con Ignacio. La confusión me destrozaba y no podía dejar de llorar.

—Ya está —dijo retirándome con suavidad las lágrimas que me caían por la mejilla, todavía acalorada—. Tranquila —susurró mientras deslizaba suavemente el dedo por el surco húmedo que dejaba mi llanto.

Otro escalofrío más prolongado trepó desde el estómago hasta la boca. La temperatura subió, agitándome con un vértigo acalorado mientras fuera hacía frío.

A nuestro alrededor la música empezó a sonar con notas más fuertes. La brisa suave del verano agitaba los majestuosos árboles, cuyas sombras danzaban bajo la luz plateada de la luna llena. Todo parecía preparado para la ocasión.

—¿Me concedes un baile? —susurró con travesura mientras alargaba la mano.

Lo miré y me mordí el labio como quien reprime un dolor muy agudo.

—Vamos. Prometo no pisarte los pies.

—Esperaba que fueses un poco más original —dije recordando como había concluido del mismo modo la despedida del año pasado.

—Y lo soy —replicó—. Aquella vez te invité a bailar para despedirme. Esta, para no tener que hacerlo. Además, repetir solo es imperdonable si no se mejora. Y te prometo que esta vez pienso

hacerlo mejor —añadió—. No todos los días la luna se pone de nuestra parte.

Una risa dulce evaporó el llanto del principio y rompió lentamente los diques de mi prudencia contenida. Seguí un impulso que brotó de lo más hondo de mi ser y me acercó a él. Embriagada por la inconsciencia, tomé su mano y acepté el juego. Nos entrelazamos entre unos pasos demasiado torpes al principio, que pronto se convirtieron en fluidos cercanos. No sé en qué momento pasó, pero de pronto nos encontramos agarrados, pegados el uno al otro, con su pecho agitado marcando el ritmo del mío.

—No te preocupes —susurró mientras me acariciaba con la mano que descansaba sobre la parte baja de mi espalda—. Confía en mí. No haré nada que tú no quieras.

Consentí el mariposeo de sus labios sobre mi mejilla mientras sentía cómo se acercaba a la frontera prohibida. Ardía en deseos de ponerme a prueba, de recrearme de nuevo en su boca, tan cerca de la mía. Convenciéndome de que mi contención era más fuerte que mi deseo, me acerqué más. Nuestras narices se rozaban y lo único que separaba nuestras bocas era su dedo índice, colocado sin demasiada convicción entre ellas.

—No lo hagas —suspiré.

—No lo haré. Retíralo solo cuando estés preparada —dijo, tan cerca que me erizó la piel—. Solo depende de ti. Mientras tanto, disfruta. No hay peligro.

Me atraía el riesgo y me excitaba todo de él: su presencia, su voz, sus palabras… Quise frenarlo, pero la prohibición solo era la espuela del antojo. Cerré muy fuerte los ojos y volví sobre cuánto había soñado con ese momento. No podía contenerme más.

27

Ignacio llegó más tarde de lo habitual, con una energía que parecía empujarlo hacia delante. Apenas cruzó el umbral, se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa, sin detenerse en cortesías. En sus ojos ardía un fulgor febril que no había visto nunca. Pensé que era por lo que había pasado la otra noche, pero enseguida me di cuenta de que estaba equivocada.

—Escuché algo más —dijo antes de tomar asiento.

—¿A quién? —preguntó Gabriel, impaciente meciéndose hacia delante.

—A Inés de Olivares… y… Alfonso.

—Sabía que Alfonso también estaba en el ajo, os lo dije desde el principio. Aquí no pasa nada que él no sepa —replicó Gabriel, golpeando suavemente la mesa con el puño cerrado. Victorioso por la certeza de su premonición.

Mientras Gabriel se recreaba en su triunfo, Ignacio aprovechó para recorrerme de arriba abajo con su calma insolente. Fingí no darme cuenta, pero el rubor me delató y, al percatarse, sonrió.

—Fue anoche, en el *fumoir* —continuó todavía con la comisura de los labios torcida.

El *fumoir* era uno de los lugares más exclusivos del Gran Hotel. Solo lo había limpiado una vez. Pero por mucho que me esforcé

había sido imposible borrar el humo que se quedaba impregnado en cada rincón. Don Alfonso insistía en que se tomaran muchas precauciones para hacerlo, como si para él tuviera un valor especial. Tal vez por eso su uso estaba reservado en exclusiva para los caballeros. Tenía varios sillones de cuero, lámparas bajas con pantallas de terciopelo y paredes revestidas de madera oscura. El aire siempre estaba denso y cargado de humo porque era un espacio destinado precisamente para fumar y conversar. Después de la cena, allí se retiraban los huéspedes más influyentes: políticos, banqueros, terratenientes… Y entre caladas y sorbos de whisky y coñac discutían sobre negocios, política… o la vida misma.

—Estaba conversando con un par de huéspedes —dijo Ignacio—. La charla derivó, como tantas últimamente, en Marruecos. Que si el ejército, las pérdidas, la herida abierta de Annual. Unos defendían la necesidad de reforzar las tropas y demostrar firmeza, otros, que lo sensato sería invertir en ferrocarriles e industria. Yo quería mantenerme al margen, y lo conseguí cuando de repente apareció Inés. Fue directa a Alfonso. Me acerqué fingiendo que buscaba un cigarro. Y entonces la escuché.

—¿Y qué es lo que dijo? —pregunté con la lengua seca.

—«El pozo se está llenando, pero hay que esperar antes de beber».

El aire se espesó con el eco de aquellas palabras. Ignacio fue quien se atrevió a disiparlo.

—¿Qué os parece?

—Confuso —dijo Gabriel.

—Es más claro de lo que parece. Os lo explico. La primera certeza es que no se están refiriendo al agua. Es evidente que

utilizan un lenguaje secreto. Yo creo que lo que insinúa es que han vuelto a activar la maquinaria. Paraos a pensarlo: desde que encontraste el último diamante, Candela, quienes sean los que están detrás de todo esto no han vuelto a mover ficha. Han tenido un parón, quizá por precaución o por algún contratiempo inesperado. Pero ahora todo indica que están listos para volver a actuar, aunque… el matiz de esperar… —Chasqueó la lengua—. Creo que significa que todavía no están preparados para dar el paso. Es un aviso para advertir que todo vuelve a funcionar, pero es necesario mantener la calma.

Gabriel apoyó los codos sobre la mesa.

—Lo que yo entiendo es que están organizando el cargamento de diamantes…, o el envío, el *modus operandi*…, lo que sea, pero no quieren precipitarse para no cometer errores, por eso dicen que de ese pozo todavía no se puede beber. Están esperando una señal.

—Muy inteligente —susurré casi para mí misma—. Utilizar referencias al agua para comunicarse en un lugar como este, donde todo gira alrededor del agua… Sin duda propio de una mente brillante —dije con ironía.

Recordé que Ignacio me propuso exactamente lo mismo, aunque nosotros lo utilizábamos en un contexto diferente. Él sonrió de lado; era el único que entendía el porqué de mi comentario. Se llevó los dedos a los labios. Lo miré y un deseo silencioso trepó por mis manos para tensar el hilo que todavía nos unía. ¿Qué me estaba pasando?

—Si hablan en acertijos es porque saben que alguien podría escucharlos… —remarqué—. Y si tienen tanto cuidado es porque

algo ha fallado… No querrán ser imprudentes. Tal vez porque yo he encontrado por error ese maldito diamante.

—No ha sido un error —dijo Ignacio con la voz ronca—. Todo lo contrario. —Hizo una pausa y me miró. Sentí que, aunque hablábamos de diamantes, todo lo que decía tenía un doble significado—. El destino ha querido que seas tú quien lo encontrara.

—No. El destino ha querido que sea yo quien esté en peligro.

—Eso no va a ocurrir mientras esté aquí —afirmó Ignacio, firme y convincente, sin dar pie a más cavilaciones.

—Yo jamás permitiré que nadie te lastime —dijo Gabriel, y dejó que cada palabra cayera como un aviso, haciendo énfasis en la palabra «yo».

La proximidad de sus hombros me hizo sentir dividida entre la seguridad que él ofrecía y el fuego que despertaba Ignacio. El calor subió a mis mejillas y un extraño alivio se mezcló con la confusión. Lo pensé un instante. Era como estar en el ojo de un huracán y, aun así, no quería apartar los ojos de ninguno. Los dos objetos de mis dudas me agitaban a cada lado mientras yo me esforzaba por hacer de bisagra para no partirme por la mitad y caerme al abismo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Gabriel con la voz un poco más apremiante de lo habitual.

«¿Qué voy a hacer?», me pregunté yo.

—Primero repasar todas las prueba que tenemos —respondió Ignacio—. Los implicados son: Inés, Elena, Xosé, Alfonso, Guillermo…

—¿Xosé? —interrumpí, frunciendo el ceño—. ¿Sigues empeñado en eso? ¿Y cuál es la prueba que tenemos sobre él?

—Pues que el día de la tormenta pegó a Alfonso para liberar a Elena…, y luego tan amigos… ¿Crees que eso no es suficiente?

—Pero ¿qué pinta un cura en todo esto?

—No lo sé, pero algo seguro —admitió Ignacio encogiendo los hombros—. Aunque yo creo que… él es como Elena.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Pues a que es una pieza más, pero sin poder de decisión. Él solo cumple órdenes. Escuchadme: tengo un plan. Primero observaremos cada movimiento. Documentaremos lo que podamos, anotaremos patrones…, y poco a poco iremos descifrando todo. Nadie dará un paso sin que nosotros lo sepamos.

—Veo un inconveniente… —dijo Gabriel con la mirada perdida en la mesa—. Hemos dicho que se están preparando para actuar. Pues creo que no tenemos tanto tiempo para ponernos a investigar. Puede ser inminente.

Cada vez que Gabriel abría la boca, mi corazón daba un vuelco y un escalofrío inesperado me recorría la espalda. Distinto al que me provocaba Ignacio, más contenido, más cálido, casi prohibido. Me ponía nerviosa ante la posibilidad de que un gesto, un susurro o un roce lo alterase todo. La tensión que bullía entre ellos era palpable, y yo tenía miedo de que aquello explotase antes de que pudiésemos llegar a alguna certeza.

—Tienes razón. Pero tampoco podemos trazar un plan a la ligera; eso no es más que un error anunciado. Incluso en medio del peligro, la estrategia siempre debe imponerse sobre el impulso.

—Muy bien ¿Y qué propones? —preguntó Gabriel.

—Mirad esto. —Ignacio abrió un ejemplar de *La Temporada* que había sobre la mesa y leyó en voz alta: «El Gran Hotel del Balneario

de Mondariz se honra en anunciar, como muestra del progreso social, la inauguración del Primer Torneo Femenino de Lawn-Tennis. Se invita a toda la audiencia a presenciar los encuentros en la pista principal, seguidos de una merienda cortesía de la Casa. La primera ronda clasificatoria comenzará esta tarde en la pista de tenis del Gran Hotel». Te estoy imaginando en la pista, Candela —dijo Ignacio con picardía—. Aunque no estoy seguro de si conseguirías darle a la pelota… o acabarías lanzando el golpe hacia alguien que se te acercara sin pedirte permiso.

—La raqueta sirve para muchas cosas —explicó Gabriel—. El partido no sé si será interesante, pero estoy convencido de que lo que habrá alrededor sí.

—Exacto. —Ignacio levantó el dedo—. Huéspedes ilustres ocupando sillas delanteras, círculos lúdicos y diálogos efímeros entre sombreros y bastones. El tenis… no es más que la excusa.

—Candela, creo que Ignacio tiene razón. Tenemos que ir y tú especialmente. No tendrás problema en camuflarte entre las damas. Ve y escucha todo lo que puedas.

—¿Y vosotros? —acepté a preguntar, sorprendida por el acuerdo de Gabriel con Ignacio en algo.

—Yo estaré en el gabinete de lectura hojeando los periódicos mientras afilo también los oídos.

—Yo… yo me daré una vuelta por los jardines y me fijaré en todo lo demás.

Ignacio sonrió, seguro y práctico:

—A por nuestros objetivos. Ojos en todos lados y apuntando con la misma precisión que esas raquetas.

Solté una risita nerviosa, consciente de lo que eso suponía.

El campo del balneario hervía de expectación. Bajo el sol de la tarde las sillas de mimbre se alineaban en torno a la pista, ocupadas por damas con sombrillas de encaje y caballeros de traje claro que se abanicaban con el programa de la jornada. Me puse de puntillas para ver más allá. Adriana levantó la mano en cuanto me vio entre la multitud. Estaba de pie junto a Alicia, ambas con los ojos curiosos. No dudé en acercarme.

—¡Hombre, ya sabía yo que tú no te perderías algo así! —exclamó Adriana—. ¿Has visto quiénes van a jugar?

Enseguida giré los ojos hacia la pista y solté una carcajada incrédula, llevándome las manos a la cabeza.

—Bruna da Sousa y Marguerite… —suspiré incrédula—. Jesús, una es todo ímpetu y la otra pura delicadeza. No sé muy bien cómo puede acabar este partido.

Adriana hizo un gesto exagerado, llevándose un dedo a la nariz como si temiera lo peor.

—Pues ya te lo digo yo. Con la francesa luciendo una buena fractura en el tabique nasal, ya lo verás —dijo con sorna, provocando la risa de Alicia—. Mira a ver si está Emilio, el médico, por aquí cerca, porque van a tener que evacuarla en cuanto dé el primer raquetazo.

La voz de don Alfonso fue el detonante para dar por inaugurado el partido y que las jugadoras tomaran posición para prepararse. Bruna giraba la raqueta con una mano como si fuese un sable y con la otra se ajustaba el brazalete de oro con un gesto marcial. Marguerite, en cambio, parecía una figura esculpida en mármol, tenía el rostro sereno, casi asustadizo, la espalda tiesa, demasiado

recta, y una concentración tan férrea que daba la impresión de que todo lo que había a su alrededor era una ensoñación.

De inmediato el murmullo cesó, solo se oía el roce de la suela sobre el suelo, el golpeteo seco de la bola contra las cuerdas de la raqueta y, de vez en cuando, la respiración contenida del público cuando Bruna descargaba un golpe demoledor o cuando Marguerite respondía con la gracia impecable de un arabesco. Estaba convencida de que Bruna se impondría con facilidad, no solo por su fuerza, sino por su precisión. Pero me equivocaba, porque la francesa resistía sin esfuerzo y le devolvía cada embate con una potencia inesperada.

En medio de tanto alboroto, sentí una mano suave que se posaba en mi brazo. Levanté la vista algo sobresaltada, sabiendo que, en aquel lugar, cualquier momento era bueno para la sorpresa. Pero no en aquella ocasión: quien me llamaba era Loreto.

—¿Has visto el ambiente? Me encantaría participar en el torneo… —dijo con un deje de melancolía—. Es tan importante que ahora nosotras tengamos la oportunidad de estar aquí… Pero en mi estado no puedo ni soñarlo.

—¿Qué tal se encuentra? ¿Cuándo nacerá la criatura?

—En noviembre si Dios quiere. Estoy muy bien. Estaba convencida de que sería niño, fíjate —dijo mientras se llevó la mano al vientre con un gesto instintivo—, pero María, la curandera, me dijo que será niña.

—¿Y eso cómo lo sabe?

—Esa mujer tiene remedios y respuestas para todo. Colgó una aguja enhebrada sobre mi mano y esperó a que se moviera sola. Me dijo que, si giraba en círculo, sería niña, y, si se balanceaba en línea

recta, niño. A mí me daba vueltas sin parar…, así que, según ella, no hay duda.

—Bueno, quién sabe…, lo importante es que venga sano.

—Eso mismo pienso yo —respondió con ternura—.Yo quería llamarle Moisés, pero ahora… tendré que pensar en un nombre de niña. Uno que tenga que ver también con el agua. —Me miró buscando complicidad—. Clara, quizá. Suena cristalino, como un manantial. Aguas claras… Clara, como mi niña —dijo bordeando su tripa con las manos.

Me quedé en silencio un instante. Aguas claras, ¿sería otra pista? ¿Otro mensaje encubierto? ¿De Loreto? Mientras me debatía entre la lógica y la psicosis, el público estallaba en un aplauso que sonó como un estruendo cuando Marguerite anotó un punto que intuí reñido.

El clamor me sacó de la confidencia con Loreto, que se despidió con un gesto alegre cuando vio aparecer a Ramiro y, tomada de su brazo, se perdió entre la multitud que celebraba el último tanto. Todavía la seguía con la vista cuando noté otra presencia a mi lado. No supe decir cuánto tiempo llevaba allí porque el fulgor me había eclipsado. Cuando giré la cabeza, me sorprendí ante la presencia de mi padre.

No dijo nada al principio, solo se limitó a ponerse a mi lado. Los dos nos quedamos callados mientras seguíamos con los ojos la pelota que cruzaba la pista de un lado a otro.

—Candela…, tenemos que hablar. Sé que no es sencillo para ti, pero con tu actitud tan distante estás haciendo sufrir mucho a tu madre. Cualquier día se muere de la pena. La presencia de Elena la

está ayudando, le devuelve un poco de alegría, pero tú eres su vida entera. No sabe cómo acercarse a ti y eso la desgarra.

Bajé la cabeza y cerré los ojos, sintiendo cómo la verdad me calaba como una lluvia fina, esa que empapa despacio sin que uno pueda resguardarse. Dejé de seguir el partido. La pelota podía ir de un lado a otro, la gente aplaudir o reír, pero para mí era ya insignificante.

—Vamos a dar un paseo —sugerí.

Nos apartamos hacia los alrededores del Gran Hotel. El júbilo deportivo fue reemplazado por el canto de los pájaros hasta que reuní fuerzas suficientes para hablar.

—Solo os pido que no dudéis de que os quiero… —Se me quebró la voz—. Pero necesito tiempo. Todo está confuso aquí dentro. —Me llevé la mano al corazón—. Tengo que ordenar este caos antes de pretender que todo sea como antes.

—Lo entiendo, hija. Me duele, pero lo respeto.

Me incliné y le besé en la mejilla. Noté el temblor en su piel, ese que nunca había asociado con él, tan entero, tan seguro siempre.

—Explícaselo a madre, por favor. Dile que tenga un poco de paciencia. Que yo también la necesito.

Él cerró los ojos y apretó mis manos con fuerza. No dijo nada más. No hacía falta.

28

La imprenta ya no me sorprendía. Volvíamos a estar los tres sentados alrededor de aquella mesa que para mí se había convertido en una especie de tablero estratégico, como el que imaginaba en los despachos donde se decidían los rumbos del país. Y quizá no era tan descabellado pensarlo así, porque nuestra investigación era de gran trascendencia.

Conscientes de que el tiempo jugaba en contra, fuimos directamente al grano, y como siempre fue Ignacio el primero en tomar la palabra.

—Creo que lo más correcto es hablar con Elena. Ella es el hilo suelto. La veo demasiado ambigua.

Gabriel chasqueó la lengua antes de replicar:

—No estoy de acuerdo, la verdad. Confiar en que hable… Me parece demasiado ingenuo e incluso precipitado. Yo creo que deberíamos actuar de repente y sorprenderlos con algo que no se esperan.

—¿Y qué propones? —preguntó arqueando una ceja.

—Aprovechar la imprenta… Lo tengo todo pensado —dijo Gabriel con un énfasis que lo delataba—. Podemos usar una de esas frases *secretas* que ellos utilizan para comunicarse en el próximo número de *La Temporada* y observar cómo reaccionan. Unas líneas breves,

nada evidente ni arriesgado. Sería un aviso, con eso les lanzaríamos un mensaje y les diríamos que conocemos su código, que sabemos más de lo que ellos creen. Les delataríamos indirectamente…

—Si mostramos esa carta, ellos podrían retroceder antes de que logremos confirmar nada, y entonces todo el esfuerzo habría sido en vano.

Gabriel lo miró con indiferencia y se desilusionó. Sus labios se comprimieron en un gesto de disgusto.

—Yo no he pensado nada. No puedo ofreceros ninguna alternativa porque tengo la cabeza bloqueada.

—Pues… sí cada uno lo ve diferente, no sé cómo vamos a actuar con acierto —dijo Gabriel.

—Candela, tú conoces a Elena más que cualquiera de nosotros. Sé sincera…, ¿qué opinas de ella? —preguntó Ignacio.

—El… el día de descanso… —comencé titubeando—. Elena vino a hablar conmigo. Fue muy escueta. Solo me advirtió que estaba jugando con fuego, que haría lo posible por salvarse y que no deseaba hacerle daño a Gabriel.

—¿Cómo…? ¿Todo eso… conmigo delante y… y yo sin enterarme? ¿Por qué no me dijiste la verdad? Te pregunté —exclamó Gabriel.

—Porque sabía que, si Elena actuaba antes de que nosotros hiciéramos algo, yo no podría esquivar las consecuencias. Quise decirle que yo también sabía que ella tenía los diamantes, pero no lo hice. Me contuve porque temí que, si me dejaba llevar por el impulso, todo se me podría ir de las manos. Quería esperar…

—¿Esperar a qué, Candela?

—A ver cómo se desarrollaban los acontecimientos…

Ignacio me observaba reflexivo y concentrado mientras me enzarzaba con Gabriel en un duelo de reproches visuales que no necesitaban palabras para que pudiese hacer daño.

—Creo que esta vez Candela ha actuado bien —intercedió Ignacio—. Me parece una decisión inteligente, porque nos hace ganar tiempo frente a Elena. Ha jugado al despiste, porque estoy convencido de que ella también nos ha observado estos días y dudo que sepa que esto no se trata solo de Candela, sino que estamos los tres juntos. Candela no le ha dado pistas para que desconfíe también de nosotros, y con eso podemos sorprenderla.

La sensación tan extraña de sentirme protegida por Ignacio me trepó como un cosquilleo envenenado por la espalda.

Gabriel dio un golpe sobre la mesa del enfado.

—¿Cómo interpretas lo que te dijo Elena? —preguntó Ignacio con la complicidad todavía asomada en su rostro.

—No me lo esperaba. Sentí miedo, pero creo que no fue solo un arrebato, sino que ella teme algo. Sabe que yo tengo su cuaderno y lo que estoy… estamos haciendo —rectifiqué—, pero yo también sé que ella tiene los diamantes y sigue tan tranquila… O eso intenta aparentar.

—No es solo miedo… —matizó Ignacio rascándose la oreja—. Creo que también hay conciencia, y eso es muy importante porque nos da pistas sobre cómo podría actuar si decidimos enfrentarnos a ella. Lo que hizo fue protegerse porque todo es todo una argucia. Ella ya ha jugado su carta y ahora nos toca a nosotros mover la nuestra. Y no se la va a esperar. La vamos a sorprender.

—¿Y si nos está manipulando? —aventuró Gabriel—. ¿Y si juega al despiste, pero es todo una trampa? Podemos equivocarnos…

—Elena es una manipuladora nata —reconocí, con voz firme, sintiendo cómo mis palabras ganaban peso a medida que salían—. Se mueve demasiado bien en ese círculo, y la primera a la que ha manipulado es a mí. Por eso Ignacio tiene razón y lo mejor es hablar con ella. Sin rodeos —suspiré—. Y creo que sé cómo hacerlo.

A esas alturas sabía que la mejor manera de captar la atención de Elena era a través de Ignacio. No solo por sus encantos masculinos, sino porque ella conocía la intensidad de mis sentimientos hacia él, y eso se convertía en un arma poderosa que podía usar para herirme. Elena disfrutaba coqueteando con los hombres, consciente de que con sus cualidades podía manipular voluntades y emociones a su antojo. También gozaba sabiendo que hacía daño, sobre todo a mí. A buen seguro eso era lo que más la motivaba. Si Ignacio le pedía un encuentro sin más detalles, dándole solo las pinceladas necesarias para llamar su atención, ella percibiría no solo el interés de un hombre, sino la oportunidad de ganar la batalla entre nosotras, el enfrentamiento que llevaba latente, en definitiva, desde que nuestras miradas se cruzaron por primera vez. El poder de controlar la situación y la certeza de que podría herirme eran razones más que suficientes para que aceptase la propuesta sin hacerse demasiadas preguntas.

Ignacio le había sugerido, cuando se la encontró en el desayuno, verse a media tarde en el jardín, tal y como nosotros lo habíamos planeado. Era un lugar abierto donde todos podríamos ser testigos de la escena. Gabriel, con la excusa de estar dedicado a sus tareas, permanecería cerca, pero sin interferir directamente. Yo aparecería

en el momento menos esperado, cuando Elena creyera que sujetaba la sartén por el mango. Ahora me tocaba jugar a mí, era mi turno. El plan era simple en apariencia, pero en el fondo estaba cargado de riesgos. No solo debía hablar con ella, sino calibrar hasta qué punto esa conversación nos permitiría acercarnos a la verdad que buscábamos.

Me detuve en seco cuando al mirar hacia el templete los reconocí de inmediato. Me daban la espalda, y no me pareció casual. Conversaban a escasa distancia. Más que una charla, semejaba el preámbulo de un juego más íntimo, un coqueteo intencionado. Sentí palpitaciones de ira y un calor punzante se me extendió por todo el cuerpo. De nuevo los celos me quemaban por dentro. No era solo ver a Elena, a quien había considerado mi amiga y me había traicionado, sino que me dolía verla junto a Ignacio, con quien todavía no lograba entender mis sentimientos. Me dolía verlos ocupando aquel lugar donde yo había estado con Gabriel por primera vez, antes que nadie. De alguna manera, cada uno me había arrebatado un fragmento de mí misma para intercambiarlo entre ellos.

Es demasiado duro sostener las emociones y mantenerse entera cuando quien tienes cerca te rompe en mil pedazos. Cada día era más complicado. Llevaba mucho tiempo afrontando mis dudas y restando importancia a lo que ocurría a mi alrededor para no enloquecer. Pero el corazón tiene un límite y yo necesitaba espacio para gestionar mis sentimientos y entenderlos. Eso era precisamente lo que no tenía.

Opté por desviar la vista y mirar hacia otro lado, como si así pudiese desaparecer la realidad que se desplegaba frente a mí. Qué

ingenua había sido creyendo que sería tan sencillo. Respiré despacio, intentando calmar el ardor en el pecho que me abrasaba, y enseguida me encontré con Gabriel. Como una señal tranquilizadora, o acaso un recordatorio de que había otro motivo más para inquietarme. Él estaba más lejos, pero lo suficientemente cerca como para distinguirlo entre los senderos que cruzaban el jardín, rodeado de guirnaldas florales. El sol de media tarde iluminaba los parterres.

Me quedé quieta esperándolo, como aquellas gárgolas de mármol que adornaban el jardín, rígidas y eternas. No pude evitar sentir envidia por la frialdad con la que contemplaban el mundo sin que nada las alterara. Ojalá yo también hubiera tenido el corazón de piedra como ellas, inmune al vértigo de la alegría y al peso de la tristeza. Ojalá no hubiera sentido nada de lo que sentía. Hacerlo es emocionante cuando la ola te acaricia y te impregna de su felicidad, pero nada compensa el momento en el que tus sentimientos te arrastran entre sus corrientes y te hunden sin que haya nada a lo que agarrarte. Ser fiel a tus emociones es un castigo cruel. El corazón se cree capaz de soportar cualquier cosa con tal de vivir esos momentos de luz que lo mantienen a flote. Pero el mío era incapaz de seguir bailando con las mareas.

Gabriel caminaba por el sendero principal con una agitación prudente, sin detenerse, pero sin alterarse. Con un gesto apenas perceptible, me indicó que mirara hacia Ignacio. Este, sin dejar de mirar a Elena, abrió y cerró la mano por detrás de la espalda, la señal que esperábamos para que saber que había llegado el momento de actuar.

Cada fibra de mi cuerpo se tensó más de lo que había podido creer que soportaría. Temía los enfrentamientos. No sabía plantarles cara a los demás. Elena era una rival demasiado fuerte para mí. Pero la vida se trata de eso y no me quedaba más remedio que luchar. Respiré hondo y me recordé que aún podía decidir cómo afrontar lo que venía.

Gabriel y yo nos unimos antes de que el atajo desembocase en una explanada de vegetación exuberante, y eso también me pareció una bonita metáfora, porque me dio la mano antes de que el camino finalizase. Los últimos pasos quedaron envueltos en un silencio estratégico mientras la tensión flotaba en el aire como una corriente invisible que nos empujaba hacia el momento que tanto habíamos planeado. Gabriel se adelantó, estaba más cerca que yo, por eso con un gesto suave de mano le pedí que se detuviera y que guardase silencio. Era mi turno, necesitaba ser yo quien hablase y dominar algo por mí misma.

Observé cómo Ignacio y Elena acercaban sus cuerpos cada vez más, ella ajena a lo que le esperaba, confiada en tener el dominio de su propio control, y él disfrutando de su seducción. Quise irrumpir, separarlos de golpe, con brusquedad, pero algo puramente racional me detuvo.

—Hola, Elena. —Dejé que fuese mi voz quien la sorprendiera por detrás.

No negaré que disfruté pronunciando su nombre, sintiendo el respaldo de Ignacio a un lado y la presencia vigilante de Gabriel al otro.

Ella se giró de inmediato. Su rostro palideció al encontrarnos frente a ella, y por un instante vi cómo la sorpresa y la confusión

luchaban por desaparecer de su semblante. Buscó a Ignacio, como si necesitara una explicación de lo que estaba sucediendo. Pero él, ajeno a su inquietud, con esa entereza que lo caracterizaba, le aguantó la mirada.

—Esto es lo que quería contarte —le susurró.

Elena se movió agitada; todo en ella delataba tensión. Sus manos jugueteaban con los bordes de su falda y sus ojos recorrían el jardín como si buscara una vía de escape. Pero, antes de que pudiera hacerlo, Gabriel se acomodó a su lado e Ignacio le sujetó el brazo, transmitiéndole que no había vuelta atrás. Estaba atrapada. Me envalentoné y aproveché para colocarme frente a ella, sosteniendo su mirada sin apartarla. Me di el gusto de desafiarla con una sonrisa antes de volver a hablar. Algo en mí interior empezaba a despertar. No era solo el miedo o la rabia, era algo nuevo. Un coraje dormido que me empujaba a enfrentarme por primera vez, sin excusas, a lo que tanto miedo me daba.

—Nosotros también sabemos lo que estás haciendo —dije sosteniendo la voz, aunque por dentro notaba que me temblaba cada cuerda vocal.

Me miró con cólera y no tardó en alzar las cejas para mostrar esa sonrisa enigmática que rezumaba significado.

—No sé de qué me estás hablando.

—¿Dónde tienes los diamantes? —preguntó Ignacio mirándome primero a mi antes de volver a fijar su atención en ella.

—No sé de qué me estás hablando —repitió, pero la palidez de su rostro delataba que poco a poco su grieta comenzaba a abrirse.

—Elena… —insistió Ignacio con paciencia contenida—. Será mejor que digas la verdad antes de que salgas más perjudicada. Lo

sabemos todo…

Gabriel permanecía quieto a su lado. Cuando lo miré pude ver cómo en sus ojos asomaba el deseo de imponerse, de decir algo, pero su forma de ser se lo impedía. Era incapaz de mostrar autoridad.

Elena empezó a reírse sin motivo.

—Pues, si ya lo sabes todo, ¿para qué me preguntas? —añadió con soberbia.

—Para que te expliques y te ayudes a ti misma. Interprétalo como una oportunidad que otros no te van a dar —advirtió Ignacio.

—No necesito vuestra ayuda. Sé sobrevivir sola —respondió llena de altivez.

—Ya está bien. Deja de manipularnos a todos, sobre todo a mí —dije con una autoridad demasiado extraña incluso para mí.

Mi arrebato los sorprendió, sobre todo a ella, porque sus ojos empezaban a parpadear desconcertados. Dejé que la rabia hablase por mí cuando proseguí:

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. Lo sabías todo desde el principio porque formas parte de esto. Por eso pretendiste darme pena con tu historia falsa, para acercarte a mí, perdón, a los diamantes. Y yo, como una tonta, te creí. Ya está bien, ¿no crees?

—De ti depende cómo acabe esto, Elena —dijo Ignacio—. Piensa en si quieres protegerte… o hundirte. Tu decisión puede inclinar la balanza hacia un lado u otro.

Elena tragó saliva. Después lo miró con sus ojos grandes y veloces, tratando de calcular hasta dónde podía hablar. Se sentía acorralada, pero no derrotada, porque su postura seguía erguida, sostenida por ese hilo de arrogancia al que siempre se sujetaba.

—Es imposible que lo sepáis todo… Ni yo misma lo sé —dijo desafiante.

El hielo de su carácter se derretía y el sudor empezaba a resbalarle por la frente. Me crucé de brazos para contener la impaciencia que empezaba a hervirme por dentro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ignacio buscando en ella cualquier tipo de fisura.

—Eres periodista, deberías saber interpretar las palabras.

Ignacio dio un largo suspiro y contestó irritado, sin ocultar que su paciencia empezaba a agotarse:

—Precisamente por eso te lo vuelvo a preguntar, porque no has sido clara. Lo repetiré otra vez, a ver si así te das cuenta de que va en serio. ¿Quién está detrás de todo esto? Porque tengo claro que a ti solo te utilizan.

Ella percibió el cambio de tono y movió lentamente los labios.

—Alfonso y Guillermo Fonseca. Los conozco de Madrid —masculló con expresión huraña.

Guillermo. Recordé que en la fiesta había coqueteado conmigo, como si supiera que yo tenía información valiosa y quisiera tantear hasta dónde llegaba mi conocimiento. Otra vez el miedo se volvió a adueñar de mí. Ese maldito frío cortante y punzante me escaló por el pecho y me dejó paralizada. Sabía que corría peligro: estaba en el centro de la diana y todo apuntaba a mí.

—¿Qué vínculo tienes con ellos? —siguió preguntándole Ignacio, más incisivo que una flecha.

—Ninguno —respondió ella rápidamente.

—No me mientas.

—No lo hago.

—Has dicho que los conoces de Madrid, ¿de qué?

—No es determinante para todo esto.

—Se me está acabando la paciencia. Escúchame con atención, Elena, yo también vivo en Madrid, y curiosamente, después de mucho investigar y de consultar a muchas, muchísimas fuentes, ninguna ha sido capaz de hablarme de ti. Nadie me ha podido certificar la existencia de una tal Elena Fuentes con una historia vital tan entrañable como la que tú le contaste a Candela.

De pronto Elena enmudeció, como si las palabras la sentenciaran. Su pecho se inflaba y desinflaba cada vez más rápido, pero Ignacio no le dio tregua y aprovechó su debilidad para mantenerla bajo su presión sin ofrecerle tregua.

—Pero fíjate en qué extraña casualidad… —dijo levantando el dedo como si estuviese a punto de soltar una advertencia—. De quien sí me han hablado, y mucho, es de una mujer llamada Selena, y curiosamente comparte demasiadas cosas contigo.

Elena o Selena, ya no sabía ni cómo referirme a ella. ¿Quién era la persona que tenía frente a mí? La volví a mirar y de pronto su imagen se transformó. Atrás quedaba aquella postal de criatura vulnerable a la que la vida había castigado con sus vaivenes caprichosos. En ese momento se dibujaba la figura de una mujer manipuladora, mala e hipócrita. Me resultaba imposible digerir lo que acababa de ocurrir.

Ella apretaba las manos encogidas sobre el regazo. Tardó en hablar, y cuando lo hizo, la voz le temblaba.

—Lo que le conté a Candela es verdad… Lo único que me callé, porque tampoco tenía necesidad de dar explicaciones, y menos a vosotros, es que en Madrid mi vida se convirtió en una huida

constante. Cuando no tuve otro remedio ofrecí mi cuerpo a desconocidos por dinero. No ha sido fácil reconocerme en esa vida: dejar que otros me compraran fue la forma más cruel de perderme a mí misma, pero aun así sobreviví. Y yo no puedo avergonzarme de lo que soy. Yo no he decidido ser de esta manera: la vida me ha hecho así.

Un escalofrío sobrenatural me heló las venas. Ella seguía hablando:

—Cada uno tiene su suerte y yo no puedo cambiar la mía. No puedo ser buena después de todo lo que he vivido. No estoy aquí por gusto, sino por obligación. Alfonso sabe demasiado de mí. En Madrid ocurrió algo turbio con uno de sus socios, que frecuentaba el salón en el que trabajaba. Yo solo intentaba defenderme, pero todo se torció. Y desde entonces pago mi error a un precio muy caro porque vivo encadenada a su merced. Siempre estoy disponible para sus caprichos de cualquier tipo, para sus trabajos sucios y para todo lo que él precise.

Siguió un silencio tétrico e incómodo entre nosotros. Nos callamos de repente, solo se oía una masa lejana y confusa de sonidos que no llegaban de ningún lado en concreto. Entre el mosaico de teorías e hipótesis que albergábamos en la cabeza, ninguno había imaginado esa variable, tampoco que Elena ocultara una historia tan áspera y dolorosa.

En algún momento de nuestra existencia todos nos inventamos otra vida para seguir adelante. Nos refugiamos en nuestras sombras y nos convertimos en desconocidos que habitan un lugar que creemos ajeno. Quizá caminamos con una identidad prestada, esperando descubrir si alguna vez tendremos el valor de mirarnos en

el espejo sin máscaras. Porque saber de dónde vienes no significa saber quién eres. A veces te pierdes por el camino como le ocurrió a ella, como me ocurrió a mí. Pero esta vez no iba a conseguir darme pena.

—Bien —se atrevió a decir Ignacio—. ¿Cómo funciona todo esto?

—Existe un código. Pero yo solo conozco una parte. Siempre se utilizan referencias al agua para que todo suene natural. Entenderéis que, si tengo que empezar a señalar a todos los que hablan de agua, hasta vosotros mismos podríais parecer implicados.

—¿Qué órdenes recibes?

—Hay un sistema muy sofisticado detrás de todo esto.

—¿Quién te da las indicaciones?

—Alfonso —respondió sin dudar, aunque la voz le salió amarga, como si el nombre le quemara en la lengua.

—¿De qué tipo?

—Con las frases que aparecen en el cuaderno.

Ignacio se quedó pensando un momento. Luego expuso sus cavilaciones en voz alta.

—Es decir, que él te anticipa el lugar y el momento en el que va a aparecer un diamante para que estés atenta.

—Sí.

—¿Y las demás expresiones?

—¿Cuáles?

—Aguas tranquilas…, aguas turbulentas…

—Eso es para saber si todo va sobre la marcha o si hay algún contratiempo.

—¿Dónde aparecen?

—Siempre dentro de una botella, pero el lugar va cambiando.

Gabriel alzó una ceja, sorprendido. Ignacio no pestañeó.

—¿Y tú qué hacías?

—Colocarla.

—¿Dónde?

Elena titubeó.

—Depende del remitente. La mayoría llegan a mí durante el embotellado. Yo sé cuándo van a aparecer. Solo he de estar pendiente para recogerla y colocarla en la caja correspondiente para que llegue a su destino. Algunas van para Madrid, otras a distintos puntos de España… y también al extranjero.

—¿Todas salen del balneario? —Ignacio afiló la voz.

—No, algunas se quedan aquí. Van directamente a los huéspedes. Pero es muy difícil saber quién tiene una botella con premio.

Gabriel no salía de su asombro, y yo la verdad es que tampoco. Ignacio seguía sumido en sus interrogantes que formulaba sin fin.

—¿Y quién coloca los diamantes en las botellas?

Elena negó con la cabeza, casi con frustración.

—No lo sé. Todo está tan medido para que cada uno solo vea su trozo del engranaje. Pero…

—¿Pero…? —Ignacio se inclinó más, con una pausa que se volvió amenaza.

—Todo se torció cuando me encontré indispuesta. Pensé que Alfonso lo tendría en cuenta.

—Pero no fue así —atajó Ignacio—. Y por eso Candela lo encontró.

—Sí, pero…

—¿Qué más?

—Desde entonces algo más ha fallado. Alguien ha roto la cadena y ha traicionado a Alfonso. Por eso Candela se encontró más diamantes. Es evidente que quien se los hizo llegar no estaba siguiendo el protocolo. Y eso para ellos significa que hay peligro. —Se llevó la mano al cuello con el gesto instintivo de quien se siente amenazada—. Creen que fui yo quien los robó y traicionó. Ya no se fían de mí.

—¿Por eso Alfonso reaccionó así contigo? —pregunté.

—Sí —dijo bajando la cabeza.

—Entonces…, ¿ratificas que los diamantes están aquí en el balneario y los van colocando poco a poco para distribuirlos?

—No lo sé.

—Pues es algo que vamos a averiguar. Y tú nos vas a ayudar.

29

La puerta de la cocina se abrió, dejando que un rayo de luz recorriera la estancia. Con él apareció doña Teresa, avanzando hacia nosotros con la precisión de un metrónomo. Detrás, como la sombra que jamás osaba adelantarla, Gustavo la seguía con gesto circunspecto. Parecía imposible que pudiera concebir un mundo donde sus pasos no fuesen a la zaga de los de ella.

—Supongo que a estas alturas no será necesario recordaros que la Fiesta de la Flor es la velada más visible de la temporada —comenzó con la voz autoritaria de siempre.

«Visible, sí…», pensé. Se preocupaban demasiado en que todo reluciese hacia fuera, pero por dentro, en algún lugar del balneario, ocultaban los diamantes. Otra vez la caridad se disfrazada de espectáculo.

—Este año, además, se anunciará una donación de enorme trascendencia. Los ojos de la prensa y de todo el mundo estarán puestos una vez más y, como no podía ser de otro modo, en este lugar. Por eso os vengo a dar un par de directrices.

Enseguida me fijé en cómo Adriana ponía los ojos en blanco y Alicia empezaba a sudar ya solo con escucharla.

—Mañana nadie recordará vuestras caras. Es probable que tampoco el convite, ni la decoración del salón, ni siquiera la música o

el champán. Pero un solo error por vuestra parte, por nimio que sea, bastará para empañar el esplendor de la velada. Si eso ocurre, no tendréis que temer a los huéspedes…, me tendréis que temer a mí. ¿Me habéis entendido? —Nadie se atrevió a responder—. Bien, me gusta saber que hablo claro. Procedo a la orden. Los salones deberán estar impecables hablo de perfección absoluta. Quiero las molduras repasadas una a una hasta que no quede ni una brizna de polvo. Los tapices deberán oler a limpio, no toleraré rastro de humedad ni de moho. Y el suelo…, que lo enceren otra vez. Quiero que reluzca de tal manera que cualquiera pueda verse reflejado en él como en un espejo.

«Como enceren más el suelo, en cualquier momento alguien se quedará pegado, como mosca en miel», pensé, pero me cuidé de no decirlo en alto. El sermón continuaba:

—Y, si hace falta frotar hasta dejarse las manos en carne viva, lo hacéis, para eso estáis aquí. Adriana, Alicia, vosotras os encargaréis de repasar la vajilla de plata, ha de brillar como recién salida de la orfebrería, y también puliréis las copas, tantas veces como sea necesario para que reflejen la luz de las arañas de cristal. Ah, Adriana, y cuando acabes, repasarás todas las alfombras con cepillo fino. Bien, es tu turno, continúa —dijo mirando a Gustavo para delegar en él la palabra.

Gustavo carraspeó antes de hablar con voz más conciliadora:

—Está prevista la asistencia de más de trescientos invitados, entre los cuales se esperan duques, marqueses, políticos, aristócratas y personajes de gran relieve. Es imprescindible tener un buen servicio de sala, para ello, Daniel, tú deberás coordinar el reparto de las bandejas con puntualidad. No quiero demoras ni

tampoco enterarme de que hay un plato que llegue tibio. Os quiero ver andar al mismo ritmo que una orquesta afinada. —Daniel hizo un gesto de aprobación, confirmando que había recibido la orden encomendada—. Andrés, tú controlarás la entrada de las bebidas, el champagne debe circular sin interrupción y las copas deberán renovarse antes de que queden a la mitad. Además…, con la ayuda de Manuel, los dos os encargaréis del servicio en sala. Las damas y los caballeros no deben esperar a que vosotros os acerquéis a ellos, tienen que veros en todo momento. Anticipaos como si leyerais sus pensamientos, servidles antes de que os lo pidan y, si lo hacen antes, tenedlo ya en la mano. Ah —Gustavo hizo una pausa mientras alzó el dedo como si clavara una sentencia en el aire—, y recordad: estáis aquí para conversar, sino para servir. Sois la sombra que sostiene el esplendor, no la luz que lo reclama. El silencio será vuestro mejor adorno. Nadie debe percibir vuestra presencia, solo sentir que sus deseos se cumplen antes incluso de que puedan pedirlos.

—Vosotras dos —añadió Teresa señalándonos a Elena y a mí—. Antes de que os ocupéis de la limpieza del salón, id a la lavandería a recoger los manteles y planchadlos con especial cuidado. Son de encaje de Camariñas y cualquier descuido los estropeará.

Elena me miró de soslayo. Yo cerré los ojos y suspiré maldiciendo mi suerte. Lo único de lo que tenía ganas era de darle con la fregona, no de tener que aguantarla también a ella además del trabajo.

—¿Alguna duda? —interrogó Teresa.

Nadie habló porque estábamos deseando perderla de vista, y así lo hizo al escuchar nuestro silencio.

Era primera vez desde que había empezado de nuevo la temporada que nos quedábamos todos en la cocina. Enseguida las tareas se quedaron en un segundo plano porque empezaron a bullir los murmullos inevitables.

—¿Quién hará esa donación tan suculenta? —preguntó Alicia con una expresión de intriga.

—¿Qué más da quién sea? Aquí cualquiera puede donar algo —intervino Manuel—. ¿Yo no puedo pasar por alma caritativa? Con una joya de cualquiera de esas marquesas, ¡ya tengo pan para todo el año!

—¡Tú no mires tanto a las damas! —dijo Adriana—. Ya sabes, mirada recta, que si no te llevas un escobazo.

—Eso, recuerda —dijo Andrés dándole un codazo a Manuel—. Dos pasos de distancia de los huéspedes…, y eso incluye también de Beatriz, ¿eh?

—Por favor, eso es imposible —replicó él, exagerando la indignación—. No se resistirá a mis encantos cuando me vea uniformado y con la pajarita.

—Ten cuidado. No hagas demasiado el ridículo, que «todos los ojos están puestos en este lugar», hasta la prensa —dijo Adriana imitando a Teresa, con voz autoritaria.

—Prensa… —arguyó Manuel.

—No puedo esperar a ver cómo haces el payaso para acaparar portadas —rio Andrés moviendo la cabeza.

—Sabía que pronto llegaría mi oportunidad para lanzarme al estrellato —añadió Manuel con solemnidad.

—Esto es un no parar… ¿Cuántas veladas llevamos ya en lo que va de temporada? —preguntó Daniel inquieto mientras se limpiaba el

sudor que caía por la frente.

—Yo qué sé —respondió Alicia, echando las manos a la cabeza—. Perdí la cuenta de las veces que limpié la vajilla. Vivo en una simulación.

—¿Para qué creéis que estamos aquí? ¿Para disfrutar de la estancia? —Adriana se cruzó de brazos.

—Y las que quedan… —murmuró Elena.

Todos la miraron extrañados, no solo de que estuviera allí, sino también de que hablara.

—Yo ya tengo el brazo tieso de sujetar bandejas. —Andrés se masajeó el hombro.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer —replicó Manuel—: seguir cargando. Y no te olvides, por favor, Andresito, de reponer las copas antes de que estén por la mitad.

—Estos huéspedes tragan como si viviesen atrapados en una destilería. Yo con un sorbito pequeño de champán ya me sentiría nadando entre algodones —confesó Andrés con un gesto diminuto refiriéndose a la cantidad.

—A todo se acostumbra uno cuando tiene dinero —dijo Manuel —. Pero tranquilo, en tu caso no, no está hecha la miel para la boca del asno —le guiñó un ojo y todos reímos la gracia.

—Oye, hablando de copas y de beber…, ¿no tenéis calor? —dijo Daniel sacudiéndose la camisa sudoroso, intentando ventilarse.

—Sí, es insoportable. —Hablé apenas en un susurro, aunque no me refería solo al calor. Me refería a todo, al trabajo, al miedo, a las dudas…

—Esto lo arreglo yo enseguida —dijo Manuel, exagerando cada gesto como si diera un discurso en un teatro—. No sé si lo sabéis,

pero aquí hay unas aguas maravillosas: alcalinas y purificadoras de cuerpo y alma. Un traguito de esto y notaréis cómo vuestra temperatura corporal desciende tanto… ¡que hasta sentiréis frío! —hizo una pausa y levantó una botella imaginaria como si fuera un trofeo.

—Manuel, no seas zafio, anda. Ahí hay una bandeja con botellas, cógelas —señaló una bandeja de plata que descansaba sobre la encimera de la cocina.

—¿Quién la colocó ahí? —pregunté.

—¿Qué más da eso? Será por agua en este lugar. —Adriana cogió una botella de la bandeja que acercaba Daniel.

Todos siguieron sus pasos e hicieron lo mismo. Las manos se cruzaban, los dedos se rozaban y alguna risa contenida escapaba entre sorbo y sorbo. Todos menos yo, porque yo no podía hacerlo. Tenía calor, pero era incapaz de tocar el agua, y más todavía de sujetar esa botella por todo lo que representaba. Era una provocación.

—¿Y tú no bebes? —me preguntó Alicia.

—No. —Dejé escapar un bostezo largo y silencioso.

—¿Tienes sueño? —insistió.

—Un poco —admití. Llevaba varios días sin descansar.

—Pues espera, que te traigo un café.

—No hace falta, no te molestes —protesté débilmente.

—No es ninguna molestia —replicó con una dulce sonrisa—. Ha sobrado un montón del desayuno.

Al poco volvió con el café oscuro y humeante, y yo no pude evitar aceptarlo. Había mucha tarea por delante y el día prometía ser

largo. Lo tomé despacio mientras mi mente seguía dándole vueltas a lo que nunca debía haber destapado.

Las exigencias de Teresa habían sido tan desmesuradas y minuciosas que cumplirlas a tiempo requería más esfuerzo del que podían ofrecer solo dos pares de manos, por eso Alicia y Adriana nos ayudaron, y yo lo agradecí porque no me apetecía estar sola con Elena. La tensión entre nosotras era evidente y ya no me esforzaba en disimular mi rechazo al encontrármela. La evitaba todo el rato. Me daba igual parecer fría, no había en mí un ápice de remordimiento. Ella me había traicionado aprovechándose de mi confianza, y aunque ahora intentaba acercarse, yo ya no quería que formara parte de mi vida. Seguía en la fonda porque el asunto con mis padres aún no estaba resuelto y no podía contarles nada de lo que ocurría fuera de esas cuatro paredes, que, en realidad, ya no sentía como hogar.

—Yo creo que ya está bastante encerado —dijo Alicia, mirando al suelo con satisfacción mientras se pasaba la mano por la frente para secarse el sudor.

—A ver, inclínate más —sugirió Adriana con sorna—. Si se te ve el grano que te salió debajo del labio, está bien, y si no te lo ves vas a tener que seguir frotando. Recuerda…, tiene que ser un espejo.

—Qué pánfila eres, Adriana.

—Lo siento, pero si no me río un poco, enloquezco solo de pensar en todo el trabajo que todavía tengo por delante. Y vosotras…, qué calladitas estáis, ¿no? —preguntó clavando la mirada en nosotras.

—Si todavía te queda energía para hablar, puedes venir aquí y ayudarme a frotar —dijo Elena.

No respondí a la insinuación, me quedé callada en la entrada con la escoba en la mano. Más concentrada en barrer mis pensamientos que el suelo. El polvo desaparecía, pero mis dudas no había manera de disiparlas, ni frotando, ni rascando.

Estaba agotada, no me encontraba bien. Lo primero que sentí fue un mareo. Me aferré aturdida al palo de la escoba para sostenerme y mantener el equilibrio.

—¿Y a ti que te pasa? ¿Has visto a un muerto? ¿Por qué tienes esa cara?

—Sí, sí, solo estoy un poco mareada.

—No me extraña. Es que hace mucho calor, yo también estoy sudando como un pollo —confesó Adriana.

Las luces del salón parpadeaban. Agitada, di unos pasos hacia atrás y tambaleándome entre espasmos intenté sujetarme a la puerta, pero las manos me fallaron. No podía respirar, me ahogaba. Todo empezó a nublarse, las voces se alejaron diluidas por el murmullo de un río profundo y yo me hundí hasta un fondo negro, arrastrando conmigo todo lo que llevaba dentro.

—Candela, Candela.

Mi nombre fue lo último que escuché antes de caer al suelo.

30

Estábamos en mi cuarto cuando lo escuché: «Fue gracias a Elena».

Esas cuatro palabras pronunciadas con la voz de Gabriel se repetían en mi cabeza como un muelle letal, golpeándome sin tregua.

—No te acuerdas de nada, ¿verdad? —me preguntó mientras sus dedos se enredaban en mi cabello. Negué con un gesto seco—. Pues fue gracias a ella. Yo estaba con Ignacio en la imprenta cuando de pronto Elena irrumpió jadeando, con los ojos desorbitados y la voz rota. Estaba muy alterada. Apenas era capaz de decir mi nombre. Nunca la había visto así. Nos contó que te habías caído en el salón, que te habías quedado inconsciente. Juro que nunca había sentido tanto miedo. Corrí sin pensar y cuando llegué y te vi en el suelo…, creí que te había perdido. María y don Emilio llegaron enseguida. Ella fue quien tomó el control de la situación, dio órdenes, buscó remedios, hizo cuanto pudo. Yo solo podía mirarte y sostenerte la mano, sin saber si seguías ahí. Fueron horas eternas… hasta que, por fin, lograron estabilizarte y abriste los ojos. —Me miró entonces, como si quisiera asegurarse de que estaba despierta de verdad—. Pero estabas muy débil. Por eso te trajimos a la fonda para que

descansaras. No sabes lo que sentí. Fue como si el mundo volviera a respirar.

—Gabriel… —susurré con la intención de hacer preguntas que disipasen las sombras que me rodeaban. Pero no tuve tiempo. La puerta del cuarto se abrió suavemente y al otro lado apareció Ignacio. En la mano llevaba un ramo de flores y en el rostro una sonrisa serena, de esas que parecen querer espantar el miedo.

Gabriel lo miró con recelo.

—Iba a preguntarte qué tal estás, pero veo que mejor de lo que me esperaba. —Se acercó y me extendió el ramo—. No pretendo acaparar el protagonismo con estas flores, pero… estaba preocupado. Son para ti.

De pronto me sentí más aturdida y confusa si cabe. No entendía qué había ocurrido. Todo se había ido a negro, y cuando la nitidez volvió a mi vida, frente a mí estaba Ignacio con un ramo de flores y Gabriel me sujetaba con dulzura la mano. El mundo me parecía un lugar más extraño, como si hubiera perdido el sentido y la razón, y cuando creía que los había recobrado apenas podía entenderlo, como si las certezas más tangibles de mi vida se amalgamaban con el delirio de lo ilusorio hasta el punto de no discernir si era realidad o a un sueño.

Gabriel apretó un poco más mi mano, intentando transmitirme seguridad.

—¿Qué ha pasado? —pregunté haciendo un esfuerzo para incorporarme lentamente—. Me duele mucho la cabeza.

—No te muevas, Candela. Descansa —sugirió Gabriel mientras me sostenía.

—¿Se lo has dicho ya? —intervino Ignacio.

—Todavía no.

—Decirme… ¿el qué? —pregunté, confusa y desorientada.

Se miraron cómplices. Siguió un silencio cargado de preocupación. Al cabo Ignacio respiró hondo y se inclinó un poco hacia mí:

—¿Qué es lo último que recuerdas?

—Un mareo horrible… —respondí extasiada.

—¿Y qué ocurrió antes de eso? ¿Con quién estuviste?

—Ignacio, no es el momento de hacer tantas preguntas, ¿no ves que está muy débil?

—Por favor, Gabriel, déjame a mí. Lo que ocurrió no es ninguna broma. Gracias a Dios está viva y necesitamos reconstruir todo lo sucedido.

—Pero no es el momento —insistió.

Ignacio hizo caso omiso a sus palabras y continuó con su interrogatorio.

—Era el día de la Fiesta de la Flor, ¿lo recuerdas?

Haciendo un esfuerzo enorme por evocar el pasado, en mi mente resurgieron fragmentos difusos de ecos que intentaban recomponerse. Visualicé la cocina, también las voces y las órdenes de Teresa.

—Sí… estaba en la cocina, con Teresa y los demás…

—Bien y… ¿bebiste algo?

—Alguien… Alguien me dio un café. ¿Por qué? —pregunté aturdida.

—Porque ese café estaba envenenado con morfina. Una dosis un poco más alta y hubiese sido letal. Casi te matan. —Ignacio contuvo la rabia y el miedo a partes iguales.

Un escalofrío agudo me atravesó. Creo que por fuera estaba lívida como una difunta, pero por dentro el corazón me abrasaba con la urgencia del miedo.

La puerta se volvió a abrir y apareció Elena.

—Siento mucho lo ocurrido… —admitió sin dejar que nadie más la interrumpiera en su discurso—. Jugué muy sucio y no pensé que Alfonso fuese a llegar tan lejos.

—¿El qué? —pregunté.

—Pues que… el día que vinisteis los tres a por mí, yo… yo actué porque necesitaba salvarme. Tuve que pensar en mí, evidentemente vosotros no lo haríais. Por eso le conté a Alfonso que sabíais lo de los diamantes. También que habías cogido mi cuaderno, y…, bueno, yo solo quería que te diera un pequeño susto. Estabas demasiado envalentonada, eso no era propio de ti y reconozco que me molestó. No me paré a pensar en las consecuencias. Nunca lo hago cuando se trata de protegerme —dijo mirándome con una indiferencia pasmosa.

La ira empezó a brotar como sarpullidos por todo mi cuerpo. Sentí un impulso agresivo que nunca antes había sentido hacia nadie. Solo quería levantarme, estirar las manos y apretarlas muy fuerte alrededor de su cuello, disfrutando al ver cómo su rostro adquiría un tono mortal. Ella sin embargo mostraba una frialdad inquietante, todo le daba igual. No hubo titubeo ni remordimiento, ni siquiera un ápice de arrepentimiento en su rostro niquelado de altivez.

—¿Casi me muero por tu culpa? ¡Después de todo lo que he hecho por ti! —exclamé con la voz quebrada por el desengaño.

—Solo ha sido un susto —divagó con una sonrisa ladina, y enseguida en sus ojos color avellana se encendió de nuevo la chispa taimada y despiadada, como si retara al mismo Lucifer.

Al momento me arrepentí de haber mandado a paseo las sabias advertencias de mi intuición. Elena era mala, y en ella nunca había un último resorte de crueldad.

—¿Por qué me haces esto?

Gabriel se levantó de inmediato y se dirigió hacia ella mientras balbuceaba insultos que no llegaba a pronunciar. Fue Ignacio quien se interpuso rápidamente en medio, colocando las manos firmes sobre sus hombros para detenerlo.

—Esto no lo he decidido yo, es culpa vuestra porque habéis venido a por mí. Os creísteis con derecho a amenazarme. Y la vida no es para los débiles. Es una jungla donde solo sobreviven los que saben anticiparse. Yo tenía que defenderme. Soy la protagonista, no vuestra presa. Entre vosotros tres, elijo salvarme a mí.

Me sentí traicionada. Estaba rota y dolida. Me llené de odio y me sorprendió lo fácil que es perder la simpatía a quien se tiene como amigo cuando deja de comportarse como tal. Es insoportable constatar cómo la realidad se impone a la conciencia y nos abofetea con su puño de hierro. La persona que creía conocer no existía más que en mi cabeza. La idealicé como una confidente íntima y terminó convirtiéndose en la peor de las villanas.

—Elena, ¿eres consciente de lo que has provocado? —dijo Ignacio revolviéndose de rabia.

—No seas tan dramático. He venido a tiempo y, gracias a mí, Candela se ha salvado. Ahora prometo ayudaros a terminar con

Alfonso. No quiero saber nada de esos diamantes, solo ser libre y salir de aquí antes de que sea tarde.

—¿Por qué íbamos a fiarnos de alguien tan despreciable como tú? —preguntó Gabriel con los puños apretados.

—Porque soy la única que os puede ayudar y yo también necesito librarme de Alfonso.

—¿Dónde están? —preguntó Ignacio sin vacilaciones.

—Ya sabía yo que eras un chico listo… Se los di a Alfonso. Los guardó en su casa, en el bosque. En la biblioteca, justo detrás de su retrato hay una caja fuerte.

Ignacio y Gabriel intercambiaron una mirada de desconfianza, evaluando la urgencia de actuar mientras medían la veracidad de cada palabra de Elena.

—Lárgate —dijo Gabriel con voz firme, señalando la puerta—. No quiero volver a verte en esta habitación.

Elena soltó una risa envilecida de ironía.

—Adiós, Candela, me alegro de que estés bien —y salió por la puerta.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté nerviosa—. Quiero que se vaya inmediatamente de la fonda. No puedo soportarla más.

—No te preocupes por eso. Ahora mismo me encargaré de que se vaya —dijo Gabriel.

—¿Y con los diamantes?

—Hay que publicar en *La Temporada*. Ha llegado el momento —dijo Ignacio.

31

Organizar el plan, que Ignacio vio claro desde el principio, nos llevó algo más de una semana. Todo giraba en torno a él. Aprovechábamos cada hueco libre para reunirnos, estudiarlo y mejorarlo. La imprenta ya no era nuestra única sala de operaciones, también nos reuníamos en el jardín, donde fingíamos conversar sobre trivialidades, y también de manera puntual, en el comedor, cuando el bullicio del servicio había terminado.

Ignacio se había obsesionado. Se pasaba el día encerrado en la imprenta haciendo cavilaciones sobre el papel, trazando líneas, tachando otras y sembrando nuevas palabras que germinaban en distintas ideas.

Fue a última hora de la tarde, con el día agonizando en un cielo azul zafiro, cuando nos convocó para darnos su boceto definitivo.

—He estado dándole vueltas y… creo que no basta con publicar solo una frase —dijo con los codos hundidos en la mesa y los dedos entrelazados, ansiosos, mientras tocaban los nudillos—. Tenemos indicios de sobra, por eso creo que deberíamos hacer algo más extenso, lo bastante claro como para que los implicados se den por aludidos, pero a la vez, lo suficientemente discreto como para que pase desapercibido para los demás.

Gabriel arqueó una ceja entendiendo la complejidad de lo que proponía.

—Es complicado.

—Esta vez no lo será, estoy convencido.

—No sé qué es lo que has pensado, pero yo no estoy para más sustos. Sea lo que sea, no podemos equivocarnos. No vamos a tener más oportunidades.

Gabriel dejó escapar un leve suspiro, consciente de la carga que mis palabras llevaban consigo, mientras Ignacio me devolvía la mirada con una gravedad apenas contenida. Ambos sabían lo que significaba aquello para mí, para nosotros, porque ya nada ocurría sin que afectase al otro. Por eso, desde que me envenenaron, se habían convertido en mis guardaespaldas. No me dejaban sola en ningún momento. En los últimos días había logrado recuperar la calma, pero todos sabíamos que eso no era más que un efímero engaño, que bastaba un descuido para que intentaran silenciarme de nuevo. Sentía un miedo que me paralizaba y que cada vez era más insoportable.

—Entonces haremos un texto más largo, pero ¿qué más? —preguntó Gabriel.

—Eso será el detonante. Lo demás explotará solo si lo elaboramos correctamente. Y… de lo que pase después me encargaré yo personalmente. Lo tengo todo aquí bien pensado —se señaló la cabeza—. ¿Confiáis en mí?

Yo no asentí. Que Ignacio me preguntara por la confianza era una contradicción banal, un chiste tan cruel que apenas pude reprimir la mueca que asomaba a mis labios.

Él pestañeó, como si así se fuese a esfumar mi duda.

—Ya sé que carecemos de pruebas sólidas, pero a veces la sospecha tiene que disfrazarse de verdad para que pueda consolidar sus fines, y eso es lo que haremos. Para ello nos valdremos del arma más poderosa, que es la palabra. Esta, bien precisa y afilada, puede desarmarlos más que una bala.

—¡Qué susto me has dado! Por un momento pensé que te habías decantado por la violencia. ¿Qué quieres decir con eso? —pregunté mientras Gabriel lo miraba expectante.

—Publicaremos un texto con doble sentido, aparentemente hablaremos de agua. Entraremos en su juego. Si acertamos, veremos las consecuencias al instante, y si nos equivocamos, todo quedará como una historia más publicada en *La Temporada*. Nadie podrá reprocharnos nada. ¿No os parece buena idea?

—Me esperaba otra cosa —confesó Gabriel.

—No me mires así. No es tan absurdo como parece. Las palabras son como las personas. Algunas caminan solas sin dejar rastro. Otras se juntan torpemente y parece que no saben muy bien adónde quieren ir, pero de repente se dan la mano y hacen que la unión tenga sentido, porque todo cobra significado y el mensaje llega punzante atravesando la piel.

—Vale, muy bien —añadí con un deje de ironía mientras me cruzaba de brazos—, ¿y después qué?

—Después, como os dije, habrá que tenerlo bien atado. Y de eso me encargaré yo. Habéis dicho que confiáis en mí, ¿no? Pues dejadlo en mis manos. Lo más urgente es preparar el texto. Y de eso nos encargaremos los tres.

En verdad no le habíamos respondido a su pregunta sobre la confianza. La duda quedó flotando en el aire. Me limité a responder

a lo importante:

—A mí no me miréis. Yo no tengo el don de la palabra —dije.

—De ti incluso el silencio habla demasiado —añadió Ignacio calibrando cada sílaba.

—Si hemos venido a trabajar, quizá convenga concentrarnos en ello —respondió Gabriel cortante.

Ignacio me miró de reojo antes de volver al papel. Yo bajé la mirada al suelo para no encontrarme de frente con Gabriel. Y así fue como aprovechamos la tensión que había en el ambiente para afilar el lenguaje, sintiendo cómo la presión nos ayudaba a seleccionar las palabras, conscientes de que cada una de ellas tenía que ser precisa para desarmarlos.

El día señalado comenzó con un silencio extraño y una niebla densa que me calaba los huesos. Gabriel e Ignacio se habían quedado toda la noche en la imprenta, preparando la munición pesada para nuestra particular guerra. Transformando el papel en pólvora, afinando cada palabra y revisando cada coma para pulir el escrito y hacerlo más letal, porque, cuanto más preciso fuera el corte, más profunda sería la herida. Yo regresé a la fonda con la frágil esperanza de descansar un poco, pero la noche me negó su clemencia y la vigilia se adhirió a mi cuerpo manteniendo mi cabeza despierta avivando el incendio que ardía en su interior.

Todavía no se escuchaba el piar de los pájaros que anunciaban el amanecer cuando llegué al Gran Hotel. Entré en la cocina y me aferré a la rutina para fingir normalidad entre cazos y panecillos mientras ayudaba a preparar el desayuno.

—Pero ¿tú que haces aquí? —se extrañó Adriana—. No te esperaba hasta más tarde.

—Pues esperabas mal. Venga, dime, ¿qué hago?

—Prepara la bandeja con los pocillos del café, pronto habrá quien los reclame a gritos.

Enseguida me puse a la tarea. Cuando alcé la vista y vi que la aguja pequeña del reloj apuntaba tímidamente al número siete, salí al comedor para ayudar a servir. Sujetaba la bandeja como si fuese un escudo, aunque en realidad mi atención no estaba puesta en la porcelana vacía, sino en los rostros de quienes la sostenían. Los observaba con la respiración contenida, esperando ansiosa que ocuparan sus asientos para que los ejemplares de *La Temporada* comenzaran a circular.

Al primero que reconocí fue a Guillermo Fonseca. Se acariciaba suavemente el mentón mientras escuchaba a Philippe, que se limpiaba los anteojos con un pañuelo blanco.

En la mesa contigua estaba Inés de Olivares. Compartía espacio con Sonsoles de Valdeluna y otras damas. Intercambiaban gestos y confidencias entre ellas.

Seguí recorriendo el comedor con la mirada, fijándome bien en cada una de las mesas y los corrillos. Necesitaba confirmar que todos nuestros invitados estaban listos para disfrutar del espectáculo. Vi a Bruna con Constança, también a Loreto con Eugenia, incluso a María. Pero me inquieté cuando no localicé a don Alfonso. Él siempre solía aparecer a esas horas para saludar y departir con los huéspedes.

Aproveché que llevaba la cafetera en la bandeja para acercarme a Ignacio y servirle café con la excusa de hablar con él. Estaba sentado estratégicamente en una mesa lateral, desde donde tenía la

mejor perspectiva del salón porque abarcaba hasta el último de los rincones.

—¿Y Alfonso? —pregunté inquieta.

—No te preocupes. Yo mismo me encargué de dejarle un ejemplar de forma discreta.

Sus palabras infundieron en mis venas un temblor que me obligó a darme la vuelta.

Mis ojos se dirigieron hacia la puerta del comedor, donde Gabriel aguardaba impaciente la señal. Lo miré de soslayo y levanté el dedo pulgar con miedo a perder el equilibrio. Había llegado el momento de actuar. Su cabeza se inclinó levemente en señal de comprensión y enseguida comenzó a repartir el fajo de ejemplares que custodiaba bajo el brazo por las mesas con la ayuda de Andrés y Manuel. No me había costado nada lograr que estos se sumaran a nuestra causa sin levantar la menor sospecha. Me apresuré hacia Gabriel y con un gesto rápido le cogí un par de ejemplares.

—No tengas prisa, saldrá bien —susurró.

—Eso espero, no tenemos otra opción —contesté sin demasiada contención.

Me di el gusto de ser yo quien se acercase a la mesa donde estaba Inés de Olivares, erguida como un monumento y fría como una piedra. Me incliné con suavidad y dejé un ejemplar torcido a propósito, junto a su taza de porcelana, con la intención de perturbar su orden para llamar su atención.

—Buenos días, señoras, para que se informen de los próximos eventos del balneario —dije con un deje de cortesía calculada.

—¿Desde cuándo el servicio osa interrumpir el desayuno? —replicó con hostilidad.

—Ya sabe que aquí todo se hace pensando en la comodidad de los huéspedes. Así no tendrá que levantarse a recogerlo usted misma.

—Gracias —respondió Sonsoles. Desde luego, no hay duda de que la excelencia en este lugar es la norma que impera. Veamos a ver qué hay esta tarde. —Alargó el brazo para alcanzar el ejemplar, pero Inés la frenó con un golpe seco en el dorso de la mano. Después, con un gesto medido, lo apartó apenas rozándolo con la punta de los dedos, como si se tratara de un mantel manchado que amenazaba con ensuciar su pulcritud.

—Esto no es más que propaganda —arguyó con desdén.

No me dejé intimidar ante su desprecio, al que estaba acostumbrada. Por eso, con un pequeño toque de picardía para desafiar su rigidez, le sugerí:

—Creo que debería leerlo. Hay un artículo sobre el agua que, estoy segura, le resultará fascinante…

Entonces levantó la vista hacia mí por primera vez en toda la mañana. El hielo de su mirada se derretía con la chispa de la ira, que encendió sus pupilas y carbonizó sus ojos oscuros, feroces y despiadados. Apretó los labios, tratando de frenar el impulso de la curiosidad que le embriagaba. Antes de que me diera la vuelta acerté a ver cómo sus manos sujetaban el papel mientras Sonsoles se inclinaba ligeramente hacia ella, intrigada, para leerlo conjuntamente.

No eran las únicas. Philippe a su vez tenía los ojos inmersos en la lectura, y Guillermo acariciaba suavemente las hojas para desplegarlo. Inevitablemente el gesto se propagó como un efecto

dominó, de mesa en mesa, de manos a ojos, hasta transformar la sala en un coro silencioso de atención concentrada.

No tardaríamos demasiado tiempo en presenciar alguna reacción, si es que la había. Nerviosa miré a Gabriel, supe que él también estaba inquieto porque no paraba de entrelazar los dedos de las manos. Ignacio sin embargo parecía tranquilo, oculto en la retaguardia entre el vapor que desprendía su taza.

Sucumbida a la curiosidad e incapaz de contener el impulso de satisfacerla, me coloqué con sigilo detrás de Inés para comprobar por mí misma cuál era el alcance de nuestra munición. Asomé la cabeza por encima de su hombro y dejé que mis ojos bailasen veloces sobre el texto que Ignacio y Gabriel habían preparado. Enseguida me atrapó la primera línea, y ya no pude dejar de leerlo en silencio:

EL LENGUAJE OCULTO DEL AGUA

El agua es memoria, reflejo y misterio,
luz de vida, oscuridad que mata.
Calma al rozar con su velo de frescura,
purifica con su aparente vitalidad pura.

Engaña a los ilusos con transparencia quebrada,
fuerza indomable que arrasa la codicia
cuando desborda sus cauces.

Cristalina para quien mira sin observar,

opaca en honduras,
turbia en su profundidad.

Silenciosa para quien no oye su grito.
Oídos sordos los que ignoran el canto melódico de su arroyo.
Fluye suave donde los secretos se enquistan.
Laberinto líquido de cauce infinito,
historias que viajan aunque calladas resistan.

Materia que adapta
fiel a su origen,
metamorfosis versátil.
Todo cede, nada resiste.

Mensajes ocultos bajo su calma aparente,
palabras intactas
sujetas a su raíz latente.

Abismo profundo, se abre en sus honduras.
Aguas turbias conocidas ya en todo el mundo.

Corriente valiente que susurra y desvela,
quien disfraza su codicia pronto se revela.

Secretos que estallan en cascadas de estruendo,

rugido sordo que rompe el silencio en su aliento.

Clamor atronador,
sentencia tramposa
que rompe máscaras
y desnuda mentiras piadosas.

Quien cruza fronteras
desemboca en otros mares,
disfrazando la avaricia,
ocultando piedras brillantes.

Quien se escuda en agujas de hierro
confecciona silencios a medida.
Hilos débiles se deshacen en la brisa.
La verdad despunta en su propio encierro.

Quien con altivez fluye cree que su reflejo es intocable.
La ilusión muere,
luto negro, tez pálida,
manos sucias que todo lo embarran.

Bebiendo del manantial con traje de oro,
custodiando fuentes, llenando el pozo
y bolsillos metido en la boca del lobo.

Ilusos del poder, testaferros del engaño,
la corriente devuelve todo y desborda el daño.

El lenguaje del agua ya no es secreto.
Tampoco calla.
Grita, emerge y resplandece
con el brillo de lo que creen que guarda.

Me quedé sorprendida al leer aquel fragmento. Habían logrado destapar con indirectas unos hechos clandestinos que para nosotros eran una certeza absoluta.

La primera en mostrar indicios de hostilidad fue Inés. Tras culminar la lectura, con una rabia envenenada que se le escapaba por los dedos, estrujó el papel hasta convertirlo en una bola amorfa. Una risa silenciosa dilataba mis labios viendo cómo se cumplía nuestro objetivo. Pero supe que no era suficiente y que tenía que provocarla más para que su ira estallase a borbotones.

—¿Qué le sucede, doña Inés? ¿No se habrá dado por aludida con lo del luto?

Sus ojos cortocircuitaron con un relámpago de furia. Sabía que esas palabras eran el golpe de efecto que necesitaba para prender la cólera que le hiciese perder el control por completo. No tardó demasiado en desatarse el caos.

En lugar de malgastar su ira para responderme, la aprovechó para apoyarse sobre la mesa y coger impulso para levantarse. La silla se arrastró por el suelo con un chirrido áspero mientras sin apartar la mirada de Philippe avanzó decidida hacia él.

—¡Esto es por tu culpa! —escupió arrojándole la bola de papel al pecho.

Pero el francés no levantó la vista. Ni siquiera reaccionó a su acusación. Se mantuvo rígido, con los ojos hundidos en la lectura. No acerté a saber si era que todavía no la había terminado o porque estaba procesando el significado que aquellas palabras ocultaban.

—No hagas como si no me entendieras, Philippe, estoy hablando contigo. ¿No me oyes?

Solo cuando Inés subió el tono, él levantó la mirada, pálida y nublada, como si empezara a ser consciente de lo que estaba ocurriendo.

—Siempre supe que si pasaba algo sería por tu culpa, embustero. ¿Creías que no me daría cuenta? ¡Has envenenado el agua y has removido las corrientes contra nosotros!

Cada palabra de Inés descomponía las facciones de la cara de Philippe. La observaba con los ojos calenturientos y los labios cortados temblando de ira.

—¡Basta ya, Inés! —interrumpió Guillermo tronando con su voz grave mientras alzaba las manos para tratar de sofocar el incendio recién desatado—. Disculpen, amigos —se dirigió a los huéspedes—, no sabe lo que dice —añadió forzando una sonrisa torpe—. Inés, este no es el momento ni el lugar —murmuró girando el rostro hacia ella.

—Por supuesto que lo es.

El murmullo del comedor se plegó a un vaivén de reproches que chocaban sutilmente contra las tazas del desayuno. Una secuencia precipitada de rumores atropellados y confusos que los huéspedes

observaban con rostros desconcertados, incapaces de entender lo que ocurría. Hasta que de repente se hizo el silencio.

Yo misma contenía la respiración, impaciente por descubrir cuál iba a ser el siguiente movimiento. Miré a Ignacio. Estaba recostado en la silla, apoyado en el reposabrazos con la seguridad de quien cree que olfatea la victoria. Cuando se percató de que lo miraba me hizo un gesto de calma con las manos, pidiéndome paciencia. El plan estaba funcionando según lo previsto.

—Yo no tengo la culpa de *ton amertume*. A mí no me acuses de tus miserias —respondió Philippe con un deje áspero en su voz que se mezclaba entre la elegancia francesa y su irritación contenida.

—¡Tú tienes la culpa de todo! —replicó Inés fuera de sí—. Te dije que no era seguro, pero me pedisteis confianza, y ahora nos hundimos todos. ¿Acaso tengo que explicarte lo que significa esto? —señaló con el dedo el ejemplar de *La Temporada* que estaba sobre la mesa.

—Inés, vamos a hablar a otro sitio más tranquilo —sugirió Guillermo. Con cautela apoyó la mano en su costado, intentando apartarla de la mesa del francés.

—¡No me toques! —Inés chilló tan alto que Loreto y Eugenia se removieron inquietas en sus asientos—. ¡Os lo llevo advirtiendo desde que todo se torció!

Jamás había visto una expresión de ferocidad tan visceral como la que mostró la marquesa en ese momento. Todos los músculos de su cuerpo estaban tensos y su voz cortaba cualquier intento de mediación con la precisión de un látigo.

Guillermo estaba nervioso. Se mordía el bigote sin querer mientras miraba afanoso de izquierda a derecha el cruce de

reproches entre Inés y Philippe, sin poder hacer nada para evitarlo.

—No voy a permitirte que me hagas culpable solo a mí —le replicó Philippe—. Tú también estabas allí igual que yo, sabías lo que hacías. No intentes eximirte ni jugar a ser la víctima como siempre haces.

—¡Maldito seas! —escupió ella—. Si no fuera por ti, nada de esto habría salido mal. Te crees sagaz, pero no eres más que un estúpido francés con aires de grandeza, torpe y engreído, que nos ha arrastrado a todos a la ruina con su arrogancia desmedida.

—Yo tracé la ruta, ¿y qué? No he fallado. Todo ha llegado a su destino. El verdadero error lo has cometido tú, que no sabes tener la boca cerrada. Siempre lenguaraz, imprudente y temeraria con tus palabras. Esto no es un negocio para mujeres. Pero te empeñaste porque eres una avariciosa sin escrúpulos y sin fondo. Se lo advertí a Alfonso, que nos traerías problemas.

Con un movimiento seco y decidido, Inés lo apartó de un guantazo que resonó en todo el comedor. Me llevé la mano a la mejilla, incapaz de evitar que el dolor se me clavara como propio. La sorpresa quedó flotando en el ambiente como un eco contenido. Philippe no protestó, la violencia de Inés lo había dejado indefenso. Fue Guillermo quien volvió a interceder.

—¡Basta ya, Inés! ¡Estás perdiendo el control! —castañeó entre dientes.

—¿Perder el control? —bufó Inés—. ¿Control sobre qué? Él único que tenía que mantener la calma era él, y mira lo que ha ocurrido.

—¡Yo solo seguí instrucciones! —trató Philippe de defenderse.

Enseguida reparé en cómo sus ojos empezaron a marchitarse y su cara adquiría un tono cada vez más mortal.

—¡Mentira! —respondió Inés temblando de rabia.

Guillermo golpeó la mesa desesperado.

—¡Parad! Les ruego que los perdonen, por favor. Esto ha sido un pequeño malentendido que solucionaremos en otro lugar.

Inés respondió a esa interpelación tan ofensiva para ella gritando envuelta en cólera.

—¡Y tú también! ¡Tú también eres culpable!

Fue esa acusación la que provocó que Guillermo la cogiera del brazo con fuerza para que su arrebato no terminase en algo que ya era irreversible. Él quería aplacarla, pero su intento solo encendió más su cólera, porque Inés empezó a patalear y a gritar con un frenesí descontrolado.

—¡Se acabó! —gritó Guillermo tratando de imponerse sobre el caos—. Deja de montar el espectáculo. La muerte de tu marido no te da derecho a tratar así a los demás. ¡Controla tus impulsos antes de que acabes con nosotros también!

Inés soltó un chillido de dolor que salió desde lo más profundo de su ser y temblando de impotencia se lanzó sobre él y hundió los dientes en su brazo. Después con un tirón salvaje se liberó de su agarre.

—Maldita zorra —susurró Guillermo por lo bajo.

Nadie se atrevía a entrometerse en aquel triángulo peligroso.

Era evidente que Inés ya no actuaba solo por dolor, también lo hacía por miedo, ese pilar silencioso que, junto al interés, mueve a las personas más allá de la razón. La observaba sintiendo cómo la tensión crecía hasta un límite imposible de sostener. Ignacio seguía reposado sobre la silla, sonreía tranquilo, consciente de que cada

reacción estaba empujando la escena hacia el clímax que había planeado.

—¡Yo no voy a pagar por todos! ¡No seré yo la que cargue con todo esto! Iré de inmediato al cuartel a relatar cada uno de vuestros actos antes de que sea tarde y quieran culparme a mí también. Casi me buscáis la ruina… Y todo esto por unos malditos diamantes, como si no me bastara con los que ya poseo.

—No hace falta que vaya a ninguna parte —interrumpió una voz medida.

Todos se giraron hacia el hombre que había permanecido en silencio, sentado en la misma mesa en la que estaban Philippe y Guillermo.

—¿Y usted quién es? —preguntó Guillermo incrédulo.

—Me llamo Joaquín Serrano. Soy Guardia Civil. Y, aunque trabajo en Madrid, ha merecido la pena el viaje. He estado observando y escuchando con la atención que merece su confesión, pero estoy convencido de que estarán dispuestos a aclararme un par de dudas que me han surgido de sus palabras.

El comedor quedó suspendido en un silencio electrizante. Todos se llevaron las manos a la boca y un suspiro colectivo recorrió la sala.

Philippe palideció visiblemente, Guillermo se llevó las manos a la cabeza e Inés permaneció rígida mientras hundía su mirada en los ojos de Joaquín Serrano.

Yo también me quedé paralizada, sintiendo cómo el corazón latía a un ritmo frenético, sorprendida y fascinada por la inesperada aparición de aquel agente. Cuando mencionó que venía de Madrid, comprendí de inmediato a qué se refería Ignacio con eso de «tenerlo

todo bien atado». Volví la vista hacia él, quien, sin perder ni un ápice de compostura, me dedicó una sonrisa cómplice. Después me topé con la mirada de Gabriel, en sus ojos centelleaban la pureza de los verdaderos diamantes.

¡Los teníamos! Habíamos ganado.

En medio del caos y la confusión que siguieron a aquella inesperada confesión, me llamó la atención que Hugo Quiroga, sentado en uno de los laterales y casi fundido con la penumbra de la mesa del fondo, se levantara de golpe y saliera corriendo.

Se detuvo en la puerta, donde Elena lo contemplaba todo apoyada en el umbral. Pero no se dirigió a ella, sino al hombre que estaba a su lado, al que le dijo algo al oído. Me quedé mirándolo un instante, fugaz, pero suficiente para saber que no era la primera vez que veía esas facciones. Su rostro me resultaba vagamente familiar, aunque estaba demasiado confusa como para poder recordar dónde lo había visto.

Al girarse, distinguí la cicatriz que tenía en el cuello, culebreando cual serpiente inerte, y un sobresalto repentino hizo que todo encajara de golpe.

Ese hombre era el mismo que acompañaba a don Alfonso en aquella habitación en la que los sorprendí cuando estaba limpiando el día que comencé a trabajar en el Gran Hotel. Inmediatamente los recuerdos viajaron a mi cabeza con un escalofrío atroz. La alfombra, la gota de sangre, aquellas miradas…, aquellas prisas.

Mis ojos lo buscaron de nuevo, pero ni él ni Elena permanecían allí. Sin pensarlo, me lancé tras ellos, con el corazón latiéndome a toda prisa y un nudo de inquietud en la garganta.

Al salir al pasillo tras sus pasos, escuché un grito. Corrí hacia delante. Empecé a abrir todas las puertas, una tras otra, con una compulsión enfermiza.

Al abrir la última me quedé paralizada ante la visión de lo que encontré tras ella.

Elena tenía las facciones descompuestas y húmedas por el sudor. Respiraba con dificultad mientras Alfonso, con el rostro despiadado, apuntaba a su sien con una pistola.

Al percatarse de mi presencia Alfonso, sin bajar el arma, dio un paso hacia delante. Se relamía lentamente los labios, mi temor parecía embriagarle.

—Mira por dónde…, qué agradable sorpresa —dijo con la voz ronca, enfatizando cada palabra con un tono coqueto y amenazante —. Dos parajitos de un tiro.

Tragué saliva y pestañeé muy fuerte creyendo que estaba en un sueño, pero el aliento seco que impregnaba su cercanía me obligó a sucumbir en silencio.

—No me mires con esa cara, Candela. Esto no estaba en mis planes. Has sido tú solita la que se ha metido en este lío por husmear donde no debías —añadió con una sonrisa torcida. El venablo de sus pupilas me anestesiaba.

Sentí que una mano indiscreta alzaba el pestillo. Me di la vuelta y entonces me asusté. No me había percatado de que aquel hombre misterioso también estaba en la habitación. La serpiente de su cicatriz parecía cobrar vida en su cuello hinchado, y comprendí que no había escapatoria.

—Oh, ¿no lo conoces? Perdona que no te lo haya presentado formalmente. Se llama Arturo. ¿No te resulta familiar?

Silencié el sollozo cuando ese hombre de nombre Arturo me empujó por detrás, obligándome a avanzar hasta quedar a la misma altura de Elena.

—Estaba conmigo aquel día en la habitación. ¿No lo recuerdas?

Mi pecho se encogió con la certeza de la duda. Por supuesto que lo recordaba. Era doloroso comprobar que mis sospechas iniciales se confirmaban todas de golpe. Siempre intuí que escondían algo oscuro. No me equivocaba.

—Yo no quería esto para ti. —Don Alfonso me elevó el mentón con la pistola, obligándome a mirarlo directamente—. Tú eres una señorita diferente. Decente y extremadamente delicada. Pero fuiste tú sola quien se metió en esto y ahora me toca a mí resolver tu imprudencia. No me has dejado opción…, no puedo hacer otra cosa que no sea cortar el problema de raíz para que no siga creciendo.

Pegó la cara a la mía y tembló de gozo mientras sus ojos ardientes de placer me apuntaban. Sentía que el apoyo de su arma era el único resorte al que me sujetaba, porque mis rodillas podían ceder en cualquier momento. De soslayo vi cómo Elena aprovechó que Alfonso se acercó a mí para liberarse, pero Arturo la agarró con fuerza utilizando sus manos como grilletes.

—Merecías otro final más bonito y romántico que el de Elena o el de Sole —dijo susurrándome al oído—. Lo de ella también fue un accidente, ¿sabes?

La bilis de sus palabras se extendió como un hedor que me provocó náuseas.

—Sole también era curiosa como tú. Y ese afán por querer saberlo todo tuvo la fatal consecuencia que la llevó a precipitarse desde las alturas. Sus sesos todavía están marcados en el suelo,

desde donde brotaron unas flores preciosas, por cierto. ¿No te parece un epitafio precioso? Por favor, os ruego que no tengáis en cuenta este alarde de sinceridad tan impropio de mí —dijo con teatralidad.

Estaba ante un asesino. No era solo alguien que mataba con sus manos, sino también quien empujaba a otros a hacerlo de muchas otras formas. No siempre hacen falta armas. Se puede asesinar con palabras, silencios, amenazas, hechos o manipulación. Alfonso conocía muy bien ese poder y lo utilizaba con una precisión escalofriante, moviendo a las personas como si solo fueran piezas de su juego macabro.

Acto seguido, Alfonso hizo un gesto sutil con la mano y Arturo soltó bruscamente a Elena y salió de la habitación. La miré, tratando de encontrar en sus ojos una explicación que me ayudase a entender lo que estaba ocurriendo, pero ella no dejaba de observar con precisión a todos lados. Inevitablemente nos encontramos. En su iris tostado brilló un pequeño destello de coraje al que me aferré para resistir el miedo paralizante.

—Me encanta cómo os miráis. Es delicioso. Esa mezcla de terror y pánico me enloquece. Me fascina el contraste que hay entre vosotras dos. Una parece un polluelo asustado, y la otra, el gallo dominante.

Alfonso volvió hacia mí, y comenzó a acariciarme los hombros con la punta de su pistola.

—Me excita ver cómo tiemblas. Tienes miedo, lo noto. —Sin separarse demasiado inclinó la cabeza hacia mi cuello y exhaló con exageración—. Y también lo huelo, y eso me vuelve loco.

Fue en ese momento cuando entendí que el miedo de verdad emerge cuando sabes que ya no puedes sobrevivir. Que te tambaleas en un limbo donde la vida y la muerte se confunden en un duelo silencioso sin saber de qué lado caerá la providencia.

La puerta se volvió a abrir, pero yo no me atreví ni siquiera a girar la cabeza por si en un alarde de insolente hombría Alfonso tuviese el valor de disparar el cartucho del arma que giraba entre sus manos.

Los pasos desacompasados sobre el suelo desvelaron que Arturo no regresaba solo. Lo que no me esperaba es que quien lo seguía vestía sotana. Xosé se puso a mi lado. Todavía llevaba las manos en alto y la mirada fugitiva. Mi corazón no palpitaba: estaba bloqueado con la urgencia de lo inesperado.

—Pues ya estamos todos. No se preocupe, padre. Yo creo que por esto no irá al infierno. Usted solo permitió que el templo sagrado fuese el punto de recepción e intercambio, aunque eso no lo sabía del todo. Su función solo consistía en pasar papeles con indicaciones entre las estampitas. Eso Dios lo perdona, ¿no?

Xosé desvió la mirada hacia mí. En sus ojos vi el abatimiento, la culpabilidad y el miedo, todo mezclado en un gesto que me desgarró por dentro. Gabriel e Ignacio tenían razón. Xosé también estaba involucrado. Las cosas pasaban demasiado deprisa para que pudiera asimilarlas.

—La verdad es que no imaginé que esto podría llegar a ser tan divertido —musitó desfilando ante nosotros, dejando que la pistola bailara de un objetivo a otro con una precisión teatral mientras cantaba por lo bajo. Hasta que se detuvo frente a mí—. Serás la

primera. No te lo tomes como algo personal; eres la más débil. Lo haré rápido para que no sufras. —Me apuntó con la pistola.

Miré de reojo a Elena, que seguía escudriñando la habitación, y después a Xosé, para que me diera la última bendición. El silencio se hizo absoluto, salvo por mi respiración acelerada y el leve tictac de ese metrónomo tan cruel que era el miedo resonando en mis oídos. Sabía que no había marcha atrás. Cerré los ojos. Pensé en las suaves caricias de padre, en el cariño siempre fiel de madre, en Gabriel, y la lágrima que se me escapó fue obra suya.

Escuché el sonido seco que hizo la pistola cuando Alfonso la cargó. Quise escupirle, morderle o atacarle para liberarme, pero era absurdo, estaba rodeada. No tenía escapatoria. Solo podía morir con dignidad, por eso abrí los ojos para ver a mi verdugo de frente. Después de todo, no estaba dispuesta a rendirme como una cobarde. Tragué saliva, levanté la cabeza y apreté los labios para reprimir el dolor que sentía, sabiendo que el tiempo se acababa y que una persona tan despreciable dictaría mi sentencia final.

—Adiós, Candelita.

El estruendo del disparo bajó mis párpados de golpe. Asustada, me toqué el pecho con la mano temblando al comprobar que estaba ilesa. No fui yo quien recibió el impacto. Xosé se interpuso en mi camino y la bala alcanzó de lleno su torso. Consciente de lo que había ocurrido, se tocó el tórax y enseguida su cuerpo se tambaleó y se desplomó sobre el suelo.

Confusa, me agaché a su lado para intentar socorrerlo, aunque las manos no respondían a mi voluntad. Logré arrancarle el alzacuellos para que pudiera respirar, le desabroché los botones de

la camisa, que llevaba bajo la sotana, y en el cuello, manchado con gotas de sangre, distinguí una cadena idéntica a la mía.

Mi alma se deshacía en fragmentos que ya no sabía cómo encajar y un vértigo de emociones me atropellaba sin ser capaz de reaccionar. Recoger. No me lo podía creer. Esa cadena que relucía en su pecho ensangrentado era el hilo que conectaba mi pasado perdido con un presente que no comprendía.

Él me miraba ya con los ojos apagados.

—Siempre me has llamado correctamente por mi nombre. Padre… —susurró—, y yo siempre te llamé hija… porque así lo eres. Hija de mi sangre. —Tosió, ahogado—. Fui demasiado cobarde para darte la verdad cuando la buscabas. Sabía que un día la encontrarías…, pero no esperaba que fuese de esta manera. Perdóname…

La sangre le llenaba la boca y aun así él se aferraba fuerte a mis dedos. Mi pecho se apretaba contra su cuerpo. Sentí que se me rompía el alma en mil pedazos y un vértigo de emociones que me atropellaba sin ser capaz de reaccionar. No sabía si lo que sentía era miedo, pena, dolor o una mezcla nebulosa de todo lo que temía al mismo tiempo.

—Ve a la iglesia…, allí encontrarás lo que yo tuve valor para decirte. —Su última exhalación antes de cerrar para siempre los ojos fue un suspiro en mi mejilla—. Perdóname, hija.

—Padre, padre —repetí con la voz hecha jirones y con una angustia que me atravesaba el pecho siendo consciente de que por primera vez le decía esas palabras a la persona correcta y que nunca más me respondería.

Lo sacudí. Quería que hablara, pero el silencio me devolvió de vuelta a la realidad. Rota, me abracé a él. El chillido primitivo e infantil salió de mi boca y me desgarró. Estaba exhausta en el suelo, agotada y rendida, con los brazos aferrados a él, velando el cuerpo de mi padre y presionándole el pecho como si eso pudiera devolverle la vida. Ni siquiera tuve tiempo de llorar. Alfonso no tardó en acercarse para volver a por mí. Sus pasos dominantes ganaron terreno creando una sombra a mi alrededor que me cercaba. Lo siguiente que sentí fue el frío del cañón en la frente y un terror que me recorrió todo el cuerpo.

—Otra vez te has escapado… Pero ya no habrá retorno. Debo admitir que la escena paternal me ha conmovido, sumamente tierna…, aunque ¿quién diría que bajo una sotana se escondía un pecador consumado, traficante de diamantes y con una hija secreta? Me equivoqué al decir que no iría al infierno. Allí lo espera Satanás para recibirlo como merece. —Alfonso hizo una breve pausa que aprovechó para escrutarme de arriba abajo. Después se acercó muy despacio a mi oído, hasta que su boca me rozó la piel—. ¿Un último deseo, Candelita?

La burla con la que sonaron sus palabras sacó lo peor de mí. Ya no había espacio para más dolor. Todo lo que me había sostenido hasta entonces se había desgarrado junto al cuerpo de mi padre. Ya no tenía nada que perder.

Volví a mirar a Elena. Sus ojos tensos me suplicaron con una urgencia muda. Cogí aire y me tragué el miedo que desbordaba por mi cara como lágrimas fogosas. Sentí un calor abrasador en las venas, un impulso ardiente que me empezó a transformar por dentro y me obligó a actuar con determinación.

—Sí, tengo un deseo —le escupí mirándolo de frente—. Quiero que te grabes esto en la cabeza. Puedes matarme si quieres, pero una bala no borrará lo que eres: un cobarde acomplejado. Presumes de señor, pero no eres más que un parásito armado que necesita pistolas y trampas para enfrentarte a las mujeres. Te crees fuerte y poderoso, pero no te das cuenta de que te buscan por interés y te obedecen por miedo. Nadie te quiere. Eres un fracasado.

Las venas de sus manos se marcaron como gusanos retorcidos y sus labios se plegaron, borrando de golpe su rictus victorioso para dejar en su lugar una mueca crispada de rabia. Supe entonces que mis palabras habían dado en el blanco. Algo había aprendido de Gabriel e Ignacio.

Fue en ese instante de confusión con Alfonso cuando Elena le dio una patada a la estufa de carbón situada en uno de los laterales.

Las brasas se volcaron por el suelo y una de ellas rozó la cortina y le prendió fuego. Una pequeña columna de humo comenzó a revelarse por detrás. Alfonso giró la cabeza, sorprendido por el chisporroteo repentino. Elena, impulsada por un arrebato de furia, aprovechó que estaba de espaldas para empujarlo con toda la violencia que guardaba reprimida en su diminuto cuerpo.

Las llamas que empezaban a alzarse alumbraron su cara desencajada. Quiso retroceder, intentó huir, pero tropezó y el resorte que sujetaba las cortinas cayó sobre él, dejándolo inmóvil. Una luz de ira cruzó por sus ojos calenturientos mientras se revolcaba en el suelo cual animal atrapado.

Arturo, que hasta ese momento había permanecido silencioso en un segundo plano, sumiso a las órdenes de Alfonso, se abalanzó sobre mí. Reuní fuerzas de donde no quedaba ninguna y me defendí.

Le escupí, le mordí, le arañé y le clavé las uñas en la cara, y, tras un forcejeo fuerte, no sé cómo, le propiné una patada. Cayó junto a Alfonso.

Ambos se retorcían, atrapados entre gritos, envueltos por un fuego que ya se extendía sin control por toda la habitación.

Elena, vestida con una falsa serenidad, ajena al caos, se agachó para coger la pistola, peligrosamente cerca de las llamas.

—El único momento que ha llegado es el tuyo —dijo con los ojos brillantes—. Y no te imaginas cuánto lo estoy disfrutando. Esto es por todo el daño que me has hecho.

Con decisión levantó el arma, apuntó y disparó primero contra Alfonso y después contra Arturo. El estruendo, seco y preciso, rebotó en las paredes como un látigo metálico. Me quedé temblando. El humo empezaba a ser insoportable.

Elena me miró con los ojos envueltos en las lágrimas de quien se siente liberada de su condena. Después arrojó la pistola al círculo de fuego. El metal desapareció en un mar de llamas que se alzaba cada vez más altas, como olas enfurecidas.

—No hay tiempo para más. Toma, te lo iba a entregar antes, pero no tuve oportunidad. A cambio de mi libertad. —Del bolsillo interior de su falda se sacó la pequeña bolsa que contenía los diamantes.

Aparté la vista y los rechacé negándole con la mano.

—No quiero saber nada de esto.

El humo era ya asfixiante.

—No es una sugerencia, cógelos y sal de aquí antes de que todo arda.

Aquello era una despedida, y no estaba preparada para ella.

—Me has salvado la vida —susurré con un río de lava descendiendo por mi mejilla.

—Eres la única buena persona que he conocido. Tienes un corazón puro… Te mereces ser feliz y yo no puedo ser tu amiga.

Sin tiempo para más dramatismos, se quitó la falda, también la cofia y una pulsera, que dejó caer con un golpe seco en el suelo.

—El fuego hará ceniza todo esto. Yo también he muerto en este lugar. Ahora me toca empezar de cero.

—No te vayas, Elena —supliqué sollozando. El corazón se arrugó mientras sentía en la cara la brisa viva del calor.

—¡Sal de aquí ya!

Y sin decir nada más desapareció de mi vida.

Antes de echar a correr entre el humo nos sonreímos. Supe que mi corazón la había perdonado y que esa era nuestra despedida, porque nunca más la volvería a ver. Sentí una felicidad demasiado triste. Y un llanto descontrolado que ni siquiera podría apagar lo que se calcinaba a mi alrededor.

Un trozo de madera envuelto en llamas se desprendió del techo y cayó a mi lado, obligándome a esquivar el fuego que crepitaba a centímetros de mí. Empecé a toser, cada vez me costaba más respirar. Mi vida se consumía en una espiral de humo. Traté de avanzar a trompicones, abriéndome paso entre el calor y la oscuridad. Por un instante pensé que no lograría salir, que todo este esfuerzo había sido en vano, pero no podía rendirme ahora, después de todo lo vivido. Cerré la boca y jadeando, con los pulmones ardiendo y la garganta hecha trizas, derribé la puerta. Caí rendida en el suelo del pasillo. Las llamas, imparables, empezaban a devorar las

habitaciones, saltando sin control de una a otra consumiendo todo lo que encontraban a su paso.

Estaba débil, sin fuerzas, derrotada. Sentí que unas manos firmes me rodearon. Cuando le vi la cara pude confirmar que era Emilio, el médico. Me cogió en brazos, me bajó con cuidado por las escaleras. Yo no podía más que toser y aferrarme a él, sin pensar en nada más. Los gritos sonaban con voces de alarma por todo el hotel: «¡Fuego! ¡Fuego!». Todo se consumía como una escena terrorífica.

—¿Estás bien? Aguanta.

—No puedo respirar.

—Aguanta.

Emilio aceleró el paso y me llevó al parque, me sentó en uno de los bancos con cuidado y me exploró rápidamente.

—Has tragado mucho humo, trata de respirar poco a poco. Iré a por agua.

Fue ahí cuando vi a Ignacio y Gabriel. Enseguida corrieron hacia mí. Sin pensar abrí los brazos para resguardarme en los de Gabriel. Después nos fundimos en un beso urgente que llevaba retenido demasiado tiempo. Ignacio nos observaba en silencio.

—Pensé que esta vez sí que te perdía… —susurró Gabriel, apretándome contra él—. ¿Dónde estabas?

—Recuperando esto —mostré la bolsa de diamantes—, la prueba que nos faltaba.

Ignacio abrió los ojos.

—No me lo puedo creer, ¡los tenemos! Pero… ¿qué ha pasado?

—Lo que tenía que pasar —contesté, todavía con la respiración entrecortada—. Os lo contaré todo con calma, pero ahora lo más

importante es avisar a la Guardia Civil. Ahí dentro han fallecido cuatro personas. Cuatro, ¿de acuerdo?

Entendieron que no era el momento para hacer preguntas. Nos quedamos unos segundos en silencio, contemplando cómo el fuego avanzaba por todo el hotel. Los balcones, las cortinas, la fachada…, todo desaparecía bajo una nube rojiza de brasas. Aquel incendio no solo devoraba cuerpos, también mi pasado. La antigua Candela se hacía cenizas mientras una nueva versión resurgía transformándose con la fuerza incandescente de una llama.

32

El Gran Hotel, ese coloso gigante de piedra, escenario de pasiones, traiciones y secretos, se había derrumbado entre humo. Solo quedaba su esqueleto desnudo, un amasijo de vigas retorcidas que parecían alzar los brazos al cielo, implorando clemencia en un gesto de derrota. Verlo así era desgarrador. Cuántas risas, cuántos sueños y anhelos habían quedado sepultados bajo la ceniza. Cuántas vidas se habían consumido en sus paredes y cuántas comenzaban a resurgir entre sus escombros.

No se hablaba de otra cosa. La noticia corrió como la pólvora. El Balneario de Mondariz ya no era el templo de las aguas milagrosas, sino el escenario de una tragedia que todavía ocultaba entre el humo su verdad. Enseguida llegaron los lamentos y las reacciones. También los discursos solemnes, las promesas de reconstrucción e incluso juicios demasiado apresurados al infortunio, como si quisieran sofocar con palabras huecas lo que las llamas habían revelado.

Los huéspedes se habían marchado. El mismo día de la tragedia partieron carruajes cargados de desilusiones y de rostros desencajados, muchos ni se habían atrevido a mirar atrás. También se llenaron los trenes y los coches de línea, abarrotados de urgencia, como si todos temieran que el fuego pudiera alcanzarlos a mitad de

camino. Las llamas, aunque ya estaban apagadas, seguían exhalando su aliento y un humo persistente viajaba como una niebla densa creando un ambiente fantasmagórico.

Todos se habían ido, menos Ignacio. Se había confinado en la imprenta junto a Gabriel. Curiosamente, había sido el único lugar que sobrevivió intacto, quizá porque estaba apartada, o tal vez porque el azar quiso proteger lo que ni el agua ni el fuego pueden aniquilar del todo, porque la palabra siempre sobrevive. Ambos estaban entregados en cuerpo y alma a lo único que podía darle sentido a la ruina, destapar la verdad, y eso se había convertido en una obsesión para los dos.

Después del incendio, Ignacio nos pidió reunirnos de inmediato. Ni siquiera me dio tiempo a recomponerme. Todavía tenía el corazón quemado. Pero él insistía en que todo estaba demasiado reciente y que esa frescura nos permitiría retener la información con más veracidad, como si el tiempo pudiese diluir la precisión del relato. Ajenos a lo que ocurría fuera, nos resguardamos en sus paredes para poner en común todo lo que había ocurrido.

—No sé por dónde empezar —dijo Ignacio llevándose las manos a la cabeza—. Esto… Esto es lo más fuerte que he vivido en la vida… Periodísticamente quiero decir. Candela, creo que es mejor que hables tú. Lo tuyo ha sido…

—Un momento…

—¿Qué ocurre?

Entonces recordé lo que me había dicho Xosé: en la iglesia encontraría eso que decía que me podía ayudar, pero que no sabía lo que era.

—Necesito ir a por algo.

—¿Qué dices?

—Nada. Ahora vengo.

Sin darles más explicaciones salí corriendo hacia la iglesia. El pecho me ardía y jadeaba con el humo todavía atrapado en los pulmones, por lo que tuve que aminorar el paso. A mi alrededor se extendía un paisaje gris granítico, deshecho en su propia descomposición. Me crucé con rostros devastados que buscaban en mis ojos el amago de una conversación, pero no me detuve. No tenía tiempo que perder.

Entré en la iglesia y me dirigí al altar. Bajé la cabeza y recé en silencio por Xosé. Todo había ocurrido demasiado deprisa. ¿Qué se supone que tenía que hacer? No sabía siquiera qué era lo que buscaba. Traté de concentrarme. Me dejé llevar por la memoria y recordé mis visitas. ¿Qué quiso decirme Xosé? Todavía no era capaz de llamarle «padre» de forma consciente. Empecé a recorrer el templo despacio, buscando en cada rincón algo que ni siquiera sabía nombrar. Miré bajo los bancos, peiné el altar con los dedos temblorosos, inspeccioné los pasillos laterales y también los recodos sombríos. La luz grisácea que se colaba por los vitrales me envolvía en un clima lúgubre. Sin Xosé aquel lugar ya no era seguro para mí. Agudicé la vista alrededor. Entonces sentí una revelación.

—¡El confesionario!

Ocupé su asiento y pensé cómo se vería desde allí la vida con sus ojos. Cerré los míos para imaginarlo. Me emocioné porque mis manos todavía podían acariciar el eco de nuestros encuentros. Enseguida sentí la madera retumbar contra mi espalda mientras mis dedos recorrían la superficie inspeccionando cada rincón con suavidad. Toqué por debajo del asiento, palpé las paredes internas,

acaricié todo lo que había en torno a mí hasta que, de frente, al tocar la parte baja de una especie de tablero, una astilla se me clavó en la mano. Exploré con más atención y descubrí que allí, oculto y casi imperceptible, había un pequeño compartimento interno.

Dentro había un cuaderno de tapas gastadas y páginas amarillentas. ¿Por qué a todos les daba por plasmar sus pensamientos en papel? El recuerdo me devolvió de golpe a la realidad. Ni Elena ni Xosé pertenecían a este mundo; los dos estaban muertos. Cada uno de una manera diferente, pero significaba lo mismo, porque la muerte no fue más que un modo de desdibujarse en el tiempo.

Lo cogí temblando, consciente de que aquello podría contener la pieza que me faltaba para completar mi historia. Lo leí despacio. Poco a poco fui entendiendo lo que Xosé había querido decirme. Estaba sorprendida. Solo entonces, consciente de la importancia que tenía aquello, me levanté, con el cuaderno abrazado contra el pecho, y regresé a la imprenta para compartirles lo que había descubierto.

Gabriel e Ignacio me miraron, curiosos, al verme entrar.

—¿Qué traes ahí? —preguntó Gabriel.

—Lo que nos faltaba para completar el relato. —Ignacio me miró con cara de no entender a qué me refería. Intenté aclararlo—: Es el cuaderno de Xosé. Antes de que falleciese me dijo que fuese a la iglesia, que allí encontraría lo que me faltaba. Me ha costado un poco dar con él, pero… aquí lo tengo.

—¿Por qué todo el mundo escribe en cuadernos?

—Eso me pregunto yo… —susurré, casi para mí misma.

—¿Empezamos? —sugirió mientras se frotaba las manos—. Ya nos hemos demorado demasiado. Candela, hazlo tú primero.

Empecé relatando la valentía de Elena. Les conté cómo había provocado el incendio, que empujó a Alfonso y que le disparó… Ahí tuve que hacer una pausa, me costaba ponerle voz a lo que todavía me parecía una ensoñación.

—¿Fue Elena? —preguntó Gabriel, incrédulo.

—Sí. Si estoy viva es gracias a ella. Al final tenía razón. Pensé que no iba a salir de ahí.

—Dijiste que fallecieron cuatro personas, ¿no? —Ignacio volvió a centrarse en los hechos.

—Sí, aunque en verdad han sido tres.

—¿Quiénes?

—Alfonso, padre… —Al decir su nombre me detuve, estremecida —, Xosé y Arturo.

—¿Y qué ha ocurrido con Elena?

—Ignacio, ya os lo conté.

—Quiero tenerlo claro.

—Me dio los diamantes a cambio de su libertad. Se quitó parte del uniforme y lo tiró al suelo para simular su muerte. Después me dijo que necesitaba empezar de cero y se esfumó…

—Nadie investigará la muerte de una prostituta.

—¿Quién era Arturo? —preguntó Gabriel.

—Ese hombre era la mano derecha de Hugo Quiroga. Desde que llegó al poder en las elecciones de diciembre, son uña y carne. Ya lo eran antes —explicó Ignacio.

—Era cómplice de Alfonso —añadí—. Ya estuvo aquí la temporada pasada. Todo lo que ocurrió se lleva gestando desde entonces, o tal vez antes, quién sabe, pero no nos dimos cuenta.

Procedí a contarles cómo fue la primera vez que vi a Arturo con Alfonso, cuando ultimaba los preparativos para el inicio de la temporada. Los dos me escucharon atentos.

—No sé si te estoy entendiendo, Candela. ¿Qué quieres decir con esto?

—Pues que cargan con la muerte de otra… otra chica como Elena. Alfonso me decía que a mí me iba a pasar lo mismo que a una tal Sole por ser demasiado curiosa. Ellos ya estaban traficando con diamantes el año pasado, lo que pasa es que, en vez de tener a Elena, tenían a Sole… Ella descubrió algo más de la cuenta y por eso la mataron. Y yo… yo fui testigo de lo que escondían. Vi cómo cargaban su cuerpo en la alfombra, vi ropas manchadas y rastros de sangre en la habitación…, pero en ese momento no sabía qué se trataba de eso —sollocé liberando la tensión acumulada.

Gabriel se acercó y me tomó de las manos, apretándolas con suavidad.

—No podías saberlo.

—Todo el tiempo estuvo frente a mí y no supe darme cuenta. ¿Qué habrán hecho con ella?

—Demasiado tarde como para saberlo —dijo Ignacio. Sus manos se quedaron atrapadas en la cabeza mientras tomaba notas en el papel desplegado sobre la mesa—. Esto se pone más interesante —susurró—. ¿Pasó algo más en el incendio?

—No, solo queda leer lo que Xosé escribió en el cuaderno.

Siguió un momento de silencio. Gabriel me rodeó con el brazo para darme calor y seguridad mientras Ignacio, ajeno a todo, continuaba escribiendo. Prefería no ver.

—Bien —dijo finalmente dejando la pluma a un lado—. Eso lo leeremos después. Creo que te gustará saber lo que hemos descubierto nosotros, —añadió mirándome con intensidad a mí primero y después a Gabriel.

Ambos asintieron cómplices a la vez.

—Nuestro plan fue un éxito. Sabía que la única forma de desenmascararlos era empujarlos a que se matasen entre ellos. El más débil era Philippe, sin duda, pero es que Inés es ese tipo de mujer altiva que bajo su fachada oculta demasiadas carencias y fragilidades. Por eso no fue difícil dar en el clavo con ella. Cuando desapareciste en mitad de todo el revuelo —me señaló con la mirada para que entendiera el momento exacto—, Joaquín detuvo a Inés, a Philippe y a Guillermo. Yo le ayudé. Los llevamos a una sala y los enfrentó entre ellos. Para que me entiendas, fue como si los hubiese colocado frente a un espejo acusador, porque comenzaron a delatarse entre gritos y acusaciones. Cada cual culpaba más al otro para eludir implicaciones y encubrir su propia participación. — Ignacio repasó las anotaciones de su cuaderno y comenzó a relatar con detalle—. Atenta, porque esto es sorprendente. Philippe Lapierre es un comerciante francés. Él era quien conocía las rutas con África, por eso se encargaba de establecer contactos para conseguir los diamantes. Es una pieza clave en la trama porque garantizaba el suministro desde el continente africano y, además, era el enlace y el encargado de vigilar y establecer la ruta.

»Después está Guillermo. Un gran empresario textil. Curiosamente afincado aquí en Galicia, natural de La Coruña, aunque pasaba largas temporadas en Madrid. ¿Qué papel crees que desempeña él?

—No lo sé, Ignacio, estoy un poco abrumada.

—Él utilizaba sus conocimientos logísticos y su proximidad con Mondariz para cuidar que el plan marchase según lo previsto durante todo el año, no solo en los meses de la temporada. Era el escudero de Alfonso. Siempre estaba por si surgía algún problema. No tardó en confesar que Alfonso lo había reclutado por su posición estratégica y por la confianza que los unía después de tantos años de amistad. —Hizo una pausa y se puso de pie—. Inés de Olivares es la joya de la corona. Explicó que Alfonso la había captado como tapadera porque aprovechaba su influencia en círculos aristocráticos para atraer clientes dentro de España y darles salida a los diamantes. Es como si su presencia legitimase el negocio. Una jugada maestra. Nadie sospecharía de una duquesa como vendedora encubierta de joyas.

Miré a Gabriel sorprendida. No me podía creer una operación de tal envergadura se estuviese gestando delante de nuestras narices. Por fin todo comenzaba a tener sentido.

—¿Todo esto lo confesaron ellos?

—Sí —respondió Ignacio—. Cada pieza encajó sola. Pero no fue fácil, recuerda todo lo que ha pasado hasta que hemos llegado hasta aquí.

—Sí… —bajé la cabeza.

—Pero aún hay más…

Entonces fue Gabriel quien intervino.

—Cuando se formó todo ese revuelo, Hugo Quiroga se fue corriendo. Inés se dio cuenta y empezó a acusarlo a él también. Lo perseguí hasta que lo atrapé y… Adivina qué…

—¿Qué?

—Pues que él también estaba implicado.

—¿Hugo Quiroga? Pero ¿ese no es político?

—Precisamente… —intervino Ignacio relamiéndose en su afirmación—. Corrupción política. Ya tienes todos los elementos para que funcione la trama. Hugo tenía un papel importantísimo. Era quien garantizaba los sobornos en aduanas y también el que facilitaba los permisos de exportación. Se encargaba de asegurar que la mercancía pasase como cargamento de vidrio o agua embotellada, sin revisión alguna. Él facilitaba la impunidad que permitió que todo funcionase.

—No me lo puedo creer —susurré.

—Ya ves… Todos se lucraban, cada cual sacaba beneficio propio de todo esto.

Ignacio alzó la mirada hacia mí y señaló el cuaderno.

—¿Vemos lo que hay en él?

Se lo pasé con cuidado.

—Yo no puedo hacerlo —me excusé acercándome la mano a la garganta—. Todavía no sé cómo sigo respirando.

—Gabriel, hazlo tú, por favor, así apunto impresiones.

Gabriel me miró, sus ojos cargados de expectación buscaban mi apoyo. Entonces le pasé el cuaderno y le acaricié la mano. Él sonrió, abrió la tapa y pasó la primera página. La imprenta se llenó de un aroma a incienso que aflojó la lágrima del recuerdo.

Señor:

Sé que me están utilizando y confieso que el peso de esta culpa me ahoga el alma. La sombra del pecado se cierne sobre mí desde hace tiempo, y la presión me ahoga. Supe que algo estaba pasando, por eso aquella noche

quise enfrentarme a él. Soy consciente de que iba bebido, necesitaba llenarme de la valentía que nunca tuve para saber qué estaba ocurriendo. Quería saber por qué me utilizaban, que sucedía en esas reuniones clandestinas en la iglesia, en las que en un principio no quise inmiscuirme. Yo solo tenía que facilitar el traspaso de papeles, pero desconocía la información que viajaba en su interior. No podía pensar que lo que había detrás era tan oscuro. Todo lo hacía a cambio de un dinero que me quemaba la conciencia, y por eso necesité embriagarme para hallar el valor de preguntar por la verdad.

Gabriel hizo una pausa para coger aire. Estaba exhausto, el cuaderno le temblaba entre las manos, pero Ignacio le pidió que continuase.

Ese día lograron aplacar mi espíritu comprando mi silencio. Me tranquilizaron y seguí colaborando, pero no hay noche en que no me despierte con remordimiento. Todo cambió cuando escuché a Candela. Sé que debo guardar los pilares de la fe y velar por su secreto de confesión, pero gracias a ella entendí qué estaba pasando.

—Para un momento, Gabriel, ¿eso se refiere a tu confesión, Candela?

—Sí.

—Está bien, continúa.

Sentí miedo y alivio. Ella era la persona adecuada para destapar lo que estaba ocurriendo. La pureza de su alma, la firmeza de su espíritu y su compromiso con la lealtad la llevarían a revelar la verdad. Sé que debo actuar con discreción.

—Nunca imaginé que el padre Xosé fuera así… —dijo Gabriel con la emoción contenida en el puño sobre la mesa.

—Hay muchas cosas que no esperamos que sean como finalmente acaban siendo, Gabriel, pero la vida es así, cruel o maravillosa, depende de cómo lo quieras ver. Continúa.

Así hizo Gabriel.

> He estado investigándolos a escondidas, Señor. Supe que la iglesia era su refugio, nuestro templo sagrado mancillado para tapar sus pecados. En nuestras paredes escondieron diamantes. Guiado por el Señor, ese descubrimiento me enseñó que podía guiar a Candela hacia la verdad.

—Es… impresionante. Xosé no solo temía, sino que también lo sabía y aun así actuaba —cortó Ignacio. Perdón, siento la interrupción, Gabriel. Continúa.

> Por eso provoqué un error en la cadena de distribución, guiado por la Providencia, para que fuese ella quien lo destape cumpliendo el designio que siento en mi corazón. Sé que ella indagará con rectitud, que no se dejará corromper. Yo no quiero pecar más, pero temo las represalias si soy yo quien destapa todo. Me reconozco débil, cobarde ante la magnitud del mal que rodea este lugar. No pienso en las consecuencias que esto tendrá para los demás. Rezo por las almas perdidas. La ley del silencio nos obliga a todos a callar. Candela es valiente. Sin embargo, sé, con el corazón encogido y tembloroso, que su vida peligrará más pronto que tarde. Esa idea me atenaza el alma. Tengo que protegerla, y no sé cómo hacerlo porque todos en esta red se traicionan, y yo… solo intento, con la guía de Dios, que la verdad salga a la luz sin manchar mis manos de sangre. Rezo cada día por ella, por su seguridad y por la fortaleza que necesitará para desenredar este mal que nos acecha.

—Creo que ahora ya tenemos todo para preparar un buen artículo —dijo Ignacio, emocionado como nunca antes lo había visto.

—Eso lo dejo en vuestras manos, yo tengo algo muy importante que hacer —dije antes de cerrar la puerta.

Salí de la imprenta con el corazón anegado de nervios, mis latidos pesaban más de lo que mi pecho era capaz de sostener.

Avancé despacio, sintiendo el peso que tenía cada paso que daba. A mi alrededor todo se tambaleaba envuelto en un silencio ardiente. Mis pies se detuvieron frente aquella fachada en ruinas. La realidad tumbaba mis párpados. Eché de menos la aterciopelada brisa de los días en los que la vida no pesaba y me transportaba como una suave pluma en brazos de la lozanía y la ilusión. ¡Qué lejos quedaba el eco de aquellos tiempos etéreos que solo regresaban en recuerdos!

Seguí adelante. Las piernas me temblaban. No podía reprimir las ganas de llorar. No de tristeza, sino por lo que sentía que implosionaba dentro de mí. «No pasa nada por hacerlo», me repetí. «Soy valiente», me convencí.

Llegué al río y me asomé en su orilla para que mis sentimientos fluyesen puros y cristalinos como sus aguas. Me desgarré al descubrir la verdad, pero en ella sentí mi salvación. El corazón desbordaba emociones líquidas que se arremolinaban creando un sentimiento hondo. Un torbellino que me arrolló hasta la liberación. Dejé que las compuertas se abrieran, dejando que mi manantial brotase a borbotones. Me vacié frente a ellas, bebí de su profundidad y calmé mi sed. Solo regresé cuando supe que estaba preparada para hacerlo.

De pronto me encontré frente a la puerta de la fonda. Tenía los nervios desbocados. Cerré los ojos, respiré hondo y la abrí. Había imaginado ese instante de mil maneras, pero nunca así. Había

ensayado las palabras que creía necesarias durante el camino de vuelta…, pero al verlos todas se desvanecieron. Por eso supe que había hecho bien anticipándome.

Mis padres se quedaron paralizados aguardando a ver qué hacía. Solo necesité unos segundos de valor para coger impulso y corrí a ellos como cuando era niña.

Me aferré a los brazos de mi madre, dejando que un llanto contenido brotase sin freno. Sentí cómo su calor me envolvía mientras sus propias lágrimas humedecían mi mejilla, mezclándose con las mías en un río silencioso de consuelo compartido.

Padre nos miraba en silencio con los ojos acristalados. Abrí el abrazo y lo atraje hacia nosotras. Su calor se mezcló con el nuestro. Los tres nos fundimos en un mismo nudo. Nunca me había sentido tan culpable por el daño que les había causado. Necesitaba ser fiel conmigo misma y con mi verdad. Solo así comprendí que el dolor también podía reconciliar.

—Ya lo sé… —susurré conmovida—. Ya sé quién soy.

Madre me acarició el pelo y padre apretó mi mano con fuerza.

—Hija… —se quebró.

—No diga nada, padre —respondí con la emoción atascada en la garganta—. Esto es para vosotros —le entregué un trozo de papel.

Ellos se miraron, sin entender nada de lo que estaba pasando.

Fue padre, con la voz entrecortada, quien lo desplegó y empezó a leer en alto.

Carta a mis padres:

Alguien me dijo que cuando uno busca verdad siempre la encuentra a través de las palabras. Por eso, las primeras que escribo, son para vosotros.

Los padres son el lugar al que uno siempre regresa cuando se pierde entre caminos, dudas y miedos cuando busca resguardarse de sí mismo y del mundo cruel que lo rodea. Padres son la voz que suena cuando nos ensordece el ruido. El refugio que resiste cuando todo se derrumba. Las manos que sostienen, el cariño que abriga y la paciencia que enseña a levantarse cuando todo parece roto.

Necesitaba saber quién era y he entendido que la sangre no es quien hace a un hijo, sino el amor puro que sana y cuida. Yo ya sé quién soy. No necesito más respuestas sobre el pasado porque lo que de verdad importa está frente a mí, en vuestros ojos, en vuestros brazos, en la certeza de que siempre me habéis querido, y eso basta para sostener mi corazón. Y por eso regreso a vosotros, a mi hogar, a mis padres.

Ellos se quedaron en silencio, dejándose empapar por cada palabra. Solo se escuchaba el temblor de su respiración. Madre fue la primera en moverse. Me volvió a abrazar con fuerza, presionando mi rostro contra el pecho, como si quisiera que nunca más me volviese a separar de ella. Padre, con las manos trémulas, me acarició el cabello y me sostuvo los dedos entre los suyos.

—Eres lo mejor que nos ha dado la vida, Candela.

—Y vosotros lo mejor que me ha sostenido en ella.

No hacía falta revelar lo que había descubierto. Eso lo guardaba para mí. No quería causarles más sufrimiento. No era necesario. Así fue como aprendí a apreciar mi herida, porque me di cuenta que gracias a ella pude descubrir la verdad. Los sentimientos más puros se escondían detrás del desengaño, y solo quien reúne el valor de enfrentarse a él aprende que el miedo no es más que un disfraz que, cuando te lo quitas, descubres de lo que eres capaz. A mí me enseñó que perdonar no significa olvidar, sino entender que la vida no te quita nada, porque nada te pertenece. El perdón es un

bálsamo que reconstruye y que sana por dentro para cuidar a los demás, empezando primero por uno mismo. No te hace vulnerable, te engrandece porque te devuelve la fuerza para seguir caminando sin mirar atrás.

Me sentía en paz conmigo misma, más ligera y segura, como si al fin hubiera dejado atrás el peso de lo que no me pertenecía. El comienzo estaba cerca, pero antes debía cerrar del todo aquello que aún me ataba.

Regresé a la imprenta. Me sorprendió ver a Ignacio y a Gabriel frente a la fachada del Gran Hotel, contemplando las ruinas. Me pareció una metáfora perfecta de lo que había significado nuestra relación. Destrucción, reconstrucción, recuerdos que ardían, sentimientos carbonizados y dudas hechas cenizas.

Supe que era el momento.

—Candela, ¿adónde has ido?

—A la fonda… —respondí, procurando mantener el temple—. ¿Qué hacéis aquí?

Ignacio apartó la mirada unos segundos, como si buscara fuerzas, y no pude evitar sentir el aleteo de una corazonada.

—Me voy.

—¿Adónde? —pregunté, si bien creía saber la respuesta.

—A Madrid. Tengo que regresar.

Sus palabras fueron más letales que la bala que había esquivado.

—¿A estas horas? —Me escudé en la pregunta para camuflar el temblor que me agitaba.

—Tengo que publicar el artículo cuanto antes.

Callé, guardando el silencio que le conviene a cualquier final.

—¿Podemos hablar? —preguntó Ignacio.

Respondí que sí. Necesitábamos un momento para desprendernos de nosotros.

Gabriel nos miró, su expresión mezclaba dolor y respeto.

—Candela… —susurró.

—No digas nada. No hace falta. Es tu condición huir —me apresuré.

Él me acarició la cara con una ternura dolorosa.

—Ya elegiste hace mucho tiempo, aunque no te hubieras dado cuenta. Yo lo supe. Has tomado la mejor elección. Nunca vamos a saber qué hubiera pasado si nos hubiésemos encontrado en otro momento. Tal vez hubiéramos sido felices.

Lo miré, y por un instante todo lo demás desapareció. Los escombros, las ruinas, las pérdidas, el dolor. Solo estábamos él y yo y lo que algún día habíamos sido, pero que jamás más volvimos a ser. El deseo era un cimiento demasiado débil sobre el que poder construir todo lo demás. Con él siempre era tarde para cualquier cosa. Entre nosotros solo quedaba ceniza. Lo supe cuando estaba en aquella habitación a punto de morir. Gabriel apagaba el fuego e Ignacio solo provocaba más llamas.

—No soy más que un cobarde, pero tú has demostrado ser muy valiente. Quién imaginaría que la vida nos volvería a juntar para esto, ¿verdad?

No pude más que sentir cómo se clavaba la espina de la certeza fuerte y profunda en la carne viva del corazón.

—Creo que será mejor que no volvamos a vernos —intenté sonar firme.

Por fin había reunido el valor necesario para pronunciar aquellas palabras. Era doloroso reconocer que nuestro tiempo había pasado,

que nunca más volvimos a ser. No podía quedarme anclada a ese instante, no quería permitirme ni un minuto más de indolencia.

—Yo también lo creo —respondió él—. Hasta que la vida nos vuelva a juntar…

Nunca había nada que nos obligara a reencontrarnos. Para mí, cada vez que lo veía siempre era la última, pero esa vez supe que era la definitiva. Me empezaron a picar los ojos cuando con brazos endebles me rodeó y su cara se pegó a la mía. Por última vez sentí cómo sus labios besaron mi mejilla.

—Siempre te querré —susurró en mi oído—, aunque no de la manera que tú quieres, ni mereces.

No sabría decir si sus palabras eran de verdad, porque nunca hay certeza de nada que no salga de nosotros mismos. Absorbí con disimulo las lágrimas que merodeaban mis ojos e intenté reprimirlas, pero ya no podía contenerlas más. La pena me obligó a no corresponder su abrazo letal. Me di la vuelta para no ver cómo desaparecía para siempre. Es duro saber que es la última vez que vas a ver a alguien a quien has querido. Me parecía imposible un final más frío y precipitado, pero era mejor así. No quería quedarme otra vez con el recuerdo de su despedida. Tenía que ser fuerte para dejar ir el pasado.

Apreté los labios para aguantar el dolor. Me encontré de frente con Gabriel, que caminaba para despedirse de él.

—Que tengas buen viaje. Espero… Espero que…

—El artículo también llevará tu nombre en la firma —interrumpió Ignacio.

Gabriel se quedó callado, consciente de lo que significaban aquellas palabras.

—Serás un gran periodista, Gabriel. Tienes mucha suerte. Cuídala —añadió con la tristeza que precede a una partida definitiva.

Gabriel regresó a mí y me abrazó mientras en mi mente imaginaba cómo se levantaba la polvareda tras los pies de Ignacio, que huía otra vez como el fantasma que no había dejado de ser. Cómo duele decir adiós.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. ¿Me acompañas? —Me agarré de su brazo.

—Claro. ¿Adónde vamos?

—Ven.

Volvimos al río. Le pedí a Gabriel que me sujetara de la mano mientras me ponía de pie sobre la piedra más alta. El aire me golpeaba en la cara y enredaba mi pelo. Cerré los ojos y desplegué la otra mano sintiendo que por primera vez tenía un punto de apoyo. Entonces volé y respiré libre, sin miedos ni cadenas.

Volví a abrir los ojos, y frente a mí el agua fluía libre en su cauce. La corriente acarició suavemente mis pies, y entonces lo entendí todo.

Nos engañamos creyendo que las cuestiones más importantes de la vida tienen una respuesta difícil, ignorando que todo es banal. Quise descubrir mi origen, desdeñando que todo el tiempo estuvo frente a mí. Estas aguas que me agitaron fueron las que también me devolvieron a mí misma. Dicen que siempre hay un lugar al que volver, pero es importante recordar de dónde partimos. Y es precisamente en el agua donde surge la vida. Todos somos agua. A veces fluimos serenos por sus corrientes, dejándonos llevar livianos por su remanso de paz. Otras nos perdemos, cuando nos arrastra con su fuerza y nos arremolina con su furia. Pero es en esa

baile donde aprendemos a navegar. Hay torrentes que parecen querer ahogarnos, remolinos que nos quitan el aire y mareas que nos separan de lo que amamos. Pero lo que golpea y desborda también moldea y purifica. Solo el agua más turbulenta nos ayuda a descubrir la fuerza que llevamos dentro y la profundidad de nuestros sentimientos. Solo las corrientes turbias nos ayudan a soltar lo que nos ata y a encontrar en su discurrir el camino que nos devuelve a nosotros mismos. Solo de lo más oscuro puede nacer la claridad que nos ayuda a recomponernos para volver a fluir, llevando con nosotros mismos el valor de lo aprendido y dejando atrás lo que lastima.

Agradecimientos

Para mí agradecer es reconocer que, a pesar de la soledad, nunca caminamos solos. Que cada logro lleva la voz, la paciencia y el cariño de quienes confiaron en nosotros. Y eso es precisamente por lo que no puedo dejar de dar las gracias.

Cuando echo la vista atrás, tal vez para ser más consciente del camino recorrido, vuelvo al momento en el que escribí los agradecimientos de *El baile de las mareas*. Estaba llena de ilusión, aunque también de miedos y dudas por enfrentarme a algo tan desconocido. Tiempo después, constato que esa incertidumbre nunca se va, pero tiene un aplomo diferente. Y eso es gracias a vosotros, lectores. Por ello, mi primer agradecimiento es para vosotros.

Gracias por confiar en mí, por transmitirme tanto cariño, por cada palabra. Y sobre todo gracias por darme una oportunidad como autora novel y por dedicarme lo más valioso que tenemos: el tiempo. Sin vosotros nada sería posible.

Gracias a todos los libreros. A Fernando Miranda, Cris, Veva, Celia, Betty, Loli… Son muchos los nombres que se me vienen a la cabeza y todos guardáis un lugar especial en mi corazón. Gracias por vuestras recomendaciones, por poner estas historias en manos de

quienes las disfrutan y por convertir cada ejemplar en una emoción compartida.

Gracias a Ernesto, Domingo y Palmira, por ayudarme con la documentación y por contarme tantas historias de tiempos pasados. Especialmente, gracias a Begoña y a su madre, Sara, por ser las voces que me han ayudado a darle forma a esta novela y por acompañarme, una vez más, con la misma cercanía de siempre.

Gracias a Ángela Banzas, por tu generosidad, cariño y complicidad.

Gracias a mis compañeros de trabajo, no solo por leer *El baile de las mareas* con tanta ilusión, sino también por el apoyo, por los ánimos y por ayudarme a entender qué era lo que necesitaba Candela.

Por supuesto, gracias a Candela y al agua, por ser mi cauce para expresar pensamientos y emociones.

Gracias a mi querida Galicia, por ser mi origen, mi porqué y mi refugio. Por recordarme quién soy incluso cuando estoy lejos. Por enseñarme el valor de pertenecer y la tristeza de añorar.

Gracias a mi pueblo, Cambados, por arroparme en este camino. Es muy bonito saber que a todos nos une ese sentimiento de arraigo porque forma parte de la historia que nos representa.

Gracias a mis amigos, por respetar mis tiempos.

Pero, por encima de todo, gracias a mi familia, que me ha sufrido y aguantado cuando ni yo misma era capaz de hacerlo. Gracias por sostenerme con tanta paciencia. Gracias por darme todo lo que tengo y, en consecuencia, todo lo que soy. A mi hermana, a mi padre, a mi madre y a Edu, por estar a mi lado, ayudarme,

cuidarme, escucharme y entenderme. Gracias por quererme en todas mis facetas. También en la del silencio y la ausencia.

No puedo continuar sin acordarme de Gonzalo Albert. Gracias por aquel mensaje que escondía la oportunidad de contar una historia, por ayudarme en cada fase de este maravilloso proyecto. Gracias también a Alberto Marcos, por su cercanía, cariño y profesionalidad, y por transmitirme tanta seguridad. En definitiva, gracias a todo el equipo de Penguin por acompañarme con tanta ilusión y por confiar en mí.

Termino estas líneas con la certeza de que todo lo que he sentido a través de las palabras no me pertenece a mí, sino a vosotros. Gracias por acompañarme en este baile, por hacerlo vuestro y por recordarme que escribir no solo es una forma de sentir. Es vivir.

Una mujer dividida por su pasado.
Un futuro incierto.
Un lugar emblemático donde el agua oculta secretos.



Mondariz, 1920. Candela comienza a trabajar en el Gran Hotel del balneario, donde se codea con la élite más ilustre y poderosa de un país que afronta tiempos convulsos. Pero el lujo y la apariencia esconden un mundo de engaños, pasiones prohibidas y traiciones. Candela deberá navegar la relación con Ignacio, su primer amor, que ha vuelto a su vida sin previo aviso, y con Gabriel, uno de los empleados del hotel, que le ha pedido matrimonio.

Todo se agrava cuando se ve envuelta en una peligrosa trama criminal tan turbulenta como las aguas que la rodean. Para desvelar

el secreto que guarda el balneario, la joven deberá enfrentarse a las sombras de su pasado y a las intrigas que la acechan, y descubrirá que la verdad quema más que las mentiras que tratan de ocultarla. Pero ¿quién acabará hecho cenizas?

Tras el éxito de *El baile de las mareas*, llega la segunda novela de Laura Portas, una emocionante historia que nos sumerge en el legendario balneario de Mondariz, un lugar icónico de la Galicia del siglo xx.

Laura Portas (Cambados, 1992) es graduada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid. También tiene un máster en Periodismo en Televisión por la Universidad Nebrija, y otro en Comunicación Corporativa por la Escuela de Negocios Europea de Barcelona.

Su trayectoria profesional ha estado vinculada sobre todo a los medios de comunicación. Ha colaborado como reportera en *Informativos Telecinco* y en otros programas de la cadena, además de en *Antena 3 Noticias*.

Tras el éxito de su primera novela, *El baile de las mareas* (Plaza & Janés, 2024), se consagra con *El palacio del agua*, una nueva aventura ambientada en el mítico balneario de Mondariz.



Primera edición: enero de 2026

© 2026, Laura Portas
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Martí Sanchís i Aibar
Imagen de portada: Composición fotográfica de Leo Flores a partir de las imágenes de © Shutterstock, © Alamy y © Magdalena Russocka / Trevillion Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03663-7

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El palacio del agua

Primera parte. Aguas tranquilas

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12

Segunda parte. Aguas turbulentas

- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20

Tercera parte. Aguas desbordadas

- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Laura Portas
Créditos